¿Y SI PUDIERAS DEJAR TU VIDA ATRÁS?

SUMMER, LA CHICA COOL



AMBER EVE



★★★★★
"Una lectura veraniega brillante"

★★★★★
"¡i pudiera dar más de 5 estrellas, lo haría"

★★★★★
"Una lectura perfecta para la playa!"

Summer, la Chica Cool

Amber Eve

Copyright © 2022 por Amber Eve

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado, escaneado u otro, sin el permiso por escrito del editor. Es ilegal copiar este libro, publicarlo en un sitio web o distribuirlo por cualquier otro medio sin autorización.

Esta novela es completamente una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes que se presentan en ella son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Uno

Faltan veinte minutos para la medianoche en la Nochevieja, y estoy pensando en las hermanastras feas de *Cenicienta*. O en una de ellas, al menos.

Bueno, soy yo. Estoy pensando en mí. *Yo* soy la hermanastra fea; solo que Cenicienta no es realmente mi hermana, es mi mejor amiga. Y su nombre no es Cenicienta, curiosamente; es Chloe. Ah, y ya que estamos, tampoco estamos en un palacio elegante. Estamos en un pub 'divertido' llamado *Diamonds* en Margate.

Nadie escribe cuentos de hadas sobre lugares así, ¿verdad?

Aun así, todo lo demás más o menos encaja. Incluso hay un príncipe apuesto, que está actualmente de pie junto a la barra, luciendo como si estuviera a punto de filmar un comercial para una loción para después del afeitado llamada *Titan*, o *Conquest*, o algo más que apeste a masculinidad tóxica. Tiene uno de esos rostros 'cincelados' que son tan perfectos que casi no parecen reales, y si me acercara lo suficiente, sé que olería a cuero y humo de leña, y a todos los corazones rotos que ha dejado atrás.

No es que vaya a acercarme lo suficiente, obviamente. Mi corazón no corre peligro, porque sé que solo estoy aquí en mi papel de hermanastra fea, quiero decir, *amiga*, y la primera regla de la Amiga Fea es 'Conoce Tu Lugar'. Efectivamente, antes de que pueda terminar la pegajosa copa de líquido que pasa por vino aquí en *Diamonds*, Chloe me agarra la mano y me arrastra a la diminuta pista de baile que se supone que es la parte 'divertida' de este lugar.

—Vamos, Summer —susurra, echándose su brillante cabello rubio sobre el hombro, luego comprobando que el Príncipe Azul lo haya notado—. Solo un baile, lo prometo.

La sigo de mala gana entre la multitud. Odio la Nochevieja. Toda esa presión por tener la mejor noche *de la historia*. Todos esos desconocidos a los que tienes que abrazar. El pánico ciego que te invade cuando comienza la cuenta regresiva y te ves obligada a quedarte allí fingiendo que te estás divirtiendo cuando lo único en lo que puedes pensar es en cómo puedes literalmente *sentir* que se acaba el tiempo de otro año en el que realmente no pasó nada, y oh Dios mío, ¿y si esto es *todo*? ¿Y si *nunca* logras hacer todas las cosas que querías hacer con tu vida, y simplemente te encuentras parada aquí de nuevo el *próximo* año, como si no hubiera pasado nada de tiempo y todavía estuvieras...

—¡Summer! ¡Concéntrate!

Chloe chasquea sus dedos recién manicurados frente a mi cara para llamar mi atención. Las uñas son largas y puntiagudas, como armas, así que es imposible ignorarlas.

—Este no es el momento para una de tus crisis existenciales —grita por encima del estruendo de la música—. ¡Es Nochevieja!

—La Nochevieja es el momento *perfecto* para una crisis existencial —le digo, moviendo las caderas al ritmo—. Ya he tenido tres hoy. Quizás intente colar otra antes de acostarme.

Chloe pone los ojos en blanco, y de repente los entrecierra cuando algo detrás de mí capta su atención. Se ha posicionado hábilmente de cara al Príncipe A, así que probablemente sea él. Muevo mis caderas un poco más, sabiendo que mi tiempo en la pista de baile está llegando a su fin, y estoy a punto de ser reemplazada, habiendo cumplido mi deber de Amiga Fea lo mejor que he podido.

—Espera —dice Chloe, abriendo sus ojos fuertemente maquillados con incredulidad—. Creo que te está mirando a *ti*.

Esta afirmación es tan sorprendente, por no mencionar improbable, que me hace girar para comprobarlo por mí misma. Y es *cierto*. Chloe no me estaba tomando el pelo, como pensé que hacía. El hombre del momento no solo me está *mirando*, sino que me está *observando* fijamente, sus ojos marrones llenos de alma me siguen intensamente mientras Chloe me agarra la mano de nuevo y baila hacia su línea de visión.

—Sigue bailando —me susurra urgentemente al oído—. Y finge que estoy diciendo algo gracioso. Vamos, *Summer*.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada obviamente falsa mientras damos vueltas por la pista de baile, pareciendo un poco como rechazadas de *Riverdance*.

—Oh, Dios mío —dice Chloe, luciendo como si quisiera abofetearme—. Creo que viene hacia acá. Creo que va a pedirte que bailes.

Hace un puchero con la molestia de alguien que sabe que esto no es como se supone que debe suceder. Cenicienta es quien consigue al chico, no la Hermanastra Fea. Pero ahí está, dejando su vaso en la barra, luego caminando con confianza hacia la pista de baile, su intención de romperme el corazón escrita en todo su rostro implausiblemente apuesto.

La multitud se aparta. Toda la habitación parece contener la respiración. Mi corazón de repente decide que es demasiado grande para mi cuerpo e intenta escapar por mi boca. No puedo creer que esto esté pasando. El hombre más guapo de la sala me ha elegido a *mí*. A mí, Summer Brookes: líder de equipo de un centro de llamadas y Amiga Fea profesional. Es como un cuento de hadas, aunque ambientado en un sórdido "pub divertido" encima de un salón de bronceado. Literalmente estoy dentro del video de *You Belong With Me*, en la parte donde el chico elige a la chica nerd en lugar de a la animadora, y sabemos que su vida nunca volverá a ser la misma.

Mi vida nunca volverá a ser la misma.

Gracias a Dios por eso.

Le sonrío mientras se acerca a mí, esperando no tener lápiz labial en los dientes. El tiempo parece ralentizarse mientras se inclina, su aliento cálido en mi mejilla mientras aparta suavemente el cabello de mi oreja y presiona sus labios suaves cerca para que pueda oírlo por encima de la música.

Esto es,

Pienso, tratando de hacer una fotografía mental de este momento. *Este es mi momento. Me pregunto si este bar tendrá cámaras de seguridad, para poder ver esto después. Es la única forma en que creeré que realmente sucedió.*

—Disculpe —susurra el Príncipe Azul, con una voz tan baja y ronca como me la había imaginado—. Siento molestarla, pero... ¿le importaría si bailo con su amiga? Es absolutamente hermosa.

Y entonces corro a través de la sala y salto limpiamente por la ventana, desapareciendo en la oscuridad, para no volver a ser vista jamás.

Fin.

Excepto que obviamente no lo hago. Solo *desearía* poder hacerlo. En su lugar, me pongo más o menos del color de una margarita de fresa (lo cual es una habilidad particular mía, y sin duda una de las razones por las que estoy soltera en este momento...), luego me encojo de hombros tan casualmente como puedo.

—Claro —digo, intentando sonar indiferente, pero sonando como si me hubiera golpeado el dedo del pie—. De todos modos, iba al baño. Eh, realmente necesito hacer pis.

Naturalmente, la música elige ese preciso momento para desvanecerse, lo que significa que mi intención de ir a orinar es anunciada a todos en la pista de baile.

Bien hecho, Summer.

El Príncipe Azul sonríe cortésmente, luego se vuelve hacia Chloe, nuestra breve interacción ya olvidada —por él, si no por mí— mientras me doy la vuelta y abandono la pista de baile, abriéndome paso entre la multitud hasta llegar a mi asiento en la esquina.

Faltan diez minutos para la medianoche, y mi carruaje ya se ha convertido de nuevo en una calabaza.

Recojo mi bolso y estoy rebuscando en él para asegurarme de que tengo suficiente cambio para el taxi de vuelta a casa, cuando de repente una mano como una garra con dedos manchados de nicotina se estira y agarra mi muñeca, torciéndola dolorosamente.

—¡Ay! —grito, girándome para ver a una mujer mayor con maquillaje pesado y una boa de plumas rosa frente a mí. Tiene el pelo teñido de naranja y parece estar tan acostumbrada a fumar en cadena durante todo el día que no sabe muy bien qué hacer con sus manos sin un cigarrillo en una de ellas.

—Escucha —dice, con una voz que suena como si acabara de beberse un triple de whisky y luego se hubiera comido el vaso—. Tienes que salir de aquí.

—¿Qué, de *Diamonds*? —pregunto, confundida—. ¿Por qué, quieres mi asiento? Puedes tenerlo si quieres; ya me iba.

—No —dice la mujer—. Bueno, quiero decir, sí: tomaré el asiento si no lo estás usando. Pero no, me refiero a que tienes que salir de *aquí*. De esta ciudad. *Margate*. Tienes que irte. No perteneces aquí.

La miro fijamente, preguntándome si la he oído bien. La música *está* bastante alta.

—¿Es esto... como una intervención o algo así? —digo al fin, tratando de averiguar si habla en serio o no—. ¿Eres mi Hada Madrina?

Ella lo considera brevemente.

—Piensa en mí como una Vieja Bruja Sabia —dice, pareciendo complacida consigo misma —. Alguien unos años mayor que tú, que ha dado algunas vueltas y conoce el marcador. O,

mejor aún, tengo una mejor: piensa en mí como *tú* dentro de veinte años, si no escuchas lo que te estoy diciendo.

—Vale, esto se está poniendo raro —le digo, cogiendo mi abrigo del respaldo de la silla—. Creo que simplemente me iré a casa. Gracias por el, eh, consejo, de todos modos. Definitivamente lo tendré en cuenta.

Me pongo el abrigo, mi mente dando vueltas. Lo cierto es que puede que no sea la chica más guapa de la sala —ni siquiera la más lista—, pero reconozco a una figura tipo Yoda cuando la veo (Un Yoda muy borracho y fumador empedernido en este caso. Es el lado de Yoda del que no se oye hablar a menudo, ¿verdad?), y esta mujer está hablando directamente a mi *alma*. De manera loca y bastante incoherente, claro, pero aun así, algo me hace querer escuchar lo que tiene que decir.

—No estoy bromeando —dice, apretujándose en el asiento a mi lado—. Confía en mí. Sé de lo que hablo. Además, he estado observándote a ti y a tu amiga de allí. De una manera no espeluznante, obviamente.

Asiente hacia la pista de baile, donde Chloe está firmemente envuelta alrededor de su Príncipe Azul. Realmente no puedo pensar en una forma no espeluznante de observarlos, pero asiento de todos modos, preguntándome qué va a decir mi nueva amiga a continuación.

—Yo solía ser como tú —me dice la mujer—. Pero *no* me fui. Me quedé aquí; y *ahora* mírame.

—Te ves... encantadora —le digo educadamente, contenta de que ella fuera quien hizo la observación de la Vieja Bruja Sabia, y no yo.

—No seas tonta —dice, con su cara tan cerca de la mía que puedo oler el alcohol en su aliento—. No quieres terminar como yo. Por eso tienes que salir de este maldito lugar. Para que puedas hacer algo con tu vida. Debes querer hacer algo con tu vida, ¿no?

—Bueno, sí —estoy de acuerdo, comprobando disimuladamente la hora en mi teléfono—. Por supuesto que sí.

Cinco minutos para la medianoche. Siento que la familiar ansiedad previa a la cuenta regresiva comienza a crecer en mi estómago. Ahora *realmente* necesito hacer pis.

—*¿Y bien?* —La Bruja me mira fijamente como si estuviera esperando una respuesta.

—¿Y bien, *qué*?

—Bueno, ¿qué quieres hacer con tu vida?

—Realmente no lo sé —admito, sintiéndome estúpida—. Solía querer ser cantante. Era bastante buena cuando era más joven. Pero...

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

Frunzo el ceño, preguntándome por qué tengo que justificar mis decisiones de vida ante una extraña obviamente borracha y/o loca.

—Yo... no estoy segura. Supongo que la vida se interpuso. Así que nunca lo hice.

—Y nunca lo harás, si te quedas aquí —dice la Vieja Bruja Sabia dramáticamente—. Tómalo de alguien que lo sabe.

—Pero, ¿*cómo* lo sabes? —pregunto—. ¿Tú también querías ser cantante? ¿Es eso lo que estás tratando de decirme?

—Mira, Pelirroja —suspira, pareciendo que empieza a hartarse de mí—. Puedes tomar mi consejo o dejarlo, es tu decisión. No me conoces. Solo soy una vieja loca y probablemente

borracha en un pub, ¿verdad?

—Vale —asiento, contenta de que por fin estemos en la misma página—. O sea, estoy segura de que no estás *loca*. Pareces muy agradable, en serio. Bueno, aparte de lo de «pelirroja», obviamente. Prefiero «pelirrojiza». Pero es solo que…

De repente, la música se corta y es reemplazada por el familiar repique del Big Ben sonando por los altavoces.

—¡Diez! —grita todo el mundo al unísono—. ¡Nueve!

Mi estómago da un vuelco con la ansiedad que provoca ser testigo de cómo el tiempo se agota *literalmente*. Lo siento en otros momentos también, pero en Nochevieja, la sensación es tan visceral que me hace desear que la vida tuviera un botón de «rebobinar», para no tener que experimentarlo.

No más Nocheviejas. No más tiempo desperdiciado. No más angustia existencial.

¿No suena maravilloso?

En la pista de baile, Chloe y el Príncipe ya se están besando, sin molestarse en esperar hasta la medianoche.

—¡Cinco! ¡Cuatro!

Este no es el lugar donde quiero estar. No creo que sea donde *nadie* quiera estar, en realidad, pero cuando era más joven, siempre me imaginaba pasando la Nochevieja bebiendo cócteles en alguna playa tropical; no sentada con un montón de desconocidos en un bar de mala muerte en mi ciudad natal.

Y sin embargo, aquí estoy.

—Sal de aquí, te lo digo —dice la Vieja, mirándome significativamente. Y, aunque no tengo ni idea de cuál es realmente el significado de su mirada, cuando el reloj marca la medianoche y todos excepto yo tienen a alguien a quien besar (supongo que *podría* besar a la Vieja, pero… no), decido seguir su consejo.

Me voy.

Me voy a casa.

—¿Y *ahora* qué? —me lamento miserablemente, tirando mi abrigo al suelo de mi habitación y arrojándome de cara sobre la cama cuando llego a mi piso frío y vacío, con la letra de *Auld Lang Syne* aún resonando en mis oídos.

Las palabras de la Vieja siguen dando vueltas en mi mente.

¿Y si la Vieja tenía razón?

¿Y si realmente se me está *acabando* el tiempo para hacer todas las cosas que quiero hacer con mi vida? Porque ciertamente lo siento así. Y el hecho de que la única persona que me ha deseado un Feliz Año Nuevo hasta ahora haya sido un conductor de Uber llamado Kevin que no paraba de llamarme Sarah, no está haciendo mucho para disminuir esa sensación.

Me doy la vuelta sobre mi espalda justo cuando mi teléfono suena con urgencia dentro de mi bolso.

Apuesto a que es Chloe, preguntándose dónde estoy.

Me esfuerzo por volver a sentarme y hurgo en busca de mi teléfono, navegando hacia la aplicación de mensajes para ver qué tiene que decir.

Pero no es Chloe.

No, es mi jefa, Linda, enviándome un mensaje a las 12:33 de la madrugada del Día de Año Nuevo para preguntarme si he terminado los KPI de esta semana.

Hundo mi cara en la almohada para ahogar un grito de frustración.

Odio mi trabajo. Lo cual es desafortunado para mí, porque el único paso lógico siguiente para mí desde aquí sería el trabajo de *Linda*. Entonces *yo* sería la que enviara mensajes a la gente en medio de la noche, pidiendo un conjunto de cifras que literalmente a nadie le importan. *Yo* sería la que no tuviera vida. O incluso *menos* vida, más bien.

¿Quizás esa mujer en el pub me fue enviada por una razón? ¿Quizás realmente *era* una especie de Hada Madrina? ¿Quizás esta es la señal que he estado esperando para obligarme a cambiar mi estúpida vida?

Por el rabillo del ojo, algo llama mi atención. Es una caja de cartón, un poco húmeda por los bordes, y con un aspecto mohoso, como recién salida del ático.

DIARIOS DE SUMMER se lee en el rótulo garabateado en la caja. *NO ABRIR. BAJO PENA DE MUERTE.*

Oh, sí. Casi olvidé que mamá la dejó antes. Bueno, supongo que me vendría bien una distracción.

Recojo la caja y la abro con cautela, como si el contenido pudiera ser peligroso. Pero es solo un montón de viejos cuadernos, en varios estados de conservación. El que está encima es un cuaderno de ejercicios de tapa dura azul que reconozco de la clase de Ciencias. Lo saco y lo hojeo distraídamente, esperando que lo que haya dentro me dé suficientes risas para hacerme olvidar todo sobre Chloe, el Príncipe Encantador y las Viejas Sabias. Tal vez incluso lo suficiente para hacerme olvidar a Linda y sus KPI.

El Diario Secreto de Summer Brookes, 13 Años y Tres Cuartos

Querido Diario:

Bueno, aquí estamos: un nuevo año, y con suerte un nuevo comienzo.

Año Nuevo es una época extraña para mí, porque siempre siento ganas de llorar. ¿Es eso raro? Siento que probablemente sea raro. Olvida que lo dije. Lo cambiaré más tarde si puedo encontrar algo de Tipp-Ex.

En fin, realmente no creo en los propósitos de Año Nuevo, pero vi esto en la tele sobre cómo si quieres que las cosas pasen en tu vida, tienes que «manifestarlas», así que supongo que esto es. Esto soy yo manifestando. Estas son las cosas que quiero que pasen en mi vida:

1. Besar a Jamie Reynolds, el vecino de al lado.
2. Superar el miedo a volar para poder salir de Margate y viajar por el mundo.
3. Cantar en otro lugar que no sea la ducha. Hacerme famosa por esto.
4. Ver a Taylor Swift en concierto.
5. Volverme guay. (¿Esto debería ser quizás el número 1, ya que todo lo demás depende un poco de ello?)
6. ¿Quizás montar en moto? Eso parece algo que haría una chica guay, ¿no?
7. Conocer al amor de mi vida.
8. ~~Saltar de un avión.~~ Escalar una montaña.
9. Otras cosas por confirmar. (Eso significa «to be confirmed», por cierto).
10. Básicamente, cambiar totalmente mi vida.

Idealmente quiero hacer todo esto antes de que termine el año, porque, seamos sinceros, no me estoy haciendo más joven.

Por el lado positivo, creo que puedo tachar el número 7, porque ya conozco a Jamie Reynolds, así que al menos eso es uno menos, ¡sin siquiera intentarlo! ¡Solo quedan 9 más!

Deséame suerte…

Summer xoxo

Cierro el libro lentamente, y luego me quedo sentada en silencio en la oscuridad, sintiendo que voy a llorar.

Mi yo de 13 años no habría tenido ningún problema en decirle a las Viejas Brujas Sabias —o a cualquier otra persona que preguntara— exactamente lo que quería hacer con su vida. Lo tenía todo planeado, en una lista de 10 puntos.

El asunto es que, sin embargo, nunca llegó a hacer nada de eso.

Ni una sola cosa.

(Bueno, a menos que por "otras cosas por determinar" se refiriera a "conseguir un trabajo de mierda en un centro de llamadas y seguir soltera en los treinta", y de alguna manera no creo que fuera eso lo que quería decir.)

De repente, esto se siente como una tragedia de proporciones tan épicas que es casi más de lo que puedo soportar.

¿Por qué no hice nada de eso? ¿Cómo pasé de ser una adolescente con los ojos bien abiertos, que ***totalmente*** *pensaba que iba a ser famosa algún día, a una trabajadora abatida de*

un centro de llamadas, que aún no ha alcanzado los KPI que su jefa busca, y que ni siquiera está totalmente segura de lo que ***son****?*

No, en serio, ¿cómo? ¿Cómo sucede eso? ¿Cómo se me escapó la vida de esa manera? Y, bueno, supongo que siempre fue poco probable que algún día fuera famosa; pero Jamie Reynolds? Él estaba *justo ahí*, casi todos los días de mi joven vida. Y ni siquiera lo besé.

¿Por qué no besé a Jamie Reynolds, ni una sola vez?

Todo lo que quería estaba justo frente a mí. Estaba a mi alcance. Pero de alguna manera logré astutamente evitar *tocarlo* realmente, y ahora, tal como dijo el Hada Madrina/Vieja Bruja Sabia, probablemente sea demasiado tarde.

Con mi espiral descendente casi completa, tomo mi teléfono de nuevo, decidiendo torturarme un poco más al ver si puedo rastrear a Jamie y ver qué está haciendo estos días.

Apuesto a que está casado.

Apuesto a que tiene hijos.

Apuesto a que está viviendo esta vida increíble llena de aventuras; el tipo de vida que ni siquiera puedo soñar.

Encuentro a Jamie en Instagram sin demasiado problema. Es instantáneamente reconocible, aunque no lo he visto en años. Pero ahí está, sonriendo en un barco en algún lugar. Ahí está de nuevo, sosteniendo un cóctel en un bar. Ahí está, con sus ojos marrones riendo a la cámara, luciendo tan familiar que la nostalgia casi me quita el aliento.

Está viviendo una vida increíble, llena de aventuras: eso es ciertamente verdad.

Pero no está casado.

No tiene hijos.

Sin embargo, tiene un bar en Tenerife, según la información en su perfil. Un bar que se ve bullicioso y feliz, y a un millón de kilómetros de *Diamonds*, con sus alfombras pegajosas, sus bebidas aguadas y sus extrañas ancianas que pueden o no haber sido enviadas desde el futuro, con un mensaje importante para Summer Brookes, de 31 años y medio.

Un bar al que podría llegar en una aerolínea de bajo costo por solo 139 libras ida y vuelta, según Google.

—No —digo en voz alta, dejando firmemente el teléfono en la cama junto a la caja de viejos diarios—. No, eso es una locura. No puedo ir a Tenerife. Simplemente no puedo. Tengo trabajo mañana, para empezar. Tengo esos KPI que hacer, para continuar. Y tengo terror a volar.

Además, eso sería una locura. Impulsivo. Imprudente. Todas las cosas que no soy.

Hago una pausa, pensándolo.

Aparte del miedo a volar, realmente no hay nada que me impida subirme a un avión e ir a Tenerife. Ni marido ni pareja. Sin hijos. Diablos, ni siquiera tengo *plantas* de las que preocuparme.

No hay nada que me impida reservar un vuelo. De hecho, no hay nada que me impida hacer *ninguna* de las cosas que quería hacer con mi vida cuando tenía 13 años.

Entonces... ¿por qué no lo haces, Summer?

No estoy totalmente segura de cómo la Vieja Bruja Sabia se las ha arreglado para hablar dentro de mi cabeza, y estoy aún menos segura de por qué la estoy escuchando. Pero cuanto más lo pienso, más simple parece todo.

Podría volar a España.

Podría besar a Jamie Reynolds.

Podría, citando a mi yo más joven, *simplemente cambiar totalmente mi vida, básicamente.*

Y tal vez el vino que estaba bebiendo esta noche era más fuerte de lo que pensaba, pero en este momento no puedo pensar en una sola razón por la que no debería hacerlo, aparte del hecho de que *no es el tipo de cosas que hago*. Mi vida se rige por reglas y horarios, y... y KPI. Nunca he hecho nada ni remotamente espontáneo en mi vida.

¿Pero tal vez ahora sea el momento de empezar?

Son las doce y cincuenta y tres de la noche.

Y parece que me voy a España.

Dos

Resulta que cambiar tu vida es mucho menos dramático de lo que podrías pensar.

Es bastante aburrido, si quieres saber la verdad.

Es decir, no puedo hablar por *todos* los que lo hacen, obviamente. No es como si fuera la mayor experta del mundo en dejar tu vida atrás. Esta es mi primera vez. Mi debut, si quieres. Soy una novata en esto de dejar la vida. Y estoy segura de que hay gente por ahí que logra salidas perfectas al estilo de las telenovelas, con música de suspenso y un interés amoroso desesperado persiguiéndolos frenéticamente por el aeropuerto, pero en mi caso, hasta ahora ha implicado mucho hacer cola, una cantidad nada despreciable de papeleo, y una mujer de rostro pétreo en el mostrador de facturación, cuya placa la identifica como April, pero que definitivamente tiene más personalidad de enero.

Siempre he odiado enero.

Y los aeropuertos, ya que estamos.

Desde aquel fatídico vuelo a Mallorca cuando tenía trece años, en el que vomité en el bolso de mi madre cuando las turbulencias se pusieron realmente feas, he tenido terror a volar, hasta el punto de que simplemente no lo hago. Pero aquí estoy, de pie en el mostrador de facturación del aeropuerto de Gatwick, menos de 24 horas después de haber reservado el vuelo en línea, preparándome para enfrentar mis miedos y cambiar mi vida.

Pero intenta decírselo a mi nueva amiga, April.

—Le pedí su pasaporte, señora, no su historia de vida —dice April, cuyo rostro impecablemente maquillado parece que podría agrietarse si intenta sonreír.

Se lo entrego mansamente.

—La foto es antigua —digo rápidamente, mientras ella hojea las páginas hasta que encuentra la imagen de mí con aspecto vagamente sobresaltado en una cabina de fotos de supermercado—. He estado pensando en sacarme una nueva, pero no tuve tiempo. Todo fue un poco de última hora. ¡Todavía no puedo creer que esté haciendo esto! Todo fue tan extraño, realmente...

—Sí, ya lo dijo —dice April, impasible—. El Hada Madrina, ¿no? ¿Cuántas maletas quiere facturar?

—Solo una —le digo, levantando mi vieja y maltratada maleta sobre la cinta transportadora y observando cómo avanza hacia el enorme agujero más allá, con un aspecto tan abatido como yo

me siento—. Y dijo que era más bien una Anciana Sabia. Aunque creo que probablemente solo estaba borracha.

—Pues claro que estaba borracha —dice una voz masculina aburrida detrás de mí—. Porque no existen las Hadas Madrinas. Ni las Ancianas Sabias, ya puestos. Nunca he oído nada tan ridículo en mi vida. Oye, ¿hay alguna posibilidad de que podamos agilizar esto un poco? Algunos de nosotros realmente *queremos* tomar nuestros vuelos.

Me giro y miro con enojo al que habla: un tipo alto que inexplicablemente lleva gafas oscuras *dentro de la terminal*, como si fuera una especie de estrella de rock intentando viajar de incógnito.

*Espera. ¿**Es** una especie de estrella de rock intentando viajar de incógnito?*

Entorno los ojos mientras lo examino de arriba abajo, fijándome en la mandíbula que solo podría describirse como "cincelada", el pelo que le cae atractivamente sobre un ojo, y el indicio de barba incipiente alrededor de unos labios carnosos y besables que actualmente están torcidos en un gesto de disgusto. Lleva un suéter de cachemir que parece lo suficientemente suave como para acurrucarse en él, con unos vaqueros perfectamente ajustados y una chaqueta de cuero desgastada. Es tan guapo que es tentador creer que también debe ser *agradable*, pero el tono de voz que usó sugiere lo contrario.

Sí, definitivamente podría ser una estrella de rock. Es lo suficientemente atractivo. Y arrogante también, por lo que parece.

—*Sé* que no era un Hada Madrina *de verdad* —le digo con toda la altivez que puedo reunir, dado que estamos hablando de hadas *reales* aquí—. No soy estúpida.

Sus cejas se elevan casi imperceptiblemente ante esto. Creo que podría odiarlo.

—Pero si no fuera por ella —continúo, ignorando su expresión divertida—, nunca se me habría ocurrido hacer esto. En serio, yo *no* soy el tipo de persona que deja su trabajo sin previo aviso. Solo...

—Excepto que no dejaste tu trabajo, ¿verdad? —dice el Chico Estrella de Rock con impaciencia—. Llamaste a tu jefa de camino al aeropuerto y le pediste usar parte de tus vacaciones anuales, tú misma lo dijiste. Unas cinco veces, de hecho.

—Puede que haya llamado a mi jefa para hacerle saber que no iría —le digo fríamente—. Pero eso no cambia el hecho de que me estoy marchando sin previo aviso, ¿verdad?

Ni el hecho de que Linda me dijo que no podía garantizarme que tendría un trabajo esperándome cuando volviera. Pero no voy a pensar en eso ahora.

—Un *poco* sí que lo cambia, cariño —interviene una señora mayor que está justo detrás del Chico Estrella de Rock. Es enero, pero lleva lo que parece un pareo de playa, además de un gran sombrero de paja que no deja de caérsele sobre los ojos—. Tomar vacaciones anuales no es lo mismo que marcharse sin más, ¿verdad?

—No, no lo es —coincide el hombre detrás de ella, que parece rondar los 80 años y empuja la silla de ruedas de su esposa. Suena un poco como el Rey Carlos, con vocales redondeadas y consonantes cristalinas—. En realidad, solo te vas de vacaciones, igual que el resto de nosotros, compañera.

—*Ella* se va de vacaciones para encontrar al amor de su vida —suspira la esposa, sonando igual de elegante—. Y *nosotros* solo vamos a tomar un poco de sol invernal. No es realmente lo mismo, querido.

Le sonrío agradecida, contenta de que *alguien* entienda lo dramáticas que son estas vacaciones de último minuto para mí.

—Dios mío —interrumpe el Chico Estrella de Rock, levantando la vista de su teléfono—. ¿*Todo el mundo* en el aeropuerto va a opinar sobre esto, o podemos seguir con la facturación de este vuelo antes de que despegue sin nosotros?

Todos me miran expectantes, incluida April, que me está tendiendo mi pasaporte, junto con la tarjeta de embarque.

—Asiento 13B —dice, logrando de alguna manera que suene como si me estuviera maldiciendo con esta información—. El embarque es pronto, así que puedes ir directamente a la puerta si quieres.

Mi estómago da un repentino vuelco, como si hubiera estado flotando en la cima de una montaña rusa y acabara de comenzar su peligroso descenso.

—Yo... no puedo —digo en un susurro, con las piernas temblando ominosamente.

—Sí que puedes —dice April, sonriendo rígidamente—. Solo gira a la derecha al final de las escaleras mecánicas y...

—No, quiero decir que no puedo hacer esto *en absoluto* —digo rápidamente, agarrando el pasaporte y apretándolo contra mi pecho—. No puedo subirme al avión. ¿Puedo recuperar mi maleta?

Miro implorante el abismo que se ha tragado mi maleta.

—¿Recuperarla? —dice April, casi echándose hacia atrás del shock—. No se *recupera* una vez que ha entrado. Ya está en el sistema. No hay forma de detenerla una vez que está en el sistema.

Lo dice con una finalidad que sugiere que la maleta ha entrado en un programa de protección de testigos y ahora está perdida para nosotros para siempre.

—Bien —digo, con la voz peligrosamente temblorosa—. Bien. Simplemente... simplemente me iré a casa sin ella, entonces. Puede irse de vacaciones sin mí. Simplemente... simplemente compraré ropa nueva. Y maquillaje. Estará bien. De todos modos necesitaba algunas cosas nuevas.

Me imagino la maleta bebiendo cócteles junto a una piscina aguamarina y bailando toda la noche en un bar tropical, usando mis gafas de sol favoritas en forma de corazón y ese vestido que compré en las rebajas de ZARA. Casi me dan ganas de unirme a ella. Luego recuerdo el vuelo que tendría que tomar para llegar allí, a esa piscina aguamarina y al bar tropical, y mis piernas se bloquean en su lugar, arraigándome al suelo como una estatua.

Con un profundo suspiro, el Chico Estrella de Rock me rodea con elegancia y le entrega su pasaporte a April, quien parpadea sus pesadas pestañas hacia él, obviamente cegada por su aspecto realmente impresionante. O tal vez solo está aliviada de tratar con alguien relativamente normal por una vez.

—Alexander Fox —arrulla, abriendo su pasaporte en lo que estoy bastante segura es una foto mucho menos vergonzosa que la mía—. Qué gran nombre.

Sus ojos recorren apreciativamente su cuerpo de arriba a abajo, antes de volver a aterrizar en su rostro, al que sonríe coquetamente.

—Alex —dice él, volviendo a su teléfono, que obviamente le resulta mucho más interesante que cualquier otra cosa que esté pasando aquí.

Me aparto de su camino, respirando profundamente en un intento por calmarme.

—¿Qué te pasa, cariño? —dice la mujer del sombrero de sol, acercándose y tocándome el brazo con simpatía. Lleva tantas pulseras que tintinea al caminar, como Papá Noel. Es extrañamente reconfortante—. ¿No tendrás miedo a volar, verdad?

—Por supuesto que tiene miedo a volar —dice el hombre con voz refinada, aflojándose el cuello de la camisa. Obviamente pertenece a la generación que solía arreglarse para volar, porque lleva un elegante traje de lino, completo con pajarita—. ¿No escuchaste la parte sobre cómo está sintiendo el miedo y lo está haciendo de todos modos?

—Como la mujer fuerte e independiente que siempre ha querido ser —añade su esposa, mirándome con admiración desde su silla de ruedas.

—Como una chica "cool" —dice otro hombre, que lleva un chándal abierto en el cuello para mostrar un pecho sorprendentemente peludo para su avanzada edad, y un bronceado de un color que me recuerda a un viejo aparador que solían tener mis padres.

*¿Es que **todos** en este vuelo son octogenarios, excepto yo?*

—Dios mío —murmura Alexander Fox —*Alex*— de nuevo, pasándose la mano por el pelo, mientras nos mira de reojo desde su teléfono.

Bueno, excepto yo y el hombre gruñón de allí.

—Así es —digo, levantando la barbilla como para desafiarlo—. Voy a España para enfrentarme a mis miedos, encontrar al amor de mi vida y... y para ser cool. Porque *soy* cool. Soy una chica cool. Chica cool Summer. Esa soy yo.

—Yo soy Rita —dice la Mujer del Sombrero de Sol, ofreciéndome su mano, que está tan cargada de anillos que es como estrechar una roca cubierta de percebes—. No soy cool, pero puedo leer las hojas de té, lo cual también es útil.

—Alice —dice la mujer en la silla de ruedas—. Y este es mi marido, Julian. Me temo que tampoco somos cool.

—Gerald —se ofrece el Hombre del Chándal, meneando un par de cejas realmente impresionantes hacia mí—. Aunque puedes llamarme Gerry, porque yo *sí* soy bastante cool, para ser honesto contigo. Al menos eso me dice mi nieta.

Todos menos Alex estallan en carcajadas. Alex solo se lleva una mano a la frente y se la frota con cansancio, como si el sonido de la felicidad le doliera físicamente. Casi puedo sentir cómo pone los ojos en blanco detrás de sus estúpidas gafas oscuras.

De repente, quiero subirme al avión, solo para fastidiarlo.

—Vamos, cariño, puedes hacerlo —dice Rita alentadoramente—. Y si no puedes... —se inclina hacia adelante en tono conspirativo— estoy planeando comprar una buena botella de tequila en el duty free. Puedes tomar un poco. Siempre le funcionó a mi Fred, el tequila. También le mantenía el intestino bien regulado. De hecho, si no fuera por...

—A este paso, *ninguno* de ustedes va a subirse a ese avión —dice Alex, frunciendo el ceño a su teléfono mientras se une a nosotros de nuevo—. Ya está embarcando.

Como si fuera una señal, el panel de información sobre el mostrador de April cambia de la información del vuelo a "EMBARCANDO AHORA: DIRÍJASE A LA PUERTA". Las letras parpadean, acusadoramente. Todos los ojos vuelven a girarse hacia mí.

—Cuando tengo que hacer algo que no quiero hacer —dice Alex, que aparentemente ha completado el proceso de facturación en una fracción del tiempo que me llevó a mí

(Probablemente porque *no* pasó 20 minutos contando la historia de cómo está huyendo a España para cumplir los deseos de su yo de 13 años)—, lo hago en los incrementos más pequeños posibles. Un paso a la vez.

—Pero ¿y si yo...?

—Tienes miedo a volar, ¿verdad? —continúa, ignorando mi interrupción—. Así que te dices a ti misma que todo lo que tienes que hacer es llegar al aeropuerto, nada más que eso. Luego te dices que todo lo que tienes que hacer es facturar tu maleta, y después puedes irte a casa si realmente quieres.

—Creo que *quiero*

realmente quiero—... —empiezo, pero él no ha terminado.

—Ahora que has hecho esa parte —continúa, ignorándome—, todo lo que tienes que hacer es caminar hasta la puerta de embarque. Eso es todo.

—Bueno, y pasar por seguridad —dice Rita, haciendo sonar ruidosamente sus joyas mientras se une a nosotros—. Puede que tengas que quitarte los zapatos para eso, cariño, pero está bien, porque hay tiendas libres de impuestos al final, así que podemos conseguir ese tequila para calmar los nervios.

—Si todavía no quieres subir al avión cuando llegues a la puerta, no tienes que hacerlo —dice el Chico Estrella del Rock—. Puedes dar la vuelta y regresar en cualquier momento. O puedes subir al avión e ir a hacer... lo que sea que estés intentando hacer aquí. Tú decides.

—No es una cosa rara —le digo acaloradamente—. Estoy cambiando mi vida. Reservé un vuelo a España en lugar de hacer los KPIs. Llamé a mi jefa y le dije que no iría. Hice ambas cosas *por impulso*. Nunca, jamás hago cosas así. Tienes que entender. Nunca tomo riesgos. Nunca.

—Y tampoco tomarás uno ahora si no te decides —señala, mirando su teléfono de nuevo—. No te esperan. No es como un taxi. ¿La Hada Madrina no te explicó esto cuando estaba ocupada convirtiendo tu calabaza en carroza anoche?

—No era una Hada Madrina, era una Vieja Bruja Sabia —dice Alice, acercándose a mí en su silla de ruedas, con Julian siguiéndola de cerca—. ¿No escuchaste a la chica?

—Oh, no puedes llamarlas "brujas" en estos días —interviene Gerald, apareciendo detrás de ellos—. Es *ofensivo*, ¿no? Todo es ofensivo en estos días.

—Para que lo sepas, nosotras las mujeres estamos reclamando nuestra Bruja interior —dice Rita, mirándolo severamente—. Una Bruja es solo una mujer sabia que ha visto suficiente de la vida como para poder transmitir su sabiduría a los jóvenes. Yo soy una. Tengo mucha sabiduría, yo. *Yo* seré tu Hada Madrina si quieres, Summer. Ya que la verdadera no está aquí.

—Yo también —dice Alice con entusiasmo—, seré tu Vieja Bruja Sabia. Todas lo seremos.

Alex resopla. Es una lástima, porque su pequeño discurso de "un paso a la vez" fue realmente bastante útil, pero ahora vuelvo a odiarlo.

—Él obviamente no —dice Alice con brusquedad—. Pero el resto de nosotros sí. Seremos la Pandilla de Brujas.

—Oh, no estoy segura de que me guste eso —dice Rita—. ¿No podemos ser simplemente las Hadas Madrinas?

—Yo no quiero ser un Hada —dice Gerald con firmeza—. Por supuesto, no puedes decir *eso* hoy en día, ¿verdad?

—Esto no está ayudando a Summer a subir al avión —señala Julian, ajustándose la pajarita —. Entonces, ¿qué dices, Summer? ¿Vas a hacerlo? ¿Vas a ser cool?

—Sí, lo haré —digo con firmeza, tomando la decisión solo para fastidiar a Alex Fox demostrando lo equivocado que está sobre mí—. Voy a hacerlo. No arriesgué mi trabajo y gasté una pequeña fortuna solo para *no* cambiar mi vida. Voy a subir al avión. Voy a ser cool.

Hay una breve pero satisfactoria ronda de aplausos de todos excepto Alex. Incluso April parece que estaría orgullosa de mí, si fuera capaz de tener emociones humanas normales.

—Bueno, mejor que te des prisa —dice, señalando el tablero detrás de ella—. El embarque comenzó hace cinco minutos.

Realmente quiero moverme, pero mis piernas han echado raíces de nuevo, y estoy soldada al suelo. Creo que tendré que quedarme aquí para siempre; mi estómago revuelto por los nervios y las palmas de mis manos húmedas por el miedo.

Dios, odio volar. ¿Por qué todos los lugares ***buenos*** *del mundo tienen que estar tan lejos? ¿Por qué Jamie Reynolds tuvo que abrir su bar en Tenerife, en lugar de en Margate, por ejemplo? ¿Por qué mi yo de 13 años no pudo decidir trabajar en un centro de llamadas cuando creciera? Entonces no tendría que estar aquí en absoluto.*

El pensamiento me hace volver bruscamente a mis sentidos.

Si no hubiera encontrado ese viejo diario anoche, no se me habría ocurrido buscar a Jamie Reynolds en línea, y no habría encontrado su Instagram, lleno de cielos azules y playas soleadas. Así que no habría reservado impulsivamente —y, está bien, *borracha*— un billete de ida al mismo lugar, y no, no estaría aquí ahora.

Pero eso significa que estaría en el trabajo en su lugar. En un aburrido centro de llamadas, siendo gritada por personas cuya televisión por cable no funciona, y teniendo a mi jefa cronometrando mis descansos para ir al baño para asegurarse de que no estoy "aprovechándome". Estaría volviendo a mi solitario apartamento, y no tendría nada que esperar excepto tal vez un viaje a Costa Coffee, en lugar de Costa Adeje.

Estaría aburrida, sola y completamente insatisfecha, en otras palabras.

Eso... ¿no sería mejor que *esto*?

¿*Lo* sería?

Alexander Fox exhala el tipo de suspiro que parece venir desde lo más profundo de su alma.

—Vamos, Chica Cool —dice con firmeza, poniendo una mano en la parte baja de mi espalda y empujándome hacia adelante—. Se acabó el tiempo de pensar. Vamos a cambiar tu vida.

Tres

No estoy tanto huyendo como *arrastrándome* lejos.

Lentamente.

Glacialmente.

A paso de tortuga.

Para ser justos, no es *totalmente* mi culpa —esa cola en seguridad no tuvo nada que ver conmigo, ni tampoco el hecho de que Rita resultara tener media botella de vodka escondida en su bolso, lo que nos retrasó a todos mientras ella se deshacía de ella. Pero para cuando me acerco a la puerta de embarque, mi progreso es tan lento que prácticamente estoy retrocediendo, y es solo la presencia acechante de Alexander Fox detrás de mí lo que me impide darme la vuelta y salir corriendo.

Lo odio.

Aunque no tanto como odio volar; y, ahora mismo, es la parte de 'volar' la que está en primer plano en mi mente.

—Bien, todo listo —sonríe la mujer en la puerta, que obviamente no asistió al mismo curso de formación que April—. ¡Que tenga un buen vuelo!

Me devuelve mi pasaporte y tarjeta de embarque, y los guardo cuidadosamente en mi mochila, luego me giro para caminar de vuelta en dirección a la terminal, tan lejos del avión que espera como pueda llegar.

—Oh, no lo harás.

Antes de que pueda dar más que unos pocos pasos, Alex está sobre mí, agarrándome por el brazo y haciéndome girar para enfrentarlo.

—¿Qué estás haciendo? —siseo, viendo mi propio rostro aterrorizado reflejado en los cristales oscuros de sus gafas de sol—. Suéltame. Voy a gritar.

—No, no lo harás —dice—. No vas a gritar. Vas a subir al avión.

—Eh, *no*, no lo haré —respondo, sacudiendo la cabeza firmemente.

Ahora *no* quiero subir al avión solo para fastidiarlo.

*¿Qué **le pasa** a este tipo?*

—Eh, *sí*, lo harás.

Su tono es tan presuntuoso y seguro de sí mismo que por un momento considero gritar de todos modos.

—¿Cómo lo sabrías *tú*? —espeto, liberando mi brazo de su agarre—. Ni siquiera me conoces. No tienes idea de lo que voy a hacer.

Me mira impasible detrás de sus gafas de sol.

¿Quién lleva gafas de sol en interiores, de todos modos?

—Bueno, acabo de escucharte contar tu historia de vida a la mujer en el mostrador de facturación —dice, encogiéndose de hombros—. Remontándote hasta cuando tenías, ¿qué, catorce años?

—Trece —interrumpo rápidamente—. ¡Ja! ¿Ves? No lo sabes *todo*, ¿verdad?

—Sé lo suficiente para saber que quieres vencer tu miedo a volar —responde, imperturbable —. Ahora todo el mundo en la terminal lo sabe. Y sé que encontraste un viejo diario que te hizo decidir que estabas infeliz con tu vida, así que estás volando a España para intentar cambiarla. Lo cual no puedes hacer a menos que subas al avión.

Tiene razón, obviamente.

Puede que haya reservado el vuelo en un momento de imprudencia que era totalmente impropio de mí, pero he odiado mi trabajo desde siempre. Y sí quiero subir al vuelo. Solo que...

—No creo que pueda hacerlo —admito en voz baja—. Estoy demasiado asustada.

Me mira por un momento. Luego, sin decir una palabra más, se inclina, pone sus brazos alrededor de mi cintura, y me levanta, como un cavernícola que está a punto de llevarme de vuelta a su guarida.

Es... algo excitante, si soy honesta.

—Bueno, parece que tendré que hacerlo por ti —dice con seriedad, llevándome hacia la pasarela—. Está bien —le dice a la sorprendida mujer en la puerta—. Está conmigo.

—*No* lo estoy —gimo, pateando frenéticamente con las piernas y golpeando solo el aire—. ¡Bájame! Esto es una locura.

—Nop —dice alegremente, continuando hacia la puerta del avión—. Ya casi me haces perder mi vuelo hoy. No voy a dejar que lo retrases de nuevo mientras intentas decidirte.

Abro la boca para protestar, pero ya estamos en la parte inferior de la pasarela, donde me baja de nuevo, posicionándose detrás de mí para que no pueda darme la vuelta y correr.

Por derecho, debería estar furiosa. Debería estar humillada. Realmente debería odiarlo por tratarme como un equipaje que puede levantar y bajar cuando quiera. Pero antes de que pueda permitirme sentir toda esa justa indignación, estoy cruzando el umbral del avión, mostrando mi tarjeta de embarque a la azafata, y siendo dirigida por el pasillo, hacia donde el asiento 13B me espera.

Lo hice.

Estoy en el avión.

Y... también lo está Alexander Fox.

Quien está arrugando la nariz con disgusto mientras me sigue por el pasillo hacia los únicos dos asientos libres en el avión abarrotado.

Rita está en el pasillo, su sombrero ocupando casi tanto espacio como ella. Yo estoy en el medio. Y...

—Estoy en el 13C, junto a la ventana —dice Alex, en el tono de un hombre que va a su perdición, en lugar de a unas vacaciones al sol en Tenerife—. Vas a tener que dejarme pasar.

Rita y yo nos ponemos de pie, nuestras cabezas golpeando al unísono contra el compartimento de equipaje sobre nosotras, mientras Alex se retuerce para pasar entre las dos. Me llega un breve aroma de su loción para después del afeitado mientras su espalda roza mi nariz. Huele a almizcle y es caro, y me inclino hacia adelante, solo respirándolo, hasta que...

—¿Estás intentando *lamerme*? ¿Debería estar asustado?

Está frunciendo el ceño de nuevo. Parece haber muy pocas posibilidades de que vea el lado divertido de esto. Me sorprendería si alguna vez ha visto el lado divertido de *algo*, en realidad.

—¡No! No seas ridículo —respondo—. Además, soy yo quien debería tener miedo de *ti*. ¿Qué fue *eso* de allá atrás? ¿Normalmente vas por ahí levantando mujeres así, contra su voluntad?

—No, normalmente están bastante dispuestas —dice, con el más leve indicio de una sonrisa burlona, que solo consigue hacerlo parecer aún más arrogante—. Y tú también lo estabas, ¿no?

—Ciertamente *no* lo estaba —digo acaloradamente—. ¿Cómo te atreves a manosearme así?

—¿Quieres un caramelo, cariño? —dice Rita, empujando una bolsa frente a mi cara—. Te ayudará a que se te destapen los oídos cuando despeguemos.

La mención del despegue envía mi estómago instantáneamente de vuelta al ciclo de centrifugado. Trago nerviosamente.

—Eh, no gracias, Rita. Um, ¿qué estaba diciendo?

Me vuelvo hacia Alex, que se ha acomodado en su asiento y está de nuevo en su teléfono, tecleando tensamente un mensaje que presumiblemente involucra algún tipo de situación de vida o muerte, a juzgar por la expresión seria en su rostro.

—Creo que me estabas acusando de manosearte —dice, sin molestarse en levantar la vista—. Cuando, en realidad, solo estaba tratando de ayudarte.

—Oh, sí, muy útil, seguro. Eres todo corazón.

Presiona el botón de "enviar" en su mensaje a la manera de un hombre decidido a tener la última palabra sobre algo.

—Mira, querías subir al avión, ¿no? —dice secamente—. Te ayudé a subir al avión. Deberías estar agradeciéndome.

Levanta la mirada, y veo mi propio rostro pálido reflejado en sus gafas nuevamente.

—¿Nunca te vas a quitar esas cosas? —pregunto, apuntando a distraerlo—. Ni siquiera está tan brillante aquí. ¿Estás disfrazado o algo así?

Me mira fijamente por un largo momento, y entonces, antes de que me dé cuenta de que voy a hacerlo, estiro la mano y le quito las gafas con un gesto de "ta-da".

Debajo, sus ojos son verdes y ligeramente enrojecidos, enmarcados por pestañas espesas y oscuras, y llenos de una tristeza que solo se enfatiza por el enorme moretón morado que cubre un ojo, haciendo que el párpado se hinche en protesta.

—¡Oh, cielos! —dice Rita, inclinándose sobre mí para ver más de cerca—. Eso sí que es un buen moretón. ¿Has estado en una pelea, cariño?

—Lo siento —murmuro, sintiéndome terriblemente culpable mientras le devuelvo sus gafas de sol—. No... quiero decir... ¿Estás bien?

—Estoy bien —espeta, poniéndose las gafas de nuevo—. O lo estaría si la gente simplemente me dejara en paz.

Toma el teléfono y golpea viciosamente la pantalla para abrir sus mensajes. Observo con curiosidad por el rabillo del ojo, casi olvidando que actualmente estoy atrapada dentro de una lata que está a punto de lanzarse por los cielos a 800 kilómetros por hora.

De vuelta en el aeropuerto, asumí que era solo un poco imbécil, en realidad; el tipo de chico que se cree tan superior a todos los que lo rodean que no tiene que molestarse en ser educado. Ahora que lo he visto de cerca, sin embargo —y sin las gafas de sol que parece estar usando como armadura— es obvio que está pasando algo más. No está solo enojado, está *triste*. Puedo notarlo por la forma nerviosa y desconectada en que sigue tomando ese teléfono suyo, luego volviéndolo a dejar; y por la manera en que su rodilla se sacude arriba y abajo reflexivamente en su asiento, como una especie de tic nervioso.

—¿No tienes miedo a volar también, verdad? —pregunto esperanzada, mientras los motores del avión dan un ominoso rugido.

—Por supuesto que no —responde—. Lo único a lo que le tengo miedo es a la charla trivial. Aunque no parece haber forma de escapar de ella.

Mira significativamente su teléfono de nuevo, y me doy la vuelta, con lágrimas picando en el fondo de mis ojos.

*Entiendo que obviamente está pasando por algo, pero ¿tiene que ser tan **cruel**?*

Agarro los reposabrazos con fuerza mientras la voz del piloto suena por el intercomunicador, diciéndonos que estamos a punto de "retroceder", e invitándonos a ver el breve video de seguridad en las pantallas superiores.

—Nunca me molesto en ver esas cosas —dice Rita, abriendo su bolso y sacando las miniaturas de vodka que compró en el duty free. (Aparentemente, se habían quedado sin tequila) —. Es como solía decir mi Fred: "Si el avión se va a caer, Rita, todos nos vamos a caer con él. No hay forma de detenerlo. No sirve de nada ponerse esas máscaras de oxígeno y todo eso. No, lo mejor es esperar que suceda lo suficientemente rápido como para que no sepas qué te golpeó. No como esa pobre gente que tuvo que comerse unos a otros para sobrevivir. Mi Fred, él siempre decía...

—No creo que esto sea útil, de alguna manera —interrumpe Alex, viéndome alcanzar frenéticamente la bolsa para el mareo que sobresale del asiento frente a mí—. Viajar en avión es perfectamente seguro. Es la forma más segura de viajar, de hecho. No vamos a tener que comernos unos a otros.

—Qué pena, eso —sonríe Rita, guiñándole un ojo—. ¿No es así, Summer? No me importaría darle un mordisco a Alexander aquí. ¿A ti sí?

Me salvo de la indignidad de tener que responder a esto gracias al propio Alex, quien de repente suelta un grito de dolor.

—¡Ay! ¿Qué estás haciendo?

Sigo la dirección de su mirada, hasta llegar a mi propia mano, que, completamente sin mi conocimiento, se ha estirado y ha agarrado lo más cercano que pudo encontrar: que resulta ser la rodilla de Alex.

—Lo siento —jadeo, retirándola rápidamente. Pero entonces el avión se sacude hacia atrás, y observo impotente cómo la mano se lanza hacia adelante nuevamente, los nudillos blancos de

terror mientras lo agarran de nuevo.

Realmente necesito bajarme de este avión. Y también cortarme mi propia mano antes de que pueda hacer algo más para avergonzarme. Se suponía que este viaje sería una segunda oportunidad. Un reinicio. Pero ya siento que necesito una segunda oportunidad para mi segunda oportunidad. Un reinicio de mi reinicio. Necesito encontrar una manera de cambiar mi vida *sin* tener que enfrentar mis miedos; e idealmente sin tener que enfrentar al Sr. Alexander Fox y su complejo de superioridad tampoco.

Pero es demasiado tarde.

Estamos en movimiento; el avión retumbando y dando tumbos en su camino hacia el final de la pista, donde los motores rugen emocionados, como si estuviera desesperado por partir.

—Allá vamos —dice Rita emocionada, mientras comienza a ganar velocidad—. ¡Tenerife, allá vamos!

Hay un momento en que todos en la cabina parecen contener colectivamente la respiración, luego siento que la tierra desaparece debajo de nosotros, y estamos arriba, navegando sin esfuerzo —aunque un poco agitadamente— a través de las nubes.

Lo he hecho.

He emprendido el vuelo.

Bueno, en realidad, el *avión* ha despegado. Pero yo estoy *en* él. No hui. No intenté bajarme. Bueno, no *demasiado*, en todo caso. Pase lo que pase ahora —y realmente espero que no sea ese escenario de "canibalismo" que Rita me ha metido en la cabeza— al menos puedo decir que me subí a un avión y enfrenté mi miedo a volar.

Probablemente también debería admitir que no podría haberlo hecho sin la ayuda de Alex.

—¿Puedo recuperar mi mano ahora? —dice malhumorado.

—Oh. Sí. Lo siento —la suelto a regañadientes, y él la alcanza para masajearla con su otra mano, haciendo una mueca ostentosa con lo que apostaría es un nivel de dolor completamente exagerado.

—Vamos, no la estaba apretando *tan* fuerte —digo con culpabilidad.

—Hay marcas de dedos —señala, levantándola para mostrármela.

—Lo siento —siento que mis mejillas se ponen rojas—. Y, bueno, gracias. Por hacerme subir. No creo que hubiera podido hacerlo si no hubieras estado allí.

Como disculpas, no es de las mejores, pero Alex la descarta de todos modos.

—De nada —dice, volviendo a su teléfono, en el que sigue absorto, aunque lo vi cumplir con la instrucción de ponerlo en modo avión hace unos minutos.

Supongo que no será un compañero de asiento muy hablador, entonces. Afortunadamente —o desafortunadamente, según se mire— tengo a Rita a mi otro lado, que está más que dispuesta a compensarlo.

—Vamos entonces —dice, abriendo una de sus botellas de vodka y derramando la mitad sobre sí misma—. Cuéntanos todo sobre este Jamie.

—¡Oh! ¡Eso me recuerda! —digo, alcanzando para desabrochar mi cinturón de seguridad—. ¡El diario! ¡Necesito tachar el punto 2 de mi lista!

—La señal del cinturón —dice Alex, sin levantar la vista—. Todavía está encendida.

Debí haber imaginado que sería un tipo apegado a las "reglas". El tipo que nunca hace nada por impulso. No como yo, Summer, huyendo a España para cambiar su vida, por ejemplo. Ahora

que estoy realmente en el avión, y la peor parte del vuelo ha pasado, mis nervios han empezado a convertirse en emoción.

Realmente estoy haciendo esto.

No puedo creer que vaya a España.

Espera a que se lo cuente a Chloe. Y a mis padres. Nunca en un millón de años creerán que yo, Summer Brookes, tenga las agallas para subirme a un avión, con solo unas horas de aviso.

Esto es increíble.

Me quedo ahí sentada, burbujeando de emoción hasta que la señal del cinturón encima de mí se apaga con un pitido. En el segundo que lo hace, me levanto de un salto, golpeándome la cabeza contra los compartimentos superiores otra vez mientras me aprieto para pasar junto a Rita hacia el pasillo, donde forcejeo durante unos minutos con la puerta del compartimento de equipaje, hasta que mi mochila cae sobre mi cabeza, casi dejándome inconsciente.

—Ahí está —dice alguien—. ¡Ahí está nuestra chica!

Miro alrededor para ver a Gerald-del-Bronceado-Falso sentado justo detrás de nosotros, rodeado por un mar de cabezas blancas. Siempre había pensado en Tenerife como una isla un poco fiestera, pero con la excepción de un grupo de mujeres de unos 30 años, todas vistiendo camisetas a juego con el eslogan "Despedida de soltera de Libby" en el frente, y una pareja joven de aspecto exhausto con un bebé y un niño pequeño, parece que la edad media a bordo es de unos 82 años.

—Es la multitud de invierno —confirma Rita mientras me acomodo de vuelta en mi asiento, golpeando accidentalmente a Alex con la mochila en el proceso—. Los jóvenes normalmente vienen en verano, o durante las vacaciones escolares. El resto del año, somos mayormente nosotros los viejos.

No estoy segura de sentirme cómoda siendo incluida como una de "nosotros los viejos" (puede que no esté casada, ni tenga pareja, ni, bueno, una *vida*, realmente, pero *aún* tengo solo 31 años. Eso es joven, ¿verdad? ¿Eso todavía me da mucho tiempo para 'hacer algo de mi vida', como dijo la mujer en el bar?), pero no digo nada al respecto y me concentro en hurgar en la bolsa hasta que encuentro lo que estoy buscando.

—Aquí —digo, sacando el desgastado cuaderno azul de ejercicios que sirvió como mi diario desde los 13 hasta los 17 años, y pasándoselo a Rita, abierto en la página correcta—. Esto es por lo que estoy aquí.

Cuatro

El diario secreto de Summer Brookes, trece años y tres cuartos

Querido diario

¿Sabes en qué he estado pensando? Me he estado preguntando cómo será leer estas palabras dentro de, digamos, 10 o 20 años. ¿Cómo seré yo? ¿Qué habrá cambiado? ¿Siquiera recordaré a las personas y lugares mencionados aquí? ¿Habré viajado por el mundo, o seguiré atrapada aquí en el aburrido viejo Margate? La pregunta más importante de todas, por supuesto, es ¿qué estaré haciendo con mi vida? ¿Seré una cantante famosa? (¡Eso espero!) ¿Estaré casada con Jamie Reynolds? ¿Seguiré VIVA, incluso?

Bueno, este año decidirá todo eso (excepto quizás la parte de 'estar viva'. Creo que eso probablemente está fuera de mi control...), porque este es el año en que tengo que decidir qué materias tomar para los próximos dos años. Estoy aterrada, porque si no elijo las materias correctas, podría arruinar toda mi vida. Literalmente. Quiero estudiar música, para poder convertirme en una cantante famosa, pero mamá y papá dicen que debería estudiar economía, solo para estar segura. Por otro lado, Jamie Reynolds está estudiando arte, y si quiero que se fije en mí, realmente necesito asegurarme de estar en algún lugar donde pueda verme, así que tal vez debería estudiar arte también. O sea, ¿no creo que manifestar sea suficiente si estamos en clases diferentes? ¿O sí lo será?

No sé qué hacer. Siento que toda mi vida dependerá de esta decisión, y es demasiada presión. Creo que podría lidiar mejor si no tuviera mi período porque me hace sentir realmente abrumada y ansiosa, pero supongo que así es la vida.

Taylor Swift estuvo en la tele esta noche. ¡Estuvo brillante! ¡¡¡Tengo TANTAS ganas de verla en concierto algún día!!!

Summer XOXO

—¿Qué significa XOXO? —pregunta Rita, levantando la vista del diario y casi tirándome de mi asiento con el ala de su sombrero—. ¿Es un código para algo?

—No, son besos y abrazos —le digo—. Pero ese no es el punto.

—¿Ah, no? —Me mira expectante, con la botella de vodka a medio camino de sus labios—. ¿Es la parte sobre Taylor Swift, entonces? ¿Cantó algo realmente inspirador que te hizo querer ir a Tenerife?

—No —digo, frunciendo el ceño—. Creo que cantó *Tim McGraw*. Pero ese tampoco es el punto. Es...

—¿Él también estaba en tu clase? —dice Rita—. ¿Este Tim McGraw? ¿O estudió economía?

—No, *yo* estudié economía —digo, frustrada—. *Ese* es el punto. Estudié economía cuando *realmente* quería estudiar música. Y ahora aquí estoy, mirando esta entrada del diario 20 años después —bueno, casi— y, en realidad, *nada* ha cambiado. *No* viajé por el mundo. *Sí* sigo atrapada en Margate. No soy *ningún* tipo de cantante, mucho menos famosa.

A mi lado, Alex se mueve ligeramente en su asiento, y me inclino lejos de él, bajando la voz para que no pueda oírme.

—Me defraudé a mí misma, Rita —digo tristemente—. Defraudé a mi yo más joven. No hice nada de lo que era importante para ella. No hice *nada en absoluto*, realmente. Solo me conformé.

Y no quiero ser alguien que se conforma. No quiero ser alguien que tiene arrepentimientos. Quiero *hacer* algo con mi vida. Quiero...

—¿Hacer arte? —dice ella.

—En realidad, *sí* hice arte —admito—. Pero solo lo hice para poder ver a Jamie Reynolds más a menudo. No puedo dibujar ni para salvar mi vida.

—Y ahora estás volando a Tenerife para verlo también —dice encantada—. Debe ser todo un hombre, este Jamie, si has estado pensando en él todo este tiempo.

—Sí. Bueno, no, en realidad no —admito—. No lo sé. En realidad, no había pensado en él en años. Pero luego encontré este diario, y literalmente todo es sobre *él*: este chico al que nunca besé, pero estaba totalmente convencida de que iba a ser mi destino, hasta que... Bueno, de todos modos. Me hizo preguntarme, ¿sabes? ¿Y si *no* fuera demasiado tarde? No solo para eso —para mí y Jamie— sino para *todas* las cosas que nunca hice.

Hago una pausa, pensando en la mujer de anoche.

Piensa en mí como tú dentro de veinte años.

¿No es eso lo que dijo? Y luego leí esa entrada del diario, que casualmente mencionaba exactamente lo mismo. Yo en veinte años. Eso no puede ser una coincidencia, ¿verdad?

—Por eso estoy haciendo esto —le digo a Rita, girándome para mirarla de nuevo—. Porque, así como no quiero terminar como esa mujer en el pub dentro de 20 años, sé que mi yo más joven no querría convertirse en *mí*, y simplemente pasar su vida yendo a su trabajo sin sentido y luego volviendo a casa. Es como si estuviera en una especie de cinta de correr. Y soy la única que puede detenerla.

—Es como si fueras tu propia Hada Madrina —dice Rita con admiración.

Asiento.

—Supongo que sí. O mi propia Anciana Sabia.

Cuando lo digo en voz alta, todo esto suena mucho más extraño de lo que sonaba a la 1 de la madrugada de esta mañana, cuando la idea se me ocurrió por primera vez. Aunque, a la 1 de la madrugada de esta mañana, todavía estaba borracha de la noche anterior. Eso probablemente influyó bastante en mi pensamiento. Porque ahora que la adrenalina de subir al avión ha disminuido, estoy empezando a entrar en pánico de nuevo.

—Oh, Dios, Rita, ¿en qué estaba pensando? —me lamento, cubriéndome la cara con las manos—. Esto es una locura, ¿verdad? Es completamente una locura. ¿Quién demonios se va corriendo a España para ver a un chico que probablemente ni siquiera la recuerda? ¿Quién *hace* eso? Yo solo... De repente me siento tan abrumada.

—¿Tienes tu período de nuevo? —dice Rita con simpatía—. ¿Quieres que le pregunte a la azafata si tiene algún paracetamol para ti?

—Uy, ya no se les puede llamar «azafatas» —interviene Gerald, asomando la cabeza entre los asientos—. No les gusta. Es sexista, ¿no? Ahora hay que llamarlas «anfitrionas».

—Auxiliares de vuelo —dice Alex con voz aburrida desde el asiento de la ventanilla—. Se les llama auxiliares de vuelo. O tripulación de cabina.

Se ha vuelto a poner las gafas de sol y tiene el asiento reclinado.

Ya me imaginaba que sería el tipo de persona que reclina su asiento.

—Todas estas palabras modernas —refunfuña Gerald—. Solo son una excusa para ofenderse, ¿no? ¿Para qué la necesitas, de todos modos? ¿Era paracetamol?

—Eso es —dice Rita—. Summer aquí tiene la regla.

—No la tengo —estallo, sintiéndome como si *literalmente* hubiera sido transportada de vuelta al cuerpo de mi yo de 13 años—. Estoy bien, de verdad. Solo me sentí un poco... abrumada, eso es todo.

—Ah, ¿problemas de mujeres, eh? —dice Gerald sabiamente—. No digas más.

—Realmente desearía que *todos* dejaran de hablar —murmura Alex, como si fuera el Rey de la Cabina y pudiera decidir quién tiene permiso para hablar y cuándo. Inmediatamente me propongo hablar lo máximo posible, solo para molestarlo.

—¿Alguien llamó al botón de servicio? ¿Puedo ofrecerles algo?

Una auxiliar de vuelo sonriente se inclina sobre el asiento. Tiene una bandeja en las manos con dos copas de champán y cuando ve a Alex, que sigue viéndose guapo incluso cuando finge estar dormido, su lengua sale para humedecer sus labios apreciativamente.

—Sí, cariño, es para Summer, aquí —dice Rita—. Ella tiene su...

—NO TENGO LA REGLA —digo, mi voz saliendo mucho más fuerte de lo que pretendía —. Estoy, eh, bien, gracias —añado en un susurro—. No hay... eh, nada que ver aquí.

—Bien. Bueno, eso está bien —dice la mujer, haciendo un valiente intento de fingir que esta es una conversación totalmente normal—. Porque tengo estas para ustedes dos, cortesía de la cabina de pilotos.

Extiende la bandeja, colocándola entre Alex y yo, indicando que somos los «dos» a los que se refiere.

—Oh, pero no pedimos esto —digo, confundida—. Debe haber algún error. A menos que...

Recuerdo cómo Alex me apresuró a pasar junto a la tripulación cuando abordamos el avión antes.

—Pasajera nerviosa —había dicho a modo de explicación—. Solo la llevo a su asiento lo más rápido posible.

Eso debe ser. Me han traído una bebida para ayudar a calmar mis nervios. Y le han traído a *él* una bebida por... ¿*ayudarme* a calmar mis nervios? No lo sé. Pero no voy a rechazar algo gratis, así que tomo una de las copas y me vuelvo hacia Alex expectante.

—No, gracias —dice él, con cara de piedra—. Estoy bien con agua.

Saca una botella de plástico de Evian del bolsillo del asiento frente a él y la agita frente a la auxiliar de vuelo para demostrar su punto.

Vaya, realmente es un aguafiestas total, ¿no? Es casi como si ***él*** *estuviera triste, así que está decidido a asegurarse de que todos los demás también lo estén.*

—Bueno, yo la tomaré si él no la quiere —dice Rita, arrebatando la segunda copa de la bandeja antes de que alguien pueda objetar.

—Oh. En realidad no era para... Pero está bien, claro —dice la tripulante, retrocediendo lentamente—. Volveré por las copas más tarde.

—¿Qué estabas diciendo, querida? —pregunta Rita, vaciando su copa—. ¿Antes de que nos distrajéramos con tu periodo?

—No. Tengo. La. Regla —le digo de nuevo en un susurro teatral—. Solo estaba diciendo que me siento un poco tonta ahora, yendo hasta España en lo que probablemente será una búsqueda inútil. Incluso si logro encontrar a Jamie, ¿qué pasa si no me recuerda? ¿Qué pasa si no quiere tener nada que ver conmigo?

—¿Y si está casado? —interviene Alex, aún sin abrir los ojos.

—Pensé que estabas fingiendo estar dormido —digo, molesta—. De todos modos, no está casado. Revisé bien su Instagram, y está viviendo muy claramente la vida de soltero.

—Suena como todo un partido —dice Alex con sarcasmo—. Soltero en sus treinta y trabajando en un bar.

—Él *es dueño* del bar, no solo *trabaja* en él —respondo, intentando voltear mi cabello sobre mi hombro con actitud, y casi ennegreciéndole el otro ojo en el proceso—. Y de todos modos, *tú* no puedes hablar, ¿verdad? Estás yendo de vacaciones solo, así que supongo que tú también eres soltero en tus treinta, ¿no?

Tengo que admitir que tengo curiosidad por saber la respuesta a esto. No lleva anillo de matrimonio, pero eso no significa que no tenga novia. O novio, incluso. Siento que es demasiado guapo como para *no* tener uno, realmente. Pero entonces, ¿por qué no estarían con él, si es así?

¿Y por qué me importa?

El brazo a mi lado se tensa, y su boca se asienta en su habitual ceño fruncido, pero no se molesta en responderme; ni siquiera en mirar en mi dirección. Simplemente sigue sentado ahí, como mi propio Dementor personal, decidido a chupar la alegría de cada segundo.

—No hay nada de malo en ir de vacaciones solo —dice Rita alegremente—. Todos lo estamos haciendo, ¿no? ¡Somos como los tres mosqueteros! Dos Viejas y un Joven.

Levanta su copa en un brindis, y lo que queda del champán se derrama justo sobre mi escote, luego gotea por mi frente para aterrizar en el diario, que aún sostengo. Alex sonríe con suficiencia.

—Yo me encargo de eso —se ofrece Gerald, apareciendo de nuevo detrás de nosotros con una servilleta en la mano. Lo aparto y recojo mi diario de nuevo, secando la cubierta con mi manga.

—Entonces, ¿qué le vas a decir a este Jamie cuando lo veas? —pregunta Rita—. ¿Le vas a decir que es el amor de tu vida?

—Um, no, yo... no creo que sea una buena idea —le digo con cautela, sin querer admitir que existe una gran posibilidad de que Jamie Reynolds ni siquiera me recuerde—. Y no sé si *es* el amor de mi vida. Pero no se trata realmente de Jamie. O no *solo* de Jamie, de todos modos. Él fue solo el catalizador, supongo. Se trata más de... oportunidades perdidas, creo. Arrepentimientos. Todas las cosas que podría haber hecho de manera diferente, y cómo mi vida podría haber resultado si lo hubiera hecho.

Miro el diario en mi mano.

Siento que toda mi vida dependerá de esta decisión.

No fue así, obviamente. La vida de *nadie*

vida depende de si eligen Música o Economía en la escuela secundaria. *Seguramente*. Pero, de todos modos, no puedo evitar preguntarme qué podría haber pasado si hubiera tomado una decisión diferente en aquel entonces. O incluso varias *decisiones*. Todos los "y si" que presenta este diario han estado luchando por espacio en mi cabeza desde que lo desenterré de esa caja de recuerdos anoche, y simplemente no puedo dejarlos ir ahora que se han presentado.

¿Y si pudiera cambiar mi vida?

Y lo que le dije a Rita era cierto: realmente *no* se trata solo de Jamie Reynolds. Se trata de *todos* esos "y si". De vivir una vida sin arrepentimientos. De—

—El camino no tomado —dice Alex desde mi lado—. El momento *Sliding Doors*.

—Sí. Eso es exactamente —respondo, asombrada de que él, de todas las personas, parezca entender lo que quiero decir aquí.

—No suenes tan sorprendida —dice irritado—. No eres la única persona en el mundo que tiene arrepentimientos, ¿sabes?

Logra decir esto de una manera que sugiere que soy una princesa egocéntrica que piensa que todo gira a su alrededor. Lo cual es solo parcialmente cierto.

—Soy muy consciente de eso, gracias —respondo fríamente—. ¿Cuáles son los tuyos, entonces? Vamos, yo te he contado los míos.

—Le has contado los tuyos a *todo el mundo* —dice en voz baja—. Es todo lo que hemos escuchado durante horas.

—Oh, *nosotros* no nos estamos quejando, ¿verdad, Gerald? —interviene Rita—. Me encanta una buena historia.

—Absolutamente —responde la voz incorpórea de Gerald, quien obviamente no tiene problemas de audición—. Pero, ¿dónde encaja ese muchacho Tim McGraw en todo esto? Eso es lo que quiero saber.

Me giro en mi asiento y comienzo a explicarme una vez más, y, para cuando se enciende la señal del cinturón de seguridad, indicando que estamos a punto de aterrizar, he contado la historia tantas veces que se ha extendido por toda la cabina, y me están tratando como a una celebridad menor.

Julian y Alice insisten en comprarme una botella en miniatura de vino y un tubo de Pringles del servicio de comida. Rita me pide hacerse una selfie conmigo. Incluso Libby, famosa por su despedida de soltera, se detiene en nuestra fila camino al baño para intercambiar usuarios de Instagram conmigo, para poder seguir mi progreso.

—Necesitamos actualizaciones —dice, inclinándose sobre Rita y su sombrero para llegar a mí—. Necesitamos Historias. Tal vez incluso algunos Reels, si tienes tiempo. Necesitamos las *pruebas*.

—A mi Fred le encantaba un buen carrete —dice Rita, quien ha acabado con su reserva de vodka y ahora mira con ojos codiciosos mi vaso de plástico de vino—. Puedes decir lo que quieras de él, pero ese hombre era un excelente bailarín.

—Es tan romántico —suspira Libby—. Me hace preguntarme qué estará haciendo *mi* primer amor estos días. Publicarás algunas actualizaciones, ¿verdad, Summer? No puedo irme a casa sin saber qué pasa ahora.

—Haré lo mejor que pueda —acepto, cruzando los dedos con fuerza bajo la bandeja de mi asiento por si acaso lo que sucede con Jamie Reynolds resulta no ser el tipo de cosa que querría poner en Instagram—. Probablemente no será tan interesante.

—Oh, tonterías —dice Libby de buen humor—. Entonces, ¿crees que esta mujer realmente *era* tu Hada Madrina?

—Me preocupa más que realmente fuera *yo* dentro de 20 años —respondo, retorciendo ansiosamente un mechón de cabello alrededor de mi dedo—. Esa también es una posibilidad.

—¿Entonces, más como el Fantasma de las Navidades Futuras? —dice Gerald, quien sigue escuchando descaradamente las conversaciones de todos.

—Era Año Nuevo, Gerry, no Navidad —dice Rita—. No hay un Fantasma del Futuro de la Víspera de Año Nuevo, ¿verdad?

—¿Estás segura de que no dijo "tráeme una cerveza" en lugar de "sal de aquí"? —dice Libby pensativamente—. Porque eso tendría más sentido.

—No la escuches —dice Rita, dándome una palmadita reconfortante en la rodilla mientras Libby se contonea por el pasillo del avión—. Quién sabe, tal vez el próximo año por estas fechas serás tú la que esté volando a su despedida de soltera, Summer. Me encantan las bodas. ¿A ti no te encantan las bodas, Alexander?

—No —viene la respuesta murmurada del espectro chupaalegrías en el asiento de la ventana —. Pérdida de tiempo y dinero.

—No escuches al último de los grandes románticos de allí —dice Rita, guiñándome un ojo—. Tengo el presentimiento de que todo va a salir perfectamente para ti, Summer. Y mi Fred siempre me decía que confiara en mis presentimientos. Especialmente cuando se trata de asuntos del corazón.

Me aferro al reposabrazos cuando el avión se hunde repentinamente, dejando mi propio corazón con la sensación de estar flotando en algún lugar cerca del techo. Estamos a punto de aterrizar. De repente siento que podría vomitar de nuevo; no solo por el movimiento del avión, sino por el puro horror de darme cuenta de que esto es todo — realmente estoy haciendo esta… cosa. No hay vuelta atrás ahora. Bueno, no sin tener que gastar una gran cantidad de dinero y tomar otro vuelo, de todos modos. Empiezo a alcanzar la bolsa para el mareo frente a mí, pero entonces las palabras de Alex de antes vuelven a mí.

Todo lo que tengo que hacer es tomar esto paso a paso. Bajar del avión. Recoger mi maleta. Encontrar el camino al hotel.

¿Y después de eso?

Eh, no tengo idea de qué viene después de eso. Lo siento.

Pero mientras el avión se hunde de nuevo, y Alex silenciosamente me ofrece su mano para aferrarme, siento que estoy lista para ello.

Sea lo que sea que resulte ser…

Cinco

Me despierto a la mañana siguiente con el sonido de maletas rodando por el pasillo fuera de mi habitación y un destello de cielo azul brillante asomando por la rendija de las cortinas.

El hotel. Estoy en el hotel. No puedo creer que realmente esté aquí.

El viaje en taxi desde el aeropuerto anoche me llevó por una estrecha franja de autopista, con las sombras amenazantes de las montañas a un lado y lo que supongo era el mar al otro, aunque era bastante difícil de distinguir en la oscuridad total en la que aterrizamos. Cuando llegué al hotel, estaba demasiado cansada para explorar, pero ahora que estoy despierta me lanzo fuera de la cama y me abalanzo a través de la habitación, abriendo las cortinas de un tirón y tirando de las puertas corredizas detrás de ellas hasta que finalmente se abren, permitiéndome salir al balcón.

Es el primer día de mi nueva y genial vida.

Y es increíble.

En realidad, tacha eso: comparado con el clima frío y gris que dejé atrás en el Reino Unido, este lugar está *más allá* de lo increíble. Casi quiero llorar de alivio mientras contemplo la piscina infinita debajo de mí, que se extiende suavemente hasta el mar más allá, con la superficie del agua brillando suavemente bajo el sol de la mañana. Desde donde estoy parada puedo ver tanto un bar dentro de la piscina como un bar tiki con techo de paja, con botellas de licor de colores joya alineadas en un estante, listas para ser convertidas en cócteles. Un poco de la tensión que he estado acumulando desde que llegué al aeropuerto ayer lentamente abandona mi cuerpo.

Puede que no tenga mucha experiencia reservando vacaciones de último minuto, pero incluso yo sé que pueden ser un poco arriesgadas; y créeme cuando te digo que yo *no soy* una apostadora. O no lo era hasta justo después de la medianoche en la víspera de Año Nuevo, cuando impulsivamente decidí conectarme y reservar una habitación en el primer hotel que tuviera disponibilidad: que resultó ser este.

El Hotel Martinez se encuentra justo en la costa, en lo que el sitio de reservas me informó que es una "codiciada ubicación frente a la playa", con cinco piscinas separadas, más un spa de lujo. Ahora, la antigua Summer probablemente se habría desanimado solo con esas palabras, sabiendo que los spas de lujo y las ubicaciones frente a la playa generalmente están muy fuera de su presupuesto: algo que la Antigua Summer se tomaba muy en serio, al igual que todo lo demás.

No, la Antigua Summer ni siquiera habría mirado dos veces el Hotel Martinez. La Antigua Summer simplemente habría seguido desplazándose, luego habría filtrado los resultados de búsqueda de "bajo a alto" (¿Hay personas en el mundo que filtran de "alto a bajo"? Porque me encantaría conocerlas, si es así...), antes de reservar un bonito y sensato bed and breakfast en algún lugar a ocho kilómetros de la playa, y con una planta de tratamiento de aguas residuales y/o un bar de karaoke abierto toda la noche justo al lado.

Pero esa era la Antigua Summer; y ella no está aquí, ¿verdad?

No, la nueva Summer está a cargo ahora. La Summer Genial. Y la Summer Genial es definitivamente el tipo de chica que se aloja en hoteles de lujo y se preocupa por la factura de la tarjeta de crédito después. O al menos está tratando de serlo.

Apartando decididamente la vocecita en mi cabeza que sigue intentando decirme que no pertenezco aquí, me inclino sobre el balcón, tratando de absorber todo lo posible. El hotel es enorme y blanco, con pequeñas torretas de techo rojo espaciadas a intervalos a lo largo de sus paredes, como un castillo; solo que uno con palmeras y bares tiki, y *creo* que eso que veo serpenteando hacia el mar es un río lento.

Ahora soy el tipo de chica que se aloja en hoteles con ríos lentos y torretas.

Creo que ya empiezo a sentirme más genial.

Mis hombros descienden un par de muescas mientras me permito relajarme un poco más, concentrándome en el débil tintineo de cubiertos que me indica que el desayuno está en marcha en algún lugar fuera de mi vista. Si escucho *con mucha atención*, descubro que puedo oír las olas rompiendo en la playa debajo de nosotros, y eso es aproximadamente cien veces mejor que el constante pitido de teléfonos y el traqueteo de teclados que estaría escuchando si estuviera en el trabajo ahora mismo, como lo estaría si no me hubiera subido a ese avión ayer.

Es perfecto.

Y caro, susurra traicioneramente la Antigua Summer desde algún lugar en el fondo de mi mente. *Así que esperemos que Linda no decida despedirte por tomarte tiempo libre sin reservarlo con 12 semanas de anticipación, como se supone que debes hacer.*

—Cierra la boca, Antigua Summer —digo severamente, sacando mi teléfono para tomar una foto rápida para Libby y compañía—. Nadie te preguntó.

Todavía es temprano, pero ya hay un puñado de personas reclamando sus espacios junto a la piscina, además de un madrugador particularmente temprano nadando de un lado a otro. Observo con aprecio cómo sus brazos musculosos cortan sin esfuerzo el agua turquesa, enviando gotas brillantes al aire. Justo cuando estoy a punto de tomar una foto para el beneficio de Libby y todos los demás en Instagram, él llega al final de la piscina y se impulsa hacia arriba y fuera del agua. Capto un vistazo tentador de un abdomen ligeramente bronceado y músculos abdominales tensos mientras se equilibra fácilmente sobre sus brazos, luego mira hacia mi dirección, su cabello oscuro peinado hacia atrás y sus ojos —uno de los cuales está rodeado por un gran moretón morado— entrecerrándose al verme en el balcón de arriba, con el teléfono aún en el aire, listo para tomar la foto.

—¡Oye, Chica Genial! —grita, haciendo que casi deje caer mi teléfono horrorizada—. Más te vale no estar tomándome fotos desde allá arriba. Pareces una acosadora.

Noooo. No puede ser. Seguramente mi suerte no puede ser ***tan*** *mala.*

Retrocedo culpablemente, aunque en realidad no estoy haciendo nada malo.

Se oye un suave clic cuando mi pulgar golpea reflexivamente la pantalla, y el teléfono toma una foto perfectamente enmarcada de Alexander Fox saliendo de la piscina, luciendo igual de gruñón que guapo.

Oh. Dios. Mío.

Realmente es él: mi Dementor personal de viaje. Aquí. En mi hotel. Con sus... sus músculos y su ceño fruncido. ***Dementando****.*

Me froto los ojos con la vaga esperanza de que me estén jugando una mala pasada, pero cuando vuelvo a mirar por el balcón, todavía está allí —con el traje de baño pegado a su trasero perfectamente formado mientras se envuelve una toalla alrededor de su cintura estrecha y se baja las gafas de sol sobre los ojos.

Rápidamente me coloco detrás de una maceta que está estratégicamente ubicada en el balcón, asomándome cautelosamente entre las hojas de la planta de flores naranjas en su interior para ver qué está haciendo.

Cuando murmuré un adiós en la zona de recogida de equipajes anoche y corrí hacia la parada de taxis, asumí que nunca volvería a ver a Alexander Fox. Pero de todos los hoteles en toda la isla, tenía que registrarse justo en este —y ahora mi única esperanza es que en realidad no me haya reconocido desde esta distancia, y simplemente llame «Chica Guay» a *todo el mundo* que conoce.

Por, ya sabes, *ninguna razón en particular.*

—Todavía puedo verte, Summer —me grita Alex—. Es un pésimo escondite, ¿sabes? Bonito pijama, por cierto.

Me escabullo dentro antes de que pueda decir algo más, cerrando firmemente las puertas del balcón tras de mí, y luego corriendo las cortinas sobre ellas para rematar.

Vale, cálmate, Summer. No es el fin del mundo. Este es un hotel enorme. Uno de los más grandes de la isla, según el folleto sobre el tocador. Probablemente ni siquiera lo volveré a ver. Siempre y cuando evite la piscina. Y… todos los alrededores de la piscina. ¡Puedo hacerlo! ¡Hay otras cuatro piscinas! ¡Estaré bien!

Y ***es*** *un bonito pijama. Así que* ***toma esa****, Alex Fox.*

Sintiéndome un poco mejor, abro mi maleta, que estaba demasiado cansada para deshacer anoche, y empiezo a transferir mi escasa colección de ropa al armario. Cuelgan allí, luciendo casi apologéticas en su nuevo y lujoso entorno, cuyo coste intento no pensar mientras me doy una ducha rápida… que se convierte en una ducha mucho más larga una vez que descubro la selección de productos gratuitos que me han dejado junto al lavabo doble.

Una vez vestida de nuevo —esta vez con un vestido veraniego perfectamente agradable que de alguna manera parece mucho más desgastado bajo el sol español que en mi piso de casa— envío un mensaje rápido a Chloe (quien finalmente notó que no estaba en el pub unas 10 horas después de que me fui) y a mis padres, para hacerles saber dónde estoy, luego me siento en la cama, dándome cuenta de que se me han acabado las cosas que hacer en mi habitación de hotel.

Voy a tener que aventurarme afuera.

La puerta de mi habitación se abre a un largo pasillo que se extiende a lo largo del edificio, y está abierto por un lado, con vista a las montañas distantes. Se destacan tan vívidamente contra el cielo azul que parecen casi como si alguien las hubiera pintado sobre él, y no puedo resistirme a detenerme para tomar otra foto rápida, que subo a Instagram.

«Primer día del resto de mi vida», escribo en el cuadro de la leyenda.

No, demasiado cursi.

Presiono la tecla de retroceso unas cuantas veces, luego lo intento de nuevo.

«¿Nuevos comienzos, posibilidades infinitas»?

***Mucho** más cursi.*

«¿Buen día para un nuevo comienzo»?

Cursilería total.

—¿Qué tal «vibras de primer día»? —dice una voz desde detrás de mi hombro—. Mi nieta, Hailey, siempre está hablando de «vibras». Es lo que dicen los jóvenes hoy en día.

Por favor, Dios, no.

Me doy la vuelta para encontrar a Gerald parado junto a mí, vistiendo una camisa hawaiana de colores brillantes y mucha joyería de oro.

—Oh, eres tú, Summer —dice, complacido—. ¿Entonces también te estás quedando aquí?

Asiento, luego hay un susurro de neumáticos sobre el suelo de baldosas pulidas y miro alrededor para ver nada menos que a Julian y Alice acercándose por el pasillo hacia mí, Julian llevando un gran unicornio inflable y luciendo elegante en su conjunto de camisa y pantalones cortos perfectamente planchados, y Alice equilibrando una pila de toallas sobre su rodilla mientras se impulsa en su silla de ruedas.

¿En serio?

¿Ellos también?

*¿**Todos** los de mi vuelo terminaron en este hotel, entonces?*

—¡Oh, aquí estás, Summer! —dice Alice encantada—. Nos preguntábamos dónde te habías metido anoche, ¿verdad, Julian? No te vimos en el autobús del aeropuerto.

—Así es —coincide Julian, su rostro casi oculto por el unicornio—. Estábamos preocupados de que no pudiéramos averiguar qué pasó contigo y ese chico Jamie. ¡Pero aquí estás! ¡El joven Alex estará *muy* contento!

—Hablando del rey de Roma —dice Gerald—, ¿No es ese él?

Mi corazón late frenéticamente mientras escaneo rápidamente el pasillo, esperando ver a Alex acercándose mojado en su traje de baño. Entonces me doy cuenta de que Gerald está señalando mi teléfono, que está abierto en la galería de fotos, con la imagen de Alex saliendo de la piscina en primer plano.

—Eh, no, ese no es Alex —digo, cerrando la pantalla y metiendo el teléfono en mi bolso—. Ese es un chico completamente diferente, eh, muy guapo.

—¿Jamie Reynolds? —dice Alice, radiante.

—¿Tim McGraw? —pregunta Gerald.

—¿Summer? —dice alguien más, uniéndose a nosotros—. ¡Oh, *eres* tú! ¡Pensé que eras tú! Bueno, ¿no es esto encantador? ¡Toda la pandilla junta de nuevo! ¡Juego de Viejas!

Es Rita.

Por supuesto que es Rita.

Bueno, todos los demás de mi vuelo parecen haber terminado aquí, así que, ¿por qué diablos no?

Miro furtivamente arriba y abajo del pasillo otra vez, medio esperando ver a April de facturación, o a la novia Libby acercándose para una charla rápida. El pasillo, sin embargo,

permanece misericordiosamente vacío, con la luz del sol filtrándose a través de los arcos de hormigón que forman un lado, recordándome que hay toda una isla ahí fuera para explorar; si tan solo pudiera encontrar la manera de liberarme del pequeño grupo de pensionistas que parecen haberse adherido a mí.

—Bien, ¿bajamos a desayunar? —dice Gerald, sacando un par de gafas de sol de espejo y poniéndoselas—. Mesa para cinco, ¿verdad?

—¿Por qué no van ustedes adelante? —digo rápidamente—. No tengo tanta hambre.

Justo en ese momento, mi estómago traidor ruge ruidosamente, haciendo que cuatro pares de cejas se levanten al unísono.

—Tengo algunas cosas que quiero hacer esta mañana —les digo—. Es mi primera vez aquí, ¿saben? Pensé en salir a explorar; solo para orientarme, ver algunos de los lugares de interés.

—¿Sola? —dice Julian, horrorizado—. Bueno, no podemos permitir eso, ¿verdad? Una joven como tú, sola… cualquier cosa podría pasar. Y somos tus nuevos Padrinos…mágicos. Tenemos que cuidarte.

Gerald abre la boca, claramente a punto de ofrecerse a acompañarme, pero Alice viene a mi rescate, dando un codazo a su marido en el costado con una botella de protector solar.

—No seas ridículo, Julian —dice ella—. Summer es una mujer joven fuerte e independiente, ¿recuerdas? Puede cuidarse sola. ¿Verdad, Summer?

Todos, incluyéndome a mí, parecemos poco convencidos de esto, pero asiento agradecida hacia ella de todos modos.

—Así es —digo, tanto para mi propio beneficio como para el de ellos—. Puedo cuidarme sola. Tengo Google Maps en mi teléfono en caso de que me pierda. Y, de todos modos, ¿qué tan difícil puede ser encontrar el camino en un complejo turístico?

Todos vuelven a parecer preocupados. Saco mi teléfono para tranquilizarlos, guardándolo apresuradamente de nuevo cuando toco el botón de "inicio" por error y la foto de Alex Fox aparece de repente en la pantalla.

—Estaré bien —les digo otra vez, con firmeza. Y luego, antes de que alguien pueda intentar discutir conmigo, me echo el pelo hacia atrás, ajusto mis gafas de sol en forma de corazón y me dirijo con paso decidido por el pasillo, sintiendo cuatro pares de ojos ancianos que me siguen mientras me alejo.

—Sensación de primer día —digo en voz alta, ganándome una mirada de sorpresa de una ama de llaves que pasa—. Sensación de primer día, sin duda…

Seis

El bar de Jamie Reynolds se llama The Rowdy Squirrel Bar & Grill, y lo único que puedo decir es que me alegro de no haberle dado ese detalle en particular a Alexander "Pantalones Juzgones" Fox ayer, porque literalmente no hay forma de que suene genial. Ni siquiera en mi cabeza. Probablemente ni siquiera en la cabeza de mi yo de 13 años, en realidad: y mi yo de 13 años pensaba que era bastante genial cuando Chloe cubrió de pedrería su chándal de terciopelo y lo usó para la fiesta de cumpleaños de Arianna Morgan aquella vez, así que no es como si ella fuera una gran árbitro del buen gusto tampoco.

El bar está ubicado entre un restaurante chino y un pub irlandés en una franja de tierra frente a la playa en Playa de las Américas, y lo encuentro con bastante facilidad, gracias a un taxista llamado Carlos y a la cuenta de Instagram del propio Squirrel, que orgullosamente lo proclama como "el mejor lugar nocturno del sur de Tenerife".

Hay un cartel publicitario afuera anunciando un desayuno inglés completo por 8 EUR, pero aunque mi estómago aún me gruñe hambriento, paso de largo, de repente demasiado sobrecogida por los nervios como para entrar y sentarme.

Porque entonces él podría ***verme****.*

Realmente... no quiero que me vea.

En la escuela secundaria, mi táctica con los chicos que me gustaban siempre era asegurarme de que no supieran, bajo ninguna circunstancia, que me gustaban. De esa manera, nunca me invitaban a salir, así que nunca tenía que pasar por la agonía de realmente *tener un novio*, y era libre en cambio de disfrutar de mi pasatiempo favorito: llorar por el hecho de no tener novio.

Parecía tener sentido en ese momento.

No tiene mucho sentido *ahora*, sin embargo, como una supuesta mujer adulta: por eso, una vez que he pasado tantas veces frente al restaurante chino que el camarero apostado afuera ha renunciado a intentar darme un menú, me siento en una de las mesas fuera del bar irlandés, sosteniendo inmediatamente el menú frente a mi cara y asomándome por encima, como un detective de caricatura en una vigilancia.

Ahí.

Eso bastará.

¿Bastará para *qué*, sin embargo? Esa es la cuestión. La verdad es que mi decisión ebria de cambiar mi vida, un antiguo arrepentimiento a la vez, fue tan fuera de lo común para mí que apenas le di tiempo a la idea de aterrizar antes de subirme a bordo, diciéndome a mí misma que sería bueno hacer algo por impulso por una vez. Mi planificación —si se le puede llamar así— solo me llevó hasta el aeropuerto, y luego al Hotel Martínez. Después de eso, todo se vuelve un poco borroso en los bordes, un poco como el chándal de Chloe, al final de la fiesta de Ariana Morgan, en realidad.

Así que no sé qué le voy a decir a Jamie cuando lo vea. ¿Qué le dices al amor platónico de la escuela secundaria por el que abandonaste tu trabajo y volaste dos mil millas para ver, sin embargo? Aparte de la verdad, obviamente, que, cuando lo pones *así*, suena un poco como si estuvieras aquí para hervir a su conejito mascota.

Pareces una acosadora, dice la voz de Alex de esta mañana en mi cabeza.

—Cállate, Alexander —murmuro entre dientes—. Solo estoy tomando un café. Eso es todo. No hay absolutamente nada de acosador en ello.

Solo para demostrarlo, llamo la atención del camarero y pido un capuchino, luego me reclino en mi asiento para beberlo, manteniendo un ojo en The Rowdy Squirrel mientras observo el mundo pasar. Resulta que es un muy buen lugar para observar a la gente, también. La playa a mi lado es concurrida, y está bordeada no solo de restaurantes y pubs, sino de varias otras tiendas que venden cosas como juguetes de piscina, postales (¿La gente aún envía postales?) y bikinis de colores chillones, por 15 euros cada uno. La música retumba desde al menos tres bares diferentes a la vez, y de vez en cuando, alguien se detiene junto a mi mesa e intenta venderme un par de gafas de sol de imitación o un trozo de tela gigante que aparentemente se puede usar tanto como paravientos *como* toalla.

Asombroso.

El sol es abrasadoramente caliente, y el paseo marítimo está tan concurrido que para cuando el camarero de ojos sonrientes me trae un segundo capuchino, junto con el sándwich tostado de jamón y queso al que finalmente sucumbí, parece que casi todos en la isla deben haber pasado por mi mesa, desde un grupo de hombres en mankinis verde lima que claramente están en una despedida de soltero, hasta una mujer con gafas de sol que estoy bastante segura es una monja. O posiblemente una stripper: honestamente es difícil decirlo.

Sin embargo, no veo a Jamie Reynolds.

Aunque me siento allí hasta que el sol casi me hornea directamente en el pavimento, y me aseguro de que The Rowdy Squirrel esté en mi línea de visión todo el tiempo, no hay señal del chico que una vez me rompió el corazón; o, de hecho, de la versión mayor, pero aún reconocible, de él cuya foto está por toda la página de Instagram del bar.

Así que me siento y observo el mundo pasar por mi mesa, e intento no pensar en cómo esto es una metáfora bastante apropiada de mi vida, realmente —todos disfrutando mientras yo me siento ahí en la periferia, observando. En un momento, una joven pareja que parece estar en su luna de miel viene y se sienta en la mesa junto a la mía, y observo por el rabillo del ojo cómo él le saca la silla a ella, luego mueve la suya para poder sentarse lo más cerca posible de ella. La mujer le sonríe adorablemente, y yo frunzo el ceño mirando mi café, tratando de descifrar qué es esa extraña sensación en la boca del estómago.

Es soledad, me doy cuenta al fin. Estoy sola. Lo cual es extraño, realmente, porque nunca antes me había sentido así, aunque vivo sola y no he tenido novio en seis meses. Bueno, siete. Y medio.

Siempre pensé que era feliz con mi propia compañía, sin embargo. O al menos conforme. Pero mientras estoy sentada allí, viendo a otras personas vivir sus vidas como si estuviera viendo una película, se me ocurre que preferiría estar *en* la imagen en lugar de solo observar.

¿No es por eso que vine aquí, sin embargo? ¿Para poder hacer algo que me hiciera sentir que finalmente era *parte* de algo, en lugar de ser la eterna acompañante, como lo era en ese bar con Chloe en la víspera de Año Nuevo? ¿No se suponía que iba a hacer algo al respecto?

Sí. Eso era. Y estoy decidida a llevarlo a cabo, también; de lo contrario, solo he arriesgado mi trabajo y me he humillado frente a un avión lleno de gente por nada.

—¿Por casualidad no conocerás a un tipo llamado Jamie, verdad? —pregunto cuando Ojos Sonrientes finalmente me trae la cuenta—. ¿Del local de al lado?

—¿Jamie? Claro que conozco a Jamie. *Todo el mundo* conoce a Jamie —sonríe, empezando a limpiar la mesa—. ¿Lo estás buscando? ¿Cómo lo conoces?

—Oh. Yo, em, en realidad no lo conozco —admito, entregándole unos euros—. Ya no. Pero lo conocía en el instituto. Hace mucho tiempo ya.

—Bah, seguro que no hace tanto —dice Ojos Sonrientes, guiñándome un ojo—. ¿Quieres que le diga que lo estabas buscando? Normalmente no viene con la clientela del almuerzo, pero debería estar aquí esta noche.

—No, está bien —digo rápidamente—. Seguro que me encontraré con él en algún momento. Gracias.

Le doy una sonrisa rápida y recojo mi bolso, lista para irme. Sin embargo, solo llego hasta el restaurante chino (de nuevo) antes de darme cuenta de que lo estoy haciendo otra vez: estoy dejando que la Vieja Summer tome el control.

La Vieja Summer está al volante: y dado que una vez se perdió solo tratando de conducir al trabajo desde su piso, eso probablemente no sea la mejor idea, considerando todo.

—En realidad, pensándolo bien —digo, volviendo rápidamente a la mesa, que el camarero aún está ocupado limpiando—, ¿quizás podrías darle mi número cuando lo veas?

Sintiéndome muy atrevida, tomo una servilleta de la mesa y le pido prestado el bolígrafo a Ojos Sonrientes para garabatear mi nombre y número de teléfono antes de entregársela, sintiendo que este pequeño acto de alguna manera ha logrado convertirme en una persona completamente diferente.

¿Quién diría que una simple servilleta de papel podría tener tanto poder?

Animada por mi recién descubierto coraje, agradezco al camarero nuevamente, luego me doy la vuelta y empiezo a caminar en lo que espero sea la dirección del hotel.

La primera parte de mi misión está completa. Ahora solo tengo que averiguar cuál debería ser la parte 2.

***

Mi decisión de intentar caminar de vuelta al hotel resulta ser un poco optimista; aunque el paseo marítimo efectivamente se extiende desde Los Cristianos en un extremo hasta Costa Adeje, donde está mi hotel, en el otro, es una caminata mucho más larga —y calurosa— de lo que había anticipado, y cuando finalmente llego a las puertas del Hotel Martinez, estoy

acalorada, sudorosa y con el comienzo de lo que se siente sospechosamente como una quemadura de sol en el cuero cabelludo.

También estoy muerta de hambre, ya que no he comido nada en todo el día excepto ese único sándwich de jamón y queso tostado de antes, así que me meto rápidamente en la ducha, luego me pongo mi vestidito negro favorito, más un toque rápido de lápiz labial rojo, antes de recogerme el pelo en un clip de banana y bajar para mi turno asignado de cena.

El restaurante del hotel es enorme y bullicioso, con una mesa de buffet aparentemente interminable que recorre el centro, y varias "estaciones" diferentes a ambos lados, que ofrecen de todo, desde bistec cocinado como lo quieras, hasta una selección de postres agrupados alrededor de una fuente de chocolate, que viene completa con fresas para sumergir.

La comida se ve increíble, pero el ruido de los cubiertos y el murmullo de las voces es tan fuerte que me siento aliviada cuando el camarero que me recibe en la puerta echa un vistazo rápido a la lista de nombres frente a él, y luego me muestra un área de asientos al aire libre en su lugar, en una terraza con vista al mar.

Aquí es mucho más tranquilo, con luces de hadas parpadeantes colgadas entre las palmeras formando un dosel de luz sobre las mesas, cada una de las cuales tiene su propia lámpara de calor para asegurarse de que los comensales nunca tengan que recordar ni por un segundo cómo podría ser la temperatura en casa.

Mi mesa asignada está en un rincón tranquilo junto a un pequeño jardín que separa la terraza de la playa más allá, y sería absolutamente perfecta... si no fuera por el hecho de que cuando llego a ella, encuentro una figura familiar, similar a un dementor, ya sentada allí, enterrada en su teléfono, como de costumbre.

Tanto para no tener que volver a verlo nunca más, entonces. Supongo que tendré que agregar el restaurante del hotel a mi lista de lugares a evitar si no quiero seguir topándome con mi nuevo archienemigo cada pocos minutos.

—Oh, debe haber algún error —le digo al camarero —cuya placa lo identifica como Emilio — clavando firmemente mis talones en el suelo antes de que pueda llevarme más cerca del hombre que recientemente me acusó de acosarlo—. Esta mesa ya está ocupada.

—Sí, ¿por el Sr. Fox? —dice Emilio, luciendo confundido—. Él se sienta aquí... —Hace un gesto hacia Alex, quien parece tan emocionado de verme como yo lo estoy de verlo a él—. Y la señora se sienta aquí. —Saca la silla del otro lado de la pequeña mesa con un floreo y retrocede para permitirme sentarme.

—Eh, no, no lo creo —dice Alex, quien lleva una camisa de lino blanca y parece que acaba de salir de la ducha, con su cabello húmedo peinado hacia atrás desde su frente bronceada—. Esta es *mi* mesa. Mía.

Se da un golpecito en el pecho con el pulgar, y yo cierro los ojos, tratando desesperadamente de no recordar cómo se veía con gotas de agua cayendo por él cuando salió de la piscina esta mañana.

—Sí. Y de ella —dice Emilio servicialmente—. Ustedes comparten, ¿sí?

—¡No! —decimos Alex y yo al unísono, encontrando algo en lo que estar de acuerdo por fin.

—Ni de broma —agrego para mayor énfasis—. Mire, no me importa dónde me siente. Siempre y cuando no sea al lado de... bueno, *él*.

—El sentimiento es mutuo —responde Alex, frunciendo el ceño en una mirada aún más alarmante por el moretón en su cara.

—Mire, debe tener otra mesa —digo, volviéndome hacia Emilio—. ¿No puede simplemente mover a uno de nosotros? ¿Por favor? —agrego, suplicante.

—¡Ah! —dice Emilio, entendiendo por fin—. ¿Quieren que mueva a uno de ustedes? ¿A otra mesa, sí?

—¡Sí! —coreamos, aliviados.

—No —dice Emilio, tristemente—. No es posible. Todas las mesas están llenas.

Me doy la vuelta y miro alrededor de la terraza. Efectivamente, cada mesa que veo ya está llena de turistas hambrientos; y por lo que recuerdo de mi breve vistazo al restaurante, era lo mismo allí también.

—Está bien —digo, resignándome a lo que sea que ofrezca el menú de servicio a la habitación—. De todos modos no tengo tanta hambre. Creo que simplemente volveré a mi habitación y me acostaré temprano.

Bostezo teatralmente para demostrar lo buena que es esta idea.

—Oh, por el amor de Dios —murmura Alex, poniendo los ojos en blanco—. Ni siquiera ha oscurecido, Summer. No puedes pasar el resto de la noche sentada en tu habitación.

Suspira profundamente, luego se inclina hacia adelante y empuja la segunda silla para apartarla de la mesa.

—Vamos —dice—. Lograste soportarme durante casi cuatro horas en el vuelo hasta aquí; estoy seguro de que puedes sobrevivir una hora más mientras comes algo.

Dudo, no completamente convencida de que esto sea cierto.

—Es un bufé —dice Alex—. Estaremos yendo y viniendo tan a menudo que apenas nos cruzaremos.

Doy un paso cauteloso hacia la mesa.

—Hay una fuente de chocolate —añade, con lo que parece sospechosamente el atisbo de una sonrisa—. Puedes tomar todo lo que quieras.

—Vale, hecho —digo, dejándome caer agradecida en la silla—. Me convenciste con lo de "bufé". La fuente de chocolate es solo un extra.

Las comisuras de su boca se elevan ligeramente. No puedo estar segura, pero *creo* que está intentando sonreír. Me recuerda a un vídeo que vi una vez de un potro recién nacido luchando por ponerse de pie.

Le devuelvo la sonrisa, decidiendo que bien puedo intentar sacar lo mejor de esto. Al fin y al cabo, solo es una hora. ¿Qué tan malo puede ser?

—Bien —digo, empujando mi silla hacia atrás después de una pausa incómoda, durante la cual ambos nos quedamos sentados en silencio, sin saber qué decir a continuación—. Vamos a terminar con esto de una vez.

Siete

No puedo creer que hayas empezado con la fuente de chocolate.

Han pasado unos diez minutos, y es evidente que Alexander Fox no aprueba los frutos de mi primera incursión al bufé de la cena.

—No puedo creer que tú *no lo hayas hecho* —respondo, intentando no gemir de placer mientras la fresa cubierta de chocolate se derrite en mi lengua—. ¿No es ese el objetivo de ir de vacaciones? ¿Relajarse un poco? ¿Hacer cosas que normalmente no harías en casa? ¿Como empezar con el postre y terminar con el plato principal? Eso si es que siquiera comes un plato principal y no te quedas solo con los postres.

La verdad es que ya me estoy arrepintiendo de no haber elegido un entrante *normal*. Porque las fresas con chocolate están deliciosas, claro, pero es un poco raro comerlas primero, ¿no? No es realmente *propio de mí*. Se siente como una nueva personalidad que estoy probando. También se siente como el tipo de cosa que mi nuevo yo espontáneo haría, y yo *vine* aquí para reinventarme, así que decido seguir adelante.

—Obviamente ese es el objetivo para *ti* —dice Alex, observándome mientras sumerjo una cuchara de postre en el batido que conseguí en la estación de bebidas y lo revuelvo con entusiasmo—. Hablando de eso, ¿cómo te va con eso de "hacer cosas que no harías en casa"? ¿Ya lograste encontrar a Comosellame?

Lo dice casualmente, como si solo estuviera haciendo una conversación educada, pero dudo antes de responder. Para ser totalmente honesta, me moría por contarle a alguien sobre mi pequeña excursión al bar de Jamie más temprano —incluso consideré buscar a Rita después de la cena, solo para tener a alguien con quien hablar. Es solo que no estoy segura de que Alexander Fox sea la mejor persona para confiar, dado que Rita y compañía me tratan como la intrépida aventurera en la que intento convertirme, y Alex simplemente me trata como una hermanita molesta que no acepta que el Ratoncito Pérez no es real.

Eso es cuando no está mirando su teléfono, obviamente, que actualmente está sobre la mesa junto a él. Alex me ve mirándolo y lo voltea deliberadamente boca abajo, para que no pueda ver el largo mensaje que estaba escribiendo cuando llegué.

Qué susceptible.

Y extrañamente reservado, por alguna razón.

—Se llama Jamie —le digo de mala gana, preguntándome de qué se trataba el mensaje y a quién se lo está enviando—. Y no, aún no lo he visto. Aunque fui a su bar hoy —añado, sintiéndome ridículamente orgullosa de este pequeño paso hacia el cambio de mi vida—. Y le dejé mi número. Así que, ya sabes, es un comienzo, supongo. Uno para los archivos de "cosas que no haría en casa". Normalmente no le doy mi número de teléfono a los hombres.

(Y por "normalmente no" quiero decir "literalmente nunca lo he hecho en mi vida". Siempre espero a que ellos me lo pidan primero. Pensándolo bien, esa podría ser otra razón por la que actualmente estoy soltera).

—Oh. Ya veo —dice Alex, pareciendo sorprendido—. Así que vas a seguir adelante con esto, ¿eh? ¿Con este plan tuyo?

No creía que lo haría. No creía que fuera capaz.

Y, bueno, para ser justos, ***yo*** *tampoco creía que fuera capaz. Pero Alex Fox no necesita saber eso.*

—Sí, claro —digo con indiferencia, metiéndome la última fresa en la boca y casi ahogándome con ella—. Para eso vine, después de todo. ¿No?

Alex empieza a decir algo en respuesta, pero antes de que pueda pronunciar las palabras, Emilio está de vuelta en nuestra mesa, con una botella de champán de aspecto caro y una gran sonrisa cursi.

—Para la hermosa pareja —dice, descorchando la botella con un floreo y sirviéndola en las copas de la mesa—. Cortesía del hotel.

—Vaya —digo, sorprendida—. ¿Qué es lo que tenemos que hace que la gente quiera darnos champán gratis? ¡Primero en el avión, ahora esto!

Alex mira con el ceño fruncido las copas de champán como si lo hubieran ofendido personalmente.

—Voy a volver por mi plato principal —dice, apartando su plato (que contiene los restos de un entrante muy maduro y sensato de salmón ahumado) y levantándose abruptamente—. ¿Vienes?

—Claro.

Tomo un rápido sorbo de champán y luego lo sigo de vuelta al bufé, tomándome todo el tiempo posible para pasear por las diversas estaciones con la esperanza de que él haya terminado casi con su comida y esté listo para irse cuando me siente.

Sin embargo, cuando finalmente regreso a la mesa, encuentro a Alex sentado allí esperándome, ignorando su comida en favor de su omnipresente teléfono. Como aún no ha notado que estoy aquí, su expresión está desprevenida por una vez, y no puedo evitar notar esa misma tristeza que vi en él en el avión. Luego levanta la mirada y me ve, y, justo así, las barreras vuelven a levantarse.

Se pone de pie cuando me acerco; un gesto anticuado de cortesía que parece más acorde con la generación de Julian y Alice que con la nuestra.

—Podrías haber empezado —digo, dejando mi plato—. No tenías que esperarme. No estamos cenando juntos realmente, ¿sabes? Solo resulta que estamos sentados en la misma mesa.

—Eso no parece muy civilizado —responde, esperando a que me siente antes de tomar su tenedor—. No se supone que sea un comedero, ¿sabes? Aunque obviamente algunas personas lo tratan así.

Mira fijamente mi plato.

Realmente espero que ese comentario no fuera dirigido a ***mí****.*

—¿*Ahora* has elegido un entrante? —dice—. ¿Haces *todo* al revés, entonces?

—¿*Tú* haces todo según las reglas? —replico, metiendo cuidadosamente mi servilleta en el escote de mi vestido para no mancharme de comida—. ¿O a veces te permites relajarte y disfrutar realmente?

Esto es bastante atrevido viniendo de mí, dado que estas vacaciones son literalmente la primera vez que me relajo en mi vida. Pero al menos lo estoy *intentando*

. Este tipo todavía parece decidido a actuar como si estuviera aquí en contra de su voluntad.

—¿Qué te hace pensar que no lo estoy disfrutando? —dice malhumorado, cortando ferozmente su filete—. Me lo estoy pasando genial.

—Um, bueno, veamos. Nunca sonríes —digo, levantando una mano para ir enumerando cada punto con los dedos—. Parece que ni siquiera *tienes* sentido del humor. Estás en una isla de fiesta, pero solo bebes agua. Estás triste... quiero decir, *gruñón* todo el tiempo. Y tienes un moretón enorme en la cara, que... por cierto, ¿de qué va eso? No lo has dicho.

—No lo dije porque, a diferencia de ti, no voy por ahí compartiendo mis asuntos privados con recepcionistas y todos los que estén al alcance del oído —responde, sin molestarse en levantar la vista de su plato—. Y me gusta el agua. El agua es buena para ti. Deberías beber un poco.

—Lo siento —murmuro, dándome cuenta de repente de que podría tener un problema con la bebida, o alguna otra razón para seguir rechazando el champán que constantemente nos ofrecen —. Obviamente, no hay nada malo con el agua. Normalmente yo tampoco bebo mucho. Es solo que la gente sigue trayéndonos botellas de champán gratis, y bueno, estoy de vacaciones, así que...

—No tienes que explicarte ante mí —dice, como si no hubiera pasado los últimos minutos esperando que le explicara mis elecciones de cena para poder menospreciarme por ellas—. Como dijiste, no estamos cenando juntos. Solo estamos sentados en la misma mesa. Y bebiendo el mismo champán.

Levanta su copa y la alza en un brindis sarcástico antes de dar un largo sorbo.

Vale. Así que no es alcohólico. Solo un cabrón sarcástico.

—Me estabas contando sobre tu viaje para ver a Comoseaquesellamara —me recuerda, después de otro silencio que parece extenderse eternamente—. ¿Crees que te llamará?

—No estoy segura —admito—. Espero que sí. Aunque no estoy segura de que siquiera me recuerde. Vivíamos al lado, pero no pasábamos mucho tiempo juntos exactamente. Era más cercano a mi hermano.

—¿Tu hermano?

—Sí. Mark. Es un año mayor que yo. ¿Tú tienes hermanos?

—Dos hermanas —responde, dando otro sorbo a su champán—. Pero deja de intentar cambiar de tema. Volvamos a ti y a Comosellame.

—Solo estoy haciendo conversación educada —insisto—. Para ser *civilizada*. Así que, ¿dos hermanas, eh? —Entrecierro los ojos pensativamente—. Espera, déjame adivinar. Eres el mayor, ¿verdad?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Porque eres mandón. Y un poco estirado. Tengo razón, ¿no?

—Y tú eres la menor, supongo —contraataca—. Lo puedo decir porque eres super dramática y todavía crees en cuentos de hadas.

—¡Oye! Eso no es cierto —protesto, dejando los cubiertos bruscamente—. Quiero decir, *es* cierto que soy la menor, sí. Pero no soy *tan* dramática. Y *no* creo en cuentos de hadas. *Sé* que esa mujer en el bar solo estaba borracha. Ojalá no la hubiera mencionado.

—Eso ya somos dos —dice con pesar, vaciando el resto de su champán de un trago y luego alcanzando la botella para rellenar nuestras copas.

—De todos modos, no es solo lo de la "Vieja Sabia" —dice, usando los dedos para hacer comillas al aire alrededor de las palabras—. Es el hecho de que viniste corriendo aquí por un capricho, buscando al amor de tu vida. *Eso* es el cuento de hadas. No es solo la idea de una hada madrina guiando tu mano; es la idea de que de alguna manera estás destinada a estar con este tipo. ¿No crees que ya se habría puesto en contacto contigo si ese fuera el caso? ¿No crees que habría habido algún tipo de señal —aparte de una anciana en un pub— de que él era el indicado para ti? ¿No crees que habría tomado menos de... —Mira hacia las luces de hadas sobre nosotros, haciendo algunos cálculos rápidos en su cabeza— menos de *diecisiete años* y una Vieja Sabia para que ustedes dos se juntaran?

Vuelve a poner la botella de champán en el cubo de hielo, empujándola con tanta fuerza que parte del hielo se derrama.

—Vaya. ¿Qué mosca te ha picado? —espeto, molesta—. Buena forma de demostrar que *no* eres mandón y estirado, Alex. Bien hecho.

Levanto mi copa, deseando haber tenido una respuesta más ingeniosa que esta, pero estoy tan desconcertada por la ferocidad de su breve discurso que me sorprende poder hablar en absoluto.

—No nos juntamos en ese entonces —le digo fríamente—, porque todavía estaba desarrollándome.

—¿Estabas *qué*?

Está lo suficientemente sorprendido por esto que su interés realmente suena genuino por una vez.

—Estaba *desarrollándome* —repito—. Eso es lo que mi madre siempre me decía, de todos modos. Yo era... bueno, era un poco tardía en mi desarrollo, ¿vale? Y Jamie era el chico más popular de la escuela. A todos les caía bien. Es como si hubiéramos sido estadounidenses, él habría sido el capitán del equipo de fútbol.

—Y qué, ¿tú habrías sido la chica nerd con gafas, que un día se las quita y todos se dan cuenta de lo hermosa que era todo el tiempo? ¿Es eso?

Sus labios se curvan hacia arriba en lo que supongo que se supone que es una sonrisa, pero que solo me hace sentir como si se estuviera burlando de mí.

—Ríete todo lo que quieras —digo—. No me molesta.

Vuelvo a mi entrante, sintiéndome muy *molesta*.

El asunto es que Alex tiene toda la razón. *Sí* esperaba que un día Jamie levantara la vista de los hombros de sus compañeros de equipo y me viera allí en las gradas, la chica de sus sueños. Y, vale, siempre fue poco probable —especialmente dado que él realmente no jugaba al fútbol, y nuestra escuela ni siquiera *tenía* gradas—, pero eso no me impidió seguir esperando de todos modos.

En retrospectiva, probablemente escuché *demasiado* a Taylor Swift en la secundaria.

—Puedo entender más o menos que pensaras eso cuando eras una niña —dice Alex—. Es el hecho de que todavía creas que va a suceder *ahora* lo que no puedo comprender.

—Mira —digo, empezando a perder la paciencia—. Entiendo que obviamente te enorgulleces de ser un dementor chupaalegrías, que no puede descansar hasta que todos sean tan miserables como tú, pero no necesitas ser tan grosero todo el tiempo, ¿vale? Para tu información, *no* creo que vaya a suceder ahora, ¿de acuerdo? No soy estúpida. *Sí*

decir que Jamie era solo una excusa, ¿no? ¿Solo un catalizador para algo más grande?

Espera: ¿dije eso, o solo lo pensé? Bueno, ya es tarde ahora…

Alex se encoge de hombros.

—Todos los chicos populares de mi curso terminaron o drogadictos, o viviendo aún en casa de sus padres —dice—. La popularidad en el instituto no es necesariamente una garantía de felicidad futura, ¿sabes? Y aunque lo fuera, ¿qué pasa si no funciona? ¿Qué pasa si este Jamie no está interesado, y tu vida no cambia? ¿Qué pasa si las cosas no salen bien? Entonces estarás de vuelta donde empezaste.

Dejo los cubiertos, mi apetito repentinamente desaparecido.

—No sé por qué estás tan interesado en esto —le digo—. No es asunto tuyo. Ni siquiera me conoces. Ni a Jamie. No tienes idea de si va a funcionar o no.

—La mayoría de las relaciones no lo hacen —dice con calma, continuando cortando su filete como si esta fuera una conversación perfectamente normal para tener con un extraño durante la cena—. ¿Cuáles son las estadísticas de nuevo? ¿No es algo así como el 50% de todos los matrimonios los que terminan en divorcio?

—¿Y qué? No estoy aquí para *casarme* con el tipo —exclamo—. Haces que esto suene como mucho más de lo que es. Honestamente no es tan serio.

—Lo que lo hace aún más ridículo —contraataca—. Ahora has dejado todo y has puesto en riesgo tu sustento por… ¿qué? ¿Un romance de vacaciones? ¿*Quién* hace eso?

Lo fulmino con la mirada desde el otro lado de la mesa, y él me devuelve el ceño fruncido, un mechón de su cabello aún húmedo cayendo sobre un ojo —el que tiene el moretón— y de alguna manera logrando hacerlo lucir aún más sexy de lo que normalmente se ve.

Es, sin duda, el hombre más guapo con el que he cenado jamás.

Es una lástima que tenga que ser tan absolutamente insoportable.

—Dios mío, eres absolutamente imposible —le digo, mi voz elevándose de una manera que definitivamente me hará estremecer cuando piense en ello más tarde—. Sí, tomé una decisión precipitada, y la tomé en un momento en que me sentía deprimida y vulnerable, y cuando todo parecía un poco sin sentido, realmente. Pero ¿y qué? Al menos estoy haciendo *algo* para intentar cambiar las cosas que no me gustan de mi vida. Todo lo que *tú* pareces estar haciendo es sentarte por ahí luciendo miserable y juzgando a la gente. Bueno, no va a ser conmigo, ¿de acuerdo? Me aseguraré de sentarme en otro lugar mañana por la noche. Me… sentaré con Julian y Alice. O… o con *alguien.*

Me pongo de pie, lista para irme dramáticamente (Lo cual no es una *gran* manera de probar que se equivoca en todo el asunto de "yo siendo súper dramática", pero de todos modos ya había terminado con mi comida…) solo que resulta que no fue mi servilleta lo que me metí en el vestido, sino el mantel; y, cuando me doy la vuelta para irme, arrastro todo el contenido de la mesa conmigo, vasos y vajilla cayendo en cascada con un estruendo tremendo sobre la superficie

pavimentada de la terraza, y los restos del filete a medio comer de Alex volando por el aire para golpear al caballero calvo detrás de nosotros en la parte posterior de la cabeza.

Se escucha un jadeo audible de los comensales de alrededor, que inmediatamente dejan sus cubiertos, como si se estuvieran preparando para ver un espectáculo, y nosotros somos el entretenimiento. Desde el otro lado de la terraza, un saxofonista de repente comienza a tocar, solo para añadir al ambiente.

No me atrevo a mirar en la dirección de Alex, pero, afortunadamente para mí, Emilio viene al rescate, revoloteando para ayudar a desenredarme del mantel, mientras grita direcciones en español al resto del personal de servicio al mismo tiempo.

—Lo siento mucho —digo, dirigiéndome a la terraza en general, y a todos los que están en ella mientras el mantel y yo finalmente nos separamos—. Lo siento *muchísimo*; Yo… pagaré por toda la comida que he arruinado —añado, volviéndome hacia Emilio—. Y los platos. Y los vasos. Y…

—Es todo incluido —dice Alex desde detrás de mí—. Así que ya has pagado por todo. Solo has elegido arrojarlo sobre todos en lugar de comerlo. Lo cual parece muy… *tú*.

—No *elegí* hacerlo —le digo, sintiéndome peligrosamente cerca de las lágrimas mientras me agacho y empiezo a tratar de recoger algunos de los pedazos rotos de vajilla que ahora decoran la terraza—. Obviamente no.

—¿No? ¿Esto no es otro para tu lista de "cosas que no harías en casa", entonces?

¿Soy yo, o en realidad suena ***divertido*** *por esto?*

Y, si es así, confía en Alexander Fox —El Hombre Que No Se Ríe de Nada— para que solo se divierta con la desgracia de otra persona.

—No eres gracioso, ¿sabes? —digo furiosa, enderezándome, dolorosamente consciente del hecho de que todavía tengo público—. Especialmente considerando que todo esto es tu culpa. Pero, oye, encontraste algo más de lo que puedes burlarte de mí, así que supongo que tu trabajo aquí está hecho, ¿no?

La frente de Alex se arruga en algo que podría ser preocupación, aunque nunca se sabe realmente con él.

—Oye —dice, dando un paso hacia mí—. Oye, mira, no quise…

—Ahórratelo —le digo, cogiendo mi bolso del respaldo de mi silla y echándomelo al hombro —. Creo que ya has dicho suficiente por un día, ¿no crees?

Antes de que pueda responder, me doy la vuelta con toda la dignidad que puedo reunir, y me alejo en lo que espero sea la dirección de mi habitación.

Así que tanto para mí *no* ser "dramática" entonces…

Ocho

De vuelta en mi habitación —que por fin encuentro, después de un largo paseo por varios pasillos idénticos— descubro que no tengo mucho apetito después de todo, así que improviso un triste piscolabis que consiste en el único bombón que la camarera ha dejado en mi almohada, más una bolsa de cacahuetes salados que me sobró del avión, y me los llevo al balcón, junto con mi viejo y maltratado diario azul.

El primer día de mi viaje va realmente bien, entonces.

La temperatura ha sido abrasadora todo el día, pero ahora que el sol ha comenzado a hundirse en el océano, hay un ligero frío en el aire, así que cojo un suéter del armario y me acomodo para ver la puesta de sol mientras *no* pienso en lo irritante que es Alex Fox. Lo que podría ser más fácil de decir que de hacer.

—Oye. ¿Te importa si me uno a ti?

Doy un grito agudo y vergonzoso de susto, casi derribando los muebles del patio cuando una familiar cabeza de pelo oscuro y despeinado aparece por encima del muro que separa mi balcón del de al lado.

—Tienes que estar bromeando —balbuceo incrédula—. Por favor, dime que esto es una broma tuya y que *en realidad* no te estás alojando en la habitación de al lado.

—Oh, no es ninguna broma —dice Alex—. No tengo sentido del humor, ¿recuerdas? Soy rígido y mandón. Mi alma es tan negra como el cielo nocturno. Nunca haría algo tan pueril como una *broma*.

—Entonces debe ser idea del *universo* —digo, todavía luchando por creer el cruel giro del destino que nos ha unido, no una, sino tres veces separadas—. Es como si estuviera decidido a hacer que sigamos encontrándonos.

—Debe ser el destino —murmura Alex, con un sarcasmo inconfundible que decido que es mejor ignorar.

El cielo frente a nosotros se está volviendo lentamente de un rosa suave a un dorado líquido mientras comienza a ponerse sobre la isla de La Gomera, que flota en el mar frente a nosotros, con luces parpadeantes a lo largo de su lejana costa. Es tan hermoso que la vista hace que incluso Alex y yo dejemos de discutir mientras lo observamos.

—Si miras muy de cerca, a veces puedes ver el destello verde en el segundo antes de que se ponga —dice Alex en voz baja, desde el otro lado del muro. Me levanto y me apoyo en el balcón, y, después de un segundo, él viene a unirse a mí, con la barrera entre nosotros lo suficientemente baja como para que casi se sienta como si estuviéramos de pie juntos.

El sol alcanza la punta escarpada de la isla y, tal como dijo Alex, hay un breve destello de verde brillante justo antes de que se ponga, dejando un pálido baño de rosa en el horizonte.

—Hermoso, ¿verdad? —dice suavemente. Asiento con la cabeza, con los ojos aún fijos en el cielo.

Nos quedamos allí hasta que el sol ha desaparecido por completo, luego él me mira con cautela.

—Mira, sobre lo de antes —comienza—. Siento si te molesté. En realidad no estaba intentando hacerlo. Sé que probablemente no parecía así, pero me pasé de la raya. Te juro que no voy por ahí tratando de hacer que las mujeres arrojen cosas. Bueno, no todo el tiempo, al menos.

—Está bien —suspiro, envolviéndome con el suéter mientras vuelvo a sentarme en la pequeña mesa de mi balcón—. No fue tu culpa. No debería haber dicho eso. Me había metido el mantel en el vestido. Me lo habría arrancado así sin importar cuándo me hubiera levantado.

Me mira pensativo.

—¿Ofrenda de paz? —dice, ofreciéndome un pequeño paquete de pretzels de sal y vinagre, que reconozco del minibar.

—Está bien —le digo, rechazándolos con un gesto—. Ya tengo algunos míos. Y de todos modos, esas cosas cuestan como 5 euros cada una. ¿Estás seguro de que quieres comerlas?

—He decidido unirme a ti en vivir temerariamente —dice, sentándose en su propia mesa, que está en una posición idéntica a la mía, con solo el muro bajo separándonos—. Aunque, te advierto, este paquete de pretzels es lo más temerario que llego a ser. No estoy operando a tu nivel.

—Qué lástima —respondo, mirándolo de reojo—. Piensa en toda la diversión que podrías tener destruyendo mesas de cena y esperando a que tu amor de la infancia te devuelva la llamada.

Miro mi teléfono, que he colocado cuidadosamente en la mesa junto a mi diario, para oírlo en el momento en que suene.

Lo cual no ha hecho.

Maldita sea.

—Es cierto —dice Alex pensativo—. Y ni siquiera has *intentado* montar en moto todavía. Aunque, si el espectáculo de esta noche es un indicio... bueno, solo recuérdame que me asegure de estar en algún lugar lejano cuando eso suceda, ¿de acuerdo?

—¿No se supone que deberías estar haciendo las paces conmigo después de haber sido tan horrible antes? —pregunto, con las cejas levantadas.

—Um, sí. Absolutamente. Entonces, eh, ¿qué más hay en ese diario tuyo? —dice rápidamente—. ¿O prefiero no saberlo?

—*Sabes* que no quieres —señalo—. Piensas que es raro y estúpido y sé que solo preguntas para compensar lo que pasó antes. O para tener algo *más* de lo que burlarte de mí.

—Prometo que no me burlaré de ti —dice solemnemente—. Palabra de scout.

Hace un pequeño saludo de tres dedos, que puede o no tener algo que ver con los scouts.

—De todos modos —continúa, echándolo a perder ligeramente—. Ya obtuve suficiente munición de ti en el avión y en la cena de esta noche. No tendrás que hacer nada estúpido por un buen tiempo.

—Y yo que pensaba que no tenías sentido del humor —respondo secamente—. Dios, no puedo creer que realmente te estés alojando en la habitación de al lado. ¿Qué hice para merecer esto?

—Debiste haber sido muy mala en una vida pasada o algo así —contesta Alex, abriendo su bolsa de pretzels y acomodándose en su silla de patio—. Supongo que también crees en ese tipo de cosas, ¿no?

—No, en realidad no —respondo—. Soy bastante sensata la mayor parte del tiempo, para que lo sepas.

—Si tú lo dices. Entonces, ¿vas a leer más de ese famoso diario?

Miro mi teléfono de nuevo.

Jamie aún no me ha llamado; ni siquiera me ha enviado un mensaje.

¿Por qué no me ha llamado?

¿Quizás no debería haber asumido que sabría quién era "Summer"? ¿Tal vez debería haber escrito también mi apellido? Aunque, ¿cuántas mujeres llamadas "Summer" puede conocer?

—Eh, me refería a que lo leyeras en voz alta —dice Alex desde el balcón contiguo—. No en tu cabeza. No soy un lector de mentes, ¿sabes?

Dudo, pasando mis manos sobre la gastada cubierta del diario. No confío realmente en que cumpla su palabra y se resista a burlarse de mí por ello. Pero *todavía* estoy desesperada por hablar con alguien sobre Jamie, y Alex es la única persona disponible, así que...

—De acuerdo, pero *tienes* que recordar que prometiste no burlarte, ¿verdad?

—Un Scout siempre cumple su palabra —responde, cerrando los ojos.

Abro el diario al azar y comienzo...

El Diario Secreto de Summer Brookes, Edad Trece Años y Tres Cuartos

Tenemos una nueva chica en la escuela este trimestre. Se llama Chloe Gardner, y parece una princesa de Disney, con ojos azules y todo ese pelo rubio ondulado por la espalda. Bueno, sus ojos no están en su ESPALDA, obviamente. Eso sería raro. Sus ojos están en el lugar normal, y tiene estas gafas rosas muy geniales que se levantan un poco en las puntas. Apenas puede ver sin ellas. Voy al óptico la semana que viene para un chequeo y ESPERO tanto que resulte que hay algo mal con mis ojos porque mamá dice que no me comprará gafas como las de Chloe a menos que realmente las necesite.

(También tiene estos zapatos raros de suela gruesa que dice que tiene que usar porque tiene "pies planos". Realmente los odia, pero creo que son bastante geniales. Me gustaría tener un par.)

En fin, se acaba de mudar a una casa cerca de nosotros, y resulta que es una gran fan de Taylor Swift, como yo, así que vino después de la escuela a escuchar música y eso. Después de un rato, Chloe me preguntó qué quiero hacer cuando termine la escuela, y no estaba realmente segura de cómo responderle. Es decir, sé que quiero ser una cantante famosa, obviamente, pero he notado que la mayoría de la gente simplemente se ríe cuando se lo digo, así que al principio dije que realmente no lo sabía: que no quiero elegir solo una cosa, porque, a) es demasiado estresante, y b) si elijo UNA cosa para ser, perdería la oportunidad de todo lo demás. Como, si decides que definitivamente vas a ser conductor de trenes, entonces no puedes ir y ser piloto de helicóptero también, ¿verdad? (A menos que haya pilotos de helicóptero que conduzcan trenes, y no creo que los haya, pero le preguntaré a papá más tarde.)

El caso es que Chloe seguía diciendo que tenía que elegir algo —lo cual supongo que es cierto, porque así es como funciona la vida, ¿no? Así que al final solté que quiero ser famosa y cantar en el escenario, y por supuesto, se rio de mí. Así que fingí que solo estaba bromeando, y que quiero ser esteticista, como ella, aunque no puedo imaginar nada peor que tener que levantarse y hacer el mismo trabajo, todos los días, una y otra vez hasta que básicamente mueras de aburrimiento o de vejez. Simplemente no puedo.

Chloe dice que así es la vida; que no todos pueden ser la próxima Taylor Swift, y sé que tiene razón, pero luego, en la práctica del coro la semana pasada, Jamie Reynolds estaba detrás de mí y cuando terminamos, me tocó el hombro y dijo que tenía una voz muy bonita. Lo dijo como si lo dijera en serio, también. Como, ¿no creo que solo estuviera tratando de ser amable? Pero tan pronto como empezó a hablarme, me puse roja brillante y no pude decir nada en respuesta. Fue tan vergonzoso. Quería morir. Ahora sabrá 100% que me gusta, así que tengo que esperar hasta que lo vea salir para la escuela cada mañana para que no haya posibilidad de que me lo encuentre fuera de casa y lo haga aún más evidente.

Dejo de leer y miro a Alex, que sigue recostado en su asiento con los ojos cerrados y las manos pulcramente cruzadas frente a él, pareciendo por todo el mundo como si estuviera profundamente dormido. Lo cual probablemente sea bueno, considerando qué absoluto festival de vergüenza resultaron ser estas entradas particulares del diario.

Cierro el diario y me pongo de pie silenciosamente, esperando volver a mi habitación antes de que se despierte.

—No puedo creer que quisieras pies planos solo porque tu amiga los tenía —dice Alex, sin abrir los ojos.

Maldición.

—Tenía trece años —señalo a la defensiva—. ¿Supongo que tú estabas ocupado haciendo buenas acciones y pensando desinteresadamente en los demás a esa edad, no? ¿Salvando gatos de los árboles y cosas así?

—Bueno —dice seriamente—, no nos permitían tener mascotas en el orfanato, por supuesto, así que no había gatos que salvar, pero nos animaban a hacer buenas acciones, sí.

—¿No estarás intentando hacer otra broma ahora, Alexander Fox? —pregunto, mirándolo severamente por encima del diario.

—¿Yo? El... ¿cómo me llamaste? Un "dementor", ¿no era? ¿Yo? Seguramente no.

Hace un puchero de falsa indignación. En realidad es bastante sexy. O lo sería si no fuera, ya sabes, *él*.

—Si me disculpo por decir esas cosas, ¿serás serio por un minuto?

—Siempre soy serio, Summer. Soy un tipo serio.

—Sí, ya me di cuenta. Pero no creciste realmente en un orfanato, ¿verdad?

Sonríe.

—No, crecí en Brighton. ¿Y tú?

—Margate —admito, esperando que se ría de esto —la mayoría lo hace cuando se enteran de que soy de Margate—, pero está inusualmente callado.

—Este Jamie —dice, después de un breve silencio—. Odio hacer una pregunta tan obvia, pero ¿por qué era tan terrible que se diera cuenta de que te gustaba? Te habrías ahorrado todo este drama si se lo hubieras dicho en ese momento, ¿no?

—Pero entonces no habría tenido el placer de conocerte —respondo en un tono que imita el suyo—. Y de todos modos, no podía decirle que me gustaba, porque quizás yo no le gustaba a él. Y eso me habría roto el corazón.

—¿Así que elegiste perderte la posibilidad de este gran romance solo para no arriesgarte a que te rompieran el corazón?

—Bueno, no fue *solo* por eso. Pero en parte, sí. Supongo que te suena ridículo.

Hay otro silencio, más largo esta vez.

—No —dice finalmente—. No, lo entiendo. Lo que me desconcierta es que de repente hayas decidido arriesgarlo todo *ahora*. ¿Qué cambió? Y por favor, no digas que fue la Sabia Anciana, te lo ruego.

Doy un grito de indignación, aunque *eso* era lo que estaba a punto de decir.

—Creo que fueron los KPIs —le digo en su lugar.

—¿Los qué?

—Los KPIs —respondo—. Indicadores Clave de Rendimiento. Son un conjunto de estadísticas increíblemente aburridas en las que nadie debería tener que perder su vida pensando. Pero *yo* terminé pasando mi vida pensando en KPIs, y creo que esa fue la gota que colmó el vaso, en realidad.

Le cuento sobre el mensaje de Linda en Nochevieja, y cómo esperaba que lo dejara todo por el bien de un informe aburrido que estoy 86% segura de que nadie lee, de todos modos.

—Y me di cuenta de que quizás no me había convertido en esteticista, como Chloe, pero casi muero de aburrimiento de todos modos, en un trabajo sin sentido que se sentía un poco como estar en una cinta de correr, día tras día —termino, echándome a la boca los últimos cacahuetes salados.

—Así que le dijiste a Linda que se metiera sus KPIs por donde le cupieran, y te subiste a un taxi al aeropuerto —dice Alex, frotándose la barbilla como si tratara de darle sentido a todo esto —. Un movimiento bastante audaz, en realidad.

—Has cambiado de opinión —digo, sorprendida—. Pensé que era arriesgado y ridículo.

—Oh, lo era —dice—. Pero eso no significa que no pueda ser valiente también.

—¿En serio? —Siento que mis mejillas se ponen rojas ante el inesperado cumplido.

Menos mal que está demasiado oscuro para que me vea bien ahora.

—Yo, eh, no hice *exactamente* eso —admito, sintiéndome un poco fraude—. No reservé el taxi hasta *horas* después de recibir su mensaje. Ni le dije que se metiera nada por ningún lado. Y *sí* la llamé para hacerle saber que no iría.

—Solo acepta el cumplido, Summer —dice en tono de advertencia.

—Cierto. Lo siento.

Caemos en un silencio que de repente se siente incómodo. Giro el diario nerviosamente en mis manos, preguntándome si debería simplemente levantarme e irme.

—Entonces, ¿*llegaste* a cantar alguna vez en un escenario?

Lo miro de reojo.

—No, a menos que cuentes el coro de la escuela —digo—. No, renuncié a esa idea hace años. No todo el mundo puede ser la próxima Taylor Swift, como dijo Chloe.

—Tal vez no. Pero podrías ser la primera Summer Como-sea-tu-apellido.

—Lo dudo mucho. Y es Brookes, por cierto. Summer Brookes. No puedo creer que te haya contado todo esto... todas estas *cosas* sobre mí, y ni siquiera sabes mi apellido, o... o cuál era el nombre de mi primera mascota. Es raro, ¿verdad?

—No realmente —se encoge de hombros—. Estamos manteniendo una conversación educada, no tratando de hackear las cuentas del otro. Y tú tampoco sabes nada de eso sobre mí. Así es como funcionan las vacaciones. Conoces gente, luego nunca los vuelves a ver. No tiene mucho sentido conocer todo sobre ellos, ¿verdad? Anda, déjame ver eso.

Se inclina sobre el muro que nos separa y me quita el diario de la mano, abriéndolo por la primera página.

—¿Por qué tachaste "saltar de un avión"? —pregunta, examinando el texto.

—Porque *no quiero* saltar de un avión —respondo rápidamente.

—¿No *quieres*?

—Sí. Solo lo escribí porque cada vez que ves a alguien en las películas que decide cambiar su vida, o incluso solo trabajar en una lista de deseos o lo que sea, siempre terminan saltando de un avión. Así que pensé que *yo* también debería hacerlo.

—Pero luego cambiaste de opinión, ¿porque le temes a volar?

—Y le temo aún más a las alturas —confirmo, asintiendo—. Pensé que solo subirme a un avión —que es la resolución número 2— sería más que suficiente interacción con aviones. Así

que lo reemplacé con escalar una montaña, que también implica alturas, pero... bueno, es mucho menos aterrador, ¿no? Al menos las montañas no pueden estrellarse.

—Bueno, has venido al lugar correcto —dice Alex, cerrando el libro y devolviéndomelo—. El Monte Teide es el pico más alto de España. Y subes en teleférico, así que ni siquiera tienes que escalar si no quieres.

—¿En serio?

Me muerdo la uña del pulgar, pensativa.

—Pero los teleféricos pueden estrellarse, ¿no? —pregunto con cautela—. ¿Y si algo sale mal?

Alex suspira.

—Cualquier cosa puede salir mal, Summer —dice, poniéndose de pie—. Cualquier cosa. Incluso las cosas que crees que son seguras.

Abre la puerta corredera de su balcón, que es idéntica a la del mío.

—En fin —dice en voz baja—. Está refrescando; creo que me voy a acostar. Buenas noches.

—Buenas noches —respondo, mirando el diario en mis manos mientras las puertas se cierran detrás de él, dejándome sola en la oscuridad.

Cualquier cosa podría salir mal.

Pero eso significa que también podría salir *bien*.

Y todo lo que tengo que hacer es averiguar qué cosas valen la pena arriesgar.

Nueve

Cuando me despierto a la mañana siguiente, lo primero que hago es alcanzar mi teléfono para ver si Jamie me ha enviado algún mensaje mientras dormía.

Negativo.

Ni mensajes. Ni llamadas perdidas. Ni siquiera de Chloe, que finalmente ha dejado de bombardearme con preguntas sobre dónde estoy y qué demonios creo que estoy haciendo.

(Ni que decir tiene que no le dije que vine aquí para encontrar a Jamie Reynolds. Lo último que necesito es que Chloe aparezca para robar protagonismo; que es exactamente el tipo de cosa que haría...)

Rápidamente reviso la configuración del teléfono, solo para asegurarme de que aún está conectado a la red española a la que se conectó cuando llegué, y que no lo he dejado accidentalmente en modo avión.

No.

El teléfono funciona perfectamente; lo que significa que simplemente no se ha molestado en llamarme.

Está bien, de todos modos.

Probablemente esté ocupado.

O... ¡o enfermo! Sí, eso es. Tal vez esté enfermo, y, incluso ahora, esté postrado en su lecho de muerte, sus dedos temblorosos intentando desesperadamente alcanzar su teléfono mientras trata de—

—Summer, ¿estás ahí, querida?

Abro la puerta y encuentro a Alice y Julian afuera. Alice está montada en un brillante scooter de movilidad motorizado rojo esta mañana, y Julian lleva un traje de lino, que lo hace parecer como si fuera a protagonizar una película clásica, en lugar de simplemente dirigirse al desayuno buffet de todo lo que puedas comer.

—¿Vienes a desayunar? —pregunta Alice—. Realmente te lo perdiste ayer; fue espléndido, ¿verdad, Julian?

—Ciertamente lo fue —dice su marido, frotándose las manos con anticipación—. No hay nada como un desayuno buffet todo incluido, Summer. Créeme.

—Puedes tomar champán y todo —confirma Alice—. Bucks Fizz, lo llaman. Ya sabes, ¿como la banda? En fin, ¿vienes?

—Eh, no, no creo —respondo, mirando mi pijama—. Acabo de levantarme. Necesito ducharme y vestirme.

—Ustedes los jóvenes —dice Julian jovialmente—. Se quedarían en la cama medio día, si pudieran.

Miro mi reloj. Son las 8 de la mañana.

—Bueno, te guardaremos un asiento de todos modos —dice Alice, retrocediendo rápidamente y casi atropellando a una joven pareja que pasa caminando—. No tardes mucho, ¡o Rita se habrá bebido todo el champán! Oh, casi lo olvido: esto estaba sobresaliendo de tu puerta.

Me entrega un folleto que anuncia un viaje en autobús al Monte Teide, el volcán del que Alex hablaba anoche. Sonrío débilmente y hago un pequeño gesto de despedida mientras ella se dirige a toda velocidad hacia los ascensores, con Julian trotando obedientemente detrás de ella.

Cierro la puerta y le doy vueltas al folleto en mis manos, pensativa. El tour sale del hotel en poco más de una hora. Si me salto el desayuno y no me molesto en lavarme el pelo, podría...

No. No puedo.

¿Y si Jamie llama mientras estoy allá arriba? ¿Acaso tienen cobertura telefónica en los volcanes? ¿Y si hace erupción? ¿Y si el teleférico se avería y—

—Basta, Summer —me digo firmemente, entrando al baño y encendiendo la ducha—. Se supone que debes correr riesgos, ¿recuerdas? Hacer todas las cosas que nunca hiciste, aunque quisieras hacerlas. Así que hazlo. Haz que tu yo más joven se sienta orgullosa.

Aunque estoy convencida de que mi yo más joven solo añadió lo de escalar una montaña porque no se le ocurría nada mejor que escribir, la idea de poder tachar otro elemento de mi lista me atrae. Así que salto a la ducha y, treinta minutos después, estoy vestida, cubierta de protector solar SPF50 y golpeando la puerta de la habitación de Alex Fox.

—¿Qué. Demonios. Pasa?

Alex abre la puerta con ojos somnolientos y vistiendo una vieja camiseta y un par de bóxers con los que obviamente ha dormido. Desvío la mirada y lo empujo antes de que pueda siquiera pensar en tratar de detenerme.

—Bien —digo despreocupadamente, empujando el folleto que Alice me dio contra su pecho —. Vamos, es hora de vestirse.

—¿Qué está pasando? —dice Alex con sospecha, sin molestarse en moverse—. ¿Por qué estás en mi habitación? ¿Estoy teniendo una pesadilla? ¿Es eso lo que es esto?

—No, estás despierto —le digo, tratando de sonar tranquila y casual, aunque cualquiera que me conozca se daría cuenta instantáneamente de que es solo una actuación.

Afortunadamente para mí, sin embargo, Alex Fox *no* me conoce. Bueno, no *realmente* bien. Lo que significa que puedo adoptar cualquier personalidad que me guste, y él no lo notará. La personalidad de esta mañana es la Chica Genial. Summer fácil y despreocupada. La persona que vine a ser. Puede que le haya tomado un par de días, pero finalmente ha llegado, y ahora se va a escalar una montaña.

Bueno, a tomar un teleférico hasta una montaña.

Solo necesita un poco de apoyo moral, eso es todo.

—Esto estaba sobresaliendo de mi puerta esta mañana —digo, señalando el folleto en las manos de Alex—. Justo después de que estuviéramos hablando de escalar montañas.

Alex me mira con expresión vacía.

—¿Y?

—Pues es una *señal*, ¿no? Del universo.

—Si te refieres a que es una señal de que subir la montaña es la excursión más popular de la isla, y que hay folletos por todas partes, entonces sí, supongo que lo es —dice, devolviéndome el folleto en cuestión—. Pero si volvemos a hablar de destino, y el sino, y todas esas tonterías, es demasiado temprano para mí. Me vuelvo a la cama.

—Es una señal de que deberíamos subir la montaña —digo firmemente—. Y el autobús sale en media hora, así que vamos a tener que darnos prisa.

—¿Nosotros? —dice, sin moverse todavía. Su ojo morado se ve un poco menos colorido hoy, pero el ceño fruncido está en su lugar, como siempre—. ¿Ahora hay un "nosotros"?

Realmente no me lo está poniendo fácil para ser "cool" aquí, ¿verdad?

—¡Sí! Es decir, ¡no! O solo en el sentido de que ambos estaremos allí al mismo tiempo. Pero habrá un autobús lleno de otras personas —respondo, abriéndole la puerta del baño—. Así que apenas tendrás que verme. Vamos, Alex —añado, cuando todavía no se mueve—. Será divertido. Probablemente. Y no es como si tuvieras una agenda ocupada que reorganizar, ¿verdad? ¡Estás de vacaciones!

Me mira durante un momento agonizantemente largo, luego suelta uno de sus característicos suspiros.

—Está bien —dice, alzando la mano para frotarse los ojos y haciendo una mueca de dolor cuando toca el moretón—. Lo que sea para que dejes de acosarme. Solo tardaré unos minutos. Espera aquí. Y *no* toques nada.

La puerta del baño se cierra tras él, y yo me dejo caer en el pequeño sofá de dos plazas junto a la puerta del balcón, mirando alrededor con curiosidad.

La habitación de Alex es idéntica a la mía, excepto que todo está al revés, así que su baño está pegado al mío, y lo mismo ocurre con la cama. Me remuevo en mi asiento, pensando en la delgada pared que habría sido lo único que nos separaba anoche mientras cada uno dormía.

No, eso es raro.

No voy a pensar en dormir junto a Alex Fox. Ni siquiera con una pared entre nosotros.

Aparte de la habitación invertida, la otra gran diferencia entre la habitación de Alex y la mía es lo ordenada que está la suya. Mi habitación actualmente parece que un huracán acaba de pasar por ella, con ropa y maquillaje esparcidos por todas las superficies, aunque solo llevo aquí dos noches. Esta habitación, en cambio, no muestra casi ningún signo de ocupación, aparte de la cama sin hacer (que, para ser justos, *acabo* de sacarlo de ella…), y un enorme ramo de flores rosadas en un jarrón sobre el tocador, que…

… espera. ¿Por qué tiene un ramo de flores en su habitación? Yo definitivamente no tengo uno en la mía.

Frunzo el ceño, tratando de recordar si *alguna vez* me he alojado en una habitación de hotel donde me hayan recibido con flores.

No, sería la respuesta a eso.

(Para ser justos, hasta estas vacaciones, la última vez que estuve en el extranjero, compartía habitación con mi hermano. Pero aun así. Seguramente los hoteles no suelen dar flores a sus huéspedes, ¿verdad? ¿O sí? Y la idea de que Alex salga a comprarse *él mismo* un ramo de rosas rosa pálido es aún más extraña. Entonces, ¿cómo llegaron aquí?)

Sé que Alex me dijo que no tocara nada, pero mientras miro las flores, noto una pequeña tarjeta junto a ellas en un sobre, y eso es demasiada tentación para resistirme, así que me pongo rápidamente de pie y cruzo la habitación para mirarla, soltando un pequeño grito de dolor cuando mi pie hace contacto con algo sólido en el suelo.

Me quedo inmóvil, mirando culpablemente en dirección al baño, mientras rezo para que el ruido de la ducha haya sido lo suficientemente fuerte como para cubrir el sonido. El agua sigue fluyendo, así que miro hacia abajo para ver con qué he tropezado, y…

Es una cubitera.

O más bien la base de una cubitera.

El resto está justo ahí frente a mí, conteniendo una botella sin abrir de Veuve Clicquot, que… *¿en serio?*

No me digas que esta también es "cortesía del hotel". ¿Por qué a este tipo le siguen regalando champán dondequiera que va? ¿Y qué tengo que hacer yo para conseguir eso?

Esa es una pregunta para más tarde. Por ahora, mi objetivo vuelve a ser las flores; que, ahora que estoy más cerca de ellas, puedo ver que definitivamente tienen una tarjeta, presumiblemente conteniendo el nombre del remitente — y tal vez incluso un mensaje, también.

Sintiéndome un poco como si estuviera en una película de espías, me acerco de puntillas, casi al alcance de mi objetivo.

—¿Summer? ¿Qué estás haciendo?

Me doy la vuelta, sonrojándome por la vergüenza de haber sido atrapada en el acto. Alex está de pie justo fuera de la puerta del baño, con gotas de agua brillando en su pecho desnudo, y una pequeña toalla blanca alrededor de su cintura.

Una toalla muy pequeña.

Y una cintura muy tonificada.

Digamos que es una suerte que ya esté sonrojada.

—¿Y bien?

Alex me mira acusadoramente, cruzando los brazos sobre ese impresionante pecho suyo.

—Solo estaba echando un vistazo más de cerca a estas hermosas flores —le digo, con toda la inocencia del mundo—. Apuesto a que huelen increíble. ¡Mmmmm!

Doy un paso más cerca, y pantomimo el acto de inclinarme para olerlas ostentosamente, mis ojos desviándose con pesar hacia la pequeña tarjeta junto a ellas, que parece que nunca podré abrir.

*Aunque ni siquiera debería haber **intentado** abrirla, de todos modos.*

No puedo creer que haya hecho eso.

¿Quién iba a pensar que la Cool Summer resultaría ser tan fisgona?

—¿Estás, um, celebrando algo, entonces? —pregunto, asintiendo hacia la botella de champán —. ¿Es tu cumpleaños?

—Bueno, *espero* poder celebrar que no me hagas más preguntas —dice de manera significativa—. Pero no parece que eso vaya a suceder pronto, así que—

—Eso no es un "no" —señalo, aliviada de haberlo distraído del hecho de que estaba a punto de intentar leer su tarjeta—. Entonces, ¿lo es? ¿Tu cumpleaños? ¿Qué edad tienes, de todos modos?

—Dios, no te rindes, ¿verdad? —dice, girándose y empezando a hurgar en el armario, que está tan ordenado como todo lo demás en esta habitación—. Tengo 35 años, si tanto necesitas saberlo. ¿Feliz ahora?

—¿Es por eso que estás tan *irritable* todo el tiempo, entonces? —pregunto pensativamente—. Déjame adivinar: ¿no te gustan los cumpleaños? ¿O estás molesto porque casi tienes 40 y aún no has hecho nada con tu vida?

—Creo que estás pensando en *ti* —responde, sin darse la vuelta—. He hecho mucho con mi vida, gracias. Y no estoy "casi en los 40".

—*Yo* tampoco —replico—. Oh, feliz cumpleaños, por cierto. Lo siento, realmente debería haber dicho eso primero.

Alex no se molesta en responder.

—Eh, de todos modos —digo, mirando mi reloj—. ¿Estás listo?

—¿*Parezco*

—¿Listo? —responde Alex, señalando la toalla que he estado tratando de ignorar deliberadamente.

—Quizás te espere afuera, entonces —le digo, casi tropezándome mientras corro hacia la puerta—. ¡Estaré justo aquí! ¡Tómate tu tiempo! O, mejor dicho, *no* te tomes tu tiempo, en realidad... creo que puedo ver el autobús llegando.

La puerta de la habitación del hotel de Alex se cierra de golpe detrás de mí justo cuando un gran autobús turístico blanco aparece a través de los arcos que dan a las montañas. Observo cómo se detiene frente a la recepción, y un pequeño grupo de personas comienza a subir. Estoy segura de que ese es el sombrero para el sol de Rita que puedo ver cerca del frente. Y la calva de Gerald.

Al menos Alex no pasará su cumpleaños solo, entonces.

Aunque... ¿no es un poco extraño que haya venido aquí para celebrarlo solo? ¿O conmigo, Gerald y Rita, lo cual es posiblemente aún peor?

¿Quién hace eso? Es decir, yo sé que ***yo*** *estoy aquí sola, pero no es mi cumpleaños. Si lo fuera, no creo que beber champán sola en una habitación de hotel sea como quisiera pasarlo.*

Me pregunto si estará solo.

Me pregunto si debería...

—¿Lista?

Alex está de pie detrás de mí, ahora completamente vestido, y con sus omnipresentes gafas de sol ocultando su ojo amoratado. El estilo de hoy es muy de "tipo rico que juega al tenis los fines de semana": todo brillante y caro, aunque solo lleva pantalones cortos y una camisa polo, y solo ha tenido unos minutos para vestirse.

—Eso fue rápido —comento, siguiéndolo por el pasillo a paso ligero—. A mí siempre me lleva una eternidad arreglarme.

—Me lo imagino —murmura sombríamente por encima del hombro.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunto mientras llegamos a los ascensores que nos llevarán a la recepción en la planta baja.

¿Por qué tiene que hacer que cada cosa que me dice suene como un insulto?

—Nada —se encoge de hombros—. Es solo que... bueno, pareces bastante exigente.

Sus ojos recorren lentamente mi cuerpo de una manera que me hace desear haber usado unos pantalones cortos menos reveladores.

—¿En serio vas a usar esos? —pregunta, mirando mis pies—. ¿Para subir una montaña?

—¿Qué tienen de malo? —Miro mis cuñas de plataforma rojo brillante mientras las puertas del ascensor se abren con un timbre—. Dijiste que era un viaje en teleférico, ¿no? No hay que escalar, ¿recuerdas?

—El teleférico solo te lleva hasta cierto punto —responde, entrando y presionando el botón para bajar—. Si quieres llegar hasta la cima, entonces sí, tienes que escalar. Y es... bueno, es rocoso. Como era de esperar. Porque es un volcán, ¿no?

Me mira con una expresión de "¿Puedes creer a esta idiota?".

—Pero no me dijiste nada de eso anoche —protesto—. Lo hiciste sonar fácil.

—No sabía que ibas a subir a la mañana siguiente, ¿verdad? —dice enojado—. Y usar... *eso*... para hacerlo.

Esta vez su mirada recorre mis pantalones cortos de mezclilla y la camisa blanca anudada que sigue subiéndose para revelar mi abdomen. Rápidamente coloco mi bolso sobre mi estómago, casi *sintiendo* sus ojos moverse sobre mí.

—Está bien, está bien, ya entendí. Volveré arriba y me cambiaré.

Extiendo la mano para presionar el botón de nuestro piso, pero la mano de Alex se lanza para detenerme.

—No, solo... déjalo así —dice, sonando un poco extraño—. Ya no hay tiempo. El autobús está a punto de irse.

Ahora estamos en la planta baja, y las puertas del ascensor se abren mostrando la enorme área de recepción con baldosas, el autobús en cuestión apenas visible a través de las puertas de cristal en un extremo.

—Mira, estoy seguro de que estará bien —dice Alex, mirando su reloj—. Probablemente no llegarás hasta la cima, eso es todo. Creo que de todos modos necesitas un permiso para llegar hasta arriba, y solo emiten unos pocos por día, así que quizás no importe tanto.

—Oh. De acuerdo.

No estoy segura de si sentirme aliviada o decepcionada de que mi sueño de la infancia de escalar una montaña probablemente termine justo antes de la cima. Aunque, era un "sueño de la infancia" que había olvidado por completo hasta que lo leí en mi diario, y no estoy segura de si realmente lo decía en serio en ese momento, así que tal vez Alex tenga razón. Tal vez *realmente* no importa.

—Lo importante es participar, de todos modos —digo, siguiéndolo fuera del ascensor y cruzando la soleada recepción hacia el autobús que espera—. ¿No es así?

—Si tú lo dices —viene la respuesta—. ¿Es algo que viste en Instagram? Suena como una de esas estúpidas citas motivacionales que la gente publica, con una imagen de un atardecer detrás.

—No. Bueno, sí. Bastantes veces, en realidad. Pero es cierto, sin embargo —insisto, hablando a la parte trasera de su cabeza mientras se detiene fuera del autobús, esperando para abordar—. O lo es en mi caso. La antigua yo ni siquiera participaba la mayor parte del tiempo. Ahora lo hace.

—Genial —dice Alex, impasible—. ¿Podría la antigua tú, o la nueva tú, o cualquiera que seas, darse prisa y subir al autobús antes de que nos deje?

—Sí, podría —respondo, negándome a morder el anzuelo. Sonrío radiante mientras paso junto a él para subir los escalones del autobús—. Nueva Summer, reportándose para el deber.

Voy a escalar mi primera montaña.

Mi yo de trece años estaría tan orgullosa.

Diez

¡Eh, vosotros dos! ¡Aquí! Os hemos guardado un par de asientos. Os vimos venir.

Rita y Gerald están sentados uno al lado del otro en la parte trasera del autobús, con dos asientos vacíos delante de ellos: lo cual es una suerte, realmente, porque significa que pueden actuar como amortiguador entre Alex y yo, y evitarnos tener que sentarnos en un silencio sepulcral durante todo el camino montaña arriba.

Sin embargo, no hay muchas oportunidades de silencio —sepulcral o de otro tipo— con Rita cerca. Parlotea sobre su Fred y todas las cosas que solían hacer juntos, mientras el autobús serpentea por el volcán que se alza sobre la isla, pasando por pequeños y bonitos pueblos y haciéndome agarrar desesperadamente a mi asiento mientras sortea las estrechas y sinuosas carreteras que nos llevan a través de las nubes y por encima de ellas.

—Pero resulta que los hurones no deben comer queso —concluye Rita tristemente mientras nos detenemos en nuestra primera parada: el cráter de Las Cañadas que se encuentra justo debajo del cono del volcán, a 2.000 metros sobre el nivel del mar—. Así que ahí se acabó todo.

—¿Tú sabes de qué está hablando? —me susurra Alex mientras bajamos del autobús en el aparcamiento—. Porque yo no estoy seguro.

—Perdí el hilo en algún momento después del primer mirador en el que paramos —admito, sin querer decirle que he estado mirando por la ventana del autobús y soñando despierta con Jamie y yo, y lo que le voy a decir cuando finalmente nos encontremos.

—¿Te ha llamado ya? —pregunta Alex, al verme mirar el teléfono.

—No hay cobertura a esta altura —le digo, deseando que no fuera tan bueno adivinando exactamente lo que estoy pensando todo el tiempo—. Así que supongo que sí lo habrá hecho. Probablemente habrá un mensaje esperándome cuando volvamos al hotel.

Alex parece tener una respuesta sarcástica en la punta de la lengua, pero, afortunadamente para mí, Gerald elige este momento para pedirle que tome una foto, y Alex rechaza el teléfono que le ofrece, antes de poner su mochila en el suelo y hurgar en ella.

—Toma —le dice a Gerald, sacando de la bolsa una cámara de aspecto caro con un enorme objetivo—. Déjame tomar una con esta. Será mucho mejor, te lo prometo. Puedo enviártela por AirDrop si quieres.

Observo con curiosidad cómo sostiene la cámara a la altura de los ojos y empieza a juguetear con el objetivo, mientras Gerald posa obedientemente frente a las gigantescas formaciones rocosas que se alzan como centinelas al borde de la caldera, con los dos pulgares en alto, como un presentador de televisión infantil.

—Entonces, ¿eres una especie de fotógrafo? —pregunto mientras Gerald se aleja y Alex se vuelve hacia el cono del volcán, que se alza detrás de nosotros con la punta blanca por la nieve.

Empiezo a desear haber seguido su consejo sobre el calzado.

—Sí —responde, disparando de espaldas a mí—. En efecto, soy una especie de fotógrafo. Excelente trabajo de detective, Scooby.

—¿En serio? Eso es genial —le digo, ignorando el ya habitual sarcasmo—. Entonces, ¿qué tipo de fotógrafo? ¿Es un hobby o te dedicas a ello profesionalmente?

—¿Nunca te cansas de hacer preguntas? —dice, mirándome por encima de las gafas de sol—. Es mi trabajo, en realidad. Aunque empezó como un hobby.

Esto me sorprende un poco, pero solo porque es difícil imaginar que un hombre como Alex Fox tenga algo tan mundano como un *trabajo*. Al verlo, uno pensaría que se pasa los días escribiendo poesía y escuchando a Leonard Cohen, mientras piensa pensamientos muy profundos sobre... lo que sea que alguien como Alex piense. Simplemente tiene ese tipo de intensidad, de alguna manera. Sin embargo, cuanto más lo pienso, más fácil es ver cómo una carrera como fotógrafo encaja bastante bien con todo eso. Es artístico, después de todo. Me imagino que tiene una casa llena de elegantes fotos en blanco y negro de objetos que no se pueden identificar a primera vista, pero que tienen un significado profundo, si eres lo suficientemente inteligente para descubrir cuál es.

—Entonces, ¿qué tipo de cosas fotografías? —pregunto, siguiéndolo por el camino de piedra que conduce a la roca más grande—. Supongo que no siempre son volcanes, ¿no?

—No —dice, agachándose y sacando un objetivo diferente de su bolsa, que intercambia hábilmente con el que está en la cámara—. Normalmente no. Aunque ojalá lo fuera. Sería mucho más interesante.

Empieza a disparar de nuevo y yo giro lentamente, admirando la vista. Desde donde estoy, es casi imposible saber a qué altura nos encontramos. La superficie rocosa del cráter parece extenderse en todas direcciones, como el escenario de una antigua película del Oeste, decolorada por el sol y de tonos sepia. Si no fuera por la atmósfera notablemente más delgada —y por el hecho de que recuerdo claramente haber exclamado de asombro junto con todos los demás al atravesar las nubes de camino aquí— sería fácil creer que aún estamos a nivel del suelo y unos cuantos siglos atrás en el tiempo. A un lado, el cono del volcán se eleva hacia el cielo, proporcionando el fondo perfecto para las numerosas fotos que todos a nuestro alrededor le están tomando; Alex incluido.

—No respondiste a mi pregunta —le recuerdo cuando por fin se endereza—. ¿Qué tipo de fotos tomas?

—Vaya, ¿así que el joven Alex es fotógrafo? —pregunta Rita, uniéndose a nosotros—. Qué maravilla.

—Eh, sí —admite Alex, como si lo hubieran pillado haciendo algo que no debía. Mis sentidos se agudizan—. Tomo fotos de... de personas. Y eventos.

Empieza a juguetear de nuevo con los botones de la cámara, con un aspecto inusualmente tímido.

—¿Eventos? —pregunto inocentemente—. ¿Qué tipo de eventos? ¿Te refieres a cosas como ceremonias de premios? ¿Conferencias? ¿Conciertos?

—Algo así —murmura, sin mirarme.

—Hmm —digo, pensativa—. Me pregunto qué *otros* tipos de eventos habrá. ¿Qué tipo de evento requeriría un fotógrafo profesional?

—¡Oh! ¡Ya sé! —dice Rita—. ¡Bodas! ¡Podría ser fotógrafo de bodas!

Bingo.

Logro contener la risa durante casi cinco segundos completos antes de que estalle en forma de una risita —ligeramente vergonzosa—.

—No *solo* hago bodas —dice Alex a la defensiva—. Eso es solo lo que paga las facturas. Hago muchas otras cosas también.

Puedo notar que me está fulminando con la mirada, incluso con las gafas oscuras aún puestas.

—Lo siento —digo, mordiéndome el labio—. Es solo la idea de que *tú*, el dementor oscuro, tomes fotos de *bodas*. Es como descubrir que Darth Vader trabajaba en una guardería o tomaba clases de ballet.

—¿Pero no dijiste que odiabas las bodas, Alex? —dice Rita—. ¿En el avión? Estoy segura de que lo dijiste.

—Sí, lo dijo —confirmo con aire de suficiencia—. Dijo que eran un desperdicio de dinero.

—Lo son —murmura Alex, guardando la cámara en su bolsa—. Créeme, lo sé bien.

—Debes ser una verdadera alegría tener cerca en una boda —observo con sarcasmo, imaginándomelo merodeando detrás de la feliz pareja, frunciendo el ceño y suspirando como si estuviera allí bajo coacción—. Especialmente con esa actitud.

—No tengo ninguna "actitud" —replica, cerrando la cremallera de la bolsa con demasiada fuerza—. Simplemente no me dejo engañar por la falsedad de todo eso; todo el énfasis en las flores, los vestidos y la decoración de las mesas, cuando sabes que de todos modos van a terminar divorciados en cinco años. Es tan absurdo.

—Oh, vamos —le digo, intercambiando miradas con Rita—. Eso es demasiado, incluso para ti, ¿no crees? No todos los matrimonios terminan en divorcio. Algunas personas realmente logran vivir felices para siempre, ¿sabes?

—¿Ah, sí? —dice, resoplando—. Era de esperar que creyeras en el "amor verdadero" y todas esas tonterías.

—Claro, ¿y tú *no*, supongo? —respondo, irritada. Alex simplemente se encoge de hombros con desdén.

—No realmente —dice—. Como dije, todo es solo para aparentar. La mayoría de las parejas que fotografío solo se preocupan por las fotos y cómo se verán en Instagram o lo que sea. Apenas parecen *gustarse* entre sí. Todo se trata de las apariencias; tratar de ser algo que no son, solo para encajar con todos los demás a su alrededor, que también están tratando de ser algo que *ellos* no son. Es tan... poco auténtico.

Pienso en la cena de anoche y en cómo me sentí pretendiendo ser alguien más.

Pero no es lo mismo.

¿O sí?

—Pero tú no *sabes* eso —argumento—. Solo los estás juzgando basándote en las apariencias, lo que te hace tan malo como crees que son ellos. No sabes realmente nada sobre ellos. Y de todos modos, no tienes que ser cínico sobre absolutamente *todo*, ¿sabes? Te guste o no, algunas personas *sí* se enamoran, y *sí* dura para siempre. ¿No es así, Rita?

Me vuelvo hacia ella buscando apoyo, pero Rita solo parpadea con incertidumbre.

—Quizás deberíamos volver al autobús —dice, aclarándose la garganta nerviosamente—. Parece que está listo para partir. Ahora, ¿dónde se habrá metido ese Gerald?

Se da la vuelta y se aleja arrastrando los pies, dejando mi pregunta sin respuesta. Después de un segundo, Alex se encoge de hombros nuevamente y la sigue, dejándome parada allí en la tierra, preguntándome qué acaba de suceder.

Pensé que podía contar con Rita para respaldarme sobre la existencia del amor verdadero. No es que yo sepa mucho al respecto, claro...

Girando desanimada sobre mi tacón de plataforma, me dirijo cojeando por el terreno irregular hacia el autobús, deseando más que nunca haberme puesto algo un poco más apropiado que cuñas. Una vez a bordo, descubro que Alex y Rita han intercambiado asientos, dejándonos a Rita y a mí juntas, mientras Alex se sienta detrás de nosotras, lidiando con los comentarios de Gerald, quien parece mantener un comentario constante sobre todo lo que pasamos.

—Gracias a Dios que estás aquí —me susurra Rita cuando el autobús se pone en marcha—. No quiero que ese Gerald se haga ideas, ¿sabes? Parece que se ha pegado a mí; un poco como tú y el joven Alex.

—Yo no me he "pegado a Alex" —susurro de vuelta indignada, resistiendo la tentación de señalar que si alguien se ha estado "pegando" a alguien más, sería la propia Rita—. Solo sentí lástima por él, eso es todo. Hay una tristeza en él de alguna manera. Quería saber qué era.

Considero contarle sobre las flores de cumpleaños que vi en la habitación de Alex, y la botella de champán que no va a compartir con nadie... pero luego recuerdo la expresión en su rostro cuando empecé a hacer preguntas al respecto, y decido no hacerlo.

—He cambiado de opinión ahora —continúo, pensando en el pequeño discurso que acaba de dar—. En serio, ¿de qué iba todo eso hace un momento? ¿Él despotricando sobre que la gente es falsa solo porque quieren algunas fotos bonitas de su gran día? Es tan... *juzgón*.

—Oh, no sé, cariño —dice Rita, sorprendiéndome de nuevo—. Los jóvenes parecen darle mucha importancia a ese Instagram en estos días, ¿no? No era así en mi época, ¿sabes? Fred y yo nos casamos en el registro civil. Una ceremonia rápida, luego a tomar una pinta en el pub, y de vuelta a casa a tiempo para escuchar *The Archers* en la radio. Fue perfecto.

—Estoy segura de que lo fue —respondo con dudas—. Pero todos somos diferentes, ¿sabes? Cuando yo me case, creo que me gustaría tener la ceremonia en la playa. Tengo esta visión de nosotros bebiendo champán mientras el sol se pone... o, en realidad, ¿quizás eso sería mejor para el compromiso que para la boda? No estoy segura. De todos modos, sé que tiene que haber una playa tropical involucrada de alguna manera. Y una puesta de sol. No creo que haya nada malo en querer una boda bonita.

—Mi Fred me propuso matrimonio en la playa —dice Rita, llevando sin esfuerzo el tema de vuelta a su Fred—. Bueno, *junto* a la playa. Fue en Skegness, en un banco. Me dejó esperando allí durante 20 minutos bajo la lluvia, el muy tonto... luego regresó con una bolsa de fish and chips y un anillo que había encontrado en la casa de empeños.

Suspira felizmente ante el recuerdo.

—Ves, *eso* es amor verdadero, Summer —dice, mirando con nostalgia por la ventana—. Estaba húmedo y ventoso, y el viejo tonto se había olvidado de ponerle vinagre a las papas. Pero aún así daría un brazo y una pierna por estar de vuelta en ese banco, oliendo esas papas grasientas.

Me trago el nudo que de alguna manera se ha formado en mi garganta ante estas palabras, pero me salvo de tener que responderlas gracias al guía turístico, quien elige ese momento para decirnos a todos que estamos casi en la estación del teleférico. Antes de mucho tiempo estamos desembarcando una vez más; yo tiritando en mi fina camisa mientras el aire fresco me golpea, y Rita preguntándose en voz alta si venderán fish and chips en el restaurante, porque ahora "se le ha antojado".

—No lo digas —gruño cuando Alex pasa rozándome, lanzándome una mirada de suficiencia a mi atuendo inapropiado mientras pasa a mi lado, vistiendo una gruesa sudadera con capucha, que presumiblemente ha sacado de su mochila mágica estilo Mary Poppins.

Se detiene y me mira, como si estuviera considerando algo. Luego vuelve a sumergirse en su bolsa y saca un suéter, que me entrega.

—Toma —dice bruscamente—. No combinará con tu atuendo, pero te mantendrá abrigada.

—Eh... gracias —digo, sorprendida—. ¿Acaso... acaso tenías un suéter extra en tu bolsa? ¿Esperabas alguna emergencia relacionada con prendas de punto?

—No —admite, luciendo un poco avergonzado—. Bueno, no para mí, al menos. Noté que no estabas precisamente vestida para escalar montañas cuando viniste a mi habitación, así que pensé que sería mejor venir preparado.

—Vaya, eso es inesperadamente amable de tu parte —le digo, poniéndome el suéter. Huele ligeramente a la loción para después del afeitado que siempre usa, y tengo que contenerme para no inhalarlo mientras me lo paso por la cabeza.

—Soy un tipo inesperadamente amable, Summer —dice Alex, observándome—. Gran look, por cierto.

Miro con pesar el suéter, que es tan largo que llega más allá del borde de mis shorts, haciendo que parezca que es lo único que llevo puesto.

—No te preocupes —dice Alex, haciendo de nuevo esa cosa de leer mentes—. No eres la única persona que no se dio cuenta de que haría más frío aquí arriba.

Una rápida mirada a las multitudes de personas que nos rodean mientras nuestro guía turístico nos conduce por la corta colina hacia la estación del teleférico confirma la veracidad de esta afirmación. Claro, hay un puñado de excursionistas sabelotodo con botas y ropa elástica para escalar, pero también hay muchas personas "normales" en shorts y chanclas, lo que me hace sentir un poco mejor.

—¡Por aquí, por favor!

El guía turístico conduce a nuestro grupo hacia la estación del teleférico en la cima de la colina, y mi estómago se revuelve traicioneramente cuando miro hacia arriba y veo uno de los carros acercándose, balanceándose ligeramente mientras se acopla —o lo que sea que hagan los teleféricos— para que los pasajeros puedan bajar.

—Es mucho más pequeño de lo que esperaba —le susurro a Alex mientras nos unimos al final de la larga fila de personas que esperan su oportunidad de ser suspendidas en el aire,

confiando en lo que me parece ser un cable sospechosamente delgado para sobrevivir—. ¿Estás seguro de que es seguro?

—Es totalmente seguro —me asegura—. No te preocupes; probablemente lleva cientos de turistas al día allá arriba. Si fuera a estrellarse, estoy seguro de que ya lo habría hecho.

Ojalá pudiera estar tan segura. Pero la fila avanza y, antes de darme cuenta, estoy de pie dentro de una pequeña caja de metal que cuelga precariamente de algo que se parece un poco al tendedero de mi madre y se extiende hasta la cima del volcán.

—¿Quieres tomarme de la mano otra vez? —pregunta Alex, pareciendo afligido por hacer la oferta—. ¿No vas a vomitar, verdad?

—No, estoy perfectamente bien —miento, agarrando su brazo cuando las puertas se cierran y el vagón se sacude repentinamente hacia adelante—. Soy genial, ¿recuerdas?

—Sí, puedo verlo —responde, impasible—. Eres la más genial.

Sorprendentemente, logro mantenerme relativamente "genial" mientras el teleférico se eleva, el suelo desapareciendo debajo de nosotros mientras nos deslizamos hacia arriba, mucho más suavemente de lo que esperaba.

—¿Estás bien? —pregunta Alex mientras presiono mi cara contra la ventana, tratando de absorber la mayor cantidad posible de la vista.

—Sí —respondo, satisfecha conmigo misma—. Sí, realmente lo estoy.

Y es verdad. Yo, Summer Brookes, estoy en la cima de una montaña. Y, está bien, no la *escalé* exactamente, pero estoy aquí, de todos modos; y cuando el teleférico finalmente se detiene y las puertas se abren con un silbido, siento que si puedo hacer esto, puedo hacer cualquier cosa.

Ya he tachado dos elementos de mi lista de propósitos. Me he subido a un avión y he escalado —he sido llevada— a una montaña.

La genial Summer *ha llegado*.

Once

La vista desde la cima —o casi la cima— del volcán vale cada incómodo segundo del viaje que nos tomó llegar hasta aquí.

En serio.

Como Alex predijo, no se nos permite subir los últimos metros hasta la cumbre misma; eso está reservado para los escaladores "de verdad", que han reservado sus pases con anticipación y pasan junto a nosotros a zancadas con su equipo de lycra, llevando esos largos bastones blancos que los excursionistas serios siempre parecen tener.

Resulta que, sin embargo, no importa que no podamos ir más allá; el teleférico nos deja en una amplia plataforma de observación, desde la cual una red de senderos rocosos serpentea alrededor del cono volcánico, con gruesos montones de nieve apilados a cada lado, por lo que se siente como si estuvieras caminando a través de un extraño túnel de nieve de otro mundo que huele sospechosamente a huevos podridos, gracias al azufre en el aire.

Curiosamente, aunque la nieve está fría al tacto (como era de esperar, dado que es, bueno, *nieve*...) la temperatura del aire es en realidad bastante cálida y, gracias al suéter de Alex, estoy lo suficientemente cómoda mientras paseo, admirando las vistas y tomando alguna que otra foto. (Lo cual *asumo* que está bien hacer, ya que incluso el quisquilloso de Alex está ocupado tomando fotos también, aunque con su enorme y elegante cámara, en lugar de con un teléfono con una gran grieta en la pantalla, como yo...)

Aparte de la dispersión de nubes que atravesamos en el camino hacia arriba, es un día despejado, lo que significa que puedes ver por kilómetros desde aquí arriba: todo el camino a través del océano hasta Gran Canaria, que parece una isla mágica, suspendida entre el mar cobalto y el cielo aguamarina.

No puedo creer que esté aquí. En un lugar donde puedo usar shorts en la nieve y estar en la playa en una hora si quiero.

Ahora mismo, casa se siente mucho más lejos que 3.200 kilómetros; y eso, descubro, es algo bueno. Cuando me embarqué en esta aventura por primera vez, pensé que me arrepentiría. Pensé que podría sentirme sola y nostálgica, y desesperadamente fuera de mi zona de confort, de una manera que me haría desear estar de vuelta en mi piso, preparándome para ir a trabajar.

Pero hasta ahora, nada de eso ha sucedido. No estoy sola. No tengo nostalgia. Y aunque me han sacado completamente de mi zona de confort, es justo decir que *nada* —ni siquiera Alexander Fox, y su actitud punzante y omnipresente— tiene el poder de hacerme desear estar de vuelta en el centro de llamadas, con su café instantáneo arenoso y sus kilómetros de alfombra sintética, que llena mi cabello de electricidad estática y me da descargas eléctricas cuando toco la manija de la puerta de mi coche al final de cada turno. Estoy empezando a pensar que podría gustarme bastante estar aquí, fuera de mi zona de confort, de hecho.

*¿Tal vez estar **fuera** de mi zona de confort ES mi zona de confort, entonces?*

No, espera, eso no tiene sentido, ¿verdad?

Quizás estoy más cómoda con la incomodidad de lo que pensaba, es lo que quiero decir. ¿Tal vez todo este tiempo que he estado pensando que era la buena y sensata Summer, era en realidad alguien más? Alguien divertida y aventurera, y—

¡CLIC!

El sonido del obturador de una cámara cerca interrumpe mi confusa cadena de pensamientos, y me doy la vuelta para ver a Alex de pie a unos metros de distancia, cámara en mano, luciendo como un fotógrafo paparazzi con ese enorme lente apuntando directamente hacia mí.

—¿Acabas de tomarme una foto? —pregunto, convencida de que debo estar equivocada.

—No —dice rápidamente, bajando la cámara—. Tomé una foto de la vista. Tú solo estabas parada frente a ella.

—Déjame ver.

Extiendo mi mano hacia la cámara, que Alex inmediatamente esconde infantilmente detrás de su espalda, como un niño pequeño al que han pillado robando dulces.

—No.

—Sí. Vamos, Alex, solo quiero ver algunas de tus fotos.

*Bueno, **una** de sus fotos de todos modos.*

—Ni hablar. Este es un equipo muy caro, para que lo sepas. Nadie lo toca. He visto esa grieta en la pantalla de tu teléfono. No voy a confiarte esto.

—Alex —digo en tono de advertencia—. Si tienes una foto mía ahí, creo que tengo derecho a verla, ¿no crees?

—Está bien —suspira, sacando la cámara de nuevo a regañadientes. La lleva hasta donde estoy parada y la sostiene con el brazo extendido, para que pueda ver la pantalla donde se muestran las fotos, pero sin tocarla.

Apuesto a que su cámara tiene nombre de mujer, como si fuera su novia o algo así. Debo preguntarle sobre eso más tarde...

—Oh. Eso es... eso es...

Me quedo mirando la foto en la pantalla, de repente sin palabras.

La mujer en la foto está apoyada contra el muro que separa la plataforma de observación del precipicio que hay debajo, contemplando la vista frente a ella con una expresión soñadora en su rostro. Obviamente soy yo —puedo decirlo por el suéter prestado y demasiado grande que lleva puesto, que le llega casi hasta las rodillas— pero se ve tan diferente a mí que estoy tentada a cuestionarlo. No sé cómo lo ha hecho, pero el lente de Alex de alguna manera me ha convertido en alguien más: alguien que no sabía que era. Alguien que tal vez no me importaría ser *de verdad*.

¿Es así como él me ve?

*¿Es así como **todos** me ven?*

—Oh, ¿no se ve hermosa? —dice Rita detrás de mí—. Mira esta foto de Summer, Gerald. ¿No está preciosa en ella? Mira su pelo pelirrojo, brillando como zanahorias al sol.

—No creo que se pueda decir "pelirrojo" en estos días —dice Gerald, mirando la foto por encima de mi hombro—. Aunque se ve encantadora. La has captado perfectamente, joven Alex.

—No, no lo ha hecho —digo a la defensiva—. Eso... eso no se parece en nada a mí. No sé cómo lo hizo, pero me ha hecho ver... *rara*.

En realidad quise decir "*diferente*", pero "rara" fue la palabra que salió de mi boca por alguna razón, y decido mantenerla, en lugar de intentar explicar y hacer que suene aún peor.

Alex frunce el ceño, sus cejas oscuras juntándose de una manera que me dan ganas de decirle que si el viento cambia, su cara podría quedarse así.

—¿Cómo puede no parecerse en nada a ti? —replica—. *Eres* tú. Así es como funcionan las fotos, Summer. Esta eres tú.

Señala primero la foto y luego a mí, como si se lo estuviera explicando a alguien muy joven o muy tonto.

—Sí, pero la cámara miente, ¿no? —respondo, reafirmando esta posición que aparentemente he adoptado—. Todo el mundo lo sabe. Es para lo que les pagan a los fotógrafos; para hacer que las cosas se vean mejor de lo que son en la vida real. Todo es humo y espejos, ¿no?

—No —dice tenso—. No, no lo es. Al menos no cuando yo soy quien toma las fotos. Solo estás siendo argumentativa por el gusto de serlo.

—No, no lo estoy siendo.

—Sí. Lo. Estás. Siendo.

—Que no.

—Que sí.

—Ya basta, ustedes dos —dice Rita, sonando como si estuviera a punto de castigarnos a ambos por mal comportamiento—. Es suficiente.

—Ella empezó —dice Alex con tono enfurruñado.

—No es cierto.

—Sí lo es.

—Se los advierto —dice Rita con severidad. Hago una nota mental de preguntarle cuántos hijos tiene; tengo la sensación de que son varios.

Los ojos de Alex brillan peligrosamente, como si estuviera a punto de decir algo más.

—Oye, ¿sabías que hoy es el cumpleaños de Alex? —digo alegremente, antes de que pueda decir una palabra—. ¡Cantémosle "Feliz Cumpleaños"!

El brillo se convierte en una mirada fulminante. Incluso Rita parece ligeramente asustada.

—Vaya, ¿no es encantador? Feliz cumpleaños, jovencito —dice Gerald, sin captar en absoluto el ambiente general—. Yo haré la cuenta regresiva. A la de tres: uno, dos...

Y entonces los tres nos quedamos allí en la cima de la montaña, cantando una vigorosa (y desafinada, en el caso de Gerald) versión de *Feliz Cumpleaños*, que atrae a los curiosos, de modo que cuando llegamos al final, hay al menos una docena de completos desconocidos, todos cantando juntos, para el evidente horror del cumpleañero, que parece a punto de explotar.

—¡Tres hurras! —grita Gerald, mientras la última nota se desvanece—. ¡Hip hip!

—¡Hurra! —vitoreamos todos obedientemente. Ahora Alex parece desear que el volcán entre en erupción y nos lleve a todos con él. Claramente está odiando cada segundo de esto. Es obvio que es demasiado educado para decir algo, así que se queda allí sonriendo rígidamente hasta que terminan los tres hurras, luego murmura unas rígidas palabras de agradecimiento, antes de darse la vuelta y alejarse en dirección al teleférico, con Rita, Gerald y yo tropezando detrás de él.

Alex se queda en el extremo opuesto del teleférico durante el descenso, y no se le ve por ninguna parte mientras nos abrimos paso entre la multitud en el estacionamiento. Estoy debatiendo en silencio si debería pedirle al guía turístico que lo espere o simplemente dejarlo aquí cuando lo veo a través de la ventana del autobús, acercándose a nosotros a un trote rápido. Sube las escaleras del autobús y se lanza al asiento junto a mí justo cuando arrancamos.

—¿Qué te pasó? —le pregunto con curiosidad—. Estabas justo detrás de nosotros cuando bajamos del teleférico, y luego desapareciste.

—Tuve que ir al baño —responde secamente. Luego saca su teléfono y pasa el viaje de regreso montaña abajo, tecleando en él como de costumbre, mientras ignora deliberadamente todos mis intentos de conversación.

—Mira, siento si te molestamos allá arriba —digo, cuando el autobús finalmente llega al nivel del mar y comienza a serpentear por las concurridas calles que bordean la costa—. Con lo del canto, quiero decir. Supongo que no eres muy aficionado a los cumpleaños *ni* a las bodas, ¿verdad?

Ni a la gente, de hecho.

—Está bien —dice brevemente—. Olvídalo. Eso es lo que *yo* estoy tratando de hacer. Y no estoy molesto.

—De acuerdo, bueno, ¿fue por lo que dije sobre la foto, entonces? —continúo, sintiéndome valiente—. Porque también lo siento por eso. No quise insinuar que no fuera una buena foto, porque lo era. Simplemente fue extraño verme a través de los ojos de otra persona, eso es todo. No sé por qué.

—No es la foto —dice, bajando su guía y mirándome por encima de ella—. Aunque tengo curiosidad por saber por qué te alteró tanto. Solo era una foto. ¿Fue por lo de las "zanahorias brillando al sol"? ¿Es eso?

—No estoy *alterada* —replico—. No realmente. Supongo que simplemente no estoy acostumbrada a ver fotos mías, aparte de selfies. Nadie ha querido tomarme una foto antes. Soy la Amiga Fea. Nadie le toma fotos a la Amiga Fea.

—¿La Amiga Fea?

Esta vez se quita las gafas de sol por completo, como si pensara que me vería más claramente sin ellas.

—¿Quién te dijo eso?

—Nadie me lo *dijo* —respondo, deseando no haber iniciado esta línea de conversación bastante autocompasiva. Lo último que quiero es darle más munición para añadir a su arsenal de "Summer es rara"—. Es algo que siempre he sabido.

—¿Crees que eres fea?

La expresión de Alex es confusa —aunque eso podría ser solo el efecto del moretón en su ojo, que está empezando a ponerse amarillo en los bordes.

—No, exactamente. No creo que sea *fea*. Pero, bueno, soy pálida y pelirroja, y todos en la escuela me llamaban "cabeza de spam", así que...

Los ojos de Alex se dirigen instantáneamente a mi frente, y yo continúo rápidamente.

—Mira, no estoy diciendo que sea *fea* —continúo—. Eso es solo una broma interna que tengo con mi mejor amiga, Chloe. Ella es *preciosa*, ¿sabes? Yo solo soy promedio. *Todo el mundo* es un poco feo al lado de Chloe.

—¿Tienes una foto de ella, entonces, de esta Chloe? —dice Gerald, su cabeza apareciendo por encima de nuestros asientos, como un muñeco de resorte, antes de desaparecer de nuevo tan repentinamente, cuando Rita lo jala bruscamente fuera de vista.

—¿Es esta la misma Chloe que tiene los pies planos y las gafas gruesas? —pregunta Alex—. ¿*Esa* Chloe?

—Obviamente ya no tiene los pies planos *ahora* —respondo—. Ni gafas, de hecho. No es que haya nada malo con ninguna de esas cosas, obviamente —las lucía totalmente bien. Pero no, se operó los ojos con láser. Ahora es esteticista.

—Eso no significa que sea hermosa —dice Alex con franqueza—. Y aunque lo sea, eso no significa que tú seas fea. Porque no lo eres, solo para que lo sepas. No eres ni remotamente fea, Summer. Ni siquiera eres "solo promedio".

Mis ojos se abren de sorpresa mientras intento descifrar qué decir a esto... ¿es un cumplido? Porque siento que posiblemente se suponía que era un cumplido, pero no lo *dijo* como si lo fuera, así que ahora estoy confundida.

—Creo que eso podría ser lo más amable que me has dicho jamás —logro decir al fin, jugueteando con la correa de mi bolso y esperando que mis mejillas no se hayan puesto tan rojas como las siento—. No, definitivamente lo es.

—No es cierto —responde él—. Dije que eras ridícula, pero también valiente. ¿Recuerdas? Eso fue amable.

—Es verdad —concedo, sonriendo—. Soy ridícula, valiente y No Fea. Realmente sabes cómo hacer que una mujer caiga rendida a tus pies, ¿no?

—Ojalá supiera —responde, sonriendo con pesar—. Tal vez tendría un poco más de éxito con ellas si lo supiera.

Lo miro sorprendida. Esto definitivamente no me lo creo. Alex puede ser un desastre gruñón y complicado de hombre, pero también es guapo. O sea, *realmente* guapo. Guapo como un burrito de microondas cuando lo has calentado un poco de más y ahora te va a quemar la boca cuando intentes comerlo. Guapo como la parte de abajo de mi portátil cuando me quedo dormida con él en las rodillas y me despierto sintiendo que mis piernas están en llamas. Es *guapo*, eso es lo que intento decir. Y, según mi experiencia, los chicos guapos normalmente no tienen problemas con lo que Gerald llamaría "las damas". Ni siquiera los como Alex, que fácilmente podrían conseguir un trabajo a tiempo parcial custodiando Azkaban, si así lo deseara.

Realmente quiero profundizar en esta inesperada confesión suya, pero el autobús acaba de detenerse para dejar bajar a algunas personas en uno de los hoteles de Playa de las Américas, y cuando miro por la ventana, veo a alguien en la calle junto a nosotros que me hace olvidar por completo a Alexander Fox.

Es Jamie Reynolds.

Sé que han pasado años desde la última vez que lo vi en persona, pero lo reconocería en cualquier parte; y no solo por todo el tiempo que he pasado examinando su Instagram.

Su cabello castaño claro está actualmente oculto bajo una gorra de béisbol, pero el rostro debajo es instantáneamente reconocible como el del chico que una vez me rompió el corazón. Ojos color avellana que siempre parecen tener risa detrás. Una boca de labios carnosos acostumbrada a sonreír. Un ligero indicio de barba —que, vale, no estaba ahí cuando teníamos 13 años, pero que le da a su rostro un toque añadido.

Definitivamente es él.

Está caminando por la calle fuera del hotel, con ese paso largo y suelto suyo; las manos en los bolsillos, auriculares sobre las orejas, probablemente escuchando alguna nueva banda oscura que yo no habré oído, pero que pronto se convertirá en mi favorita de todos los tiempos, porque su gusto es *así* de bueno.

—¡Jamie Reynolds!

No me di cuenta de que iba a decir su nombre —o más bien gritar su nombre— en voz alta hasta que todos en nuestra sección del autobús se giran para mirarme sorprendidos.

—¿Estás bien, Summer, cariño? —llega la voz de Rita desde el asiento detrás de mí—. ¿Estás teniendo una linda ensoñación?

—No... no —respondo, poniéndome de pie y agarrando mi bolso—. ¡Jamie Reynolds está justo ahí! ¡Está realmente ahí!

Señalo en dirección a la ventana, pero la calle fuera está vacía excepto por una joven empujando un cochecito de bebé y un anciano español paseando a un Bichón Frisé.

—Creo que el sol debe haberle afectado la cabeza —oigo decir a Rita, pero ahora estoy abriéndome paso más allá de las rodillas de Alex y hacia el pasillo mientras el conductor pone el vehículo en marcha, listo para seguir.

—¡Espere! —grito, mi voz saliendo mucho más fuerte de lo que esperaba—. ¡Espere! Necesito bajarme aquí.

—Summer —dice Alex desde atrás—. ¿Realmente crees que esto es una buena idea?

—Sí —le lanzo por encima del hombro mientras me apresuro hacia las puertas del autobús—. Creo que es una excelente idea. ¡Nos vemos luego!

Salto a la acera caliente y hago un alegre gesto de despedida mientras el autobús se aleja, la cara de Alex siendo solo una de las muchas que me miran por la ventana como si hubiera perdido la cabeza.

Y quién sabe: tal vez la he perdido.

Jamie nunca me llamó, después de todo. Ni siquiera un mensaje de texto.

El pensamiento me hace vacilar por un momento mientras me preparo para correr calle abajo tras él. Pero luego sacudo la cabeza como para aclararla, y me pongo en marcha decididamente en la dirección en la que lo vi alejarse.

Vine aquí para encontrar a Jamie Reynolds, y acabo de hacerlo.

No hay manera de que lo deje escapar una segunda vez.

Doce

¡Jamie! ¡Jamie, espera!

Para cuando lo alcanzo, estoy roja y jadeando por el esfuerzo de correr —bueno, trotar— bajo el sol abrasador, y sus auriculares obviamente ahogan mi voz, así que tengo que estirar el brazo y agarrarlo; una acción de la que me arrepiento al instante cuando él se gira como si lo estuvieran atacando, casi derribándome en el proceso.

*Ahora **realmente** desearía no haberme puesto unas cuñas con plataforma hoy...*

—Vaya, lo siento —dice Jamie, frunciendo el ceño con confusión mientras extiende una mano para estabilizarme—. Me has dado un susto. ¿Puedo ayudarte en algo? ¿Te conozco?

Si alguna vez hubo un momento para que me muriera en el acto, sería este: aquel en el que he viajado medio mundo (bueno, un *cuarto* del mundo...) para encontrar a mi primer amor, y él *ni siquiera me reconoce*.

Esto es un nuevo mínimo, incluso para mí.

—Um, soy Summer —digo, mortificada—. ¿Summer Brookes? ¿La de al lado? Um, quiero decir, la que *solía* ser de al lado. ¿En Margate?

Hay un solo instante de silencio, y luego el rostro de Jamie se ilumina.

—¿La hermana de Mark? —dice—. ¿Summer-la-Cantante? Espera: tú *querías* ser cantante, ¿verdad? ¿Eras tú?

Sonríe, y al instante vuelvo a estar en el instituto, los años se desvanecen hasta que soy de nuevo la chica en la primera fila del coro escolar, sonrojándome porque el chico que le gusta realmente le habló.

—Esa soy yo —confirmo, sonando como si hubiera inhalado helio—. Summer la, eh, cantante. No es que sea una *cantante*, obviamente. Quiero decir, sí me *gusta* cantar. Pero no soy...

No tengo idea de cuánto tiempo podría seguir así, balbuceando como si fuera la primera vez que salgo en público, pero, por suerte para mí, Jamie me salva de mí misma sonriéndome de nuevo.

—Vaya, esto es tan aleatorio —dice—. ¡No puedo creer que me haya encontrado con la hermana pequeña de Mark Brookes hasta aquí! ¿Cuáles son las probabilidades?

Las probabilidades son en realidad considerablemente más altas de lo que él piensa, dado que vine aquí por esta misma razón, pero decírselo me haría sonar como una *acosadora literal*, así que solo le devuelvo la sonrisa como si "encontrarme" con él aquí fuera tan sorprendente para mí como lo es para él.

—No has cambiado nada —está diciendo Jamie ahora—. Veo que sigues teniendo ese sentido de la moda tan peculiar tuyo.

Me miro a mí misma, horrorizada al darme cuenta de que todavía llevo puesto el jersey de Alex sobre mi ropa.

Con razón estoy sudando.

—Oh, esto no es mío —le digo, quitándomelo rápidamente por la cabeza—. Solo lo tomé prestado de... alguien. Subimos a la montaña antes. En un autobús turístico, ¿sabes? Había nieve. Pero también sol.

—Ya veo —dice Jamie, luciendo divertido—. Ya veo. Entonces, ¿estás aquí de vacaciones, supongo? ¿Dónde te alojas?

—Sí —le digo, cruzando los dedos fuertemente detrás de mi espalda—. Me estoy quedando en el Hotel Martinez en Del Duque. ¿Lo conoces?

Jamie deja escapar un silbido bajo.

—Qué bien —dice, mirándome con aprecio—. Debes estar haciéndolo bien para poder permitirte ese lugar. Oye, ¿con quién estás? No será Chloe, ¿verdad? Eras amiga de Chloe Gardner en aquel entonces, ¿no?

Esta vez mi estómago simplemente se *desploma*. Parece que sus días de *dar vueltas* han terminado.

—Um, no, no estoy con Chloe —digo rápidamente—. Estoy solo con... con algunos amigos.

Bueno, tal vez sea exagerar un poco referirme a Rita y compañía como "amigos" —y técnicamente no estoy *con ellos* como tal—, pero es mejor que tener que decirle que estoy aquí sola... o por qué. Y al menos de esta manera suena como si tuviera *amigos*, también. La genial Summer: esa soy yo.

—Qué bien —dice Jamie, sonriendo—. Los clubes están bastante tranquilos en esta época del año, pero aún hay mucho que hacer. Puedo mostrarte algunos de los mejores lugares, si quieres. Hay algunos bares geniales cerca de aquí.

Espero a que mencione The Rowdy Squirrel, pero él solo mira su reloj, y luego vuelve a mirarme.

—Oye, ¿no te apetecería tomar algo ahora? —pregunta esperanzado—. Tengo algunas cosas que hacer más tarde, pero sería genial ponernos al día.

—Claro —respondo, tratando de que suene como si no fuera gran cosa, aunque mi estómago ha comenzado instantáneamente a dar vueltas de nuevo, como una especie de Niño Prodigio, y actualmente está haciendo una rutina gimnástica completa cerca de mis costillas—. Tengo algo de tiempo antes de... antes de que tenga que encontrarme con mis colegas.

—Bueno, genial. Vamos, hay un lugar justo por aquí que creo que te encantará.

Me giro obedientemente y lo sigo calle abajo, apenas pudiendo creer mi suerte. Yo, Summer Brookes, yendo a tomar algo con *él*, Jamie Reynolds. Es como si todos mis sueños de adolescente se hicieran realidad, excepto que... excepto que, en lugar de llevarme a la Ardilla, que está a solo una cuadra de aquí, si la memoria no me falla, Jamie se mete por una estrecha

calle lateral, y nos encontramos en un pequeño bar de tapas con solo unas pocas mesas, y una vista de los contenedores de basura en la calle de enfrente.

—Esto es encantador —le digo, mientras me lleva a una mesa en la esquina, que aún está llena de platos sucios del último cliente—. Es muy... auténtico.

Me siento, retrocediendo ligeramente cuando mis piernas rozan algo pegajoso en la silla.

—Sí —dice Jamie, recogiendo los platos y moviéndolos a la mesa de al lado—. Sí, es genial. Vengo aquí mucho. Sé que no es gran cosa a la vista, pero la comida es increíble.

Sonrío, ligeramente tranquilizada. Puede que esto no sea exactamente como siempre había imaginado mi primera cita con Jamie Reynolds (No es que esto sea una 'cita', por supuesto...), pero este lugar *definitivamente* podría describirse como '

auténtico», lo cual tiene que ser bueno. Alex pensaría que lo es, de todos modos. Consideraría que los bares y restaurantes turísticos —esos con vistas a la playa y cócteles de aspecto exótico — son «falsos» y carentes de sustancia. Pero Jamie no me ha llevado a uno de esos. En cambio, me ha traído a un lugar que es importante *para él*. Un lugar al que vienen a comer los lugareños. Eso es incluso mejor, en realidad.

¿No es así?

Tomo el menú sobre la mesa, recalibrando rápidamente mi fantasía de «Summer y Jamie en una cita» mientras lo examino.

—Fue perfecto —me imagino contándole a Chloe más tarde—. Personal, ¿sabes? *Íntimo*. Solo él y yo, sin distracciones. Y de todos modos, Jamie y yo no necesitamos restaurantes elegantes o cócteles caros para disfrutar de la compañía del otro. Nuestra conexión va mucho más allá de eso. Es...

—¿Summer? —Levanto la vista del menú para ver a Jamie mirándome con curiosidad.

—Te estaba preguntando si quieres que pida unas tapas para nosotros —dice—. Estabas en las nubes.

—Lo siento, lo siento —respondo, dándome una pequeña sacudida—. Sí, las tapas estarían genial. Estoy muerta de hambre. No he comido en todo el día.

—Bueno, será mejor que hagamos algo al respecto, entonces —dice, sonriendo—. ¿Pido también una sangría para nosotros?

Asiento felizmente, y él se levanta y se dirige a la barra, donde le da nuestro pedido a una camarera española, que me mira con sospecha. Tiro de mis pantalones cortos con inseguridad, preguntándome si debería ponerme de nuevo el jersey de Alex. Hace demasiado calor para eso, sin embargo, y al poco tiempo, Jamie vuelve, deslizándose en el asiento frente a mí, con una gran jarra de sangría y dos vasos.

Lo observo disimuladamente detrás de mis gafas de sol mientras sirve para ambos. De cerca, Jamie no se parece tanto a su antiguo yo como lo hacía a distancia; o incluso en su Instagram. Sigue siendo atractivo, con ese aire de chico de al lado que siempre ha tenido, pero también parece un poco desgastado por los bordes, de alguna manera, como si alguien hubiera intentado dibujar al Jamie del instituto de memoria y no lo hubiera captado del todo. Su piel bronceada tiene un brillo poco saludable, y cuando se quita la gorra de béisbol y la pone sobre la mesa, noto que su línea de cabello está retrocediendo de una manera que lo hace parecer mucho a su propio padre.

Se siente tanto desleal como superficial estar pensando estas cosas —quiero decir, no es como si *yo* me viera exactamente igual que en el instituto, ¿verdad?—, así que aparto estos pensamientos traidores y tomo un sorbo nervioso de la sangría que me ha servido, preguntándome qué puedo decir para hacer que esta situación se sienta aunque sea *un poco* menos incómoda.

—Así que, ¿ahora eres dueño de un bar? —digo alegremente, diciéndome a mí misma que solo es incómodo *para mí*, porque sé por qué vine aquí. Jamie no lo sabe, lo que significa que, en lo que a él respecta, esto es solo un encuentro casual entre viejos amigos. Bueno, *conocidos*, supongo.

El vaso de Jamie se detiene a mitad de camino hacia sus labios.

—¿Cómo supiste lo del bar? —dice, demostrando instantáneamente que, en realidad, esto definitivamente puede ser incómodo para *ambos*. Solo déjenmelo a mí para asegurarme de eso.

—¡Oh! Eh... no estoy segura —balbuceo, decidiendo en el acto *no* contarle sobre la extraña cadena de eventos que me llevó a este conocimiento—. Creo que Mark podría haberlo mencionado en algún momento. ¿Tal vez?

Vuelvo a tomar mi bebida para ganar algo de tiempo. No he visto a mi hermano desde antes de Navidad, y han pasado años desde que siquiera me mencionó a Jamie, pero, para mi sorpresa, Jamie se lo cree.

—Oh, sí —dice, mientras la camarera aparece y comienza a apilar platos de comida en la mesa frente a nosotros—. Probablemente lo escuchó de Sparky, si siguen siendo amigos. ¿Cómo está Mark estos días, de todos modos?

No tengo idea de quién o qué es «Sparky», o si mi hermano es, de hecho, «amigo» de él, pero estoy tan aliviada de no tener que admitir que estuve acosando a Jamie en internet que simplemente sonrío ampliamente y comienzo a contarle todo sobre Mark, su esposa Lisa, y el glamuroso apartamento nuevo que acaban de comprar en la ciudad, porque ambos son médicos y pueden permitirse cosas así.

—¿Y tú? —pregunta Jamie, cuando finalmente hago una pausa para respirar y tomo mi tenedor para probar algo de comida por fin—. ¿Qué estás haciendo con tu vida estos días? ¿Dijiste que todavía te gusta cantar? Recuerdo que a veces te escuchaba a través de la pared. Me mataba de risa. Eras bastante buena, para ser justos, pero no eras Mariah Carey.

Me detengo, con un pimiento verde a mitad de camino hacia mi boca.

—Estoy... tomando un pequeño descanso en mi carrera en este momento, en realidad —le digo, tratando —y fallando— de no sentirme herida por ese último comentario—. Solo para poder decidir cuál debería ser mi próximo movimiento. Hay tantas opciones, ¿sabes?

Esto es *casi* cierto, para ser justos. Solo he omitido la parte sobre cómo una de mis «opciones» es volver a trabajar en el centro de llamadas de nuevo, como mi jefe espera que haga.

—Te entiendo —asiente Jamie, pinchando una papa canaria con su tenedor—. Creo que eso es brillante, Summer. Demasiadas personas se quedan estancadas en la rutina del trabajo, ¿sabes? ¿Por qué no tomarse un descanso si puedes permitírtelo? ¿Por qué no tomarse un tiempo para descubrir quién eres realmente sin toda esa mierda de 9 a 5 pesando sobre ti?

Asiento con entusiasmo.

No puedo creer que alguien realmente lo entienda.

—Eso es exactamente —respiro, emocionada—. ¿Quién es *realmente* Summer? Esa es la pregunta.

Apoyo mi barbilla en mi mano pensativamente, arruinando ligeramente el aspecto cuando casi derribo mi vaso de sangría.

Jamie me mira como si hubiera perdido la cabeza.

—Entonces, ¿sigues tocando la guitarra? —pregunto para cambiar de tema, y él inmediatamente se lanza a una historia muy larga sobre su banda, Havoc, que toca en el Squirrel todos los fines de semana. Cuando termina, sin embargo, y yo he reído obedientemente de las locas y alocadas travesuras de los compañeros de banda cuyos nombres ya he olvidado, Jamie se queda en silencio, y me doy cuenta de que no queda mucho más que decir.

Hemos agotado todos los temas que tenemos en común; la escuela, Margate y cómo están nuestros padres. Todo lo que nos queda ahora son banalidades sobre el clima y lo mucho mejor que es aquí que en el Reino Unido, y me estrujo el cerebro, tratando frenéticamente de encontrar algo más de lo que podamos hablar, porque no quiero que esto sea todo. No quiero tener que admitirme a mí misma que realmente no conozco a este hombre, y que es muy posible que no tengamos nada en común. No quiero haber volado hasta aquí para ver a un tipo que todavía piensa en mí como «la hermanita de Mark» y se burla de la forma en que solía cantar con mi cepillo de pelo lo suficientemente fuerte como para ser escuchada en la casa de al lado.

—¿Oíste que Arianna Morgan se casó? —digo, buscando algún terreno común mientras intento volver al Jamie de mi adolescencia: aquel que parecía tener una especie de resplandor dorado a su alrededor todo el tiempo, como si no fuera del todo humano.

Pero es como si el Jamie que conocía —o no conocía, según sea el caso— hubiera sido reemplazado por esta nueva versión mayor de sí mismo, y ya me resulta difícil reconciliar a los dos. A este nuevo Jamie no le interesa particularmente Arianna Morgan y su boda —lo cual es justo, porque a mí tampoco, realmente—, así que caemos en otro largo silencio, interrumpido solo por el sonido de Jamie masticando ruidosamente el resto de las tapas de una manera que me recuerda a una vaca rumiando.

Esto no es como se suponía que debía ir. Él no debería ser un ruidoso comedor que apenas me recuerda, y que usa chancletas de plástico barato que exhiben sus uñas de los pies extrañamente largas. *Yo* no debería ser una cabeza hueca superficial, que se preocupa por las *uñas de los pies* de la gente, de todas las cosas. Y, quiero decir, *estoy intentando* no serlo. Estoy intentando con todas mis fuerzas no ser desesperadamente superficial sobre todo esto, pero, por supuesto, no son *solo* las uñas de los pies, ¿verdad? O la forma en que arruga la cara como si estuviera sufriendo cada vez que da un bocado a su comida. Es la forma en que se rio de mi canto, pero *no* se rio de ninguna de mis bromas. Es la forma en que no podemos agarrarnos a un solo hilo de conversación que sea igualmente interesante para ambos.

Es *todo*, realmente.

Pienso en el comentario de Alex sobre cómo la popularidad en el instituto no es garantía de felicidad futura, y me muevo incómodamente en mi asiento.

—Esto ha sido genial —dice Jamie, quien parece totalmente ajeno al ambiente incómodo que nos rodea—. Deberíamos repetirlo alguna vez.

—Em, sí —acepto, esperando que esto sea solo una de esas cosas que la gente dice pero que no pretende cumplir realmente.

—Vaya, ¿es esta la hora?

Jamie está mirando su reloj, con una expresión de sorpresa en su rostro.

—Lo siento, Summer —dice, poniéndose apresuradamente de pie—. Tengo que irme volando.

—Oh. Está bien —respondo, añadiendo mentalmente la frase "tengo que irme volando" a la creciente lista de cosas que me dan repelús de repente.

—Bien. Bueno, como dije, ha sido genial verte. Deberíamos repetirlo alguna vez.

Jamie se inclina hacia adelante y, antes de que me dé cuenta de lo que está pasando, sus labios rozan suavemente los míos, tan rápidamente que termina antes de que siquiera haya empezado, y no hay tiempo para que me sienta incómoda al respecto. No hay tiempo para que sienta *nada* al respecto, en realidad, aparte de estar ligeramente asqueada por el hecho de que sabe a salsa mojo y ajo.

—Sabes cómo volver a tu hotel desde aquí, ¿verdad? —Jamie se endereza como si nada hubiera pasado, mirando su reloj de nuevo.

*¿**No** pasó nada? ¿Acabo de **imaginar** ese beso... si se le puede llamar así?*

—Hay una parada de taxis justo a la vuelta de la esquina —continúa—. Justo donde nos encontramos. Estarás bien para llegar allí, ¿no? Es que...

Levanta su muñeca y toca su reloj disculpándose, pareciendo ansioso por salir corriendo.

Vaya manera de enviar señales seriamente contradictorias, Jamie.

—Claro, claro —le digo, levantándome yo también—. Tú... vete volando. Estaré bien.

—Genial. Gracias, Summer. Eres la mejor.

Tira un puñado de euros sobre la mesa, que ya puedo decir que no será ni de lejos suficiente para cubrir su parte de la cuenta. Luego, con un alegre saludito, se va.

Acabo de tener mi primera cita con Jamie Reynolds.

Y no estoy completamente segura de qué pensar al respecto.

Trece

Paso el viaje en taxi de vuelta al hotel analizando meticulosamente cada momento de mi encuentro con Jamie, pero cuando finalmente nos detenemos frente a las enormes puertas giratorias de cristal, sigo sin entender qué acaba de pasar y si puedo o no tachar "besar a Jamie Reynolds" de mi lista de propósitos.

Él **sí** me besó, después de todo.

Pero... apenas.

Luego se marchó apresuradamente, sin pedirme mi número ni acordar un momento para vernos de nuevo.

Entonces... ¿eso significa que fue un beso **de verdad**, o tal vez solo un beso **amistoso**? ¿Un beso de me-alegro-de-verte-pero-no-lo-hagamos-nunca-más?

Por un brevísimo instante, considero enviarle un mensaje a Chloe para preguntarle qué opina. Luego recuerdo aquella vez que le pregunté a Chloe qué debería ponerme para la fiesta de décimo año, y me sugirió que me hiciera una permanente, así que mejor no.

Mi camino de vuelta a la habitación me lleva por el vestíbulo del hotel y junto a la puerta de la enorme área de entretenimiento, donde hay mesas agrupadas alrededor de un pequeño escenario, en el que un caballero de aspecto muy anaranjado con traje está cantando *My Way* en un estilo que probablemente se describiría como 'melódico'. Justo frente al escenario hay una pista de baile, donde un grupo de niños menores de 5 años está patinando con sus calcetines, y a un lado hay un largo bar rodeado de turistas, todos en varios estados de embriaguez.

Mientras mis ojos se adaptan a la oscuridad, noto una serie de sofás bajos y mullidos cerca de la parte trasera de la sala, en los que Alice y Julian están reclinados actualmente, como el Señor y la Señora de la Mansión, con Rita en un asiento frente a ellos, llevando tantas pulseras que es un milagro que pueda levantar los brazos.

—¡Cucú, Summer! ¡Aquí! —grita, viéndome dudar en la entrada—. El camarero acaba de tomar nuestro pedido de bebidas —añade mientras me acerco para unirme a ellos—. Si te das prisa, aún puedes alcanzarlo.

—Estoy bien, gracias, Rita —respondo, hundiéndome en el asiento junto a ella—. Bebí demasiada sangría en la cena, así que nada para mí.

—¿En la cena, dices? —dice Alice, inclinándose hacia adelante para poder oírme por encima de la música—. Pero no te vimos en la cena, ¿verdad, Julian? El joven Alex estaba allí solo, pobrecito, ¿no es así?

Julian asiente obedientemente.

—Entonces, si no estabas cenando con *él* —concluye Alice, con un brillo de emoción en los ojos—, ¿eso significa que...?

No puedo evitar sonreír ante su entusiasmo.

—Estaba con Jamie —confirmo, haciendo una mueca de dolor cuando Rita chilla de alegría justo a mi lado—. Comimos tapas.

—Cuéntanos todo —dice Julian, inclinándose en su asiento—. En realidad, no, mejor esperemos a Gerald. Él también querrá escuchar esto.

—Gerald ha ido a apuntarse para el karaoke —responde Rita con impaciencia—. No vamos a esperarlo.

—Yo tampoco voy a *escucharlo* —coincide Alice—. Ya tuve suficiente de él en la cena. Y, en todo caso, ¿quién lo invitó a sentarse con nosotros?

—Yo no fui —protesta Julian—. Simplemente apareció, como una mala hierba.

—Bueno, *yo* no me senté con él —dice Rita—. Tuve que aguantarlo todo el día en ese tour en autobús. Como una lapa, era. Tampoco quiero tener que escucharlo cantar *Unchained Melody*.

Cerca del escenario, Gerald —resplandeciente con otra camisa hawaiana— mira hacia nosotros y saluda alegremente. Una repentina ola de tristeza me invade mientras lo veo parado allí solo, mientras todos nosotros estamos aquí sentados como chicas malas, hablando de cómo no puede sentarse con nosotros.

—Creo que solo está un poco solo —comienzo, pero Alice me agarra el brazo con fuerza.

—¡Summer, podrías cantar con él! —exclama—. Dijiste que querías ser una cantante famosa, ¿no? Bueno, aquí tienes tu oportunidad.

La miro horrorizada.

—Oh no, no podría —le digo apresuradamente, mirando alrededor de la cavernosa sala, que es más grande que algunos teatros en los que he estado. En el escenario, el cantante anaranjado ha terminado su actuación, y se ha bajado una pantalla gigante, con la letra de la primera canción proyectada en ella. Parece que el karaoke está a punto de comenzar.

—*Definitivamente* no podría —repito, hundiéndome un poco más en mi asiento—. De ninguna manera.

—*Claro* que podrías, cariño —dice Rita—. Si Gerald puede hacerlo, tú puedes. Podrías ser como esa Taylor Swift. Mira, incluso tienen algunas de sus canciones para ti.

Señala una carpeta de anillas azul marino que está sobre la mesa frente a nosotros, sus páginas plastificadas llenas de títulos de canciones.

—Aquí tienes —dice Alice, tomándola y hojeándola hasta encontrar la página correcta—. We Are Never Ever Getting Back Together; Shake It Off; You Belong With...

—No —le digo firmemente, pensando en Jamie y en cómo se había reído de mi voz adolescente—. No voy a cantar nada. Hace años que no canto. Y... no soy Mariah Carey.

—Pero entonces, ¿cómo vas a convertirte en una cantante famosa si no cantas realmente? —pregunta Alice, con los ojos abiertos de confusión—. ¿Cómo va a funcionar eso?

Me estremezco hasta los dedos de los pies, deseando no haberles contado nunca a ninguno de ellos sobre mi diario y esa estúpida lista de propósitos.

—Bueno, *no*

, obviamente —admito, encogiéndome de hombros—. Miren, tenía 13 años cuando escribí esa lista. Era joven y tonta, y pensaba que podía hacer todo lo que quisiera. Pero no puedo. Lo sé. Y sé que les dije a todos que vine aquí para trabajar en la lista y hacer algunas de las cosas que están en ella, pero no me refería a *todas*. Algunas son totalmente inalcanzables; como la de ver a Taylor Swift, por ejemplo. Vamos, chicos; ninguno de ustedes pensó que realmente esperaba hacer eso en Tenerife, ¿verdad?

—Yo sí —dice Julian con sinceridad—. Aunque todavía no estoy 100% seguro de quién es Taylor Swift, así que…

—Dijiste que ibas a hacer todas esas cosas, jovencita —dice Alice obstinadamente—. Todas ellas. Nunca dijiste que ibas a omitir algunas.

—Así es —asiente Rita—. Me siento engañada ahora, Summer. Dijiste que lo harías. Y como tu hada madrina sustituta, creo que te debo asegurarme de que lo cumplas.

—Oh, *vamos* —digo de nuevo, indignada—. ¿No pueden hablar en serio? ¿No pensaron realmente que de alguna manera me iba a convertir en una cantante profesional en el transcurso de unas vacaciones de una semana en las Canarias?

Las Hadas Madrinas me miran fijamente, sin parpadear. Si he de ser sincera, estoy empezando a sentir lástima por Cenicienta. Es decir, ¿alguien le preguntó siquiera si *quería* ir al baile? Tal vez hubiera preferido quedarse en casa y leer su libro. Cuidar su piel. Encender una vela aromática. ¿Alguien pensó en *eso*?

En el escenario, comienzan los primeros acordes de *Flowers*, y una joven empieza a chillar en el micrófono, ante el educado aplauso del público reunido.

Yo podría hacer eso.

El pensamiento me hace sentarme un poco más erguida en mi asiento mientras me giro para verla. Nunca he estado exactamente segura de mi habilidad para cantar, pero no me equivoco: realmente creo que podría cantar al menos tan bien como la mujer en el escenario; y, incluso si no pudiera, ¿realmente importaría? Porque ella puede que no tenga la mejor voz del mundo, pero se lo está pasando en grande. Justo frente a ella, un hombre que asumo es su esposo está rugiendo de ánimo, mientras sostiene un teléfono con cámara para grabar el gran momento de su esposa. A su alrededor, la gente está aplaudiendo y vitoreando, casi como si estuvieran viendo a una cantante profesional, en lugar de alguien que parece no haber escuchado esta canción en su vida.

Nadie está señalando o riéndose. Nadie se está burlando de ella. Y, cuando llega al final de la canción y se detiene para hacer una reverencia, todo el lugar estalla en aplausos, todos se unen de buen humor, porque están de vacaciones y divirtiéndose, así que ¿a quién le importa si hubo algunas notas desafinadas?

Yo también quiero eso.

El segundo pensamiento es aún más sorprendente que el primero; pero ahora que lo pienso, no realmente. De adolescente, solía pasar horas y horas cantando en la ducha e imaginando cómo sería cantar en un escenario. Mi yo de 13 años *literalmente moriría* ante la idea de poder hacerlo realmente.

¿No le debo intentarlo?

—Oh, miren, está pensando en ello —dice Rita en un susurro teatral—. Creo que lo va a hacer.

—¿Lo harás, Summer? —pregunta Alice esperanzada—. ¿Realmente lo estás considerando?

—Oh, vamos, cariño —dice Rita—. ¿Por qué no? Solo se vive una vez, ¿sabes? Y estás de vacaciones — nunca tendrás que volver a ver a ninguna de estas personas, incluso si terminas haciendo el ridículo.

"Solo se vive una vez" es exactamente el tipo de cita motivacional trillada que alguien como Alex despreciaría como una falsa profundidad para la generación de Instagram: el tipo de cosa que verías escrita en una letra cursiva y superpuesta en una foto de una puesta de sol.

También es absolutamente cierta.

¿Cuándo más voy a tener la oportunidad de cantar en vivo en un escenario, después de todo? No es como si tendieran a anunciar trabajos para aspirantes a celebridades en el periódico local. ("Se busca: cantante femenina. Debe estar cómoda con la fama mundial…") Pero estoy aquí ahora, en un lugar donde nadie me conoce, y nadie es probable que recuerde o le importe si "hago el ridículo", como Rita lo expresó tan elocuentemente.

—Creo que lo voy a hacer —anuncio audazmente, sorprendiéndome incluso a mí misma.

Rita, Alice y Julian estallan en una ronda espontánea de aplausos, lo que arruina totalmente el coro de "*You're The One That I Want*", que actualmente está siendo cantado por una joven pareja con fuertes acentos de Newcastle.

Nadie se está riendo de ellos tampoco. Eso me hace estar aún más decidida a seguir adelante: hacerlo por mi yo de 13 años. (Y también por mis nuevos amigos octogenarios, que parecen pensar que ahora les debo completar mi lista, y que todos parecen que podrían estar tentados a pedir un reembolso si no logro hacerlo).

—¿Qué vas a cantar, Summer? —pregunta Julian—. ¿Te unirás a Gerald en *Unchained Melody*? Siempre es un gran éxito en estas cosas.

—No —respondo, tomando el archivador de nuevo y hojeándolo—. Creo que voy a hacer "*Cruel Summer*".

—Oh, ¿Bananarama? —exclama Rita—. Me encanta esa, sí. Tal vez me una a ti.

—No, Taylor Swift —le digo, tomando mi decisión—. Es una de mis favoritas. Y no solo porque tenga mi nombre en ella.

Bueno, es *en parte* porque tiene mi nombre en ella. Y, para ser totalmente honesta, ya estoy dudando de mi capacidad para rimar exitosamente las palabras "it's ooh-ooh-ah-ah" con el resto del coro. Pero, al igual que cuando me subí al avión, y cuando subí —me llevaron— a esa montaña, voy a intentarlo.

Ahora mismo.

Antes de que pierda completamente el valor.

¿Que creo que tal vez ya *he perdido*, en realidad?

—Bien, entonces —dice Rita, sintiendo mi vacilación—. Vamos a subirte allí, entonces. ¿Julian?

Levanta una ceja en su dirección, y Julian se pone obedientemente de pie, viniendo a pararse a un lado mío, mientras Rita toma el otro. Juntos me sacan de mi asiento y prácticamente me llevan a la fuerza al escenario, justo cuando el dúo de "niños de Grease" llega a su fin.

—Hada madrina llegando —grita Rita, dándome un empujón que me impulsa rápidamente por los tres escalones que llevan al pequeño escenario—. Esta es Summer —continúa, dirigiéndose al empleado del hotel que maneja la máquina de karaoke—. Va a cantar "Cool Summer" de Taylor Swift.

—Cruel —digo, olvidando que el micrófono frente a mí está encendido—. Es *Cruel* Summer.

Las palabras resuenan fuertemente por toda la sala.

—No seas dura contigo misma, cariño —grita Gerald desde un lado del escenario—. No creo que seas cruel en absoluto. Quizás solo un poco despistada.

Se escucha una ronda de aplausos apagados del público, que claramente está mucho menos cómodo con este último giro de los acontecimientos que con la bravuconería ebria de los artistas anteriores. Siento que una pequeña parte de mí se marchita y muere en silencio. Hay una pausa mientras el hombre de la máquina de karaoke busca la pista correcta, y yo me quedo allí, parpadeando ligeramente bajo las luces del escenario mientras miro lo que parece ser cientos de rostros expectantes.

Esto es todo.

Así es como voy a morir.

Una pequeña gota de sudor se forma en la nuca y se desliza incómodamente por mi espalda. Tengo la garganta tan seca que no puedo imaginar siquiera hablar, mucho menos *cantar*. Pero entonces la música comienza, reconfortantemente familiar por todas las veces que he escuchado esos icónicos compases iniciales en el trayecto al trabajo o durante mis descansos. Como en un sueño, veo mi propia mano extenderse y tomar el micrófono frente a mí, como si eso fuera algo perfectamente normal para una mano mía. Lo acerco a mi boca, decidida a llevar esto hasta el final, y entrecierro los ojos hacia el público, escaneando la multitud en busca de los rostros familiares de mis nuevos amigos para darme algo de confianza.

Y, efectivamente, hay un rostro familiar en esa multitud.

Está parado justo al fondo de la sala, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa divertida en el rostro mientras me ve temblar bajo el foco.

*El foco **literal**.*

Dios mío, ¿en qué estaba pensando?

Al otro lado de la sala, Alex Fox levanta las cejas, como si se estuviera preguntando lo mismo.

Desde justo enfrente del escenario veo a Rita mirándome, con el rostro arrugado de preocupación mientras la música continúa, mucho después del punto en el que debería haber empezado a cantar.

—Vamos, Summer —me anima en silencio—. Tú puedes hacerlo.

Pero no puedo.

No puedo hacer esto.

Porque, cuando finalmente abro la boca para cantar sobre sueños febriles y noches tranquilas en algún escenario veraniego ficticio, todo lo que sale es un graznido ahogado: un sonido que seguramente perseguirá todas mis pesadillas desde ahora hasta el día que muera.

*Realmente **es** un verano cruel*, es lo último que pienso mientras bajo tropezando del escenario y corro hacia la puerta, dejando tras de mí un rastro de expresiones sorprendidas y risitas divertidas. *Y ahora sí que he hecho el ridículo más espantoso.*

Catorce

¡Summer! ¡Espera!

Alex me alcanza cuando llego a la puerta de mi habitación de hotel, y me quedo paralizada en el sitio, preguntándome si existe la más *mínima* posibilidad de que no me vea aquí parada, con la tarjeta en alto.

Pero por supuesto que me *ve*.

—Si vienes a regodearte, ahórratelo —le digo sin darme la vuelta—. No estoy de humor.

Esta declaración probablemente calificaría como el eufemismo del siglo. Estoy tan alterada por mi reciente humillación pública que necesito tres intentos para meter la tarjeta en la ranura, y aun así, la maldita cosa se niega a funcionar.

—Déjame intentarlo.

Alex se estira por encima de mi hombro y me quita la tarjeta de la mano, la gira del lado correcto antes de deslizarla de nuevo en la puerta, que inmediatamente hace clic y se abre.

—Gracias —murmuro, intentando escabullirme antes de que pueda decir algo más. En un movimiento que resume perfectamente toda mi vida hasta la fecha, sin embargo, la correa de mi bolso se engancha en el pomo de la puerta, y salgo rebotada hacia atrás contra el sólido pecho de Alex, escapándoseme un pequeño sollozo de frustración en el proceso.

—Summer —dice Alex de nuevo—. ¿Podrías quedarte quieta un segundo para que pueda hablar contigo sin que intentes romper algo?

—No *quiero* hablar —le digo, cruzando los brazos defensivamente sobre mi pecho mientras me giro para enfrentarlo por fin—. Porque sé que te vas a burlar de mí por lo que acaba de pasar, y *realmente* no estoy de humor, ¿vale?

Alex frunce el ceño. Esta noche lleva una camisa negra ajustada, con vaqueros negros, y sus ojos verdes se ven muy brillantes en su rostro bronceado.

Cómo no, él tiene un bronceado dorado después de dos días, mientras que yo solo tengo algunas pecas extras y una nariz como la de Rudolph.

—No quiero regodearme —dice en voz baja—. De verdad.

Espero el comentario sarcástico que seguramente seguirá a esto, pero no llega. En su lugar, simplemente se lleva la mano a la barbilla y se frota la barba incipiente pensativamente, como si estuviera decidiendo qué decir.

—Te eché de menos en la cena esta noche —dice.

—Oh. Vale.

Hago una pausa de nuevo, para darle tiempo a que suelte cualquier remate que tenga en mente, pero él simplemente sigue mirándome con esos ojos de poeta suyos, hasta que empieza a resultar incómodo.

—¿Estás bromeando? —pregunto con sospecha—. Porque, como he dicho, no estoy...

—No —insiste, abriendo mucho los ojos para enfatizar su inocencia—. Realmente te eché de menos. Fue bastante aburrido, la verdad, poder *comer* mi comida en lugar de llevarla puesta.

Y ahí está.

—Genial —digo secamente, volviéndome hacia la puerta, que se ha cerrado de golpe detrás de mí y se ha bloqueado automáticamente, obligándome a empezar de nuevo con la tarjeta.

—Entonces, ¿qué tal te fue con Comosellame? —dice Alex casualmente, mientras intento recordar de qué lado va la tarjeta—. ¿Lograste ponerte al día con él?

Me quedo paralizada de nuevo, dividida entre la necesidad de estar sola con mi humillación y la igualmente apremiante necesidad de hablar con alguien sobre Jamie y el beso-que-no-fue-realmente-un-beso.

—Sí, lo hice —le digo, intentando igualar su tono casual—. De hecho, cenamos juntos. Por eso no me viste en el restaurante.

Hay un breve momento de silencio.

—Eso es genial —dice Alex, sonando aliviado.

Miro por encima de mi hombro con sospecha.

—¿Genial? Pensé que no aprobabas que fuera tras él. Creo que la palabra fue "ridículo".

—No —dice, seriamente—. Lo que pensé que era ridículo era que arriesgaras tu trabajo. Quiero decir, tu jefe podría estar esperando para despedirte en cuanto regreses, por lo que sabes. Pensé que salir corriendo tras Comosellame así era solo... bueno, era muy *tú*, digámoslo así.

—Se llama Jamie —le digo con rigidez—. Como bien sabes. Y, para tu información, *él* no pensó que nada de esto fuera ridículo. *Él* pensó que venir aquí era una idea brillante.

—¿En serio? ¿Le dijiste que dejaste todo para venir aquí y encontrarlo? ¿Y dijo que era "brillante"? Vaya.

Alex se frota la barbilla de nuevo. Esta vez, estoy segura de que lo hace para ocultar la sonrisa burlona que puedo ver en sus labios.

Dios, es insoportable.

—No dije *exactamente* eso —respondo—. Aunque lo hubiera hecho, no se habría reído de mí. No es como tú. De hecho, es tu polo opuesto.

Una expresión que no puedo descifrar cruza brevemente el rostro de Alex.

—Bien —dice en voz baja—. Bueno, me alegro por ti, Summer. De verdad. Mira, ha sido un día largo; creo que me voy a dormir. Buenas noches.

Sin esperar una respuesta, se dirige a su propia puerta —que está justo al lado de la mía— y saca una cartera de aspecto caro de su bolsillo, de la cual produce su tarjeta llave.

—¡Espera! —me oigo decir mientras la introduce en la puerta, acertando al primer intento, lo cual no es menos de lo que esperaría de él.

Me mira con una expresión de "¿y ahora qué?".

—Pregunta rara —comienzo—, y créeme cuando te digo que desearía tener a alguien más a quien preguntarle. Pero alguna vez... ¿alguna vez has besado a una de tus amigas en los labios? Platónicamente, quiero decir. Como si realmente no significara nada; solo estabas diciendo buenas noches, por ejemplo.

Los ojos de Alex van inmediatamente a mis labios.

—¿Me estás pidiendo que te bese de buenas noches? —pregunta, con la voz ligeramente ronca.

—¿Qué? ¡No! —Retrocedo como si me hubieran escaldado—. *Dios*, no —añado, dando un escalofrío teatral, solo para rematar—. Es una pregunta hipotética. Solo me preguntaba si eso es algo que hacen los chicos, eso es todo.

Alex me mira como si hubiera perdido la cabeza.

—No, Summer —dice en un tono de "afirmando lo obvio"—. No, nunca he besado a una amiga en los labios. Y obviamente no puedo hablar por todos los "chicos", pero me voy a arriesgar aquí y decir que no, eso *no* es lo que hacemos.

—Vale, genial. Gracias.

—¿Eso es lo que hizo, entonces? ¿Ese tipo te besó?

—Sí. No. Tal vez. Mira, no estoy segura, ¿vale? Fue apenas un roce en los labios. No sé si eso cuenta siquiera.

Alex se aclara la garganta incómodamente.

—Cuenta, Summer —dice—. Créeme: cuenta.

Vuelvo a la tarjeta llave, mi humillación en el escenario casi olvidada mientras lucho con las emociones contradictorias que surgen dentro de mí al saber que la boca de Jamie *no* se perdió simplemente de camino a mi mejilla, y que su beso decepcionantemente ordinario podría ahora llevar a *más* besos decepcionantemente ordinarios.

¿O tal vez solo estaba nervioso? Los chicos también deben ponerse nerviosos cuando besan a alguien por primera vez, ¿verdad?

Me giro para mirar a Alex, para poder preguntarle esto también, pero la puerta de su habitación está cerrada, y presumiblemente ya está detrás de ella; probablemente metiéndose en su ataúd, o lo que sea que haga por las noches.

En fin.

Al menos no dijo nada sobre mi intento de cantar. Supongo que es algo por lo que estar agradecida.

Dentro de la habitación del hotel, voy directamente a mi mesita de noche, donde me espera el diario, y lo recojo, junto con el bolígrafo que está al lado.

1. Besar a Jamie Reynolds, el vecino de al lado.
2. Superar el miedo a volar para poder salir de Margate y viajar por el mundo.
3. Cantar en algún lugar que no sea la ducha. Hacerme famosa por esto.
4. Ver a Taylor Swift en concierto.
5. Volverme genial. (¿Esto tal vez debería ser el número 1, ya que todo lo demás depende de ello?)
6. ¿Tal vez montar en moto? Eso parece algo que haría una chica genial, ¿no?
7. Conocer al amor de mi vida.
8. ~~Saltar de un avión.~~ Escalar una montaña.

9. Otras cosas por confirmar. (Eso significa 'to be confirmed', por cierto).

10. Básicamente, cambiar totalmente mi vida.

Mi bolígrafo se cierne sobre el número 5 por un momento.

Volverme genial.

¿Cómo sabré cuándo soy genial?

Golpeo el bolígrafo contra mis dientes, pensativa. Siempre he creído que las personas más "geniales" que conozco son las que en realidad no están *intentando* ser geniales. Simplemente lo *son*. Es algo innato en ellas que realmente no se puede imitar, y que probablemente ni siquiera saben que tienen.

¿Significa eso que *yo* también podría ser genial y no saberlo? Como la heroína de una novela romántica, por ejemplo, que es simplemente TAN hermosa, pero no se da cuenta hasta que el héroe se lo dice?

Pienso de nuevo en el extraño sonido ronco que salió de mi boca cuando intenté cantar.

Creo que podemos decir con seguridad que aún no he llegado a ese punto de ser "genial".

Antes de volver a dejar el diario, paso las páginas distraídamente, seleccionando una entrada al azar para leer:

El Diario Secreto de Summer Brookes, 16 años

Anoche decidí grabarme cantando, solo por diversión, y fue lo más raro del mundo, porque, cuando escuché la grabación, no sonaba para nada como yo. O al menos no sonaba como sueno en mi cabeza. Es decir, en mi cabeza, no tengo una voz tan aguda. Aunque tampoco tengo pecas ni una ceja gigante en mi cabeza. En mi cabeza ni siquiera tengo 16 años: tengo al menos dieciocho, y canto en una banda, mientras también protagonizo películas. Y me parezco un poco a Amy Adams, solo que más joven, obviamente.

Así que, supongo que lo que me pregunto ahora es si esto solo me está pasando a mí, o si todos tienen una persona secreta en sus propias cabezas. Toma a Chloe, por ejemplo. ¿Es la Chloe que conozco la misma Chloe que se mete en la cama por la noche y sueña con lo que sea que sueñen las personas que no son yo? (Y de hecho, ya que estamos en el tema, ¿con qué sueñan las personas que no son yo? Porque realmente quiero saberlo).

Es decir, si alguien tiene un yo secreto escondido en su cabeza, sería Chloe. La Chloe que se sienta a mi lado en la escuela y que vendrá a ver a Taylor conmigo si alguna vez viene de gira a Margate definitivamente no es la misma Chloe que se rio de mí cuando dije que iba a ser famosa; o que dijo que sería muy bonita si solo tuviera pestañas. (Y SÍ tengo pestañas; simplemente no se pueden ver porque son muy claras). No creo que eso fuera algo muy agradable de decir. Todavía estoy creciendo, como siempre dice mamá. Eso no significa que algún día no haré algo de mi vida. Y lo haré. Sé que lo haré. Para el resto del mundo, soy como un televisor atascado en un canal que no puedo cambiar. El canal equivocado. Y estoy atrapada siendo la Summer Equivocada. Pero puedo cambiar eso, lo sé. Solo puede que me tome un poco más de tiempo que a otras personas, eso es todo.

En fin. Jamie nos acompañó a Chloe y a mí a casa desde la escuela hoy —realmente parece que estamos empezando a hacernos amigos ahora— y una vez que dejamos a Chloe en su casa, nos sentamos en el muro fuera de la mía charlando por horas: mayormente sobre música, pero también sobre otras cosas. Es TAN agradable. Siento que realmente me ENTIENDE, ¿sabes? Y estaba a punto de preguntarle si él también tiene un yo secreto dentro de su cabeza, pero entonces empezó a hablar sobre esta banda que va a ver pronto, y no parecía el momento adecuado. Pero lo haré. Y apuesto a que no se reirá de mí como lo haría Chloe, porque lo entenderá. Porque es como yo. Y así es como sé que estamos destinados a terminar juntos.

Dejo el diario sobre mi almohada, pensando en la foto que Alex me tomó hoy, y cómo *tampoco* se sentía como yo, al principio —un poco como cuando escuchas una grabación de tu propia voz, y no suenas en absoluto como lo haces en tu cabeza. Y supongo que esa foto me desconcertó por un segundo, de la misma manera que lo hizo la grabación, cuando tenía 16 años. Fue un poco como si Alex hubiera logrado de alguna manera ver a la Summer "secreta" de la que mi yo de 16 años seguía hablando incoherentemente, y la hubiera capturado en película.

¿Tal vez por eso me hizo sentir tan incómoda?

*¿Y tal vez eso significa que **no** he "crecido" en absoluto?*

Acerté en una cosa en esa entrada del diario de hace tanto tiempo: *todavía* puedo hacer algo de mi vida. Todavía puedo descubrir cuál Summer es la real —y hacer que todos los demás la

vean también. De hecho, estoy en proceso de hacerlo, con este viaje.

Solo me está tomando un poco más de tiempo que a otras personas.

Eso es todo.

Quince

Me despierto con el diario pegado a la cara y la vaga sensación de que algo malo ocurrió anoche.

Entonces escucho la puerta de la habitación de Alex cerrarse de golpe y recuerdo cómo me quedé muda en el escenario, con él observándome y sonriendo con suficiencia.

Ah, sí. ***Eso***.

Me tomo mi tiempo en la ducha, esperando que él haya terminado de comer para cuando baje, luego deambulo igual de lentamente por el bufé del desayuno, que es incluso mejor que el de la cena de mi primera noche —no es que pudiera probar mucho, claro está. Para compensarlo, lleno mi plato con tocino, huevos y un par de donas glaseadas de color rosa, luego lo llevo con cuidado a mi mesa designada en la terraza... donde, por supuesto, encuentro a Alexander Fox terminando un tazón de cereal de aspecto saludable, que está acompañando con un jugo de naranja.

—Buenos días —digo con despreocupación, decidida a sacudirme la vergüenza persistente de anoche y no dejar que la presencia malhumorada de Alex arruine la hermosa mañana—. ¿Dormiste bien?

Alex levanta la mirada, como si estuviera sorprendido de verme.

—Estás de buen humor —dice con sospecha—. ¿Qué pasó? ¿Te llamó el Señor Maravilloso?

Lo fulmino con la mirada por encima de mi primera dona.

—Estaba de buen humor —le digo—. Pero está empezando a desaparecer rápidamente por alguna razón.

Alex se encoge de hombros ligeramente y vuelve a su cereal. Sorbo mi café, disfrutando la sensación del cálido sol en mis hombros. Esta zona de la terraza era bonita por la noche, con las luces de hadas brillando sobre nuestras cabezas, pero es igualmente pintoresca a la luz del día. Nuestra mesa está cerca del borde del patio y tiene vista a la piscina infinita, y más allá al mar. Observo con satisfacción cómo un pequeño velero blanco aparece a la vista y comienza a dirigirse hacia el puerto de Los Cristianos, justo a lo largo de la costa.

Es perfecto. Y estoy decidida a no dejar que Alex Fox arruine mi disfrute con sus estúpidos comentarios sarcásticos.

—No respondiste a mi pregunta —dice, casi como si estuviera decidido a demostrar que estoy equivocada—. ¿Esa sonrisa en tu cara significa que tienes otra cita planeada con Comosellame?

—Aunque no es asunto tuyo —le digo con la boca llena de dona—, no. Pero sí dijo que deberíamos hacerlo de nuevo, así que estoy segura de que nos veremos pronto.

No estoy nada segura de esto, en realidad. De hecho, ni siquiera estoy segura de que *quiera* ver a Jamie de nuevo. Pero eso no es algo que esté lista para admitir ni siquiera ante *mí misma,* mucho menos ante Alex, así que lo dejo así.

—Bien —dice Alex, limpiándose la boca con una servilleta—. ¿Y planeas decirle que es el número uno en tu lista de propósitos de Año Nuevo?

—No —digo secamente, sintiendo cómo mi buen humor se disipa aún más—. No, no lo haré. No creo que sea relevante.

—¿No lo crees? Yo diría que es bastante relevante, si me preguntas. La mayoría de los chicos probablemente apreciarían que se les avisara que la chica con la que están saliendo ha volado miles de kilómetros solo para tacharlos de una lista que hizo cuando era adolescente.

—Bueno, *no* te pregunté —replico—. Y no estamos "saliendo". Solo somos dos viejos amigos poniéndonos al día, eso es todo.

Y besándonos.

Bueno, más o menos besándonos.

—De todos modos —continúo, terminando la dona y empezando con los huevos—, no vine aquí *solo* por Jamie. Te lo he dicho antes. Claro, verlo era *una* de las cosas que quería hacer, pero no era la *única* razón por la que vine. Hay muchas otras, ¿sabes?

—Oh, lo sé —dice Alex con ironía—. He visto la lista.

Se quita las gafas de sol para limpiar los lentes. Su ojo se ve mucho mejor hoy, y cuando me mira, me sorprende nuevamente lo guapo que es, incluso cuando está siendo molesto. Lo cual es la mayor parte del tiempo.

—¿Qué estás haciendo *tú* aquí, de todos modos? —pregunto, para alejar la atención de Jamie y de mí.

Él suspira.

—Estoy desayunando, Summer. Es un restaurante, ¿recuerdas? ¿Ya hemos estado aquí antes? ¿Lanzaste filete a la gente? ¿Te suena de algo?

Sacudo la cabeza con impaciencia.

—No, me refiero a *aquí*. En Tenerife. Es solo que... no pareces el tipo de chico de todo incluido, vacaciones en paquete junto a la playa, si no te importa que lo diga. Eres más del estilo "Villa de Buen Gusto en la Toscana". O quizás una *gîte* en el sur de Francia. Y lo pronunciarías correctamente, además, con acento francés. Y tendrías un...

—¿Siempre inventas historias de fondo y personalidades completas para las personas que conoces, o soy especial?

—Ya te gustaría.

Le sonrío para mostrar que estoy bromeando, pero él no se ríe.

—¿Quién hace eso, sin embargo? —insisto, sirviéndome más café—. ¿Quién reserva unas vacaciones en paquete a las Islas Canarias por su cuenta?

Me mira fijamente, sin molestarse en responder.

—Aparte de mí, obviamente. Y de todos modos, tú sabes por qué *yo* estoy aquí. Y a menos que *tú también* hayas venido en busca del amor de tu vida, no explica *tu* motivación. Oh, Dios mío. No lo hiciste, ¿verdad?

Alex resopla.

—Difícilmente.

—Sí, vale. ¿Cuáles serían las probabilidades, no? Pero dejando los cuentos de hadas a un lado, aún podrías estar aquí en busca del amor, ¿no? Oh no, espera: tú no crees en eso. Lo cual es una lástima, realmente, cuando eres tan...

Logro detenerme justo antes de que las palabras "eres tan guapo" salgan de mi boca para avergonzarme.

—¿Tan...? Bueno, continúa; no puedes dejarme así. ¿Soy tan...?

—Eres tan... bueno, no eres exactamente feo, ¿verdad?

Asumo que está bien que diga eso, ya que él dijo lo mismo sobre mí ayer. Podemos encontrarnos mutuamente No Feos pero aún así odiarnos un poco, ¿verdad?

La boca de Alex se contrae.

—¿Crees que soy No-Feo?

—Bueno, *ella* ciertamente parece pensarlo.

Muevo la cabeza en dirección a una mesa a pocos metros a la izquierda, donde una atractiva rubia ha estado ocupada mirando a Alex desde que se sentó. Tampoco puedo culparla; se ve particularmente delicioso esta mañana, con una camiseta blanca impecable, lo suficientemente ajustada como para mostrar sus bíceps. Su cabello está húmedo por la ducha de nuevo, y cuando mira hacia la rubia, ella se sonroja hasta la raíz del pelo y casi derrama su bebida sobre su blusa.

—¿Ves? —digo en tono burlón—. Ese es el efecto que tienes en las mujeres.

—¿Es por eso que me tiraste toda la mesa encima la otra noche? —pregunta, con el tic convirtiéndose en el inconfundible inicio de una sonrisa—. ¿Estabas tan abrumada por mi rudo encanto que no pudiste controlarte?

—Vale, vale, no te emociones —le digo—. Dije que no eras feo, no que fueras irresistible. Y tampoco hablo por mí: solo quise decir que debe haber *alguien* por ahí que pueda ver más allá de tu personalidad espinosa y ver... bueno, lo que sea que haya debajo. Pero incluso si la hubiera, ya has dejado claro que no crees en el amor, así que supongo que nunca lo sabremos. Estás condenado a pasar el resto de tu vida alojándote solo en hoteles de lujo, me temo. Ya no hay esperanza para ti.

Levanto mi taza de café en un brindis, que Alex no se molesta en devolver.

—Sí, bueno. Supongo que hay peores formas en las que podría terminar —dice con tensión —. *Podría* seguir suspirando por alguien que no me ha dado un segundo pensamiento desde la secundaria, pero a quien he decidido que es el amor de mi vida. Eso sería una *verdadera* tragedia.

—¿Ah, sí? —digo, sonrojándome—. Para tu información, no estoy "suspirando" por nadie. Y *no* creo que Jamie vaya a resultar ser el amor de mi vida. No necesariamente. Pero *alguien* lo será. Y nunca lo sabré a menos que le dé una oportunidad, ¿no?

Alex me mira sin pestañear. Es una de las personas más compuestas que he conocido. La mayoría de la gente tiende a juguetear con algo o moverse un poco durante una conversación

como esta, pero cuando hablas con Alex, recibes toda la fuerza de su atención, lo cual es vagamente inquietante, incluso cuando te mira detrás de gafas oscuras.

—¿Realmente crees eso? —dice—. ¿Todo eso de las "almas gemelas"? ¿De verdad crees que el amor de tu vida está ahí fuera esperándote? ¿"Hay alguien para cada uno" y todo eso?

Dudo, con mi taza de café a medio camino de mis labios.

—Bueno, no creo que haya alguien ahí fuera para *ti*, obviamente —digo con ligereza—. Pero para mí, sí, lo creo. O estoy tratando de creerlo, al menos. Porque si no lo creo, ¿qué más hay, realmente? No digo que sea Jamie, pero debe haber *alguien* ahí fuera para mí.

—¿Pero no para mí?

Está medio sonriendo, así que obviamente no se está tomando nada de esto en serio.

—No cuando vas por ahí hablando de cómo no crees en el amor y piensas que las bodas son solo un enorme desperdicio de dinero —respondo en tono burlón—. Cualquier mujer en su sano juicio huiría de ti con esa actitud. Puede que quieran acostarse contigo, pero no van a querer casarse contigo, ¿verdad?

Lo digo sin pensarlo realmente. Me parece bastante obvio que solo lo estoy provocando descaradamente, para vengarme por haberse burlado de mí antes, pero o no sabe aceptar una broma, o de alguna manera he logrado tocar una fibra sensible que no sabía que tenía, porque no está siguiendo el juego.

—Mejor me voy a seguir con mi solitaria existencia, entonces —dice, doblando su servilleta en un pequeño triángulo pulcro y dejándola sobre la mesa mientras se levanta—. Te dejo en paz. Espero que logres encontrarte con Comoseallame. No te esperaré para la cena.

—Yo... Alex, no quise... —empiezo, pero antes de que pueda descifrar exactamente qué es lo que no quise hacer para molestarlo, ya se ha ido, girando sobre sus talones y caminando con determinación a través de la terraza, sin siquiera notar cómo la mujer rubia le pestañea coquetamente cuando pasa por su mesa. La miro indignada, luego aparto la mirada rápidamente, dándome cuenta de lo ridícula que estoy siendo. No es como si tuviera algún derecho sobre Alex, después de todo. No estamos *juntos*. Como acordamos esa primera noche, solo compartimos una mesa, algo en contra de nuestra voluntad.

Entonces, ¿por qué le estoy lanzando miradas asesinas a la Rubia de allá, como si acabara de intentar acercarse a mi hombre?

Empujo mi plato, molesta conmigo misma. Claro, Alex es atractivo; yo misma se lo acabo de decir. Pero solo he notado su apariencia de una manera desapegada, puramente observacional; de la misma manera que uno nota el paisaje, digamos, o el clima. Es difícil *no* notarlo, realmente. No significa que me *guste*, sin embargo. Solo significa que tengo *ojos*.

No tiene mucho sentido quedarme aquí sola ahora que él ha desaparecido, así que recojo mis cosas y me preparo para irme. Mientras paso por su mesa, noto que la Rubia me mira con envidia, y me permito imaginar brevemente a Alex y a mí como la pareja que esta mujer obviamente cree que somos.

Para ella, soy el tipo de mujer que puede conseguir fácilmente a un hombre como Alex. Y eso me hace sentir algo genial, en realidad, así que me permito disfrutar de la idea de ser esta persona completamente diferente todo el camino de vuelta a mi habitación, donde me cambio a un bikini y me echo un pareo sobre los hombros.

Bien podría aprovechar una de esas cinco piscinas mientras estoy aquí. Estoy de vacaciones, después de todo.

Bajo de nuevo en el ascensor y salgo a la zona de la piscina, que está llena de gente y ruido. La música suena fuerte desde el bar de la piscina, uno de los miembros del "equipo de animación" está guiando a algunas personas a través de una sesión de aquaeróbics en la parte poco profunda, y niños pequeños se lanzan en bomba al agua, chillando de alegría y empapando a todos en las cercanías.

Me abro paso con cuidado entre la multitud, escaneando las tumbonas en busca de un espacio vacío, y encontrando uno al fin, en un lugar tranquilo junto a una pequeña piscina de hidromasaje redonda, que burbujea invitadoramente cuando paso por allí. Un rápido toque con el pie confirma que está demasiado fría para siquiera considerarlo —voy a tener que pasar una buena media hora asándome al sol antes de poder convencerme de entrar— así que extiendo mi toalla en la tumbona, me quito el pareo y me acomodo para leer mi libro.

No he leído más que un capítulo cuando una sombra cae sobre la página, y levanto la mirada para ver a Alex de pie junto a mi tumbona en un bañador. Obviamente acaba de darse un chapuzón, y mientras me cubro los ojos para mirarlo, unas cuantas gotas de agua helada caen de su pelo sobre mi libro.

—¡Oye! Cuidado con lo que haces —exclamo, apartándome mientras mantengo deliberadamente mis ojos enfocados en su cara en lugar de su bañador. O su pecho. O sus brazos.

Realmente desearía que dejara de aparecer semidesnudo y empapado. Es muy desconcertante.

—Me estás empapando.

—Bueno, si vas a usar mi tumbona, ¿qué esperabas? —dice Alex, sacudiendo la cabeza y enviando más gotas volando en mi dirección—. Estás en mi espacio.

—No es cierto —protesto, incómodamente consciente de lo pequeño que es mi bikini de repente—. Este asiento estaba libre. Literalmente no había nada en él que mostrara que es... oh.

Me detengo, notando la esquina de una de las toallas del hotel asomando por debajo de mi tumbona. Debe haberse deslizado del asiento antes de que yo llegara.

Ups.

—Te juro que no me di cuenta de eso —digo, mientras Alex se agacha para recogerla y comienza a secarse. Debajo de la toalla hay un par de chanclas y una botella de protector solar, junto con un libro de bolsillo cuyo título está oculto.

Definitivamente es su tumbona, entonces.

—Me quitaré de tu camino —murmuro, girándome y comenzando a recoger mis diversas pertenencias para no tener que ver cómo acaricia ese pecho suyo con la toalla—. Lo siento de nuevo.

—Está bien —suspira, levantando una mano para detenerme—. Quédate con el asiento. Hay otro allá que puedo usar.

Señala una tumbona ahora vacía al otro lado del spa, y me hundo de nuevo en mi asiento mientras él camina hacia ella, los músculos de sus hombros ondulando bajo la piel suave mientras pasa unos segundos levantando la sombrilla junto a ella para tener sombra, antes de acostarse y bajarse las gafas de sol sobre los ojos.

Lo observo disimuladamente desde detrás de mis propias gafas. Después de ese momento en el desayuno cuando me encontré sintiéndome brevemente territorial con él, me siento extrañamente inquieta a su alrededor; casi como si pudiera concebiblemente saber lo que he estado pensando.

La tumbona de Alex está frente a la mía, lo que me coloca directamente en su línea de visión, con las aguas burbujeantes del spa entre nosotros. No parece estar prestándome ninguna atención en absoluto, pero, aun así, no puedo evitar sentirme estúpidamente cohibida en mi pequeño bikini negro, que parecía perfectamente respetable en el espejo del baño, pero que se siente al borde de lo indecente bajo la mirada (completamente imaginaria) de Alex Fox.

Cierro los ojos para eliminar la tentación de seguir observándolo y dejo que el sol caliente me bañe. Cuando los abro de nuevo, ha pasado más de una hora; el sol está en su punto más alto ahora, y la mayoría de las tumbonas a mi alrededor están vacías, la mayoría de la gente presumiblemente habiendo escapado a la sombra o ido a prepararse para el almuerzo. Miro furtivamente alrededor, esperando no haber estado babeando mientras dormía, pero alguien ha puesto una de las enormes sombrillas que están repartidas por el lugar sobre mi tumbona, con otra enfrente, así que estoy mayormente oculta de la vista, además de estar protegida del sol.

Tomo mi protector solar y comienzo a reaplicarlo, preguntándome si podría haber sido Alex. Después de todo, es el único por aquí que me conoce vagamente, pero está inmerso en las páginas de su libro y no levanta la vista, ni siquiera cuando la resbaladiza botella sale disparada de mi mano y casi golpea en la cabeza a un niño que pasa.

Ups.

—¿Necesitas ayuda con eso? —dice Alex inmediatamente—. Te ofrecería ir allá y hacer tu espalda por ti, pero no querría que te hicieras una idea equivocada. Ya sabes, siendo yo el tipo de hombre con el que quieres acostarte.

Hago una pausa en el acto de frotar la loción en mis hombros.

*¿Está **coqueteando** conmigo? ¿Es eso lo que está haciendo? ¿O solo está siendo malo de nuevo? Porque es difícil saberlo con él...*

—Dije que eras el tipo de hombre con el que las *mujeres* quieren acostarse —señalo, mirando alrededor para asegurarme de que no haya nadie sentado lo suficientemente cerca como para escuchar esta conversación—. No que fueras el tipo de hombre con el que *yo personalmente* quiero acostarme.

—¿No?

Balancea las piernas fuera de su tumbona, luego se levanta y camina hacia mí, luciendo *exactamente* como el tipo de hombre con el que me gustaría...

... pensándolo bien, probablemente sea mejor si no continúo ese pensamiento.

—Dámelo —dice, parándose frente a mí y extendiendo su mano. Lo miro con los ojos muy abiertos.

—¿El protector solar? —dice—. ¿Para que pueda hacer tu espalda por ti?

—Oh. Eh, no es necesario —digo apresuradamente, apartándome de su entrepierna, que actualmente está a la altura de mis ojos—. Puedo arreglármelas. Solo... solo me aseguraré de acostarme boca arriba.

—Summer —dice Alex con firmeza—. Dame la botella. Mira tus pies. Ya te estás quemando.

Miro hacia mis pies, que están apoyados frente a mí. Efectivamente, las puntas de mis dedos están de un rojo brillante por donde obviamente han estado asomando por debajo de la sombrilla. Esto es lo que pasa cuando tienes piel del color aproximado de la leche.

—Dámelo —dice Alex de nuevo.

A regañadientes le entrego la botella de protector solar, luego me giro para que mi espalda esté frente a él, dejando escapar un pequeño grito de sorpresa cuando el líquido frío golpea mis hombros sin previo aviso. Siento la tumbona hundirse debajo de mí mientras se sienta detrás de mí, su pecho desnudo contra mi espalda.

Esto es... normal.

Extiende el protector solar sobre mi espalda, luego comienza a frotarlo suavemente, sus manos moviéndose en círculos lentos sobre mis omóplatos de una manera que me hace querer gemir de placer.

Esto absolutamente no es 'normal'.

Ni de cerca.

—¿Se siente bien? —pregunta Alex en voz baja. Sus manos están trabajando en la parte baja de mi espalda ahora, los dedos rozando el borde de la parte inferior de mi bikini mientras masajea el protector solar en mi piel.

—Um, sí, eso es... eso está bien —le digo, tragando con dificultad—. Puedes dejarlo ahí, gracias. Puedo hacer el resto yo misma.

—¿Estás segura? —Su voz viene de algún lugar justo encima de mi oreja izquierda y suena ligeramente extraña, aunque podría ser solo la sangre latiendo en mi cabeza lo que me hace pensar eso—. ¿No quieres que haga tus piernas también?

—Puedo arreglármelas, gracias —respondo, las palabras saliendo mucho más bruscamente de lo que pretendía.

—Dame un segundo —dice, volviendo a mis hombros de nuevo—. Solo necesito frotar bien esta parte.

Su suave palma recorre perezosamente mi espalda, y mis párpados se cierran con un aleteo. Los sonidos de la piscina se desvanecen en el fondo mientras los dedos de Alex encuentran su camino bajo las tiras de mi bikini, haciendo que se me erice el vello de los brazos a pesar del calor del día. Puedo oír su respiración cerca de mi oído y sentir el calor de su cuerpo junto al mío. Estoy segura de que la loción de mi piel debe haberse ido por completo a estas alturas, pero sus manos siguen en mi cuerpo, y justo cuando estoy pensando en lo bien que se sienten, escucho el rumor de ruedas acercándose por el concreto de la terraza de la piscina.

—Vaya, vaya, vaya —dice una voz familiar justo detrás de mí—. Parece que tengo bastantes chismes que ponerme al día. ¿Por qué no me presentas a tu amigo, Summer?

Abro los ojos, sintiéndome como si emergiera de un sueño particularmente delicioso, y miro por encima de mi hombro, con una sensación de fatalidad asentándose sobre mí como un manto.

De pie junto a mi tumbona, con el pelo recogido en lo alto de la cabeza y una brillante maleta rosa con ruedas a su lado, está la última persona que esperaba ver aquí.

Es Chloe.

Dieciséis

¡Chloe! ¿Qué estás haciendo aquí?

Alex y yo nos separamos de golpe como si uno de nosotros estuviera en llamas. Probablemente sea yo, a juzgar por lo calientes que están mis mejillas.

—Eso no importa —dice mi mejor amiga, sonriendo ampliamente—. ¿Quién es *este*?

Ella bate sus pestañas de Bambi hacia Alex, quien se pone de pie y vuelve a poner la tapa al protector solar antes de entregármelo sin decir palabra.

—Em, gracias —murmuro, mirándolo fijamente como si contuviera la respuesta a todos mis problemas; dos de los cuales están actualmente frente a mí, ambos viéndose igualmente hermosos e igualmente molestos.

Antes solo estaba *imaginando* que era el tipo de mujer que le podría gustar a Alex, pero Chloe realmente lo *es*. Yo todavía estoy "desarrollándome", según el diario, pero ella está completamente en su liga. De hecho, parecen la pareja perfecta, de pie allí con sus bronceados naturales y sus dientes muy blancos.

No tengo idea de por qué este pensamiento me molesta tanto.

—Válgame Dios —dice Chloe, poniendo los ojos en blanco de manera dramática—. Vaya bienvenida.

—Lo siento —digo, levantándome de un salto y abrazándola—. ¡Es que me sorprende tanto verte aquí!

Y estoy un poco horrorizada, si somos honestas. Lo cual definitivamente ***no*** *estamos siendo.*

—Bueno, esa *era* la idea general, Summer —responde Chloe, viéndose contrariada—. No sería una visita sorpresa de otro modo, ¿verdad?

—No. No. Por supuesto que no. Es solo que... bueno, es un largo camino para una sorpresa —digo con cuidado—. ¿Cómo supiste siquiera dónde me estaba quedando?

—Etiquetaste el hotel en Instagram, tonta —responde Chloe, sentándose en la tumbona que acabo de dejar vacante y dejándome de pie bajo el sol sin lugar a donde ir—. Así que no tuve que llamar precisamente a Hércules para localizarte, ¿verdad?

—Hercule —digo automáticamente—. Es Hercule Poirot.

—Lo que sea. —Chloe hace un gesto desdeñoso con la mano—. ¿A quién le importa él, de todos modos? Lo que importa es lo que está pasando *aquí*...

Mira de mí a Alex, y luego de vuelta. Está vestida para viajar, pero Chloe es una de esas personas que se ve sin esfuerzo glamurosa incluso en un chándal, y no puedo evitar sentirme quemada por el sol y grasienta de pie junto a ella con mi cabello recogido hacia atrás y una gruesa capa de SPF50 por toda mi pálida piel azulada.

—No está pasando nada —le digo—. Alex solo me estaba ayudando, eso es todo.

—*Apuesto* a que lo estaba haciendo. Alex, ¿eh? —ronronea Chloe, logrando de alguna manera hacer que su nombre suene absolutamente obsceno—. Encantada de conocerte, Alex. Soy Chloe.

Extiende una mano, y observo con celos cómo él la estrecha.

—Bueno —dice Alex con rigidez, volviéndose hacia mí—. Me iré, entonces.

—Claro. Seguro —respondo, con los ojos fijos en el suelo frente a mí. No he sido capaz de mirarlo desde que se puso de pie, porque aunque le dije la verdad a Chloe sobre que no hay nada entre nosotros, de alguna manera se siente como una mentira. Se siente como si algo hubiera cambiado entre nosotros en los diez minutos más o menos entre que él recogió esa botella de protector solar y la volvió a dejar.

Y tengo una extraña corazonada de que él también lo piensa.

Alex se da la vuelta y regresa a su asiento frente a nosotras. Chloe se queda allí, mirándolo descaradamente con lujuria mientras recoge sus cosas, sin molestarse en hablarme hasta que desaparece de la vista.

—Bueno —dice, con los ojos abiertos de emoción mientras se vuelve hacia mí—. Cuéntamelo todo. Pero sobre todo acerca de *él*. Espera; primero vamos a necesitar cócteles.

Mira significativamente en dirección al bar de la piscina, lo que supongo que es mi señal para ir a buscarle una bebida.

—¿No quieres ir a cambiarte primero? —pregunto, esperanzada—. Debes estar cansada después de tu vuelo. Y aún no me has dicho qué te hizo venir hasta aquí.

—Deja de intentar cambiar de tema —dice Chloe, que me conoce demasiado bien—. Suéltalo ya, Summer. ¿Quién es el bombón y qué está pasando entre ustedes dos? La verdad esta vez, por favor.

—No es un bombón, es solo Alex —digo a la defensiva—. Y no está pasando nada. Como te dije, solo me estaba ayudando con la espalda. Ya sabes lo fácilmente que me quemo al sol.

—Summer, tenía las manos por todo tu cuerpo —dice Chloe—. Y tú tenías los ojos cerrados, con esa expresión que pones cuando ves a Theo James en algo. Ahora que lo pienso, tu hombre Alex sí que se parece a Theo James, ¿no? Solo que, como, *más guapo*. Si eso es posible.

—No lo es —digo secamente—. Además, Alex no es tan guapo. Ni siquiera es particularmente *agradable*, si quieres saber la verdad. Es un poco arrogante y engreído, en realidad. Ni siquiera me *cae bien*.

—Disculpa.

Hay un silencio agonizante mientras Alex pasa junto a mí y recoge algo del suelo al lado de la tumbona que estaba usando.

—Debo haberla dejado caer antes.

Levanta su tarjeta llave, luego gira sobre sus talones y se aleja antes de que pueda detenerlo.

—¡Dios mío! —Chloe se lleva las manos a la boca, con los ojos abiertos de risa horrorizada —. ¿Viste su cara? ¡Eso le enseñó! No te preocupes, Sum; si tú no lo quieres, yo me lo quedo.

Pronto le devolveré la sonrisa a su rostro, no te preocupes.

Me guiña un ojo con picardía, pero no puedo ni siquiera responder. Estoy tan mortificada que quiero arrastrarme bajo la tumbona y morir en silencio.

—¿Crees que escuchó eso? —grazno.

—Oh, lo escuchó perfectamente —dice Chloe, riendo—. Parecía que le hubieran dado una patada en las pelotas. Pero basta de hablar de él; quiero saber de ti y de lo que has estado haciendo desde que me abandonaste en Año Nuevo.

—No te abandoné, Chloe —señalo, con mi mente aún fija en Alex y la mirada dolida que estoy segura de haber visto en sus ojos antes de que se marchara por segunda vez—. Ni siquiera te diste cuenta de que me había ido. Estabas muy ocupada con tu Príncipe Azul.

—Oh, yo no lo llamaría así —dice, sonriendo—. No era ningún caballero, digámoslo así. Pero ¡Summer! No podía creerlo cuando recibí tu mensaje. ¡Tú! ¿Volando a España sola? Creo que nunca te he visto salir de *Margate* sola, y mucho menos del *país*.

—Eso no es cierto —protesto débilmente—. Solo estás exagerando para darle dramatismo. Hago muchas cosas sola.

—Bueno, vale —concede—. Lo haces. Pero no como *esto*, Summer. Esto es enorme. Para ti, quiero decir. Para la mayoría de la gente, es solo un viaje en paquete a Tenerife, obviamente. Pero para alguien como tú, es enorme. Por eso tuve que venir aquí para apoyarte.

La miro con sospecha. A menos que contemos sus ocasionales ofertas para peinarme, Chloe nunca me ha "apoyado" en nada en su vida. No es así como funciona entre nosotras. *Yo* soy la que apoya; porque soy la que está en el papel secundario. Chloe es la protagonista; lo que supongo que es la verdadera razón por la que está aquí ahora. No hay espectáculo sin la gran estrella, ¿verdad?

—Entonces, ¿dices que averiguaste dónde me alojaba por Instagram?

—Sí. Eso fue fácil —dice con desdén—. Como te dije, habías etiquetado el hotel y todo.

Asiento lentamente. Claramente tengo mucho que aprender sobre todo esto de "dejar atrás tu vida". No me di cuenta de que mi vida podría intentar seguirme.

—Así que hago clic en la ubicación de tu publicación, ¿vale? —dice Chloe, mirando con anhelo el bar de la piscina—. Y me lleva a una página con todas estas otras fotos que se han tomado en el mismo lugar.

—Ajá.

Solo estoy escuchándola a medias, porque mi mente insiste en reproducir ese horrible momento con Alex en un bucle interminable, para que pueda sentirme terrible por ello una y otra vez.

Tengo que encontrarlo y disculparme. Tengo que decirle que no quise decir lo que dije.

—Bueno, ¿nunca adivinarás lo que encontré? —continúa Chloe, luciendo satisfecha consigo misma—. ¿O más bien *a quién* encontré?

Todo mi cuerpo se enfría, a pesar del calor del día.

—¡Nada menos que Jamie Reynolds! —dice triunfalmente—. ¿Y adivina qué? ¡Ahora está trabajando aquí! Tiene un bar bastante cerca de aquí, al parecer. ¿Puedes creerlo, Summer?

Me mira con aparente inocencia, pero la conozco desde que éramos adolescentes, y sé perfectamente que no necesita una respuesta a esto. Porque ella sabe. Sabe que yo ya sabía sobre Jamie y su bar. Puede que piense que Hércules Poirot y Hércules son lo mismo, pero Chloe no es

tonta. Puedo decir que ha atado cabos y ha descubierto exactamente lo que me trajo aquí. Simplemente no lo está diciendo porque quiere ver si yo lo admito primero.

—Eh, sí —admito—. Lo sé. De hecho, me lo encontré ayer.

Jugueteo con la botella de protector solar que todavía tengo en la mano, agradeciendo a mi suerte no haberle dicho a Jamie la verdadera razón por la que "me lo encontré".

—¡No me digas! —dice Chloe, sin sonar en absoluto sorprendida por esto—. ¡Qué gracioso! ¡Imagínate ustedes dos encontrándose por casualidad, tan lejos de casa!

Sus ojos se entrecierran casi imperceptiblemente. Casi siento como si estuviéramos teniendo una discusión, aunque cualquiera que nos observara pensaría que sonamos perfectamente normales.

—Summer —dice, su voz de repente más suave—. No estarás pensando en Jamie otra vez, ¿verdad? Es decir, ¿no viniste aquí para intentar verlo?

—Por supuesto que no —respondo al instante—. Es solo una coincidencia que él también esté aquí. Eso es todo.

Me encojo de hombros con indiferencia, pero puedo decir que no me cree.

—Bueno, mejor así —dice por fin—. Es que no quisiera que volvieras a salir lastimada, como la última vez. ¿Recuerdas lo que pasó en el baile de graduación, cuando tú...

—Lo recuerdo, gracias —digo, interrumpiéndola—. No necesito que me lo recuerdes. Y estoy bien, de verdad. Eso fue hace mucho tiempo. Lo he superado totalmente.

Chloe parece poco convencida mientras se pone de pie, sacando un par de gafas de sol que la hacen parecer exactamente una estrella de cine.

—Bien —dice—. Necesito encontrar mi habitación para darme una ducha rápida y ponerme algo menos cómodo antes de la cena. ¿A dónde vamos, por cierto?

—Normalmente solo como en el hotel —le digo, ayudándola a llevar su maleta fuera del área de la piscina y de vuelta hacia el hotel—. Es todo incluido. Es bastante bueno, en realidad. Solo que tienen esta cosa donde se supone que debes sentarte en la misma mesa cada noche, y me han sentado al lado de ese tipo Alex, lo cual es...

Hago una pausa, buscando la palabra adecuada para describir cómo es cenar con Alex Fox, pero ni siquiera sé por dónde empezar.

—Ya veo. —Chloe me mira con curiosidad—. Bueno, no vine hasta aquí para comer sola, así que mejor salgamos a algún lugar. ¿Qué dices?

No estoy segura de *qué* decir a eso; principalmente porque tengo un horrible presentimiento sobre lo que está a punto de sugerir, y, efectivamente...

—¡Ya sé! —dice Chloe, como si acabara de ocurrírsele—. ¿Por qué no vamos al bar de Jamie? Parece que sirven comida además de alcohol. Y definitivamente ya no estás enganchada con Jamie, así que no te importaría, ¿verdad?

Sonríe inocentemente. Me está poniendo a prueba, lo sé. Quiere que le diga que no quiero ir a The Rowdy Squirrel con ella porque, de hecho, *sí* estoy "aún enganchada con Jamie", como ella dice. Lo cual, por supuesto, no es cierto.

Bueno, al menos *creo* que no lo es.

Aun así, no quiero ir allí. Mi primer encuentro con Jamie fue lo suficientemente incómodo como para no querer repetirlo. Pero Chloe me está mirando como si estuviera a punto de pillarme en una mentira, y sé que nunca me dejará en paz si le digo la *verdadera* razón por la que no

quiero ver a Jamie ahora mismo, así que simplemente le devuelvo una dulce sonrisa como si no tuviera una sola preocupación en el mundo.

—Suena genial —digo con naturalidad—. ¿A qué hora quieres salir?

Diecisiete

Salimos pavoneándonos —no hay otra palabra para describirlo— del hotel una hora y tres cambios de ropa (para Chloe) más tarde. Llevo puesto un pequeño vestido rojo que Chloe insistió en que le prestara de su aparentemente inagotable maleta, e incluso me ha maquillado, logrando de alguna manera cubrir mis pecas y resaltar pómulos que no sabía que tenía, de modo que, cuando termina, parezco una persona completamente diferente.

—Ya era hora de que te hicieras un cambio de imagen —dijo, mirándome críticamente antes de salir—. Has estado estancada, Summer. Es hora de un cambio.

Eso es al menos una cosa en la que podemos estar de acuerdo, así que, aunque el pequeño vestido de seda es mucho más corto de lo que estoy acostumbrada, y llevo tanto maquillaje que me preocupa que mi cara se derrita con el calor, echo los hombros hacia atrás y me recuerdo que esto es lo que quería: agitar las cosas y convertirme en la persona que siempre quise ser.

Quería cambiar mi vida, ¿no?

Bueno, aquí estoy, haciendo exactamente eso.

Antes de irnos, le dije a Chloe que tenía que volver a mi habitación para recoger algunos euros, y en su lugar fui a tocar la puerta de Alex, para poder disculparme por lo que sucedió en la piscina antes. Pero no hubo respuesta. O no estaba, o simplemente no quería hablar conmigo, así que al final solo dejé una bolsa de cacahuetes salados del minibar fuera de su puerta como ofrenda de paz, y luego bajé para reunirme con Chloe.

Y ahora aquí estamos; saliendo a buscar a Jamie, como si fuéramos adolescentes otra vez.

¿Qué podría salir mal?

Como si respondiera a mi pregunta no formulada, cuando llegamos al final de las escaleras que conducen del hotel a la calle, Gerald aparece doblando la esquina, llevando una bolsa de HiperDino llena de bolsas de patatas fritas Lays.

—Hola, Summer —dice, sonriendo—. Vaya, qué guapa estás. ¿Vais a algún sitio especial?

—¿Quién es tu amigo, Summer? —pregunta Chloe, sonriendo divertida mientras observa el look de calcetines con sandalias de Gerald—. Y yo que pensaba que Alex el Guapo era el indicado para ti.

—Oh, no —dice Gerald, pareciendo complacido de poder contribuir a la conversación—. No es Alexander a quien busca. Es el joven Jamie, ¿no es así? Ese es el hombre para Summer. ¿No

es cierto, querida?

Las cejas de Chloe casi desaparecen en su línea del cabello.

—¿Es eso cierto? —dice fríamente—. Vaya, qué sorpresa.

—Gerald solo está bromeando —digo rápidamente, lanzándole una mirada significativa a Gerald, que pasa completamente por alto—. ¿Cómo eres, Gerald? ¡Qué bromista! Yo no dije eso *para nada*.

Me río, sonando un poco histérica incluso para mí misma.

—Sí que lo dijiste —dice Gerald, luciendo confundido—. Lo dijiste en el aeropuerto. "Voy a buscar a mi verdadero amor", dijiste. Luego empezaste a hablar sobre este tipo Jamie. ¿O era Tim no sé qué? Rita lo sabrá.

Mira alrededor, como si Rita pudiera aparecer en cualquier momento para respaldarlo. Por suerte para mí, no lo hace. Mucho menos afortunadamente, sin embargo, Chloe está ahí en su lugar; y ahora se adelanta y se entrelaza del brazo con Gerald, sonriéndole dulcemente.

—¿Por qué no vienes a tomar algo con nosotras —dice, hablando como lo harías con un niño muy pequeño— o con una mascota—. Y me lo cuentas todo?

—No creo que Gerald quiera salir con nosotras —digo con voz aguda—. ¿Verdad, Gerald? ¿No es casi la hora de la cena? ¡Será mejor que te des prisa o Rita se beberá todos los cócteles otra vez!

—Oh, hay tiempo de sobra para eso —responde Gerald, mirando a Chloe como si fuera un ángel enviado del cielo—. Estaría más que encantado de acompañar a estas dos damas a tomar un refrigerio. Aunque supongo que ya no se me permite decir "damas", ¿verdad? Es ofensivo, ¿no?

—Para nada —dice Chloe tranquilizadoramente—. Vámonos. Vamos, Summer.

Levanta el brazo para llamar a un taxi que se acerca, y para cuando nos deja frente a The Rowdy Squirrel, Chloe ha sido completamente puesta al día sobre las razones de mi presencia en Tenerife, Hada Madrina y todo.

Gracias, Gerald.

—Tengo que decir, Summer —susurra, mientras esperamos a que Gerald salga con dificultad del asiento del pasajero—, que esto está *realmente* fuera de tu carácter. Quiero decir, ¿un Hada Madrina? ¿En serio?

—Era más bien una Vieja Sabia —empiezo, pero eso no lo hace sonar mejor, y de todos modos ella no está escuchando.

—¿Y Jamie? —continúa, sus ojos brillando peligrosamente mientras escanea las mesas frente al bar—. *Literalmente* acabas de decirme que lo habías superado. *Literalmente*. ¿Y ahora me dices que has volado hasta aquí para confesarle tu amor eterno?

—¡Yo no dije eso! Eso fue Gerald. Que claramente ha estado bebiendo o algo, porque está diciendo tonterías.

—Oh, no me vengas con eso. A mí me sonó perfectamente sobrio. Eres *tú* quien me preocupa, si todo lo que tu amigo Gerry me acaba de contar es cierto.

Su frente se arruga de preocupación; lo que solo demuestra lo en serio que se está tomando esto, porque Chloe normalmente nunca permite que su rostro se mueva en absoluto. Dice que te da arrugas.

—Mira, Summer —dice, extendiendo una mano para detenerme mientras caminamos hacia el bar—. No creo que esto sea una buena idea. Me refiero a ti y Jamie. No después de lo que pasó en...

—El baile de graduación, lo sé —respondo, sacudiendo su mano—. Pero, como dije, Chloe, eso fue hace años. Está en el pasado. Soy una persona diferente ahora.

*Bueno, al menos estoy **intentando** serlo. Si tan solo me diera una oportunidad.*

—Si me dejaras terminar —dice Chloe, irritada—, iba a decir que no creo que sea una buena idea, pero puedo ver que ya has tomado una decisión, así que está bien: te ayudaré.

Lo dice como si de alguna manera hubiera logrado convencerla de algo en contra de su voluntad.

Estoy confundida.

—¿Me ayudarás?

—Sí —suspira con aire de mártir—. Te ayudaré a conquistar a Jamie. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Eh, en realidad no lo es —le aseguro—. En serio, estoy bien. No necesito ayuda.

—Pero *claro* que la necesitas —dice Chloe con firmeza—. Ni siquiera podías decidir qué ponerte sin mí, Summer, así que, honestamente, es una suerte que esté aquí. Ahora asumiré el papel de "Hada Madrina", no te preocupes. Pronto te arreglaremos.

—¿Qu... qué? ¡No!

Lo último que necesito ahora —o nunca, en realidad— es otra autoproclamada "Hada Madrina" intentando meter las narices en mis asuntos; especialmente una como Chloe. Pero ya es demasiado tarde.

Chloe se echa el pelo sobre el hombro y se vuelve hacia la puerta, dejando escapar un grito de emoción cuando ve una figura familiar de pie en el umbral, sosteniendo un montón de menús de cócteles.

—¡Jamie! ¡Sorpresa!

Chloe se lanza hacia él, pero se detiene antes de echarse en sus brazos, como suele hacer cuando se encuentra con alguien que conoce aunque sea vagamente.

—¡Chloe! —logra decir Jamie, con cara de horror—. ¡Y Summer, otra vez! Vaya. Pero creía que estabas aquí con amigos, Summer. ¿Otros, quiero decir?

Me mira acusadoramente.

—Lo estaba —le digo alegremente—. Pero Chloe voló para darme una sorpresa. ¿No es genial?

—Increíble.

Sonríe de una manera que me hace pensar en la frase "poner buena cara al mal tiempo".

—Este lugar es fantástico —dice Chloe, mirando alrededor del bar, que es mucho más grande de lo que parece desde fuera y está lleno de clientes—. ¿Elegiste tú mismo todas estas cosas?

Asiente hacia las paredes del local, que están decoradas con varios objetos de memorabilia musical: hay una brillante guitarra Fender roja colgada sobre la barra, discos de vinilo enmarcados sobre cada mesa y un ambiente de "Hard Rock con presupuesto ajustado" que tiene el nombre de Jamie escrito por todas partes, hablando en sentido figurado.

—La mayoría —dice, sonriendo con orgullo mientras mira a su alrededor—. Tendrías que haber visto el lugar al principio; era un verdadero antro. Como un pub de viejos en casa.

Gerald aparece de repente a mi lado, como si lo hubieran invocado las palabras "pub de viejos".

—¿Es este el joven Jamie, entonces? —dice encantado—. Bueno, he oído hablar mucho de ti. Es como conocer a una celebridad.

—¿Lo es?

Jamie estrecha la mano que Gerald le ofrece, con cara de desconcierto.

—Este es Gerald —le dice Chloe, interviniendo oportunamente antes de que pueda mencionar los diarios—. El amigo de Summer.

—¿El amigo de Summer...? Ah. No me di cuenta de que los amigos con los que estabas eran...

Se calla antes de poder preguntarme qué hago saliendo con jubilados, pero no me pierdo la sonrisa de diversión que intercambia con Chloe, y aunque *yo* tampoco quería especialmente que Gerald estuviera aquí, me encuentro sintiéndome ofendida en su nombre.

¿Y qué si Gerald es un poco... mayor? Sigue siendo una *persona*.

—Bueno, ¿vamos a tomar algo o no? —dice Chloe—. ¿Puedes unirte a nosotros, Jamie, o tienes que trabajar? Espera, ¿qué estoy diciendo? ¡Eres el jefe! ¡Claro que puedes!

Jamie se mueve incómodo de un pie a otro.

—Miren —dice, echando otro vistazo a la barra—, ¿por qué no vamos a otro sitio? Hay un local nuevo que acaba de abrir no muy lejos de aquí; podríamos ir a verlo.

—Pero queríamos ver *este* lugar —dice Chloe, que obviamente está buscando algunas bebidas gratis—. *Tu* lugar.

—Y ya lo han visto —responde Jamie con ligereza—. Pero vamos, Chloe, ten piedad de un tipo, ¿quieres? ¡He estado aquí todo el día! Lo último que quiero es pasar la noche en el trabajo.

—Supongo que sí —dice ella, viendo cómo se esfuma el flujo constante de cócteles gratis que había estado imaginando—. Supongo que siempre podemos venir aquí en otra ocasión.

—Claro que pueden. Miren, tengo algunas cosas que terminar aquí antes de irnos. ¿Por qué no van ustedes dos... eh, tres... adelantándose, y yo los alcanzaré? El lugar que tengo en mente no está lejos.

Nos da el nombre y algunas indicaciones, y nos marchamos, yo reflexionando en silencio sobre el hecho de que nadie se molestó en preguntarme qué quería hacer *yo*. Era casi como si ni siquiera estuviera allí. Me estrujo el cerebro, tratando de recordar si dije *algo* en absoluto, aparte de mi breve explicación de cómo Chloe había aparecido para sorprenderme antes.

No. No creo que lo hiciera. Era la mujer invisible. Bien podría haber sido... bueno, *Gerald*, realmente, por toda la atención que me prestaron.

Aunque el propio Gerald no parece haberlo notado, eso sí. Nos sigue a Chloe y a mí bastante feliz desde el Squirrel hasta el lugar que Jamie nos indicó —un animado bar de playa con decoración toda blanca y música retumbante sobre la que hay que gritar si quieres mantener una conversación— todavía llevando su bolsa de plástico llena de aperitivos españoles.

—No puedo creer que estemos de fiesta con un jubilado —me grita Chloe mientras encontramos una mesa en la esquina que tiene un largo asiento curvo para que compartamos—. Qué risa, ¿eh?

Sonrío débilmente, esperando que la música sea demasiado fuerte para que Gerald la haya oído. Y también demasiado fuerte para que alguien lo oiga a *él*, ya que estamos, porque cuando

Jamie finalmente aparece, tres cuartos de hora más tarde, culpando a "problemas con el personal" por su tardanza, se me ocurre que una vez más corro el riesgo de quedar expuesta como la absoluta lunática que voló hasta aquí solo para verlo.

Jamie se desliza en el reservado circular junto a nosotros, y Chloe, Gerald y yo nos movemos para hacerle sitio, quedando yo atrapada entre Gerald y Chloe, mientras Jamie está en el extremo, sentado mucho más cerca de mi mejor amiga de lo estrictamente necesario.

—¡Vamos a cambiar todos de asiento! —dice Chloe alegremente, viéndome mirar en su dirección. Obviamente no hay ninguna razón para que hagamos esto, pero Chloe está tomando en serio su papel de "celestina", y nos hace levantarnos a todos y movernos como si estuviéramos jugando a las sillas musicales, hasta que ella está a un lado mío, con Jamie al otro.

Jamie y yo nos sonreímos como dos personas en una cita a ciegas a la que ninguno de los dos quería venir. Si pensaba que el encuentro de ayer había sido incómodo, no es nada comparado con lo de esta noche. Jamie parece ansioso y nervioso, consultando constantemente su reloj, como si tuviera que estar en algún otro lugar. Chloe está prácticamente apoyada en mi hombro, escuchando descaradamente cada palabra que digo. Gerald está... aquí.

No nos estamos divirtiendo. Es tan obvio como las marcas de bronceado en mis pies por la sesión de tomar el sol de antes, y aun así nadie está dispuesto a admitirlo, así que pedimos una ronda de bebidas, luego otra, y nos sentamos ahí bebiéndolas demasiado rápido, mientras ocasionalmente gritamos: —¿Qué has dicho?— unos a otros por encima de la música atronadora, que es demasiado fuerte para permitir una conversación normal.

No hay oportunidad de hablar con Jamie sobre El Beso, y si significó algo para él. Hay *mucha* oportunidad para que me siente y piense en esa entrada del diario que leí anoche, y cómo han pasado quince años desde que la escribí —*quince años*— y todavía me siento igual. Todavía siento que estoy atrapada en el canal equivocado. Especialmente en momentos como este, cuando estoy sentada en un bar ruidoso, rodeada de gente, pero aún sintiéndome como si estuviera fuera mirando hacia adentro.

Más alcohol probablemente no sea la respuesta a este dilema, considerando todo, pero pedimos más de todos modos, luego Jamie nos consigue a todos unas hamburguesas y papas fritas cuando nos damos cuenta de que aún no hemos comido. En algún momento, Gerald decide que ya ha tenido suficiente y se va a buscar un taxi, luego Chloe se va al baño en lo que estoy 80% segura es solo una excusa para dejarnos a Jamie y a mí a solas.

Y ahora lo estamos.

—Jamie —digo de repente, el alcohol haciéndome valiente —o tal vez solo estúpida—. ¿Alguna vez sientes como... bueno, como si tuvieras otra versión de ti mismo dentro de tu cabeza? Una que solo tú puedes ver?

Jamie parece preocupado.

—¿Te refieres a como voces en tu cabeza? —pregunta inquieto.

—No. No voces. Es más como... como, ¿sabes cuando ves una foto tuya, y no se parece realmente a *ti*? ¿O no como tu reflejo en el espejo, de todos modos? ¿Y luego te quedas preguntándote cuál es el *verdadero* tú? ¿Es el tú de la foto o el tú del espejo? ¿Cuál es el que todos los demás ven? ¿Sabes a lo que me refiero?

—Ummm. ¿Estás segura de que estás bien, Summer? ¿Quieres que te traiga agua?

La sonrisa de Jamie es amable, pero sus ojos están confundidos, y siento que mis hombros se hunden con decepción. —Está bien —le digo—. No importa.

Tomo otro sorbo de mi cóctel en su lugar, y nos sentamos ahí en silencio hasta que Chloe reaparece.

—Bien —dice, tomando el control como siempre—. ¿A dónde vamos ahora, entonces?

—No creo que debamos ir a *ningún* lado ahora —respondo, tratando de contener un bostezo —. Estoy agotada, Chloe. Vamos a volver al hotel.

—¿Escuchas a la Cenicienta de allá? —dice, dando un codazo a Jamie—. ¿Recuerdas cómo siempre la llamábamos así porque sin importar a dónde fuéramos, Summer siempre quería irse a casa a medianoche?

Jamie solo la mira con la mente en blanco. No sabe de qué está hablando porque nunca salimos juntos a bares; no solo porque éramos demasiado jóvenes, sino porque no teníamos ese tipo de amistad. Nunca progresamos más allá de caminar juntos a casa desde la escuela de vez en cuando, y tener conversaciones que parecían profundamente trascendentales en ese momento, pero de las que ahora me doy cuenta de que no recuerdo ni una sola palabra.

Chloe hace un puchero. Puedo ver que quiere que nuestra historia compartida haya sido más que esto. Pero no lo fue. Ahora lo veo. No sé por qué no pude antes. Siempre había pensado en Jamie y en mí como estos amantes separados por el destino; cruelmente mantenidos alejados por fuerzas más allá de nuestro control. Pero tal vez estaba equivocada. Tal vez solo éramos un grupo de amigos pasando el rato.

Muerdo nerviosamente mi labio inferior mientras reflexiono sobre esto.

—Miren, chicas, yo también debería irme —dice Jamie, mirando su reloj otra vez—. Tengo que madrugar mañana.

—Oh, *vamos* —dice Chloe, luciendo como si estuviera a punto de dar una pataleta—. ¿Por qué ustedes dos están siendo tan aburridos? ¡Estamos de vacaciones! Seguramente podemos quedarnos fuera más tarde de las doce sin preocuparnos de que nos vayamos a convertir en calabazas, ¿no?

—Ustedes dos están de vacaciones —les recuerda Jamie gentilmente—. Yo tengo que trabajar mañana.

—Puedes quedarte despierto hasta tarde solo por esta vez, ¿verdad? —dice Chloe, que no se rinde sin pelear—. Especialmente después de que Summer vino desde tan lejos solo para verte, ¿no?

Se tapa la boca con horror. Se siente como el tipo de momento que debería ser seguido por un dramático "¡TAN-TAN!" de música; o tal vez solo por un trombón triste.

—Ella... ¿ella qué?

Jamie parpadea confundido, luego su rostro adopta una extraña expresión cerrada que hace que algo dentro de mí se marchite y muera.

Sí, un trombón triste definitivamente sería apropiado en este momento. —Chloe solo te está tomando el pelo —digo firmemente, sintiendo casi como si las palabras vinieran de alguien que no soy yo—. Vamos, Chloe, mejor volvamos al hotel; obviamente has bebido demasiado.

Jamie asiente mientras Chloe me sigue mansamente hasta la parada de taxis que está justo en la calle, aparentemente sin palabras por una vez en su vida.

—Lo siento —articula hacia mí cuando subimos al taxi, que —afortunadamente— nos está esperando—. Se me escapó.

Jamie se inclina por la ventana abierta del coche para despedirse. Está sonriendo como si ya hubiera olvidado la bomba que Chloe dejó caer casualmente sobre él allá afuera del club, pero no me mira directamente a los ojos cuando le digo buenas noches, y me reclino en mi asiento mientras él y Chloe intercambian números, deseando estar en cualquier lugar menos aquí.

—Bueno, eso fue divertido —dice ella mientras el taxi arranca—. ¿No fue divertido?

Ni siquiera me molesto en responderle.

Dieciocho

El diario secreto de Summer Brookes, 17 años

Querido diario:

Así que esta noche es la noche. Voy a decirle a Jamie lo que siento por él en el baile de graduación esta noche. Para ser honesta, realmente no quiero hacerlo: estoy aterrada de que me diga que no siente lo mismo. Pero es una situación de ahora o nunca, en realidad, porque todo está cambiando. La preparatoria está terminando. Después de esta noche, todos tomarán caminos separados, ya sea a la universidad o para comenzar a trabajar, y es probable que algunos de nosotros nunca nos volvamos a ver. Por eso tengo que hacerlo ahora, antes de que sea demasiado tarde. Porque si no lo hago, y nunca pasa nada entre nosotros por eso, entonces todos estos años que he pasado suspirando por él habrán sido un desperdicio, y no quiero sentir que mi vida ha sido desperdiciada. Nunca. Esta es mi última oportunidad de hacer que todo tenga sentido. No quiero mirar atrás algún día y arrepentirme de no habérselo dicho. Supongo que si voy a arrepentirme de algo, preferiría que fuera al revés.

Hablando de arrepentimientos, también se supone que voy a cantar en el baile. Cada año, el departamento de música elige a alguien para que interprete la última canción de la noche, y no puedo creer que realmente esté escribiendo esto, pero este año me eligieron a mí. ¡Lo sé! Estoy nerviosa, obviamente, pero también emocionada, porque será mi primera vez cantando en un escenario, frente a personas reales, y siento que esta es mi gran oportunidad de demostrarle a todos que realmente puedo hacerlo, ¿sabes? Además, al final de la noche, Jamie y yo esperamos ser pareja, y si eso no me da la confianza para cantar, no sé qué lo hará.

De todos modos, voy a cantar *Fast Car*, de Tracy Chapman. Chloe dice que es una elección estúpida para un baile de graduación, y que debería hacer *Don't Stop Believin*', que es 'una garantía para complacer al público', pero a mí me gusta *Fast Car*. Habla a mi alma. Y siento que esta noche es la noche que lo cambiará todo —literalmente será mi boleto a un lugar mejor que este, igual que en la canción, así que creo que es bastante apropiada, sin importar lo que diga Chloe.

Deséame suerte...

Summer, XOXO

Cierro el diario y en su lugar tomo el vaso de agua que me serví antes.

Es la 1 de la madrugada, y estoy sentada en el balcón fuera de mi habitación de hotel otra vez, tratando desesperadamente de rehidratarme antes de ir a la cama, mientras decididamente *no* pienso en Jamie y la expresión que cruzó su rostro cuando Chloe soltó su bomba. Pero la imagen sigue apareciendo en mi cabeza de todos modos, y me hace sentir tanta vergüenza que cuando voy a dejar el vaso de nuevo en la mesa, lo erro por completo, y cae al suelo, donde se hace añicos dramáticamente en el piso de baldosas del balcón.

Ups.

—Por favor, dime que no eres tú tirando cosas de nuevo —se oye la voz de Alex desde el balcón de al lado mientras me agacho para recoger los pedazos.

Me quedo congelada en el lugar.

¿Qué está haciendo aquí a esta hora de la noche?

—¿Summer?

Se oye el sonido de una silla siendo empujada hacia atrás, luego la cabeza de Alex aparece sobre el muro entre nosotros, que se hace más alto cuanto más cerca está del edificio. Yo había estado sentada justo frente a las puertas de la habitación, y presumiblemente él también, en su lado del muro, por lo que no nos habíamos visto... hasta ahora.

—Lo siento —digo, enderezándome con culpabilidad—. Se me resbaló de la mano. No quería despertarte.

—Está bien —dice—. No lo hiciste. Oh...

Su voz se apaga mientras doy un paso adelante para verlo mejor, moviéndome hacia la luz que se proyecta desde el área de la piscina.

—¿Qué pasa? ¿Hay algo mal?

Alex traga saliva.

—Eh, no —dice—. No, es solo que te ves... diferente. Bien, quiero decir. Te ves bien.

Me miro a mí misma. Había olvidado que todavía llevaba puesto ese estúpido vestido rojo que le pedí prestado a Chloe antes; sin mencionar todo ese maquillaje. Me toco la cara con timidez.

—Chloe me hizo un cambio de imagen —le digo—. Es buena en ese tipo de cosas.

—¿Lo es? —Alex levanta una ceja, luego la baja rápidamente al ver la expresión en mi rostro.

—Lo siento —añade tímidamente—. Es solo que te ves diferente, eso es todo. No pareces *tú*.

Estoy tentada a preguntar si eso es algo bueno o malo en lo que a él respecta, pero me detengo justo a tiempo.

—Debes haber estado en algún lugar especial —dice Alex, su voz sonando un poco extraña —. ¿Fue otra cita? ¿Con Jamie?

—No —respondo rápidamente, deseando que dejara de mirarme así—. Chloe quería ir a verlo. No fue nada, en realidad. Gerald también estaba allí.

No tengo idea de por qué estoy tan ansiosa por asegurarle que no estaba en una cita.

No es como si a él le fuera a importar.

—¿Gerald? —dice, riendo—. Suena como una noche interesante.

—Sí —respondo, suspirando—. Bastante interesante. ¿Qué haces despierto, de todos modos? ¿También has salido a algún lado? ¿A uno de los clubes?

Mi corazón se contrae repentinamente ante la idea de él en algún bar, tal vez coqueteando con la mujer rubia del desayuno de esta mañana, o alguien como ella.

Basta, Summer. No tiene absolutamente nada que ver contigo si lo estaba.

—No —dice con pesar—. Me temo que nada tan emocionante. Simplemente vine aquí porque no podía dormir. Tengo… bueno, tengo algunas cosas en mente.

Frunzo el ceño.

—¿No será por lo que pasó antes, verdad? —digo apresuradamente—. Ya sabes, ¿junto a la piscina? Porque he estado queriendo disculparme por eso. En realidad no lo decía en serio. Solo lo dije porque… bueno, porque ese es el tipo de cosas que nos decimos el uno al otro, ¿no? Tú dices que soy imprudente y que creo en cuentos de hadas, así que yo digo que eres…

—¿«Arrogante y engreído»?

Siento que mi cara se pone tan roja como mi vestido.

—Lo siento mucho —le digo avergonzada—. No me di cuenta de que estabas ahí. Y Chloe me estaba provocando, así que yo…

—Tranquila, Summer —dice, interrumpiéndome—. No es en eso en lo que estaba pensando. Créelo o no, no eres lo único en mi mente ahora mismo. Sin importar lo bien que te veas con ese vestido. ¿Una copa?

Esas pocas frases suyas van a requerir *mucho* análisis. Antes de que pueda decidir por cuál empezar (¿Le pregunto en qué *estaba* pensando, o voy directamente al análisis detallado del comentario sobre el «vestido» y si pretendía que sonara tan coqueto como sonó?), se da la vuelta y coge una botella de champán, que parece ser la misma que vi en su habitación el otro día, y la agita en mi dirección.

Eso explicará el coqueteo, entonces. Solo está borracho. No sé si sentirme decepcionada o aliviada.

—Estoy bien, gracias —digo rápidamente—. Creo que ya he bebido suficiente por una noche.

Alex se encoge de hombros y se sirve una copa.

—Entonces, ¿vas a contarme qué pasó con Comosellame? —pregunta, bebiéndose la copa de un trago.

Dudo por un momento, luego voy a buscar mi silla y la acerco hasta que está junto a la suya, con la pared entre nosotros.

—No pasó nada —le digo, sentándome—. Chloe y yo simplemente fuimos al bar de Jamie para verlo, luego los tres fuimos a un club. Bueno, los cuatro, contando a Gerald. Aunque él no se quedó mucho tiempo.

—¿Y eso es lo que te tiene rompiendo copas en el balcón en medio de la noche? —pregunta escéptico—. Tiene que haber más que eso, ¿no?

Me quedo en silencio unos segundos antes de responderle.

—En realidad no hay más —le digo con cuidado—. Salimos a tomar una copa. Estuvo bien. Bueno, más o menos bien. Pero luego, justo cuando nos estábamos despidiendo, Chloe decidió decirle que había venido aquí solo para verlo, y entonces todo se volvió raro.

—¿En serio? —dice Alex con ironía—. No me imagino por qué.

—Ya basta.

Lo miro con cautela.

—En realidad, fue un poco raro incluso antes de eso —admito—. Como tenso y… diferente. Luego Chloe le dijo por qué estaba aquí, y me sentí tan *estúpida*. Como, *la más estúpida*.

Espero que Alex esté de acuerdo conmigo, pero solo se queda allí sentado, mirando el cielo nocturno.

Nos quedamos sentados unos momentos en un silencio agradable, escuchando los ruidos nocturnos del resort: el canto de los grillos, el lejano retumbar de la música que suena más allá de la costa, la risa ahogada de alguien que regresa a su habitación.

—Creo que podría estar teniendo una crisis de la mediana edad —digo en la oscuridad.

—Pensé que solo tenías 31 años.

—Los tengo. Está bien, una crisis de algo más de un cuarto de vida, entonces. O como sea que se llame cuando estás en los treinta y te sientes completamente perdida; como si todo estuviera fuera de control y no tuvieras ni idea de cómo detenerlo… o incluso qué harías si pudieras.

Hay una larga pausa.

—La vida —dice Alex—. Creo que simplemente se llama vida, Summer.

—¿Lo es? Porque parece que todos los demás lo tienen todo resuelto. Mírate a ti, por ejemplo.

—¿A mí?

—Sí. Estás tan seguro de todo. Tan confiado. Tan… adulto. Y luego estoy yo, como esperando a que mi vida comience.

—¿No es por eso que estás aquí? ¿Porque te cansaste de esperar a que tu vida comenzara y decidiste hacer algo para ayudarla?

—Esa es… una forma inesperadamente amable de verlo.

Lo miro de reojo, pero él sigue observando el cielo, y su silencio me da el valor para continuar.

—Ese es el problema, sin embargo. Pensé que hacer esto sería, no sé, *empoderador*, supongo. Pero aparte de cuando subí al avión y cuando estábamos en la cima de la montaña, realmente no lo ha sido. Creo que solo me ha confundido aún más, en realidad. Y esta noche… esta noche solo me hizo sentir un poco triste. O nostálgica, tal vez.

—¿Por Jamie?

Sé que me voy a arrepentir de contarle todo esto cuando me despierte mañana por la mañana con una mala resaca emocional. Pero la oscuridad, el silencio y el sonido de las cigarras se combinan para crear una atmósfera extrañamente íntima en la que parece seguro desahogarme.

—No, en realidad —admito, sorprendiéndome a mí misma—. O no solo por él. Creo que me sentí triste porque estar con él y Chloe me hizo darme cuenta de que he estado añorando algo que realmente no existía, excepto en mi mente. Y eso me hace preguntarme qué diablos estoy haciendo aquí.

—La nostalgia es algo poderoso —dice en voz baja—. A veces nos hace hacer cosas extrañas.

Quiero preguntarle qué quiere decir con eso y qué cosas extrañas le ha hecho hacer la nostalgia a *él*. Pero de repente se levanta de un salto de su asiento y se dirige al borde del balcón para mirar hacia afuera.

—Mira —dice—. ¿Viste eso?

—¿Qué?

Me levanto para unirme a él, mirando sin comprender hacia la oscuridad, desde donde puedo escuchar el sonido distante de las olas.

—Una estrella fugaz. Te la acabas de perder. Si seguimos observando, sin embargo, podríamos ver otra.

Nos apoyamos en nuestros respectivos balcones, mirando hacia el cielo. En realidad no sé qué estoy buscando, pero se siente agradable y amistoso, así que sigo de pie ahí, aunque el aire nocturno es demasiado frío para este vestido.

—¿Pediste un deseo? —pregunto de repente—. ¿No se supone que debes pedir un deseo a las estrellas fugaces? ¿No se supone que trae buena suerte? ¿O tampoco crees en eso?

—Adivina.

—Adivino que no. El tipo que no cree en el amor definitivamente no va a creer en los deseos. Ni en la suerte.

Alex resopla.

—Las estrellas fugaces son solo rocas golpeando la atmósfera de la Tierra —dice—. Se ven bonitas, pero no hay magia involucrada.

—¿Entonces por qué te emocionaste tanto cuando viste una?

—No lo hice.

—Sí, lo hiciste. Saltaste de tu asiento. Parecías un niño en Navidad. Así que tal vez haya esperanza para ti. Tal vez *sí* tienes un corazón después de todo.

—Por supuesto que tengo un corazón, Summer —dice, tan bajo que casi no lo escucho—. Por supuesto que lo tengo.

Me giro para mirarlo, sintiendo que he dicho algo malo, pero sin poder descubrir exactamente qué es.

—Oye, no me dijiste qué es lo que te tiene sentado en tu balcón en medio de la noche —digo —. ¿La cosa que está en tu mente?

Él duda.

—Motocicletas —dice pensativo—. He estado pensando en motocicletas.

—¿*Motocicletas*? Eh, ¿te sientes bien? Porque eso es algo bastante raro para mantener a alguien despierto por la noche. Incluso para alguien tan extraño como tú.

—Dijiste que querías montar una —responde Alex, ignorándome—. En tu diario. Era una de las resoluciones, ¿recuerdas?

—Oh. Sí. Pero esa es una de las que estoy feliz de *no* hacer —le digo—. Era solo una idea tonta de adolescente sobre algo que me haría 'genial'. Creo que Jamie solía hablar de que quería tener una motocicleta algún día; probablemente por eso lo escribí. No es como si fuera una ambición profundamente apreciada por mí.

—Tal vez no —dice Alex—, pero quieres completar la lista, ¿no? Bueno, no puedo proporcionarte una motocicleta —y no estoy seguro de que sea una buena idea para ti de todos modos, dado lo torpe que puedes ser—, pero vi un cartel de una experiencia en cuatrimoto hoy. Tal vez podríamos hacer eso en su lugar.

—¿Nosotros? ¿Quieres decir que vendrías conmigo?

Duda por un momento.

—Bueno, sí, supongo. Si quieres que vaya. Me apetece tener la oportunidad de ser 'genial' yo mismo, si soy honesto.

—Oh, no tienes que preocuparte por eso —le digo—. Ya eres genial. No necesitas una motocicleta. De hecho, probablemente no deberías subirte a una, porque entonces no serías solo un tipo guapo y temperamental; serías un tipo guapo y temperamental *en una motocicleta*. Eso podría ser demasiado para algunas personas.

—Espera —dice, sonriendo con suficiencia—. ¿Escuché bien? ¿Acabas de llamarme *guapo*?

—¡No! Quiero decir, sí. Pero no hablaba por *mí misma* —digo rápidamente—. Solo quería decir que así es como te verían otras personas.

—Mientras que *tú* me ves como 'arrogante y engreído'?

—Ya me disculpé por eso —señalo—. Pero no debería haberlo dicho en primer lugar, así que, ya sabes, lo siento. De nuevo.

Estoy divagando otra vez. Es porque está parado tan cerca de mí —y siendo tan inesperadamente *amable* conmigo— que sería muy fácil olvidar que pasé los primeros días de

este viaje *odiando* al tipo.

Pero creo que ya no lo odio.

Y *es* realmente guapo, para ser justos.

—Te perdono —dice, su voz seria mientras me mira desde arriba, lo suficientemente cerca como para tocarme. La atmósfera entre nosotros de repente se carga, y tiemblo, tanto por la proximidad a este hombre hermoso parado junto a mí como por el frío.

—Deberías entrar —dice Alex inmediatamente—. Hace mucho frío aquí una vez que se pone el sol. Y tú... bueno, no estás exactamente vestida para esto.

—Oh. Está bien —respondo, luchando contra una inesperada ola de decepción—. Supongo que se está haciendo tarde.

Me quedo en el balcón, observando cómo recoge eficientemente su copa de champán y la botella vacía.

Y yo ni siquiera he recogido ese vidrio roto de antes.

Me agacho, barriendo los pedazos en mi mano, y cuando me enderezo de nuevo, él está abriendo la puerta corrediza de su habitación.

—Prométeme una cosa —dice, deteniéndose en la puerta.

—¿Qué?

—Prométeme que dejarás de intentar ser más como tu amiga Chloe. Porque no lo necesitas. Eres perfecta tal como eres.

La puerta se cierra detrás de él, dejándome sola con mis pensamientos —la mayoría de los cuales giran en torno a esa última frase suya que me ha dejado perpleja, que casualmente acaba de poner patas arriba todo lo que creía saber— y un montón de vidrios rotos.

Una vez que termino de limpiarlos, vuelvo al balcón y miro de nuevo al cielo. Me quedo allí por lo que parece un largo tiempo, pero aún no veo ninguna estrella fugaz.

Diecinueve

Cuando bajo a desayunar a la mañana siguiente, descubro que Chloe está sentada en una mesa grande junto a Rita y Gerald, quien parece no poder creer su suerte.

—Míranos, todos los solteros juntos —dice Rita cuando me detengo a saludar—. Gerald nos estaba contando sobre cómo salió de fiesta con ustedes, los jóvenes, anoche. Deberías habérmelo dicho, Summer. Yo también habría ido.

—Oh, fue una noche demasiado salvaje para ti, Rita —dice Gerald, hablando como si hubiera estado de fiesta toda la noche, en lugar de irse a las 9:30 en punto, después de que tuve que despertarlo dos veces con un codazo—. Nunca habrías podido seguirnos el ritmo. Y de todos modos, yo estaba allí para cuidar de ella en nombre del Club de las Brujas. Estaba en buenas manos.

Rita parece que va a disputar esto, pero afortunadamente lo piensa mejor.

—No puedo creer que me hayan puesto con los viejos —susurra Chloe, levantándose y siguiéndome hasta mi mesa en el patio—. Dijeron que no quedaban más asientos. ¿Puedes creerlo? ¿No puedo simplemente sentarme contigo, Summer? Oh. ¡Hola, guapo!

La expresión malhumorada desaparece instantáneamente de su rostro cuando ve a Alex, que está aquí antes que yo, como de costumbre.

—Olvidé que compartías mesa con *él* —me dice en un susurro teatral—. Qué suerte tienes, Summer.

—No estoy... —empiezo a decir, pero Chloe ya está en la mesa, donde toma el asiento que debería ser mío, dejándome allí parada estúpidamente junto a ella como una doncella de la antigüedad, esperando las instrucciones de su señoría.

—A *ti* no te importa que me una, ¿verdad? —le ronronea a Alex—. Deja de revolotear sobre nosotros, Summer —me espeta, volviéndose hacia mí—. Ve a buscarte un asiento y tráelo aquí.

No veo otra opción más que hacer lo que dice, pero entonces Alex se aclara la garganta de manera ominosa.

—Ella ya tiene un asiento —dice en un tono de "no te metas con ella" que resulta extrañamente emocionante, especialmente en el contexto de su coqueteo ebrio de anoche, en el que todavía no puedo dejar de pensar—. Tú estás sentada en él.

Chloe lo mira, sorprendida. —Está bien —dice con enojo, poniéndose de pie—. No te alteres. Volveré en un momento.

Se da la vuelta y cruza la terraza hacia su mesa original, donde se dirige directamente a su asiento vacío y comienza a arrastrarlo ruidosamente hacia nosotros. Por la forma dramática en que lo hace, uno pensaría que la han enviado a trabajar en la mina, en lugar de simplemente mover un asiento ligero de un lugar a otro.

—Gracias —le digo a Alex, sentándome—. Por defenderme.

—No te preocupes —responde—. Sé que eres más que capaz de hacerlo tú misma, pero no quería que empezaras a lanzar platos otra vez.

Le sonrío tímidamente mientras alcanzo la cafetera. Todavía me siento rara a su alrededor después de anoche. Es extraño estar activamente *sin odiarlo* más. Me había acostumbrado a nuestros constantes combates verbales, y ahora que parece que hemos declarado un alto el fuego, no estoy totalmente segura de cómo actuar a su alrededor.

—De todos modos —dice con brusquedad—, no podemos quedarnos aquí mucho tiempo. La cosa de los cuatrimotos empieza a las diez. Lo comprobé.

—¿Qué es eso? —dice Chloe, uniéndose a nosotros de nuevo—. ¿Cuatrimotos? No irán a montar en cuatrimotos, ¿verdad?

Acerca su silla a la mesa, que es demasiado pequeña para los tres: no es que ella parezca notarlo.

—Sí, vamos —le digo, esperando que no intente meterse en eso también, pero sabiendo que lo hará.

—Oh, genial —dice, demostrando que tengo razón—. Siempre he querido probar eso. ¡Oh, ya sé! ¡Preguntémosle a Jamie si quiere venir también!

—Eh, no, mejor no —digo apresuradamente, mientras ella saca su teléfono del bolso y abre la aplicación de mensajes—. Creo que dijo que iba a trabajar esta mañana. Probablemente no podrá venir.

—No, no lo dijo —responde Chloe, tecleando algo en el teléfono—. Y aunque se suponga que esté trabajando, es el jefe, ¿no? Estoy segura de que puede dedicar unas horas a dos de sus amigos más antiguos.

Abro y cierro la boca como un pez dorado confundido, tratando de averiguar qué decir para evitar que le envíe un mensaje a Jamie, en quien todavía no puedo pensar sin recordar el silencio incómodo que descendió anoche cuando Chloe le dijo que había venido aquí para verlo.

No estoy lista para intentar explicarle eso todavía.

No estoy segura de que *alguna vez* esté lista para esa conversación en particular.

Chloe levanta la vista hacia mí y frunce el ceño.

—¿Qué pasa, Summer? —dice—. Pareces un pez globo con esa cara. Quieres volver a ver a Jamie, ¿verdad?

Alex levanta las cejas interrogativamente ante esto, como si también quisiera saber la respuesta.

—Por... por supuesto que sí —digo débilmente—. No te importa, ¿verdad, Alex?

—En absoluto —responde con suavidad—. De hecho, estaría muy interesado en conocer al famoso Jamie. Muy interesado.

Su voz está cargada de significado. Es una lástima que no tenga idea de cuál es ese significado realmente.

El teléfono de Chloe suena ruidosamente.

—Bueno, por suerte para ambos —dice triunfante—, van a conseguir su deseo. Jamie dice que le encantaría venir.

Asiento débilmente.

—Genial —digo, fingiendo entusiasmo.

—Genial —repite Alex, sin molestarse en fingir nada. Tengo la sensación de que fingir cosas no es parte de su ADN de alguna manera.

—¡Fan*tástico*! —dice Chloe, sonriendo ampliamente—. Esto va a ser simplemente fan*tástico*.

***

El lugar de las cuatrimotos está en las colinas sobre el resort, donde hay un edificio bajo de una sola planta, con una fila de motos de colores brillantes alineadas frente a él. No se parecen en nada a las motocicletas. Sospecho que mi yo más joven estaría decepcionada.

Chloe, Alex y yo nos bajamos del taxi y miramos a nuestro alrededor, absorbiendo el terreno polvoriento y reseco por el sol, y las exuberantes colinas que lo rodean. Justo frente a nosotros hay una pequeña arena marcada con conos de tráfico, y justo más allá, veo un camino irregular que se adentra en las colinas.

—¿Es mal momento para admitir que no soy una conductora particularmente buena? —murmuro a Alex mientras nos dirigimos hacia las motos.

—¿Por qué no me sorprende? —responde él con ironía.

Me permito relajarme ligeramente ante el toque de sarcasmo en su tono, que resulta tranquilizador en su familiaridad.

Con el Alex sarcástico puedo lidiar. El Alex amable... bueno, el Alex amable sigue siendo una incógnita. Y algo me dice que podría ser peligroso para alguien como yo, que es particularmente vulnerable a la idea de que alguien —*cualquiera*— sea amable con ella.

—¡Chloe! ¡Summer!

Cuando llegamos al edificio que sirve como oficina para la empresa de quads, veo a Jamie salir por la puerta, con la mano levantada en señal de bienvenida. Mi estómago da un vuelco de nuevo. He estado tan ocupada pensando en Alex que casi había olvidado que volvería a ver a Jamie. Pero aquí está, luciendo un poco desaliñado, como si hubiera dormido con la ropa puesta.

Le devuelvo el saludo, diciéndome con determinación que estoy emocionada de verlo de nuevo, aunque mi corazón está haciendo todo lo posible por decirme lo contrario.

Jamie abraza a Chloe, luego a mí, antes de extender su mano hacia Alex.

—Hola —dice con naturalidad—. Soy Jamie. ¿Tú debes ser el amigo de Summer?

—Alex —dice el aludido secamente—. Y no, en realidad no. Simplemente seguimos tropezándonos el uno con el otro.

No sonríe mientras estrecha la mano de Jamie.

Supongo que el Alex Malhumorado ha vuelto, entonces. Y es un Alex Malhumorado que obviamente no captó las mismas vibraciones que yo durante nuestra conversación en el balcón anoche, si su último comentario es una indicación.

—Bien. De acuerdo —dice Jamie, luciendo confundido por la fría recepción. Estoy a punto de decirle que no se preocupe, porque Alex siempre es así, cuando el hombre a cargo de las motos nos hace señas a todos para que nos acerquemos y comienza a explicar que todos tendremos que hacer una breve prueba para familiarizarnos con las motos antes de partir. Todos nos reunimos en un círculo para ver su demostración, yo posicionándome tan lejos de Alex y Jamie como puedo sin que parezca extraño.

—No puedo creer que tú, de entre todas las personas, te hayas involucrado en un triángulo amoroso —susurra Chloe, a quien le gusta hablar en titulares de tabloides siempre que tiene la oportunidad—. Supongo que es cierto lo que dicen sobre que son los callados a los que hay que vigilar, ¿eh?

—No es un triángulo amoroso —susurro de vuelta, manteniendo un ojo en el instructor—. Oíste lo que dijo Alex; ni siquiera se considera a sí mismo un *amigo*, mucho menos un vértice de un triángulo amoroso.

Chloe me mira con escepticismo, pero se ve impedida de comentar sobre esto por el rugido de un motor, cuando el primer miembro del grupo comienza su prueba. Observamos cómo dirige su moto alrededor de la pequeña arena, serpenteando entre los conos de tráfico, antes de regresar al instructor, quien le da un pulgar arriba, antes de hacer señas al siguiente para que se acerque.

—Parece bastante fácil —susurro a Chloe, tratando de sonar más confiada de lo que me siento—. Mira, incluso ese niño lo está haciendo.

El niño en cuestión pasa la breve prueba de conducción con honores: al igual que Alex, que no parece haber fallado nunca en nada, y luego Jamie, que acelera el motor de su moto, presumiendo mientras toma una curva demasiado rápido. Chloe grita de emoción. No puedo ver la expresión de Alex debajo del casco de seguridad que lleva puesto, pero a juzgar por la postura tensa de sus hombros, no está impresionado.

Entonces es mi turno.

Me subo cautelosamente al quad y me pongo obedientemente el casco que me entrega el instructor, lo que me hace parecer una paleta gigante.

La yo de trece años realmente no pensó bien en esto cuando puso "montar una motocicleta" en su lista de resoluciones, ¿verdad?

Miro a Chloe, quien me devuelve una sonrisa burlona, como si ella no tuviera que usar uno idéntico.

—Bien —dice el instructor en un inglés fuertemente acentuado—. Todo lo que tienes que hacer es conducir una vez alrededor del círculo. Haces el círculo, luego regresas. ¿Sí?

—Sí —acepto, todavía pensando que no parece tan difícil. Es solo una moto, después de todo. Incluso *yo* puedo montar una bicicleta. Esto no puede ser *tan* diferente.

¿O sí?

El instructor retrocede, y pongo el pie en el pedal del acelerador, dolorosamente consciente de que todos me están mirando. La moto ruge y cobra vida, luego de repente se lanza hacia adelante, chocando contra el primero de los conos de tráfico, y luego derribando el resto. Caen como una fila de bolos de color naranja brillante, solo que con el tipo de ruido de crujido nauseabundo que sugiere que estaré pagando por más que solo el día de paseo al final de esto.

En algún lugar detrás de mí, escucho a Chloe riendo encantada.

—¡Oh, Dios mío, Summer! —chilla—. ¿Qué *estás* tratando de hacer?

Con las mejillas ardiendo bajo el enorme casco, de alguna manera logro girar el manillar hasta que la moto vuelve a estar en la dirección correcta, decidida a intentar volver al curso.

La moto, sin embargo, tiene otras ideas; y tan pronto como intento avanzar de nuevo, gira hacia la derecha. De alguna manera, el manillar parece estar bloqueado en esa posición, y la moto comienza a girar en círculos cerrados, yo aferrándome desesperadamente mientras los rostros de los otros conductores pasan volando, volviéndose más borrosos con cada segundo que pasa.

—¡No! —grita el instructor, corriendo hacia mí—. ¡No! ¡Para!

De alguna manera logro frenar, y me quedo sentada allí con náuseas, tratando desesperadamente de retener mi desayuno mientras espero a que el hombre me alcance.

—No tienes control —suelta, con la cara roja—. Ninguno. Necesitas bajarte. Ahora.

Trago nerviosamente.

—¿Q-qué?

—No puedes conducir sola —dice el hombre severamente—. Necesitarás un compañero.

—Esa es la pura verdad —se ríe Chloe desde un lado.

—Ella puede venir en la parte trasera de mi moto —ofrece Jamie, que está sentado junto a Alex mientras esperan que todos los demás pasen por su "entrenamiento" —si es que se le puede llamar así.

—Genial —dice Chloe—. Yo iré con Alex, entonces.

—¿Qué? —digo, irracionalmente horrorizada por esta idea—. ¿Por qué harías eso? Seguramente puedes conducir tu propio quad, ¿no? Soy solo yo a quien no se le permite.

—No seas tonta, Summer —espeta Chloe—. Si tú no pudiste hacerlo, yo no tengo ninguna posibilidad, ¿verdad? Mírame. Soy *diminuta*. Y *yo* también quiero un compañero.

Hace un puchero encantador, y yo la miro fijamente, preguntándome cómo puedo evitar que su "compañero" sea Alex. Porque sé que no tiene ningún sentido, pero de repente es de suma importancia para mí que esto *no* suceda, incluso si significa que tengo que insistir en ser yo su "compañera", y al diablo con lo de "no tener control".

Por suerte para mí, el líder del grupo, cansado de esperarnos a todos, viene furioso a tomar el control.

—Tú: ve con él —dice, señalándome a mí y luego a Alex—. Y tú, para allá.

Envía a Chloe en dirección a Jamie, y yo me subo torpemente a la parte trasera de la moto de Alex, agarrándome frenéticamente de su camisa cuando el vehículo se sacude repentinamente hacia adelante, casi haciéndome caer de espaldas.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —dice Alex con voz ahogada—. Me estás estrangulando.

Efectivamente, la presión de mi agarre en la parte trasera de su camiseta está haciendo que el cuello se le clave en la tráquea, así que lo suelto y dejo mis brazos colgando inútilmente a los lados, sin saber qué más hacer con ellos.

—Summer, por el amor de Dios, agárrate a algo —grita Alex por encima del hombro—. Te vas a caer si intentas equilibrarte así.

Más adelante, Chloe tiene los brazos firmemente envueltos alrededor del cuerpo de Jamie, como un bebé koala en la espalda de su madre. La idea de abrazarme a Alex de esa manera se siente como otra cosa que podría terminar siendo peligrosa para mí, lo que me deja en una posición un tanto incómoda. Literalmente, quiero decir.

—No hay nada de qué agarrarse —le grito de vuelta, mirando desesperadamente las pocas partes de la moto que puedo ver—. Tal vez deberías parar y dejarme bajar. Mi yo más joven estaba equivocada; realmente no creo que esto me vaya a hacer parecer cool, de alguna manera.

Alex frena, y la moto se detiene abruptamente, casi haciéndome volar por encima de ella.

—Oh. Bien. Gracias.

Sé que le pedí que se detuviera, pero realmente no esperaba que lo *hiciera*, y no puedo evitar sentirme decepcionada mientras me preparo para desmontar.

—Eh. No tan rápido.

Alex se gira en su asiento y levanta una mano para evitar que me baje de la moto.

—Ven aquí, tonta —dice.

Luego toma mis manos entre las suyas y envuelve mis brazos firmemente alrededor de su cintura antes de volver a mirar hacia la carretera.

—¿Lista? —dice, con la voz amortiguada por el rugido del motor.

Nunca he estado menos preparada para nada en mi vida. Pero mientras el resto del grupo se aleja a toda velocidad delante de nosotros, con Chloe aferrada a la espalda de Jamie como una hermosa lapa rubia, no siento que sea el momento de admitirlo.

—Lista —respondo con confianza.

Y arrancamos.

Veinte

Avanzamos lentamente por un camino de tierra irregular, yo con mis brazos aún firmemente envueltos alrededor de la cintura de Alex de una manera demasiado íntima para sentirse siquiera vagamente apropiada.

—¿Estás bien ahí atrás? —grita él. Asiento contra su hombro, sin confiar en mí misma para hablar.

La verdad es que no estoy totalmente segura de *cómo* me siento "aquí atrás", más allá de confundida.

Yo, Jamie, Alex, Chloe... No es un "triángulo amoroso", como dijo Chloe, pero sigue siendo incómodo de todas formas, y no me refiero solo a la manera en que estoy encaramada en la parte trasera de esta moto de cuatro ruedas.

Así que mantengo la boca cerrada y me concentro en mantenerme erguida, mientras trato de ignorar cómo se sienten los músculos de Alex bajo su fina camisa.

No, ***definitivamente*** *no estoy pensando en eso.*

Cuando salimos del sendero a un área más abierta de la ladera, miro por encima del hombro de Alex y veo a Chloe y Jamie adelante. De repente, preocupada por lo que Chloe podría estar diciéndole a él sobre mí y mis razones para estar aquí, le doy un codazo fuerte a Alex en la espalda.

—¿Puedes alcanzarlos? —grito por encima del rugido del motor. El cuerpo de Alex parece tensarse bajo mis brazos, pero, después de un segundo, la moto acelera y nos ponemos a la par de Jamie. Apenas tengo tiempo de levantar una mano para saludar antes de que nuestra moto repentinamente se adelante de nuevo, y doy un pequeño grito de susto y me agarro de nuevo a la camisa de Alex mientras los adelantamos.

—Oye, ¿qué estás haciendo? —grito, preguntándome si Alex puede siquiera oírme—. Quise decir que condujeras *al lado* de ellos, no que los adelantaras.

Los hombros de Alex se encogen en un gesto de indiferencia.

—Lo siento —grita en respuesta, sin sonar ni un poco arrepentido. Después de un segundo, sin embargo, oigo a Chloe gritando algo que no puedo entender, y de repente Jamie se pone a nuestro nivel, antes de adelantarnos, con Chloe saludando majestuosamente mientras pasan frente a nosotros.

Oh no, no lo hicieron.

Los músculos de Alex se flexionan bajo mis manos mientras tira del manillar, y entonces estamos acelerando de nuevo y adelantándonos, listos para sobrepasar.

—Alex, no lo hagas —chillo, balanceándome peligrosamente hacia un lado—. Déjalos ir adelante si es tan importante para ellos.

Pero Alex o no me oye, o no le importa, porque lo siguiente que sé es que estamos pasando a Jamie y Chloe de nuevo... y luego ellos nos están pasando a nosotros. Continuamos de esta manera durante los siguientes diez minutos más o menos, mientras el guía de la excursión nos conduce por el reseco camino de tierra, que nos lleva a través de una especie de bosque disperso, con nubes de polvo elevándose de nuestros neumáticos a medida que avanzamos. Un minuto estamos delante, al siguiente ellos lo están; luego cambiamos de posición y repetimos el proceso, y para cuando llegamos a nuestro destino —en un mirador rocoso que da a las montañas— me queda muy claro que no soy la única que albergó sueños de conducir una motocicleta en la escuela secundaria. Alex y Jamie obviamente también lo hicieron: y ahora que están aquí, están decididos a hacer realidad esos sueños, con una especie de carrera extraña que solo ellos saben que están disputando.

Alex y yo llegamos primero al mirador, y de alguna manera logra resistir la tentación de levantar el puño en señal de triunfo por su "victoria".

—¿Qué demonios fue eso? —pregunto, desmontando y quitándome el casco para poder darle toda la fuerza de mi mirada fulminante.

—¿Qué fue qué? —responde inocentemente, desabrochando su propio casco. Debajo, su cabello está ligeramente húmedo y sus ojos muy verdes. Su moretón casi ha desaparecido ahora, y parece en todos los aspectos el sexy motociclista, hasta la sonrisa divertida en su rostro mientras me mira.

—Oh, vamos —respondo ferozmente, pasando mis dedos por mi cabello para tratar de alisarlo después de que el viento lo destrozara—. Sabes exactamente a qué me refiero. Tú y Jamie y su pequeña competencia de meadas allá atrás.

A poca distancia, veo a Jamie y Chloe detenerse. Chloe todavía se aferra a Jamie como si su vida dependiera de ello. Jamie no parece tener ningún problema con eso.

Me vuelvo hacia Alex para no tener que mirarlos.

—¿Por qué me sonríes así, de todos modos? —digo molesta—. No es gracioso, ¿sabes? Podrías habernos matado, conduciendo así.

—Lo siento —responde, pareciendo que está reprimiendo una risa—. Es solo que... bueno, mira. Compruébalo tú misma.

Saca su teléfono del bolsillo y abre la cámara, invirtiendo el lente antes de entregármelo.

—Oh, Dios mío, ¿realmente me veo así?

Miro fijamente mi reflejo en la cámara del teléfono, horrorizada. Mi reflejo me devuelve la mirada, con ojos color avellana brillando desde el único punto limpio en mi cara. Cada otro centímetro cuadrado de mí está cubierto con una fina capa del polvo rojizo marrón que había notado elevándose del suelo del desierto... o lo que sea este páramo estéril por el que hemos estado viajando.

Mi cabello, mientras tanto, está tan enredado por el viento que parezco estar haciendo cosplay de Medusa —aunque una Medusa muy sucia y pelirroja que sería espectacularmente improbable

que inspirara algo más que risa en sus víctimas.

—¡Summer! ¡Oh, Dios mío, mírate!

Chloe viene caminando hacia nosotros, luciendo como si acabara de salir del salón. Su cabello rubio de alguna manera ha logrado sobrevivir intacto al viaje, y es casi como si su piel hubiera adquirido la capacidad de repeler la suciedad, porque apenas hay una mota en ella.

—Oh, vaya —dice Jamie, uniéndose a nosotros—. Mírate, Summer. ¿Estás bien?

Jamie también se ve totalmente normal; al igual que Alex, ahora que lo pienso.

Espera: ¿por qué soy la única persona que parece haber estado en uno de esos programas de juegos donde te tiran un cubo de "porquería" encima cuando te equivocas en una respuesta?

—Estoy bien —respondo, con toda la dignidad que puedo reunir—. Absolutamente bien.

—¿Estás segura? —pregunta Jamie con duda—. Es solo que te ves...

—¡Terrible! —termina Chloe por él—. Podría escribir mi nombre en la suciedad de tu frente.

Parece que está a punto de intentarlo, pero Alex se acerca para unirse a nosotros.

—Se ve bien —dice secamente—. Estaba bastante polvoriento allá afuera.

—Solo porque seguías intentando adelantarnos —dice Jamie—. Estabas removiendo el suelo con tus neumáticos.

—Sí, y si simplemente hubieras mantenido tu propio ritmo —responde Alex, fijándole una de sus características miradas imperturbables—, habrías estado bien.

—Yo estaba bien —dice Jamie con facilidad—. Solo señalo que no necesitabas seguir intentando adelantar si no querías ensuciarte.

—No me molesta un poco de suciedad —dice Alex, tan listo como siempre para discutir.

—Ya basta, ustedes dos —estallo—. Lo entendemos; ambos son motociclistas súper geniales. Ya pueden dejar de presumir.

Todos me miran fijamente.

—Lo siento —murmuro, sintiendo que he exagerado—. Solo estoy un poco sedienta después de ese paseo. Me está poniendo irritable.

—No me sorprende —dice Chloe—. Parece que te has tragado la mitad del desierto. Vamos, creo que están repartiendo bebidas.

Ella me toma del brazo mientras nos dirigimos a una de las mesas de picnic dispersas alrededor del mirador, mientras Alex y Jamie van a unirse a la fila para las bebidas, que el líder del grupo está distribuyendo desde una nevera portátil atada a la parte trasera de su moto.

—¿Qué te pasa? —pregunta Chloe mientras nos sentamos—. ¿No lo estás disfrutando? Habría pensado que estarías en tu elemento, con dos hombres peleando por ti.

—No están peleando por mí —respondo con incredulidad—. Solo están... *peleando*. En realidad, ni siquiera es eso. Creo que solo están presumiendo.

—Claro. Y lo están haciendo sin ninguna razón, obviamente. Ninguna en absoluto. No están tratando de impresionar a nadie en particular. Solo están siendo chicos, ¿verdad?

Chloe levanta sus cejas perfectas para mostrar lo densa que cree que estoy siendo.

—Si están tratando de impresionar a alguien, es mucho más probable que sea a ti que a mí —señalo—. Al menos tú no te llevarás la mitad de la isla en tu cabello.

Chloe me mira pensativamente.

—Sabes, para ser la inteligente, a veces puedes ser sorprendentemente despistada —dice, sonriendo para suavizar sus palabras—. Ven, déjame intentar hacer algo con ese cabello tuyo.

Hurga en el bolso que lleva cruzado sobre su cuerpo y saca un cepillo, con el que empieza a peinar mi cabello, tratando de desenredarlo. Me siento ahí y la dejo, y mientras tira de mi cabeza, se me ocurre que hay dos Chloes, una encima de la otra. Está la Chloe que peina mi cabello, me presta su ropa y me hace reír más que nadie que conozco; luego está la Chloe que ve la vida como una competencia, y a mí como la eterna subcampeona.

El problema es que nunca sabes realmente con qué Chloe te vas a encontrar en un día dado; y hoy no es la excepción.

—Mira, están regresando —me dice ahora, guardando el cepillo en su bolso—. Por el amor de Dios, Summer, deja de fruncir el ceño así; te vas a dar arrugas.

Alex y Jamie se unen a nosotras en el banco, ambos llevando botellas de agua. Tomo la mía agradecida y me siento a beberla mientras Chloe domina la conversación, charlando sobre el paseo en moto, el paisaje y lo que planea usar para cenar esta noche. Ahora que estamos todos sentados juntos, sin la distracción de las motos, una vez más estoy teniendo flashbacks de anoche, y de la gran revelación de Chloe a Jamie, que ninguna de las dos ha tenido la oportunidad de mencionar.

¿Debería mencionarlo? ¿O simplemente dejarlo pasar?

Apoyo mi barbilla en mi mano y observo cómo Jamie se ríe de algo que Chloe está diciendo. El hecho de que esté aquí en absoluto sugiere que o no recuerda lo que ella le dijo anoche, o no le afecta; lo cual supongo que es algo bueno. ¿Podría *también* significar que en realidad podría estar *feliz* por ello? Porque eso sería —

—¿Summer?

Emerjo parpadeando de la niebla de mis propios pensamientos para encontrar a Jamie observándome desde el otro lado de la mesa. Sonríe cuando hacemos contacto visual, y me sonrojo instantáneamente, luego me odio por ello.

—¿Segura que estás bien? —pregunta Jamie—. Estabas en otro mundo.

—Sí, estoy bien —digo rápidamente, buscando una excusa—. Solo estaba pensando en... eh... ir a buscar otra bebida.

—Todavía te queda media botella de agua —dice Chloe, pero finjo que no la he oído y me levanto de todos modos, caminando hacia la nevera portátil, que está lo suficientemente lejos de nuestra mesa como para darme un poco de tiempo para recomponerme.

—Oye.

La voz de Jamie detrás de mí me hace saltar del susto y derramar un poco de mi agua.

—Oh. Hola. ¿Tú... quieres agua también? —pregunto tontamente, ofreciéndole la botella.

—No. No, estoy bien. En realidad, esperaba que pudiéramos hablar —dice tímidamente—. *Esperaba* que tuviéramos la oportunidad antes, pero bueno...

Sus ojos se dirigen rápidamente a la mesa de picnic, donde Alex y Chloe están sentados observándonos abiertamente. Un bajo zumbido de ansiedad comienza en la boca de mi estómago cuando me doy cuenta de lo que quiere hablar.

—Mira —digo, aferrándome a mi botella de agua como si fuera un salvavidas—. Si es sobre lo que Chloe dijo anoche, no tienes que preocuparte; solo estaba tratando de hacer que te quedaras más tiempo con nosotras. Ya sabes cómo es ella; cualquier cosa para mantener la fiesta.

—Claro —dice Jamie, pareciendo poco convencido por esto, lo cual supongo que es bastante justo dadas las circunstancias.

—Entonces, ¿*no* viniste aquí solo para verme? —pregunta Jamie ahora, con una expresión indescifrable—. Porque cuando nos encontramos el otro día, dijiste que estabas aquí de vacaciones. Pensé que era solo una coincidencia que nos encontráramos así.

—Lo fue —digo rápidamente—. *Fue* solo una coincidencia.

Para ser justos, esto también es técnicamente cierto. No tenía idea de que el autobús turístico iba a pasar justo frente a nosotros así, ¿verdad? Jamie, sin embargo, se está frotando la barbilla ahora, como si estuviera tratando de descifrar algo.

—Pero entonces, anoche, después de que te fueras —dice—, recordé que habías estado en el bar el día anterior, buscándome. Y, después de lo que dijo Chloe, me pregunté...

Giro la botella de agua nerviosamente en mis manos.

—Um. Está bien —digo por fin—. Mira, he estado... bueno, he estado pasando por algunas... algunas *cosas* últimamente.

—¿Algunas cosas? ¿Qué quieres decir? ¿Qué tipo de cosas?

—Oh, ya sabes. Lo de siempre. Angustia existencial. Sentir que no soy lo suficientemente buena. Preguntarme qué hacer con mi vida. Ya sabes cómo es.

Jamie sonríe.

—La verdad es que no —admite tímidamente—. Pensé que te iba bien. Mejor que bien, de hecho. Por lo que dijiste en el almuerzo el otro día, ¿todo parecía genial?

Me muerdo el labio inferior nerviosamente.

—Puede que no haya sido *completamente* honesta sobre eso —admito, volviéndome para mirar la vista para no tener que ver su reacción—. No me va *brillantemente*. Es decir, en papel, supongo que sí. Tengo un piso y un trabajo... bueno, *creo* que todavía tengo trabajo. Pero quiero más que eso, ¿sabes? Simplemente sigo teniendo esta sensación, como, ¿es *realmente* esto todo lo que hay? ¿Realmente tengo que seguir levantándome cada mañana y haciendo lo mismo una y otra vez? ¿Y para qué? Es como dijo Biff Loman: "sufrir cincuenta semanas al año por el bien de unas vacaciones de dos semanas, cuando todo lo que realmente deseas es estar al aire libre sin camisa". ¿Sabes?

Miro a Jamie, pero está claro por la expresión en blanco de su rostro que él *no* sabe, de hecho, de qué estoy hablando. No hay absolutamente ningún reconocimiento en su cara. Nada de lo que he dicho resuena en él. Ni siquiera la parte sobre Biff Loman, que estaba segura de que recordaría de nuestra clase de inglés en el instituto.

¿Cómo puede no recordar a Biff Loman?

—¿Quieres quitarte la camisa? —dice, mirando ansiosamente mi pecho—. *Hace* mucho calor hoy.

—No, claro que no. Solo... es como esa canción que me gustaba en el instituto, ¿recuerdas? *Fast Car*?

El rostro de Jamie se aclara.

—¿Tracy Chapman? Sí, me encanta esa.

—A mí también. Y supongo que me sentía un poco como la mujer de esa canción. Como si quisiera ser alguien, ir a algún lado, y realmente no importaba dónde. Solo quería que las cosas fueran diferentes.

—¿Así que viniste aquí?

—Sí. Suena estúpido ahora, pero me encontré con tu Instagram. Ya sabes, el del bar. Y cuando vi que estabas aquí, me pareció una excusa tan buena como cualquier otra para hacer de esto mi punto de partida.

Jamie asiente lentamente, pero puedo ver que todavía no lo entiende del todo. Demasiado tarde, recuerdo que *Fast Car* es una canción triste; que no tiene un final feliz. Que la mujer en ella *no* logra *escapar* realmente.

Y de repente, estoy mucho menos segura de que yo lo haré tampoco.

—Entonces, ¿*sí* viniste aquí para verme? —dice Jamie. Sonríe de manera desarmante, un breve eco de la persona que solía ser. Pero es demasiado tarde. Todo en lo que puedo pensar es en cómo Jamie Reynolds no es el tipo de persona que sabe lo que es querer escapar de tu vida. Para él, *Fast Car* es solo una canción genial para tocar en la guitarra, y Biff Loman es un personaje de una obra que ni siquiera recuerda haber leído.

Lo que supongo que me convierte en solo una chica que conoció en el instituto, y esa historia compartida que pensé que teníamos no es más que un recuerdo.

—No realmente —le digo cuidadosamente—. Vine aquí por mí. Era algo que tenía que hacer. Realmente no tenía nada que ver contigo.

Las palabras salen un poco más bruscamente de lo que había pretendido, pero tan pronto como las digo, sé que son ciertas. *Realmente* no estoy aquí por Jamie, a pesar de lo que me he estado diciendo a mí misma desde que encontré ese diario. Estoy aquí por mí. Lo cual es en realidad un pensamiento bastante liberador.

—Mira, Summer —dice Jamie, que parece no estar escuchando—. Estaba pensando. Tal vez podríamos reunirnos más tarde. Solo tú y yo, quiero decir. Podría pasar por tu habitación de hotel más tarde, quizás comprar una botella de vino en el camino. Podrías ponerte ese vestido rojo que llevabas anoche. Bueno, por unos minutos, al menos.

Se lame los labios de una manera que me recuerda a cómo nuestro perro familiar, Snoop, solía suplicar por un premio. Me está sonriendo como si pensara que ha dicho algo realmente ingenioso, y de repente tengo la horrible impresión de que ha usado esta frase antes.

—¿Qué dices?

Lo que pienso es que un encuentro en la habitación del hotel con Jamie Reynolds me suena espectacularmente poco atractivo en este momento. De hecho, *Jamie Reynolds* me resulta espectacularmente poco atractivo en este momento; algo que nunca pensé que diría.

Pero no conozco a este hombre. Ni *quiero* conocerlo más. Porque, de repente, me queda claro como el cristal que lo que le dije a Alex anoche era cierto: he estado nostálgica por algo que en realidad no existió. Jamie no fue el primer amor de mi vida. No era especial. Era solo una de esas personas que son populares por ser populares; y una vez que los sacas del instituto, y los alejas de las personas que solían rodearlos todo el tiempo, te das cuenta de que no hay mucho en ellos, realmente. O nada de sustancia, en todo caso.

Puede que haya sido popular, pero definitivamente no es "genial". Y no estoy segura de que ***yo*** *quiera ser eso tampoco, ya.*

—No, gracias, Jamie —digo firmemente—. Creo que lo dejaré pasar, si te parece bien. Lo siento.

Parpadea sorprendido.

—... Solo pensé...

—Sé lo que pensaste —le digo—, y lo siento. Pero solo te veo como un amigo.

Sonrío amablemente. Luego, antes de que pueda decir algo a esto, me doy la vuelta y me alejo.

Acabo de rechazar a Jamie Reynolds.

Mi yo adolescente nunca me lo perdonaría.

Pero mi yo actual se siente bastante bien al respecto, en realidad.

Veintiuno

La carcasa metálica del cuatrimoto brilla bajo el sol ardiente. Me quedo atrás mientras nos acercamos para dejar que Alex suba primero, pero él se detiene en seco y choco directamente contra él.

—Después de ti —dice, retrocediendo cortésmente.

—No, ve tú —le digo—. Después de todo, tú eres el conductor.

Me mira especulativamente.

—Estaba pensando que podrías conducir tú de regreso —dice, tan casualmente como si estuviera sugiriendo que hiciera algo de lo que realmente soy capaz. Como si me hubiera confundido con la versión mucho más genial de mí misma que parece condenada a existir solo en mi cabeza—. ¿Qué dices?

—Em, digo que estás loco —respondo—. Me viste en el lugar de entrenamiento. No dejé ni un solo cono de tráfico en pie.

—Es cierto —dice seriamente—. ¿Alguna vez has intentado jugar videojuegos? Creo que serías bastante buena en los que tienes que derribar un montón de objetivos. En serio, sin embargo; querías montar en moto. Y sé que esto no es exactamente lo que tenías en mente, pero aun así, ¿no crees que deberías intentarlo?

—Ya lo hice —le recuerdo—. El tipo me dijo que no tenía control y luego me prohibió conducir sola. No creo que se impresionara mucho si me viera intentando conducir esta cosa.

—Entonces nos aseguraremos de que no te vea.

Alex asiente en dirección al guía del tour, que está ocupado cargando la nevera portátil en su moto. No nos está mirando. Lo que significa...

—No —digo, sacudiendo la cabeza con decisión—. Me dijo que no lo hiciera. Va contra las reglas.

—¿Y qué crees que diría tu Hada Madrina si estuviera aquí? —dice Alex en tono burlón—. Porque creo que diría que las reglas están para romperse. ¿No crees?

—Eso... suena a algo que podría decir —admito, ignorando el hecho de que solo hablé con la vieja en cuestión durante menos de 10 minutos y no tengo idea de lo que diría sobre que yo condujera un cuatrimoto. Curiosamente, el tema no surgió durante nuestra conversación de Nochevieja. Sin embargo, el pensamiento del Hada Madrina y su advertencia, combinado con la

revelación de que Jamie Reynolds *no es* la razón por la que vine aquí, de repente me hace pensar que esto es *exactamente* el tipo de cosa que me diría que hiciera.

—Puedes hacerlo, Summer —dice Alex con firmeza, viéndome dudar—. Sé que puedes. No me arriesgaría a subirme detrás de ti si no creyera en ti, ¿verdad?

Doy un paso vacilante hacia la moto.

—¡Vamos, ustedes dos! —grita Chloe, que ya está subida detrás de Jamie—. Nos vamos. ¡Y nada de tonterías esta vez!

Salen rugiendo para tomar su lugar al final de la fila de motos, que se están abriendo paso fuera del mirador y de vuelta al sendero. Los observo por un segundo, luego agarro el casco que cuelga de uno de los manillares y me lo pongo.

—Está bien, hagámoslo —le digo a Alex, mi voz amortiguada por la visera—. Pero no me culpes si todo sale terriblemente mal.

—Summer, VAMOS.

La voz de Chloe me hace entrar en acción, y paso mi pierna sobre el asiento de la moto y coloco mis pies en los pedales. Después de un momento, siento los brazos de Alex alrededor de mi cintura y me quedo paralizada ante el contacto. Si pensaba que nuestra disposición de asientos anterior se sentía íntima, no es absolutamente nada comparado con la forma en que está actualmente acurrucado contra mi cuerpo; su pecho contra mi espalda y sus brazos rodeándome.

Esto es otro para los archivos de 'mejor no pensar en ello'.

Aunque definitivamente estoy pensando en ello.

—Tienes que presionar el acelerador para que se mueva —dice, su voz viniendo de justo detrás de mi oreja.

—Lo sé —digo rápidamente, aliviada de encontrar que mi propia voz suena relativamente normal.

Aclarándome la garganta, presiono tentativamente el pedal, luego contengo la respiración y espero el choque.

Pero no llega.

En su lugar, la moto se mueve suavemente hacia adelante. Exhalo lentamente mientras la guío fuera del área de estacionamiento del mirador y me pongo en línea detrás de Chloe y Jamie, quien está evitando deliberadamente mi mirada.

—Bien hecho —dice Alex—. Sabía que podías hacerlo.

Y resulta que *puedo*. Lo estoy haciendo.

Realmente lo estoy *haciendo*.

Volvemos a atravesar el bosque y bajamos la colina hacia el lugar donde comenzamos. Es difícil hablar sobre el sonido de los motores, lo cual es un alivio, porque sospecho que sería difícil mantener una conversación normal con los brazos de Alex alrededor de mí de esta manera. En su lugar, hago mi mejor esfuerzo por concentrarme en mi conducción, felicitándome silenciosamente mientras logro mantenerme al ritmo del resto del grupo sin chocar ni derribar nada. A medida que nos acercamos a la pequeña arena donde recogimos las motos, me doy cuenta de que en realidad estoy decepcionada de que el paseo esté casi terminando; lo he estado disfrutando tanto que fácilmente podría haber seguido.

—Eso fue increíble —digo mientras Alex desenrolla sus brazos de mi cintura y baja de la moto—. Gracias por animarme a hacerlo. No creo que hubiera tenido el valor si no me hubieras

convencido.

—Yo no hice nada —responde, quitándose el casco de la moto y sonriéndome—. Fuiste toda tú.

—Bueno, gracias de todos modos —respondo, sintiéndome de repente tímida bajo la fuerza de esos ojos verdes—. Realmente lo disfruté. No esperaba hacerlo, pero lo hice.

Lo que me hace preguntarme qué ***más*** *podría disfrutar si simplemente le diera una oportunidad.*

—Summer, ¿podemos irnos? —dice Chloe, tambaleándose hacia nosotros con piernas temblorosas—. No me siento bien.

No se *ve*

tampoco; lo cual es tan inusual en Chloe que me acerco y pongo mi mano en su frente, asumiendo que debe estar enferma.

—Estás ardiendo —digo, frunciendo el ceño ante su tez verdosa—. Debes estar incubando algo.

—Seguro que lo cogí en el avión —se queja, con aspecto de estar a punto de vomitar—. Por esto es que normalmente no viajo en clase económica.

Normalmente tampoco viaja en *otra* clase que no sea económica, pero me guardo este pensamiento mientras Jamie llama a un taxi. Todos nos apretujamos dentro, con yo en medio de Alex y Jamie en la parte trasera, mientras Chloe insiste en ir de copiloto, con la ventanilla bajada. Nadie habla mucho durante el trayecto de vuelta a la costa. Chloe se siente demasiado enferma para hablar, y todas mis ideas para iniciar una conversación parecen horriblemente banales cuando estoy sentada apretada contra el hombre que una vez pensé que sería el amor de mi vida, y el hombre con quien... simplemente sigo tropezándome, para citar al propio Alex.

He agotado totalmente el tema del clima y el paisaje, y estoy considerando preguntarles a ambos cómo creen que nos ha ido con el Brexit, solo por decir algo, cuando finalmente nos detenemos frente al bar de Jamie.

—¿Estás seguro de que no quieres que te dejemos en tu casa? —pregunto, mientras él abre la puerta del coche, viéndose aliviado de escapar—. Por cierto, ¿dónde vives? No lo mencionaste.

—Oh, aquí está bien —responde, intentando darme algo de dinero para el taxi, que rechazo con un gesto—. Debería volver al trabajo. ¡Un gusto verlos, chicos!

Hace un pequeño saludo con la mano, que nos incluye a mí y a Chloe mientras de alguna manera excluye a Alex. Luego se va, dirigiéndose hacia la Ardilla a un trote rápido. Rápidamente me deslizo al asiento que acaba de dejar vacío, y viajamos el resto del camino en silencio, interrumpido solo por los ocasionales gemidos de Chloe, quien está aprovechando al máximo su estado de "enferma".

—Solo descansa —le digo, mientras la ayudo a volver a su habitación—. Vendré a buscarte cuando sea hora de cenar, ¿de acuerdo? Tal vez te sientas mejor para entonces.

Sin embargo, cuando llamo a su puerta unas horas más tarde, después de haber pasado una agradable tarde junto a la piscina, sin ninguna señal de Alex, Rita o cualquier otra persona que pudiera empezar a hacer preguntas incómodas sobre Jamie y yo, no hay respuesta. Espero fuera de la habitación durante unos minutos, antes de llamar de nuevo, pero cuando sigue sin haber señales de vida detrás de la puerta, decido que debe estar durmiendo, y me dirijo al restaurante sola, tratando de no sentirme aliviada.

*No me alegro de que Chloe esté **enferma**, obviamente. Solo me alegro de que no esté **aquí**, eso es todo.*

Pero Alex sí está.

Está sentado esperándome en nuestra mesa habitual, que está repleta de tantos platos que parece que estuviera esperando a más de una persona para acompañarlo. Mi corazón da un inesperado pequeño aleteo de placer al verlo, que hago lo posible por ignorar, porque es demasiado confuso.

Tal vez estoy incubando lo que sea que tiene Chloe. Eso ciertamente explicaría todo este asunto del "corazón acelerado" de una manera que no implique que de repente me guste Alex...

—Sé que te gusta empezar con el postre —dice mientras me siento—. Pero aún creo que eso es raro, así que también te traje algunos entrantes normales.

—Vaya —respondo, mirando el festín frente a mí, que, efectivamente, contiene tanto dulces como salados—. Gracias. Aunque no tenías que traerme todo esto. Podría haber ido yo misma.

—Pensé en ahorrarte la molestia —dice Alex, sonriendo—. Es como la hora de alimentar a los animales en el zoológico allá arriba. Y he notado que siempre te toma una eternidad elegir.

—Oh. Sí. Bueno, hay mucho para elegir.

No quiero decirle que la razón por la que siempre me toma tanto tiempo es que normalmente estoy tratando de evitarlo, así que me siento y tomo mi servilleta, asegurándome doblemente de que esta vez sí sea una servilleta y no el mantel.

—Voy a seguir tu ejemplo y probar eso de empezar con el postre esta noche —declara Alex, seleccionando una rebanada de pastel de chocolate de la selección frente a él—. Vivir peligrosamente. ¿Por qué no, después de todo?

—Um, bueno, probablemente porque es un poco raro —admito, riéndome de la expresión en su rostro—. Supongo que hay buenas razones por las que normalmente no lo hacemos en ese orden.

—¡Ajá! —dice, volviendo a dejar el plato—. ¡Lo sabía! Sabía que solo estabas *fingiendo* ser del tipo salvaje y loca.

—Creo que es más que estaba tratando de convencerme a mí misma de que esa era quien yo era —confieso, pasándole su entrante habitual de salmón—. Pero realmente no era yo.

Tomo un plato de papas canarias en su lugar, aliviada de no tener que continuar con la fachada de ser alguien menos básica de lo que realmente soy.

—Entonces, ¿de qué estaban hablando tú y Comosellame más temprano? —pregunta Alex, mientras alcanzo la salsa mojo para acompañarlas—. Parecía una conversación seria de corazón a corazón.

—Creo que deberías dejar de fingir que no puedes recordar su nombre, ahora que realmente lo has conocido, ¿no crees? —respondo, sin querer realmente entrar en mis complicados sentimientos sobre Jamie, especialmente no con Alex.

—Está bien, *Jamie*, entonces —se encoge de hombros, haciendo que el nombre suene como si tuviera mal sabor—. Ahora es tu turno de responder mi pregunta.

—De repente estás muy interesado —respondo, aún ganando tiempo.

—Por supuesto que estoy interesado —dice—. Tu vida amorosa es de suma importancia para mí, Summer. Vivo para estas actualizaciones sobre ella. Y créeme, me vendría bien la distracción.

—¿En serio? —hago una pausa, con el tenedor a medio camino de mi boca—. ¿Por qué? ¿De qué necesitas distraerte?

Él duda por un momento, luego sacude la cabeza, como si se estuviera disuadiendo de lo que fuera que estaba a punto de decir.

—Nada —dice en su lugar—. Me toca preguntar de nuevo. Vamos, suéltalo. ¿Le estabas contando sobre el diario y tu lista?

—Nada de eso —dejé los cubiertos de una manera que decía "hablo en serio"—. No te vas a salir con la tuya —le digo con firmeza—. No puedes decirme que necesitas una distracción y luego negarte a contarme de qué. ¿Es lo mismo en lo que estabas pensando anoche en el balcón?

—Déjalo, Summer.

El rostro de Alex se ensombrece, como el sol ocultándose tras una nube. Vuelvo a coger el tenedor y jugueteo con él pensativa. Realmente quiero saber qué le pasa, pero vuelve a tener esa actitud de "poeta atormentado", y aunque el aspecto taciturno e intenso le queda bien, es una señal segura de que si insisto más, probablemente se levantará y se irá enfadado otra vez, como hizo aquella vez en el desayuno. Así que lo archivo en "Cosas a las que volveré más tarde" y regreso a mis patatas.

Alex parece que está a punto de preguntarme de nuevo sobre Jamie y yo, pero antes de que pueda decir nada, aparece Emilio, el camarero, llevando una gran bandeja plateada y evitando cuidadosamente mi asiento, presumiblemente por si acabo rompiendo algo otra vez.

—Para la feliz pareja —dice, retirando hábilmente algunos de los platos vacíos frente a nosotros para reemplazarlos con el que trae en su bandeja—. Cortesía del hotel.

—¿*Más* cosas gratis? —digo, asombrada—. Vale, esto empieza a ser raro. ¿Qué hemos hecho para seguir recibiendo cosas "cortesía del hotel"? Esto no puede ser todo una coincidencia, ¿verdad?

A modo de respuesta, Emilio baja su última ofrenda a la mesa con un floreo dramático. Es algún tipo de pastel elaborado, presentado en un gran plato blanco, con dos tenedores al lado. Una salsa de chocolate ha sido chorreada por encima y luego sobre el plato, donde ha sido cuidadosamente vertida para formar dos palabras en grandes letras onduladas:

¡FELIZ LUNA DE MIEL!

—Ay, Dios mío —digo, tapándome la boca con la mano para ahogar una risa—. Lo siento, Emilio, pero te has equivocado de mesa. Esto no es para nosotros. No estamos casados.

Miro a Alex con una sonrisa de "¿No es esto hilarante?" en la cara, pero él no me devuelve la sonrisa. De hecho, parece que está a punto de explotar.

—No hay error —dice Emilio, claramente molesto porque su ofrenda no está teniendo la acogida que esperaba—. Para la pareja muy feliz, ¿sí?

—No —le digo, negando con la cabeza—. No, no lo entiendes. No somos pareja. No estamos de luna de miel.

—No, no lo estamos —dice Alex, hablando por fin. Me toma un segundo captar el énfasis que ha puesto en la palabra "estamos"—. *Nosotros* no estamos de luna de miel —dice de nuevo, poniéndose de pie con el aire de un hombre que está a punto de irse enfadado otra vez.

—Pero *yo* se supone que debería estar en la mía.

Veintidós

¡Alex, espera!

Lo alcanzo en la playa, poco después de que se marcha enfadado de nuestra mesa, justo como había previsto que haría.

—¡Alex!

Agarro la manga de su camisa, preparándome para la reacción que sé que viene. Sin embargo, cuando se gira para mirarme, parece más triste que enfadado, y suelto su manga, de repente insegura de cómo manejar esto.

—¿Estás *casado*? —digo al fin, con voz chillona por la sorpresa, y de alguna manera haciendo que la pregunta suene como una acusación.

Alex se pasa una mano exasperada por el pelo y suspira.

—No, no lo estoy —dice, volviéndose para mirar al mar, para no tener que encontrarse con mis ojos—. Pero debería estarlo.

Luego hunde las manos en sus bolsillos y se dirige a zancadas hacia la orilla, como si estuviera a punto de sumergirse en el mar.

¿Y él me llamó ***dramática*** *a mí?*

—¡Alex! —le grito—. ¡Espera!

Intento correr tras él, pero los tacones de mis sandalias se hunden instantáneamente en la arena, y tengo que detenerme para quitármelas primero. Luego voy tropezando por la playa como una borracha, hasta que llego a la línea donde el agua se encuentra con la arena, haciendo que se sienta fría y húmeda bajo mis pies descalzos.

—Alex, ¿podrías simplemente detenerte y hablar conmigo?

Está de pie en la orilla, mirando hacia el horizonte, y no se da la vuelta cuando lo alcanzo.

—No estoy planeando lanzarme al agua, si es lo que estás pensando —dice con calma—. Estoy tratando de indicar con mi lenguaje corporal que no tengo particular interés en hablar de esto. Pero parece que no estás captando mis útiles pistas visuales. Lo cual es muy propio de ti, si me permites decirlo.

—Oh, no, sí las estoy captando —le aseguro—. Solo las estoy ignorando, porque *eso* también es muy propio de mí. Y porque, desafortunadamente para ti, creo que vas a *tener* que hablar de

ello, te guste o no. No podemos simplemente fingir que no pasó nada allá atrás, ¿verdad? Esa es una pregunta retórica, por cierto.

Alex observa atentamente cómo una gaviota aterriza a nuestro lado y comienza a picotear la arena. A esta hora de la noche, la playa está tranquila, el único sonido proviene de las olas que se agitan a nuestros pies y el lejano murmullo de conversación del hotel detrás de nosotros.

—Alex, acaban de confundirme con tu esposa —señalo cuando no me responde—. Tu esposa, con quien se supone que estás de luna de miel, a menos que el hotel realmente *haya* cometido un error con el número de mesa, y haya alguna explicación totalmente lógica para esto. Y si la hay, ¿no crees que merezco escucharla?

—No realmente —dice, volviéndose para mirarme. Sus ojos brillan peligrosamente, pero hay una tristeza detrás de ellos que me dice que debo andar con cuidado.

—Lamento que te hayan confundido con alguien más, Summer —continúa—. Pero no tiene nada que ver contigo. Fue un error estúpido, eso es todo. Y de todos modos, solo estamos compartiendo una mesa, ¿no es eso lo que dijiste? Así que no, no creo que te deba nada en particular; así que si no te importa dejarme sentir mortificado a solas por un rato, sería genial, gracias.

Se me hace un nudo en la garganta.

—No —digo con firmeza, sorprendiéndome a mí misma. Alex parpadea confundido, así que supongo que también lo sorprendí a él.

Bien por mí.

—No —repito—. No, no voy a dejarte solo. Voy a quedarme aquí a tu lado hasta que me digas qué está pasando contigo. O hasta que mis pies se congelen. Lo que ocurra primero.

Miro hacia el agua. Una ola me cubre los dedos de los pies y luego retrocede, arrastrando la arena debajo de mí en pequeños canales. Es una sensación que recuerdo de mi infancia y, por alguna razón, me dan ganas de llorar.

La nostalgia es algo poderoso...

Alex se mueve ligeramente a mi lado.

—Si te alejas, simplemente te seguiré —le advierto—. Y estoy en la habitación de al lado, así que será difícil evitarme.

No tengo idea de quién es esta nueva y asertiva Summer, o de dónde vino, pero creo que me gusta. Esperemos que a Alex también le guste.

—Realmente no vas a rendirte con esto, ¿verdad? —dice.

—Nop. Me temo que no. —Intento sonar alegre, pero suena forzado incluso para mí, así que abandono la actuación y opto por un enfoque más directo.

—¿Qué pasó con tu prometida, Alex? —pregunto suavemente—. ¿Acaso ella... no...?

Las palabras se me secan cuando se me ocurre un pensamiento horrible.

—Oh, Dios mío, ella no está... ¿no está *muerta*, verdad?

Mi mano vuela y se clava sobre mi boca con horror, una serie de imágenes terribles inundan mi cerebro: la prometida de Alex, muriendo justo antes del día de su boda; él, con el corazón roto e inconsolable, de luna de miel solo, en un intento por preservar su memoria; o tal vez para esparcir sus cenizas. Porque eso sería—

—Por supuesto que no está maldita sea muerta —dice, poniendo los ojos en blanco casi hasta la coronilla—. Por Dios, Summer, ¿por quién me tomas? ¿En serio crees que habría ido de safari

en quad contigo esta tarde si estuviera de luto por mi amada esposa muerta?

Resopla, sonando casi divertido.

—Em, no. No, por supuesto que no —le digo rápidamente—. Por supuesto que no lo harías. ¡Y eso es genial! Que esté viva, quiero decir. Es realmente, realmente genial que tengas una esposa viva. O prometida. O... lo que sea que ella es.

*¿Qué **es** ella, sin embargo? Porque eso es lo que **realmente** quiero saber, ahora que hemos establecido que todavía está entre nosotros.*

—¿Lo es? —Su expresión se oscurece de nuevo.

Uh-oh.

—Mira, no me malinterpretes —dice, todavía mirando hacia el océano—. No deseo que esté *muerta*. No estoy *tan* enojado con ella. Aunque sí desearía no haberme comprometido nunca con ella. Y sospecho que ella también, en realidad; habría hecho que la revelación de que estaba durmiendo con mi mejor amigo se sintiera como una traición mucho menor.

Hay un largo silencio, durante el cual nuestro amigo gaviota se cansa de picotear en las aguas poco profundas y se va volando. Lo veo marcharse con envidia, preguntándome qué demonios se supone que debo decir a continuación. ¿Qué se dice ante algo así, después de todo?

—Lo siento —logro decir finalmente—. Eso es... bueno, bastante intenso. Y justo antes de tu cumpleaños, además... eso debe haberlo empeorado aún más.

Alex me mira sin comprender.

—¿Mi cumpleaños?

—Sí, el otro día. Vi las flores en tu... oh.

Mi cara empieza a arder de vergüenza mientras todo encaja. Las flores en su habitación. El champán en el avión y en nuestra primera noche en el hotel. Todos regalos perfectamente apropiados para los recién casados. Excepto que nosotros no lo éramos.

Con razón estaba tan gruñón por todo eso.

—Lo siento —le digo, avergonzada al recordar cómo hice que todos le cantaran "Feliz cumpleaños" en la cima de la montaña—. Simplemente lo asumí. No debería haberlo hecho. Realmente, *realmente* no debería haberlo hecho.

Alex se encoge de hombros, como si realmente no le importara, pero el hundimiento de sus hombros cuenta una historia diferente, mucho más triste, y tengo que resistir el impulso de abrazarlo y estrecharlo hasta que la tristeza desaparezca.

—Sé que dijiste que no quieres hablar de ello —le digo en su lugar—, pero... ¿podría ayudar? ¿Aunque sea un poco?

—Quieres decir que estás desesperada por saber qué pasó, ¿no? —dice, mirándome de reojo. Sonríe, lo que quita el aguijón de sus palabras, pero no la tristeza de sus ojos.

—No. No, no es eso —respondo—. Bueno, sí que siento un *poquito* de curiosidad, sí. Estaría mintiendo si dijera que no. Pero no es por eso que estoy intentando que hables conmigo sobre ello.

Quiero decirle que lo hago porque quiero ayudarlo; porque me siento super mal por lo absorta que he estado, parloteando sobre mí misma y mi estúpido diario mientras él lidiaba con un compromiso roto. Pero sus hombros se tensan como si estuviera tratando de decidirse sobre algo, y entonces empieza a hablar.

—Me dejó plantado en el altar —dice, volviéndose para mirar el océano—. Decidió que no podía seguir adelante, porque quería estar con él. Creo que esa fue la peor parte; lo pública que fue la humillación. ¿Sabes?

—Me lo puedo *imaginar* —digo, hablando con cuidado porque aunque no soy ajena a la humillación pública, por una vez este es un nivel de humillación que *no* conozco mucho—. Y supongo que esto explica por qué odias tanto las bodas. Pero no deberías sentirte humillado. Tú no hiciste nada malo.

—No estoy tan seguro de eso, en realidad —dice con pesar—. No hice nada ni la mitad de malo que ellos, obviamente —hace una pausa para poner los ojos en blanco—, pero tampoco soy exactamente inocente. Nunca debí haberme casado con ella en primer lugar. Eso es cosa mía.

—¿Tú... no deberías haberte casado?

No tengo idea de por qué mi corazón da un salto ante esta declaración, pero lo hace. Lo cual, me recuerdo a mí misma, es totalmente inapropiado dadas las circunstancias.

—No, realmente no debería haberlo hecho.

Se da la vuelta abruptamente y empieza a caminar de regreso por la playa, y, después de un momento, lo sigo.

—Habíamos estado juntos desde que éramos niños —dice, metiendo las manos en sus bolsillos mientras camina—. Bueno, adolescentes.

—¿Te refieres a novios de la infancia? —Me detengo en seco—. Vaya. Eso es tan...

—Si vas a decir "romántico", ahórratelo —dice Alex, caminando a zancadas y obligándome a romper en un torpe trote para alcanzarlo de nuevo—. No tenía nada de romántico.

—Supongo que no —concedo, salpicando a través del agua poco profunda a su lado—. La *idea* lo es, seguro; pero estoy empezando a pensar que tal vez las personas no están realmente *destinadas* a pasar toda su vida con la primera persona que conocen.

—Esa es la cuestión —dice Alex, deteniéndose tan repentinamente que casi choco con él—. Es la *idea* de la que la gente se enamora. No es *real*. Simplemente nos convencimos de que lo era porque era lo que todos esperaban de nosotros. Era como esta historia de amor perfecta: simplemente teníamos demasiado miedo para admitir que en realidad no era cierta.

Sus hombros se hunden de nuevo, y entonces vuelve a su truco de "mirar al horizonte", como si el sol poniente tuviera todas las respuestas.

—¿Cómo se llama? ¿Tu prometida?

Obviamente no es importante, pero de repente quiero saberlo. Quiero saber quién es; esta mujer que se comprometió con Alexander Fox y lo engañó con su mejor amigo. Quiero saber quién lo dejó así.

—Rebecca —dice a regañadientes, hablando como si la palabra tuviera mal sabor—. Aunque ya no es mi prometida. Ya no es nada para mí.

Rebecca.

Doy vueltas al nombre en mi cabeza. Es un nombre bonito: todo curvas suaves y vocales musicales: Re-be-ca.

Rebecca, la prometida de Alex.

A quien tengo un odio repentino y completamente irracional.

—No nos amábamos —dice, tan bajo que tengo que inclinarme para oírlo—. No como se supone que debes amar. No estábamos enamorados. Nunca realmente. Éramos solo un hábito que

ninguno de los dos intentó romper lo suficiente. Y solo desearía que hubiéramos tenido el valor de admitir eso antes de empezar a enviar invitaciones y pagar una fortuna por las flores. Desearía poder volver atrás en el tiempo y hacer lo correcto en lugar de lo fácil. Porque lo "fácil" ha resultado ser lo más difícil después de todo.

El sol se desliza serenamente hacia el horizonte, proyectando un resplandor dorado sobre el mundo. Nos quedamos allí mirándolo hasta que toca la punta de las montañas que forman el centro de La Gomera y es tragado por la tierra.

—Si no tienes cuidado, vas a empezar a sonar como yo —digo, rompiendo el silencio que desciende mientras el oro en el cielo se vuelve plata—. Hablando de querer volver atrás en el tiempo y actuar sobre las oportunidades que estaban justo frente a ti.

—Creo que todo el mundo quiere eso, ¿no? —dice Alex, encogiéndose de hombros de nuevo —. Todos nos preguntamos qué habríamos hecho de manera diferente, si hubiéramos tenido la oportunidad. Todos soñamos a veces con volver atrás y "arreglar" las cosas; hacerlas como debían ser. Eso es lo que admiro de ti, Summer.

—¿De mí?

Miro por encima de mi hombro, solo para asegurarme de que no hay otra "Summer" acercándose a quien pudiera estar dirigiéndose. Pero no: somos solo nosotros dos, en esta playa casi desierta.

—Sí. Porque todos deseamos poder volver atrás y cambiar las cosas, pero tú realmente intentaste hacerlo, ¿no? Mientras que yo simplemente dejé que las cosas siguieran su curso hasta que fue demasiado tarde.

Considero esto detenidamente.

—Puede que para mí también sea demasiado tarde para cambiar las cosas —admito, pensando en mi conversación con Jamie de hoy, y en cómo aún no he empezado a sentir que algo de lo que he hecho esta semana se haya acercado siquiera a cambiar mi vida, como se suponía que debía hacerlo—. Así que yo que tú no intentaría tomarme como modelo todavía.

—Eso no suena como la Summer que he llegado a conocer —dice Alex, dándome un codazo —. Vamos, se supone que eres tú quien cree en estas cosas. Ayuda a un amigo, ¿quieres? Estoy contando contigo.

—¿En todas qué cosas?

—Oh, ya sabes: el amor verdadero, los finales felices. Los desenlaces de cuento de hadas. La Guía de Vida de Summer Brookes.

Sonríe con tristeza, y mi corazón se contrae con la necesidad de hacerlo sentir mejor.

—Por supuesto que puedes tener todo eso —le digo con firmeza, aunque no estoy totalmente segura de seguir creyéndolo yo misma—. Esto es solo un pequeño contratiempo, nada más. Aún tendrás tu final feliz. Estoy segura de ello. Solo necesitas descubrir cómo lograrlo, eso es todo.

—Tal vez debería hacer una lista. Una sin Jamie Reynolds en ella, obviamente.

Sonríe, tratando de fingir que se está burlando de mí, como de costumbre. Pero hay una arruga entre sus cejas que quiero alcanzar y suavizar con mis manos, antes de rodearlo con mis brazos y abrazarlo fuerte.

Aunque en realidad no lo *hago*. Porque aunque el hombre que está a mi lado de alguna manera se ha transformado en alguien distinto a la persona que pensé que era —la persona que

ha sido desde el momento en que lo conocí—, sigue siendo Alex Fox: el espinoso y difícil Alex Fox, que evidentemente *no* es el tipo de hombre al que simplemente *abrazas*.

No importa cuánto puedas desearlo de repente.

—Puedes poner lo que quieras en tu lista —digo con ligereza, enlazando mi brazo con el suyo en su lugar—. Te ayudaré, si quieres. Y creo que deberíamos empezar por salir de esta playa antes de que esté completamente oscuro, ¿no crees?

Veintitrés

¡Dios mío! —digo, mientras Alex y yo subimos los escalones que llevan de la playa al hotel—. Acabo de darme cuenta de algo.

—No tiene nada que ver con el Cómo-se-llame, ¿verdad? —dice Alex, que parece haber vuelto a su estado habitual, después de su inesperado momento de vulnerabilidad en la playa—. Creo que ya he tenido suficiente de él por hoy.

—No, no es Jamie —respondo—. Eres tú. Tu ojo.

—¿Mi ojo?

—Sí. El morado. ¿Fue el mejor amigo que mencionaste? ¿Intentaste pelear con él y te dio un ojo morado? ¿Estaban peleando por Rebecca?

Por favor, di que no estaban peleando por Rebecca...

Alex se ríe sin gracia.

—No —dice con naturalidad—. No estábamos peleando por Rebecca. Te dije que podían quedarse el uno con el otro, y lo decía en serio. Estábamos peleando por mi perro.

—¿Tu... tu perro? ¿Tu *perro* estaba en la boda?

Ya hemos llegado a la parte superior de los escalones y me siento para ponerme las sandalias, imaginando a un perro de pelo largo con pajarita de pie junto a Alex en el altar.

—No, no estaba en la boda. Estaba en casa del padrino; ese es el amigo que... bueno, ya sabes.

Asiento, y él se sienta a mi lado.

—Lo dejé allí porque se suponía que vendríamos aquí al día siguiente de la boda, y Luke dijo que se encargaría de él mientras estábamos fuera. Pero luego descubrí que se había estado acostando con mi prometida. El mejor amigo, quiero decir, no...

—Lo entiendo.

—Le dije que no iba a interponerme en su camino con Rebecca, pero que de ninguna manera se quedaría también con Brian. De ninguna manera.

—¿*Brian*? ¿Tu perro se llama Brian?

No tengo idea de por qué me resulta gracioso, pero Alex simplemente asiente, como si los hombres como él siempre tuvieran amigos peludos llamados Brian.

—En fin, fui allí para recuperarlo, pero la casa estaba a oscuras, así que usé la llave de repuesto que Luke me había dado para entrar y, bueno, supongo que pensó que era un intruso.

—Así que te golpeó.

—Lo hizo. Y yo le devolví el golpe. Pero conseguí recuperar a mi perro, así que eso es lo principal.

Dice todo esto sin ninguna emoción, como si solo fuera un conjunto de hechos que me está contando. Ahora que lo conozco mejor, sin embargo, puedo notar que no es así. La emoción está justo ahí en su rostro. Y cualquier hombre que ame a su perro lo suficiente como para tratar de robarlo de vuelta a su traidor mejor amigo obviamente no es el tipo de bicho raro sin emociones que yo pensaba que era Alex.

Me siento bastante mal por haber pensado eso ahora.

Realmente mal, de hecho.

—Bueno, me alegro de que hayas recuperado a Brian —digo, para ocultar mi repentina incomodidad—. ¿Qué raza de perro es?

—Un labradoodle —dice Alex, sorprendiéndome de nuevo. Si hubiera tenido que adivinar, habría pensado que tendría una raza mucho menos *esponjosa* que esa—. Es genial. Mira, este es él.

Saca su teléfono y me muestra una foto de un cruce de caniche de pelo alborotado que parece estar riendo, y yo arrullo apropiadamente, mientras me reprendo en silencio por haber entendido absolutamente todo mal sobre este hombre.

No es un dementor; solo está triste. Y ahora que lo sé, me encuentro repasando cada una de las interacciones que he tenido con él desde que nos conocimos, replanteándolas en el contexto de esta nueva e importante pieza de información, que ha cambiado todo en el espacio de una noche.

—¿Es por eso que has estado pegado a tu teléfono tanto tiempo? —pregunto—. ¿Has estado hablando con... ella?

—Un poco —dice—. No mucho, sin embargo. No, he estado hablando principalmente con mi familia; tratando de explicarles por qué no voy a volver para 'intentar arreglar las cosas'. Oh, y tratando de obtener un reembolso por la recepción, obviamente. No te imaginas el dolor de cabeza que ha sido eso.

—Me lo imagino —Me muerdo el labio inferior pensativamente—. Bueno, supongo que todo esto explica lo triste que has estado —digo—. Yo también estaría triste si acabara de romper con alguien con quien hubiera estado desde que éramos adolescentes.

—Oh, no estoy triste por eso —dice Alex, sorprendido.

—¿No lo estás?

—No. Cuando dije que la humillación era lo peor de todo, me equivoqué —dice en voz baja —. Lo peor de todo fue el *alivio*. Cuando me di cuenta de que todo había terminado, y lo asimilé, me sentí tan *aliviado*, Summer. Y supongo que sí me siento triste ahora, pero no es porque la extrañe o quiera que vuelva. Es más una tristeza por todo el tiempo que nunca recuperaré, ¿sabes? Todo ese tiempo que pasé construyendo una vida con ella, tratando de hacer que funcionara... Cuando pienso en lo que podría haber hecho con ese tiempo en su lugar, eso es lo que me hace sentir triste. ¿Tiene sentido?

"No quiero sentir que mi vida ha sido un desperdicio."

¿No fue eso lo que escribí en mi diario?

—Sí —digo suavemente—. Sí, tiene perfecto sentido.

Nos sentamos allí en un silencio agradable por unos momentos, luego Alex se levanta y me ofrece su mano, ayudándome a ponerme de pie.

—Parece que la cena está casi terminando —dice, mirando hacia la terraza, donde los camareros están rondando a los últimos comensales, esperando para limpiar tan pronto como se vayan—. Estoy seguro de que nos dejarían tomar algo si tienes hambre. Arruiné tu cena, ¿no?

—No —respondo con sinceridad—. No lo hiciste. Y tampoco tengo mucha hambre. Habías pedido suficientes entradas como para alimentar a toda la isla.

—De acuerdo. Bueno, si no tienes hambre, entonces supongo que...

Se detiene, y nos quedamos ahí mirándonos, la atmósfera entre nosotros de repente incómoda mientras tratamos de averiguar qué hacer a partir de aquí. Parece extraño simplemente decir buenas noches e ir cada uno por su lado después de todo lo que acabamos de compartir, pero tampoco hay una razón real para que pasemos el rato juntos.

Después de todo, no somos amigos.

—¿Podríamos tomar una copa? —sugiere Alex—. A menos que tengas que ir a algún lado. O... alguien a quien necesites ver.

—Si te refieres a Jamie, entonces no —le digo, convenciéndome de que probablemente solo estoy imaginando el tono esperanzado que creí escuchar en su voz cuando sugirió las copas—. No tengo planes con Jamie. Aunque debería ver cómo está Chloe. Pero podría reunirme contigo en el bar después de eso, ¿si quieres?

Alex sonríe; una sonrisa genuina esta vez, no una de esas cautelosas que ha estado ofreciendo últimamente.

—Me parece bien —confirma—. Ve a ver a tu amiga. Yo iré por unas bebidas.

Asiento con la cabeza y luego me apresuro a través del complejo hacia la habitación de Chloe en la planta baja, casi como si él pudiera cambiar de opinión si no regreso lo suficientemente rápido. Una vez que he comprobado que Chloe sigue viva, pero ni de cerca lo suficientemente bien como para salir a tomar algo (—Ve sin mí —dice, como la heroína moribunda en una película del fin del mundo—. Ya no hay nada que puedas hacer por mí.), me tomo un momento para revisar mi maquillaje en uno de los baños públicos, y luego me dirijo al bar principal, tratando de ignorar la forma en que mi estómago revolotea ante la idea de tomar algo con Alex.

Sin embargo, es *solo* una copa. Eso es todo. Probablemente se arrepiente de haberme contado sobre su compromiso roto y ahora quiere distraerme emborrachándome.

Sí, definitivamente será eso.

Cuando llego al bar, sin embargo, encuentro a Alex parado afuera sin ninguna de las bebidas que dijo que iba a conseguir, y mi corazón se hunde de decepción.

—¿Has cambiado de opinión sobre esa copa, entonces? —pregunto, fingiendo que estoy totalmente bien con esto—. Porque no hay problema si lo has hecho. Podemos hacerlo otra noche. Estoy bien.

Alex se ríe.

—No, no lo estás —dice, sonando mucho más como él mismo—. Pero lo estarás. Mira.

Me giro y miro en la dirección que está señalando, pero todo lo que veo es la puerta del área de entretenimiento; la que tiene el escenario donde se realizó el karaoke la otra noche. Todo mi

cuerpo se estremece reflexivamente ante el recuerdo.

—¿Qué estoy mirando? No entiendo.

—El escenario —dice Alex, luciendo satisfecho consigo mismo—. Vas a subir al escenario. Ahora mismo.

—Oh, diablos, no —digo, cruzando los brazos firmemente sobre mi pecho para subrayar mi determinación de *no* hacer esto—. Absolutamente no. Viste lo que pasó la última vez. Nunca volveré a cantar frente a la gente. Nunca, *jamás*.

—Bueno, por lo que vi, en realidad no *cantaste* frente a nadie la primera vez —señala Alex —. Solo te quedaste allí e hiciste ese ruido extraño como de asfixia. Sonaba un poco como...

—Sí, lo recuerdo —interrumpo molesta—. No tienes que recrearlo para mí. Me siento bastante mal solo de pensarlo.

—Vale, vale. Pero, mira, tampoco tienes que cantar frente a la gente esta vez. Está cerrado esta noche. No hay nadie allí.

—Oh. Cierto.

Miro más de cerca la puerta del área del escenario. Efectivamente, el cavernoso espacio detrás está a oscuras; ni un solo cantante de piel naranja o alegre miembro del 'equipo de animación' a la vista.

—Entonces, ¿por qué me lo muestras? —pregunto, confundida—. No te sigo.

Alex sonríe maliciosamente.

—Dije que no tienes que cantar para la *gente* —dice—. Pero puedes cantar para *ti misma*, ¿no? Para practicar. Y hay un conveniente escenario vacío justo aquí para que lo hagas.

Parpadeo, aún confundida.

—¿Quieres que cante en una sala vacía? —pregunto—. ¿Para practicar? ¿Practicar para qué?

—Para el final de la semana —dice Alex, sonando satisfecho consigo mismo—. Cuando te inscribas en el concurso de karaoke y dejes a todos boquiabiertos con esa voz tuya. Y no será una sala *totalmente* vacía. Yo estaré allí.

—Tú eres 'gente' —señalo—. Así que eso seguiría siendo yo cantando para 'gente', ¿no? Y de todos modos, no tienes idea de qué tipo de voz tengo. Nunca me has escuchado. El incidente de la 'asfixia' no cuenta.

—Summer, me estoy quedando en la habitación de al lado —dice Alex, mirándome directamente a los ojos—. Las paredes son más delgadas de lo que crees, ¿sabes? Y tomas duchas muy largas, solo para que lo sepas. Es terrible para el medio ambiente, pero un excelente entretenimiento si resulta que estás en la habitación de al lado.

Lo miro boquiabierta, pensando en mi costumbre de cantar en la ducha, y cómo canté a todo pulmón la versión completa de diez minutos de *All Too Well* esta misma mañana.

Por favor, que no haya escuchado eso. Por favor, que no haya escuchado eso.

—¿Cuál es el significado de la bufanda? —pregunta Alex pensativo, destrozando mis esperanzas—. ¿Es una metáfora o crees que hay una bufanda *real*?

—Oh, Dios —gimo, cubriéndome la cara con las manos—. Estoy mortificada. Completamente mortificada.

—No lo estés —responde con firmeza—. Tienes una voz increíble. De verdad. Y no lo diría si no lo creyera; confía en mí. Nunca digo nada en lo que no crea.

—Sí, más o menos me di cuenta de eso sobre ti.

Miro de la puerta cerrada del área de entretenimiento a Alex, y luego de vuelta.

Realmente parece que cree lo que está diciendo. Pero todavía me siento terriblemente tímida ante la idea de cantar frente a él. Después de todo, no hace mucho tiempo pensaba que era el hombre más molesto que había conocido; uno que juzgaría y se burlaría, y probablemente se reiría todo el camino de vuelta a su habitación en el momento en que sacara la primera nota.

Pero si esta noche me ha mostrado algo, es que Alex Fox no es ninguna de esas cosas. Y ahora me está mirando con esa línea entre sus cejas aún ligeramente visible, y una expresión en sus ojos que me hace estar segura de que puedo confiar en él.

—Mira, acabo de abrirte mi corazón sobre mi matrimonio condenado, y cómo todo es mi culpa —dice, como si pudiera sentir que estoy vacilando—. Lo cual es bastante vergonzoso para un hombre, realmente. Lo menos que podrías hacer es al menos *considerar* avergonzarte a cambio. Aunque no creo que lo hagas, obviamente. He escuchado demasiadas veces cómo cantas esa canción de la bufanda.

Me sonríe de manera atractiva, y es totalmente imposible no devolverle la sonrisa. Incluso aunque acaba de referirse a la mejor canción jamás escrita como "esa canción de la bufanda".

—Probablemente esté cerrado —digo, aún sin estar lista para comprometerme con esto.

—Bueno —dice Alex con una sonrisa—. Solo hay una forma de averiguarlo, ¿no?

Veinticuatro

Riéndonos como dos adolescentes que se escapan de clase antes de que el profesor los atrape, Alex y yo caminamos casualmente hacia la puerta del escenario e intentamos abrirla.

Se abre.

Estamos dentro.

El auditorio está completamente a oscuras, con una sensación de 'hotel Overlook'; sillas colocadas cuidadosamente sobre las mesas, y el bar cerrado que se abre fantasmagóricamente a un lado.

—No deberíamos estar aquí —le susurro a Alex, el silencio del espacio vacío me hace querer bajar la voz—. Vamos a meternos en problemas si nos atrapan.

—¿Qué pueden hacernos realmente? —responde él, con naturalidad—. Hemos pagado una fortuna por estar aquí. No es como si fueran a llamar a la policía, ¿verdad? Y además, ¿no dijiste que querías correr riesgos?

—Bueno, sí. Supongo.

Miro alrededor con incertidumbre. Ahora que mis ojos se han adaptado a la penumbra, puedo ver el escenario alzándose frente a mí, con un solo soporte de micrófono justo en el centro, casi como si me estuviera esperando. Observo cómo Alex va a inspeccionarlo, luego se mueve hacia un lado del escenario, donde estaba parado el hombre encargado del karaoke la otra noche. Alex juguetea con algunos interruptores en una caja allí, y de repente hay un bajo zumbido de retroalimentación cuando el micrófono cobra vida.

—¡Shh! —siseo, acercándome a él—. ¡Alguien nos va a oír!

—No, no lo harán —dice con confianza—. Hay demasiado ruido del bar. Y de todos modos, lo he bajado para ti. Entonces, ¿qué vas a cantar? ¿La canción de la bufanda?

Mis hombros se elevan instantáneamente hacia mis orejas, mi cuerpo de repente rígido por la tensión.

—Um, no —murmuro—. Dura diez minutos. Y definitivamente no voy a cantar *Cruel Summer* tampoco. Eso sería *demasiado* cruel.

Pienso por un momento.

—¿Cuál es tu canción favorita? —pregunto, esperando que no sea Mariah Carey, o algo más con notas que nunca podré alcanzar—. Acepto peticiones.

—¿En serio? —Sus dientes brillan blancos en la oscuridad mientras sonríe—. Está bien, ¿qué tal *Shallow*?

—¿*Shallow*? ¿Eres fan de Lady Gaga?

—No particularmente —dice con facilidad—. Simplemente me gusta esa canción. La letra especialmente.

Cierro los ojos y rápidamente repaso los primeros compases en mi cabeza, tratando de recordar la letra.

—Oh.

Mis ojos se abren de nuevo. —Eso es... eso es...

Esa es una canción sobre mi vida.

O... ¿tal vez sobre la vida de ***él****?*

¿Quién hubiera pensado que terminaría conectando con Alex Fox por la letra de una canción, en lugar de Jamie Reynolds?

—Es una buena elección —termino débilmente. Alex solo asiente, lo que me hace preguntarme si realmente *eligió* esta canción porque la letra parece describir casi nuestras vidas en este momento, o si solo la ha escuchado en la radio un par de veces y pensó que tenía una bonita melodía.

Sin embargo, no me da pistas, mientras vuelve a juguetear con los interruptores frente a él.

—He encendido el micrófono —dice, después de unos segundos—. Pero no puedo descifrar cómo funciona la máquina de karaoke, así que tendrás que hacerlo a capela. ¿Está bien?

—Claro.

Mi voz suena mucho más confiada que la persona a la que está conectada. Lo tomo como mi señal para subir al escenario, donde me paro frente al micrófono, mi mente inundada de recuerdos de la última vez que hice esto.

—Solo recuerda lo que te dije en el aeropuerto —viene la voz de Alex desde las sombras—. Un paso a la vez. Solo canta la primera línea. Luego la siguiente. Puedes parar cuando quieras.

Tomo una respiración profunda y la dejo salir lentamente.

Una línea a la vez.

Eso no suena tan difícil, realmente.

Sin embargo, solo para minimizar la cantidad de tiempo que tengo que pasar aquí, decido saltar directamente al coro, y hacerlo inmediatamente, antes de que pueda pensar demasiado en ello o cambiar de opinión.

Así que, como la misma Lady Gaga, me lanzo. Desde lo más profundo. O al menos así es como se siente, cuando las primeras palabras del coro salen de mi boca. Pero una vez que lo he hecho, una vez que he saltado, se siente más fácil. El mundo no se acaba. Alex no se echa a reír. De hecho, ni siquiera puedo verlo, aunque eso es simplemente porque tengo los ojos cerrados.

Bueno, me pidió que *cantara*; no especificó qué *más* debería estar haciendo al mismo tiempo.

Para cuando llego al final del coro, he encontrado mi ritmo. Las notas salen fuertes y fáciles; incluso estoy recordando todas las palabras.

Y me encanta.

Aquí arriba en el escenario, puedo ser quien yo quiera ser. Me siento fuerte y poderosa, y *completa*. Me siento como *yo misma*. Incluso siento como si hubiera un foco de luz brillando

sobre mí; de hecho, mientras termino el coro y me preparo para comenzarlo de nuevo, como hace Gaga al final de la canción, podría jurar que puedo ver luz a través de mis párpados cerrados.

—Oh, mierda —dice Alex desde la oscuridad.

Abro los ojos de golpe para encontrarme bañada en luz dorada... que, efectivamente, proviene del foco directamente sobre mí.

—¿Hiciste eso tú? —pregunto, parpadeando mientras intento encontrarlo—. ¿Encendiste las luces?

Pero entonces hay un sonido desde el frente de la sala, y miro hacia arriba para ver a alguien del hotel parado en la puerta abierta, mirándome con enojo. Un torrente de español sale de sus labios, y, aunque no tengo idea de lo que está diciendo, es asombroso lo bien que el tono se traduce entre idiomas, porque no hay absolutamente ninguna duda de que este tipo está *furioso*.

—Vamos —dice Alex, apareciendo frente a mí—. Corre.

Extiende sus brazos y, sin pensarlo, salto hacia ellos desde el escenario. En algún momento en el futuro —probablemente cuando esté reviviendo este momento una y otra vez en mi cabeza — voy a pensar en cómo me siento un poco como Baby al final de Dirty Dancing, y cómo esto podría ser lo más genial que he sido jamás: o que volveré a ser.

No hay tiempo para eso ahora, sin embargo. Porque Alex me está bajando sin ceremonias al suelo, luego alcanza mi mano y me arrastra con él mientras carga contra el hombre en la puerta, quien se hace a un lado en el último segundo, dejando el umbral libre para que pasemos corriendo.

Una vez que lo atravesamos, seguimos corriendo; pasamos el bar y la pequeña tienda de recuerdos que vende unicornios inflables y postales de Tenerife; cruzamos el patio que conduce a la peluquería y el spa; atravesamos la terraza donde comemos todas nuestras comidas y, finalmente, pasamos la piscina infinita, hasta llegar al pequeño grupo de palmeras que marca la entrada a las escaleras, donde nos desplomamos en un montón, sin aliento y casi histéricos de risa.

—Vaya —digo, recuperando el aliento al fin—. Realmente no haces las cosas a medias, ¿verdad? Cuando dijiste "tomar un riesgo", no pensé que iba a implicar huir de la *ley*...

—Ese no era de la ley —dice Alex, riendo—. Era solo el conserje del hotel. Y no creo que se haya molestado en perseguirnos, así que supongo que estamos a salvo.

Asiento sin aliento, repentinamente consciente de lo cerca que está y de cómo mi mano sigue metida en la suya.

Esto no se siente *nada* seguro, en realidad.

Ni remotamente.

—Así que. Yo. Um...

—Eso fue increíble, por cierto —dice Alex, interrumpiendo lo que estoy segura iba a ser otra declaración elocuente y perspicaz de mi parte—. *Tú* estuviste increíble, Summer. En serio. Lo hiciste genial allá atrás. Y no soy un hombre que dé cumplidos fácilmente, así que puedes confiar en mí cuando lo digo.

—Gracias —murmuro con timidez—. Me alegro de que te haya gustado. A mí también. Me gustó *hacerlo*. Se sintió... bueno, se sintió realmente bien.

—¿Lo suficientemente bien como para hacerlo de nuevo en la noche de karaoke? —pregunta en tono burlón.

Dudo, luego asiento.

—Sí. Sí, creo que podría hacerlo esta vez. Y creo que probablemente *debería* hacerlo; aunque solo sea para borrar el recuerdo de la última vez.

—Creo que ya lo has hecho —dice él—. Pero tienes razón; probablemente deberías hacer que tu mejor recuerdo de cantar en el escenario *no* sea aquel en el que un conserje español entra de golpe para echarte de allí.

Me muerdo el labio, pensando en cómo, sin importar lo que suceda en la noche de karaoke del hotel, mi mejor recuerdo *probablemente* va a ser saltar a los brazos de Alex, como si estuviéramos en los minutos finales de una película romántica.

Pero no lo estamos.

El pensamiento irrumpe como las olas en la playa hace un rato.

No tiene absolutamente ningún sentido pensar en Alex como el coprotagonista de la comedia romántica de mi vida, porque no va a suceder. Sé que dice que nunca amó a Rebecca, y que no debería haberse quedado con ella tanto tiempo, pero el hecho es que lo *hizo*. Casi se casaron, hace solo unos pocos días. Y eso hace que la idea de él y yo sea demasiado complicada.

No estaba destinada a estar con Jamie Reynolds, pero parece que tampoco estoy destinada a estar con Alex Fox.

El pensamiento de Jamie y mi loco plan de venir aquí a buscarlo hace que toda la adrenalina que actualmente corre por mis venas deje abruptamente de circular, dejándome fría y desinflada, como un globo que ha quedado flotando mucho después de que terminó la fiesta.

—¿Tierra llamando a Summer?

Alex sonríe mientras vuelvo a enfocarme en él.

—Estabas a kilómetros de aquí —dice en tono burlón—. ¿En qué pensabas? No es en Comosellame otra vez, ¿verdad?

Dudo antes de responder.

—Eh, sí —digo en voz baja—. Más o menos.

—Oh. Claro. —Alex suelta mi mano abruptamente.

—Bueno —dice, bostezando exageradamente mientras se pone de pie—. Ha sido una noche interesante, pero creo que es hora de que me vaya a dormir.

—Alex —digo suavemente—. Alex, espera.

Pienso en decirle que no estaba pensando en Jamie de la manera que él cree. Pero cuando me mira interrogante, me doy cuenta de que no tiene sentido. No puedo permitirme pensar en *él* como algo más que un amigo, si es que puedo llamarlo así. Así que, en su lugar, solo extiendo mi mano y sonrío.

—¿Ayudarías a una chica a levantarse?

Toma mi mano y me pone de pie hasta que estamos cara a cara.

—¿Estás bien? —pregunto—. Después de... bueno, ¿todo?

—Estoy bien —dice, sin mirarme directamente a los ojos—. ¿Vamos?

Me ofrece su brazo, como si estuviéramos en una película antigua, y meto mi mano en él.

—Así que —digo, mientras nos giramos hacia las escaleras—. Sobre esa bufanda...

Veinticinco

El diario secreto de Summer Brookes, 17 años

Fue la peor noche de mi vida.

Peor incluso que aquella vez que intenté hacer el pino contra la valla de la escuela y mis pies quedaron atrapados, y terminé colgada boca abajo, con la falda sobre la cabeza y las bragas a la vista.

Y ni siquiera eran mis mejores bragas.

Pero esto fue peor.

Así que, estoy en el baile de graduación, y me veo mejor que nunca en mi vida. En serio, no quiero presumir, pero así era. Chloe me hizo el pelo y el maquillaje, y llevaba este vestido que me hacía parecer que por fin tenía pechos, y estaba lista para encontrar a Jamie y, simplemente, lanzarme.

Iba a ser mi noche. Iba a cambiar mi vida.

Pero entramos al gimnasio, que es donde se celebraba el baile (obviamente, no me gustaba la idea de que mi vida cambiara en el gimnasio de la escuela, pero ¿qué se le va a hacer?) y no pude encontrar a Jamie por ninguna parte. Chloe y yo nos separamos para intentar encontrarlo, pero lo busqué por todas partes, y finalmente ella vino corriendo hacia mí, toda pálida y con aspecto estresado. Me dijo: —Vamos, Summer, tenemos que irnos —y entonces me di cuenta de que todos a nuestro alrededor me miraban y susurraban, y yo dije: —¿Qué pasa? ¿Qué está ocurriendo?

Entonces Arianna Morgan se acercó y dijo: —¡Dios mío! ¿Te has enterado? ¡Acaban de pillar a Jamie Reynolds con una cualquiera en el armario del material! —Actuaba como si solo nos lo estuviera contando por interés o algo así, pero tenía esa estúpida sonrisa en la cara, y era totalmente obvio que sabía cuánto me gustaba él, y solo quería regodearse.

Todos sabían cuánto me gustaba.

Todos excepto él, aparentemente.

Y nunca lo sabrá tampoco, porque ahora sé la verdad: no está interesado en mí. Es decir, obviamente no, ¿verdad? Así que simplemente me di la vuelta y salí corriendo del lugar... No canté mi canción. No me subí al escenario para finalmente mostrarle a todos de qué estoy hecha, porque resulta que de lo que estoy hecha no es tan impresionante, realmente, o habría sido yo la que estuviera en el armario del material con Jamie Reynolds, ¿no? Y sabía que si me hubiera subido a ese escenario, todos se habrían reído de mí, como lo hizo Arianna Morgan, así que seguí corriendo, y finalmente Chloe me alcanzó, y, honestamente, fue genial. No sé qué habría hecho sin ella. Me dijo todas estas cosas sobre cómo debería intentar olvidarme de Jamie; que es solo un perdedor patético que no me merece, de todos modos. Incluso dijo que puedo pedirle prestado ese vestido nuevo que consiguió la semana pasada, aunque tuvo que ahorrar durante mucho tiempo para comprarlo. Dijo que era lo mínimo que podía hacer. Luego me dijo que no debería pensar más en Jamie, porque no vale la pena, y que puedo conseguir algo mejor que él. Fingí creerle, pero es como... ¿y si no puedo? ¿Y si Jamie era TODO? ¿Y si mi vida nunca mejora después de esto?

¿Y SI, en serio?

Veintiséis

La verdad es que —dice Chloe—, objetivamente hablando, Alex es mucho más tu tipo, ¿no crees?

Es la mañana siguiente, y aunque todavía se ve un poco pálida por su malestar estomacal, me ha convencido de desayunar con ella en El Ardilla Revoltosa en lugar del restaurante del hotel. Dejé una nota en la puerta de Alex más temprano, haciéndole saber que la mesa que compartimos es toda suya esta mañana, pero aun así me siento extrañamente decepcionada de no verlo, y Chloe no está haciendo mucho por hacerme sentir mejor al respecto con su insistencia en diseccionar las noticias de anoche sobre Alex y su no-matrimonio.

—No realmente —respondo, escaneando ansiosamente el área del bar en busca de alguna señal de Jamie, quien parece no haber llegado aún—. ¿Y qué quieres decir con "mi tipo"? Yo no *tengo* un "tipo".

—Oh, claro que lo tienes —dice Chloe, pinchando su plato de huevos con tocino sin entusiasmo—. Te gustan los hombres complicados y emocionalmente no disponibles. Siempre ha sido así. Y Alex encaja perfectamente en esa descripción. Es como si lo hubieran hecho para ti.

—Jamie no es complicado ni emocionalmente no disponible —señalo, aunque sé que ha dado en el clavo con "mi tipo"—. Es como un cachorro de labrador.

—No era así cuando era adolescente —responde Chloe—. Todo ese tiempo sentado escuchando música que nadie más había oído jamás. Dios, eran insoportables, ustedes dos.

Saca la lengua para mostrarme que está bromeando.

—Ahora que ha dejado claro que está disponible, es cuando decides que en realidad ya no lo quieres —continúa—. Y cuando Alex revela que casi se casó la semana pasada, de repente se convierte en el hombre de tus sueños. Solo quieres lo que no puedes tener. Tan pronto como piensas que podría estar a tu alcance, entras en pánico y huyes. Es la historia de Summer Brookes. Y es hora de que cambies el final, ¿no crees?

—Eso no es cierto —protesto, desmenuzando un pedazo de tostada entre mis dedos—. Simplemente no lo es.

—Por supuesto que lo es —replica Chloe enérgicamente—. Creo que lo haces porque es más seguro para ti de esa manera. O eso, o es que estás un poco loca, en realidad.

—No es estar loca querer protegerse de la decepción —digo, herida por esto—. Simplemente no quiero salir lastimada, eso es todo. Eso es totalmente normal.

—Si tú lo dices.

Chloe mira su reloj y frunce el ceño.

—Voy a tener que volver al hotel pronto —dice, apartando su plato—. Tengo reservado un masaje en el spa. Lo cual en realidad estoy lamentando un poco ahora, porque realmente quería hacer un último intento de juntarlos a ti y a Jamie antes de que volvamos a casa. ¿Dónde *está*?

—Ya no *quiero* estar con Jamie ahora —le digo, por lo que se siente como la centésima vez desde que llegamos aquí—. Te lo *dije*.

—Solo tienes frío en los pies —dice firmemente—. Oh, mira, ahí está.

Miro alrededor justo a tiempo para ver a Jamie entrar por la puerta del bar y dirigirse a la puerta marcada como "solo personal". La vista de él me da la misma sensación que solía tener en la escuela cuando estaba a punto de presentar un examen para el que no me había preparado.

—¡Jamie! —grita Chloe de nuevo, ajena a mi angustia—. ¡Jamie! ¡Aquí!

Jamie mira por encima del hombro, luego desaparece por la puerta, cerrándola de golpe detrás de él.

—Qué raro —dice Chloe—. Estoy segura de que me escuchó. Mierda. Voy a perder mi masaje si no nos vamos pronto.

Mira su reloj de nuevo.

—Vamos a tener que irnos —dice—. Pero primero necesito ir al baño. Ve a preguntarle a alguien si pueden traer a Jamie mientras estoy en el baño, Summer, ¿quieres? Tal vez podamos quedar para verlo más tarde.

—Oh. Eh…

Busco frenéticamente en mi cerebro una buena razón para *no* hacer esto, pero Chloe ya está fuera de su asiento y en camino al baño, así que me levanto a regañadientes y me acerco a la barra, donde logro llamar la atención de una de las empleadas.

—¿Puedo hablar con el dueño, por favor? —le pregunto, avergonzándome al darme cuenta de lo estúpida que sueno.

—¿Hay algo mal? —pregunta la mujer. Tiene el cabello negro brillante recogido en uno de esos moños que parecen sin esfuerzo y que nunca logro hacer, y una expresión ligeramente agobiada, que acabo de empeorar—. ¿Puedo ayudarte?

—¡Oh, no! —le aseguro—. Todo estaba genial. Es solo que Jamie es un amigo mío. Bueno, más o menos.

—¿Jamie? —Las cejas de la mujer se elevan con incredulidad—. Jamie no es el dueño; solo trabaja aquí, como el resto de nosotros. ¿Te dijo que era el dueño del lugar?

—Yo… yo…

Abro y cierro la boca como un pez dorado confundido mientras asimilo esto.

*¿Jamie **no** es el dueño del bar?*

¿Entonces por qué me dejó pensar que lo era?

—Está bien, Lina, yo me encargo de esto.

Me doy la vuelta para encontrar a Jamie de pie detrás de mí. Su cabello cae sudorosamente sobre sus ojos, y hay una gran mancha de mostaza en el frente de su camiseta.

Al menos, espero que sea mostaza.

—¡Summer! No esperaba verte aquí; ¿desayunando, eh?

Jamie está siendo deliberadamente animado, tratando de fingir que no acaba de ser descubierto en una mentira enorme. Cree que si no lo menciona, yo tampoco lo haré; que seguiré la corriente, solo para evitar la incomodidad de enfrentarlo. Solo para ser *amable*.

Casi lo hago, también.

Todos mis instintos me dicen que asienta, sonría y finja que nada ha pasado. Porque eso es exactamente lo que haría la antigua Summer. Pondría los sentimientos de Jamie por encima de los suyos, y luego se iría a casa preguntándose por qué prefiere dejarse engañar antes que decir lo que realmente piensa.

Pero se acabó.

—Sí, Chloe y yo pensamos que pasaríamos a verte —respondo, mirándolo fijamente a los ojos—. A tu bar. Ese que me dijiste que era tuyo.

La sonrisa desaparece del rostro de Jamie.

—Bueno, en realidad no dije eso —dice, mirando al suelo—. Tú lo asumiste.

—Vamos, Jamie. Deliberadamente lo hiciste sonar como si el lugar fuera tuyo. E incluso si yo *hubiera* malinterpretado las cosas, tuviste muchas oportunidades para decirme la verdad. Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

Estoy enojada ahora; no porque sea solo un simple camarero, en lugar del empresario que pretendía ser —eso me importa un bledo—. Sino porque mintió. Porque no es la persona que pensé que era; y empiezo a preguntarme si alguna vez lo fue. Y, sobre todo, porque creo que no merezco ser tratada así.

—Es una mentira tan absurda —continúo, sin darle la oportunidad de poner excusas—. Y no solo me mentiste a mí, también a Chloe. ¿Qué más nos dijiste que no era real?

Hay mucho más que podría decir aquí. De hecho, apenas estoy empezando. Pero, por suerte para Jamie, antes de que pueda profundizar en el tema, una niña pequeña con el pelo recogido en coletas viene corriendo hacia nosotros.

—¡Papi! —dice, lanzándose a abrazar las piernas de Jamie—. ¡Hola, papi!

¿*Papi*?

Bueno, quizás esta interrupción en particular *no sea* tan afortunada para Jamie, después de todo. Y obviamente él tampoco lo cree, porque su cara se vuelve escarlata de vergüenza mientras se agacha y toma a la niña de la mano.

Una hija.

Jamie tiene una hija.

Lo que significa que probablemente también tiene una...

—¡Hola!

Una morena con aspecto agobiado, que es básicamente una versión mayor de la niña de las coletas, se acerca paseando hacia nosotros, completamente ajena al pequeño drama que se está desarrollando en mi cabeza mientras se aproxima.

—Hola —dice la mujer de nuevo, echándome un vistazo—. ¿Quién es ella, Jamie?

Sonrío educadamente mientras Jamie balbucea en busca de una respuesta. *Podría* ayudarlo, por supuesto. Podría extender mi mano y presentarme como una vieja amiga que pasaba por casualidad, y que *definitivamente* no ha estado pasando tiempo con el que supongo es su marido toda la semana, sin que él dijera una sola palabra sobre ella.

Podría hacer eso.

Pero, ahora mismo, de alguna manera no me apetece hacer nada en absoluto para ayudar a este hombre que apenas conozco, y al que no le debo absolutamente nada. Así que me quedo allí parada hasta que él se encoge de hombros débilmente y niega ligeramente con la cabeza.

—No es nadie —dice—. Solo alguien que busca trabajo.

Y ahí está.

El Jamie de mis recuerdos de adolescencia parpadea y se desvanece abruptamente, y todo lo que me queda es este extraño, de pie allí con la esposa y la hija que no sabía que tenía, con una mirada de disculpa en su rostro.

—Lo siento, cariño —dice, mirándome—. Tendrías que hablar con el gerente sobre eso. Yo solo trabajo aquí.

—No te preocupes —digo con un tono neutro que está completamente fuera de sintonía con el rápido latir de mi corazón en este momento—. No creo que esto sea para mí, de todos modos.

Justo cuando estoy a punto de darme la vuelta, abro la mano y dejo caer mi bolso al suelo, donde aterriza con un suave golpe.

—Vaya —digo alegremente, esperando hasta que Jamie se agacha para recogerlo, y entonces me agacho rápidamente para unirme a él.

—Eres un mentiroso traidor, Jamie Reynolds —susurro en los segundos que tarda su mano en agarrar la correa de mi bolso y entregármelo—. Será mejor que esperes que nunca se lo cuente a nadie, ¿eh?

Los ojos de Jamie se abren horrorizados, pero es demasiado tarde, porque para cuando su boca se abre para decir algo, ya estoy a medio camino de la puerta, atravesándola con una confianza muy poco habitual en mí, y no me detengo hasta que estoy fuera bajo el sol, sintiendo cómo calienta mi piel después del aire fresco del bar.

—Bien —dice Chloe, limpiándose las manos en los pantalones cortos mientras aparece a mi lado—. ¿Qué me he perdido?

***

—Y entonces la niña dijo: "¡Papi! ¡Mi papi!" —dice Chloe, ante una audiencia absorta compuesta por Rita, Gerald y cualquier otra persona que esté al alcance del oído en la piscina del hotel un poco más tarde—. ¡En serio, deberían haberlo visto!

—*Tú* no lo viste —susurro, deseando que dejara de hablar de esto—. Todavía estabas en el baño en ese momento.

—Pero puedo imaginarlo, ¿no? —dice Chloe, imperturbable—. *Totalmente* puedo imaginarlo.

Acaba de salir de su masaje y, por lo que parece, nunca se va a cansar de volver a contar la triste historia de cómo Jamie Reynolds resultó *no* ser el amor de mi vida a cualquiera que quiera escuchar.

—Yo también puedo imaginarlo —dice Rita, haciendo sonar sus pulseras mientras alcanza su bebida—. Solo desearía haber podido advertirte, Summer, cariño. Vi algo así en las hojas de té esta mañana en el desayuno, solo que no me di cuenta de que era tu Jamie el que estaba viendo; pensé que era ese Rishi Sunak.

—Pero Rishi Sunak no se parece en nada a Jamie —empieza a decir Chloe, y yo desconecto de su conversación para centrarme en Alex, que está tumbado en la tumbona junto a la mía, con

los ojos ocultos tras unas gafas oscuras. Levantó la vista brevemente cuando llegamos a la piscina y nos saludó rápidamente, pero no ha dicho nada en absoluto en respuesta a la dramática narración de Chloe sobre las revelaciones relacionadas con Jamie de esta mañana. De hecho, no estoy segura de que esté despierto. Estoy casi segura de que está dormido o simplemente *fingiendo* estar dormido para no tener que involucrarse.

Y no puedo culparlo, la verdad.

—¿Estás bien? —dice en voz baja, demostrando que mi teoría es errónea—. Debe haber sido toda una sorpresa para ti.

Me muevo hacia adelante para separarme de Chloe y Rita, que siguen discutiendo sobre las hojas de té y Rishi Sunak.

—Estoy bien —digo con sinceridad—. De verdad que sí. Bueno, estoy *molesta*

, obviamente. Desearía que no me hubiera mentido. Pero no estoy molesta porque esté casado. Creo que ya había deducido que no era la persona que yo creía. Solo estoy enfadada porque me llevó tanto tiempo darme cuenta, y tuve que volar miles de kilómetros para hacerlo.

Alex guarda silencio durante tanto tiempo que empiezo a preguntarme si realmente se ha quedado dormido esta vez.

—Aun así —continúo con alegría—. Podría haber sido peor, ¿no? Imagina cómo me habría sentido si realmente hubiera estado enamorada de él, y luego su esposa e hija hubieran aparecido de repente. *Eso* sí habría sido un desastre.

—¿No estás enamorada de él? —dice Alex, mirándome—. Pero pensé que ustedes dos estaban destinados el uno para el otro.

—Ya no estoy segura de creer en nada de eso —admito—. El destino, las almas gemelas... Y aunque lo creyera, ¿cuáles son las probabilidades de que mi único y verdadero amor sea el chico que vivía a la vuelta de la esquina cuando era niña? ¿Cuáles son las probabilidades de que sea alguien que estuvo justo frente a mí? Quiero decir, ni siquiera reconoció mi cita de Biff Loman. Eso lo dice todo, realmente.

—No nos digas que hay otro tipo en escena —dice Gerald, quien ha estado escuchando descaradamente todo esto—. Entre él, el joven Jamie y este tipo Tim McGraw, no sé si voy o vengo.

—¿Qué cita de Biff Loman? —dice Alex—. ¿Es esa sobre pasar tu vida haciendo algo que odias, solo por unas vacaciones de dos semanas? ¿O algo así?

—Sí —digo, sorprendida—. Sí, es esa. Leímos la obra en la escuela secundaria. Pero es solo ahora que me doy cuenta de cuánto me identifico con ella.

Y es cierto. Estas vacaciones no han sido lo que se dice 'relajantes' exactamente. Pero mientras miro alrededor de la cubierta de la piscina, con el aroma del protector solar y el césped recién cortado llenando el aire, me doy cuenta de que no estoy lista para que terminen. No quiero que este descanso sea algo por lo que pase un año entero trabajando en un centro de llamadas. No quiero resignarme a ser realmente yo misma solo durante dos semanas al año. Necesito que mi vida en casa se sienta como algo por lo que valga la pena volver. Lo que significa que todavía tengo bastante trabajo por hacer en mi plan; porque he besado a Jamie Reynolds (más o menos), he subido una montaña (de nuevo, *más o menos*...), he montado en motocicleta (bueno, bueno...), e incluso he cantado en el escenario... justo hasta que me echaron de él...

Pero todavía no he cambiado mi vida.

Ni siquiera cerca, de hecho.

—Oye —dice Alex—. Resulta que el personal del hotel no recibió el mensaje sobre mi no-luna de miel anoche después de todo. Han organizado una especie de cena especial en la playa esta noche.

—Oh. Está bien —digo, tratando de ocultar mi decepción de que no se unirá a mí en nuestra mesa habitual—. No hay problema. No me importa comer sola.

Las comisuras de su boca se curvan en una sonrisa divertida.

—No te estaba pidiendo que comieras sola, Summer —dice—. Te estaba pidiendo que comieras conmigo. Es una cena para dos.

—¡Oh! Eso suena...

Eso suena sospechosamente a una cita, es lo que estoy pensando. Aunque no puede serlo. Porque él acaba de terminar su compromiso, y yo he pasado toda la duración de nuestra no-amistad hablando sin parar sobre otro chico, así que somos las dos últimas personas en el mundo —o incluso en esta *piscina*— que deberían estar siquiera *pensando* en tener una cita.

¿Verdad?

—Mira, me harías un favor —dice Alex, confirmando el estatus de No es una Cita de su sugerencia—. Porque si no vienes conmigo, solo estaré sentado allí solo, todo trágico. ¿Imaginas cuán triste me sentiré?

Hace un puchero con fingida miseria y no puedo evitar reírme de la expresión de perro apaleado en su rostro.

—Bueno...

Miro a Chloe, quien observa con una expresión resignada en su rostro.

—Oh, ve —dice, poniendo los ojos en blanco detrás de sus gafas de sol—. No te preocupes por mí, estaré bien sola. Puedo entretenerme por mi cuenta.

Esa última declaración no me tranquiliza exactamente. Pero todos me están mirando, esperando mi respuesta, así que no puedo decirle que no a Alex ahora, ¿verdad? Sería como patear a alguien cuando está caído.

—Está bien, está bien —digo, antes de que Rita pueda intervenir y ofrecerse a ir en mi lugar —. Iré contigo. No puedo dejarte soportar una prueba así solo, ¿verdad?

—Genial —dice Alex—. Te recogeré a las siete.

Es una cita.

Quiero decir que *no* es una cita.

Solo son dos recientes enemigos-convertidos-en-amigos ayudándose mutuamente y cenando juntos. Realmente no tiene que ser más complicado que eso.

¿Verdad?

Veintisiete

Es como si alguien hubiera tomado todas las películas románticas que he visto, las hubiera mezclado y luego las hubiera convertido en el área privada de la playa donde Alex y yo estamos cenando.

La mesa para dos ha sido colocada en la arena, lo suficientemente lejos del borde del agua para no correr el riesgo de ser inundados por las olas, pero lo bastante cerca como para sentir que el atardecer está ofreciendo una función privada solo para nosotros dos.

La mesa está cubierta de flores y la luz proviene de velas parpadeantes, además de algunas luces de hadas centelleantes que han sido colgadas sobre un dosel de madera encima de nosotros.

Así que, sí, *definitivamente* no es una cita. Y *definitivamente* no voy a tratarla como tal. No importa lo bien que se vea Alex con su camisa de cuello abierto, con un ligero indicio de barba en la barbilla, dándole un aire vagamente pícaro.

Oh, Dios, sálvame de la barba incipiente.

—Te ves hermosa —dice, apartando la silla para mí y esperando a que me siente—. Gracias por venir esta noche; realmente lo aprecio.

—No hay problema —respondo, alisando mi vestido con aire cohibido. Esta mañana le devolví a Chloe su pequeño vestido rojo y estoy usando uno de mis favoritos, que a ella nunca le ha gustado.

Pero a *mí* sí. Y parece que a Alex también; a menos, por supuesto, que solo esté siendo amable, para agradecerme por este "favor" que supuestamente le estoy haciendo.

—Sí, me habría sentido bastante tonto sentado aquí solo —continúa, mientras el camarero sirve vino en nuestras copas, antes de retirarse discretamente—. Planeaba pedírselo a Rita después, si tú me hubieras rechazado. Incluso Gerald habría servido en caso de apuro.

Me sonríe desde el otro lado de la mesa, y yo le devuelvo una sonrisa débil.

Bien, así que realmente solo me ha invitado aquí como un favor. Bueno saberlo.

—Deberíamos hacer un brindis —dice, levantando su copa.

—De acuerdo. ¿Por qué brindamos?

—Creo que solo hay una cosa por la que *podemos* brindar dadas las circunstancias —dice—. Por nuevos comienzos, por supuesto. Para ambos.

—Por nuevos comienzos —repito, chocando mi copa con la suya.

—Y por tu victoria en el concurso de karaoke de mañana por la noche —añade con un guiño.

—¿Mañana? ¿Realmente es tan pronto?

Una familiar punzada de ansiedad me retuerce el estómago ante la idea de cantar frente a una audiencia, pero Alex solo asiente, como si no fuera gran cosa. Lo cual supongo que no lo es, cuando no eres tú quien lo hace.

—Sí. Es nuestro último día completo aquí. Luego es vuelta a la realidad para ambos.

Su sonrisa vacila ligeramente, y la punzada en mi estómago se convierte en un dolor agudo.

—Vaya —Doy un sorbo a mi bebida, tratando de ocultar mi decepción—. Supongo que debo haber perdido la noción del tiempo desde que estoy aquí. No puedo creer que las vacaciones estén casi terminando. No estoy... no estoy lista para que terminen.

Para mi horror, siento que las lágrimas se acumulan detrás de mis ojos. Miro fijamente mi plato, esperando que él no lo note.

—Yo tampoco —dice Alex con pesar—. Pero oye, has hecho todo lo que viniste a hacer aquí, ¿no? O lo habrás hecho una vez que ganes el concurso de karaoke mañana. Lo cual harás, por supuesto.

—¿Lo he hecho? —respondo, tratando de ignorar la sensación de tristeza que de repente me ha invadido—. No estoy segura de sentir que he cambiado mi vida. No me he convertido milagrosamente en alguien "genial". Aunque ha habido bastante de "otras cosas por determinar", te lo concedo.

Dejo mi tenedor, mi apetito desaparecido de repente.

—Bueno, todavía hay tiempo para el resto —dice Alex, que está devorando su entrada con entusiasmo—. Pueden pasar muchas cosas en 48 horas, Summer. Y no creo que cosas como escalar montañas y montar en motocicleta sean el tipo de cosas que realmente puedan cambiar tu vida. Son divertidas, seguro. Pero ¿cambiar la vida? Probablemente no.

—Bueno, una cosa es segura; besar a Jamie Reynolds definitivamente no cambió mi vida —digo con pesar—. Aunque llamarlo mentiroso y traidor *fue* algo empoderador.

—Tal vez esa sea la respuesta —dice Alex, los últimos rayos de sol haciendo que su piel parezca casi dorada—. Tal vez solo necesitas escribir una lista diferente.

—Tal vez necesito escribir una historia de vida completamente diferente —le digo, encogiéndome de hombros—. Una en la que no pase todo mi tiempo deseando cosas que no puedo tener, como dijo Chloe.

Alex levanta las cejas inquisitivamente, pero no cuestiona esto.

—No puedes volver atrás en el tiempo, Summer. No puedes reescribir la historia para arreglar todo lo que crees que salió mal. Fue un avión lo que te trajo aquí, no una máquina del tiempo.

—Lo sé —suspiro—. Sé que tienes razón. Estoy empezando a pensar que tal vez mi yo de 13 años *no era* la mejor persona para decidir cómo debería ser mi vida futura después de todo. Tal vez no debería haberle dado el volante en este viaje. Tal vez debería... ¡oh!

Agarro mi servilleta cuando la brisa que viene del mar la levanta y la arroja hacia mí. Las velas en la mesa parpadean.

—¿Tienes frío? —pregunta Alex, viéndome frotar mis brazos—. ¿Quieres que entremos?

—No, estoy bien —insisto, volviendo a coger mi tenedor—. Solo me quedan dos noches aquí. Estoy decidida a disfrutarlas. Y no todas las noches una chica recibe una cena románt... una cena en la playa.

Puede que esté decidida a disfrutar, pero el viento, parece, tiene otras ideas. Disminuye ligeramente mientras comemos el plato principal, pero para cuando Emilio aparece para preguntar qué nos gustaría de postre, tenemos que usar nuestros teléfonos, además de un par de pequeñas rocas de la playa, para anclar el mantel a la mesa, y tengo la horrible sensación de que cuando me mire en el espejo de vuelta en mi habitación, mi cabello se parecerá mucho a esa Barbie a la que mi hermano una vez le hizo un mohawk.

—¿Qué te parece si nos saltamos el postre? —sugiere Alex cuando el menú sale volando de las manos del camarero y salta alegremente hacia el mar, con Emilio en su persecución—. Hay una heladería no muy lejos de aquí. Habrá menos viento cuanto más nos alejemos del mar.

Caminamos la corta distancia hasta la tienda en cuestión y, después de unos minutos, Alex sale por sus puertas llevando dos de esos conos gigantes que son tan grandes que empiezan a derretirse antes de que puedas terminarlos.

—¿De verdad vas a contarle a la esposa de Jamie sobre lo que pasó entre ustedes? —pregunta, mientras deambulamos por el paseo marítimo junto al mar, yo sosteniendo mi helado con el brazo extendido para evitar que gotee por mi brazo.

Niego firmemente con la cabeza, pensando en la pequeña hija de Jamie y en la mirada adoradora con la que lo miraba.

—No. No voy a ser responsable de romper una familia. Depende de él decidir si se siente lo suficientemente culpable como para contárselo a su esposa o no. Solo quería hacerlo sudar un poco.

—¿Crees que se lo dirá?

—Nah. Lo dudo. Después de todo, no pasó realmente nada entre nosotros. El "beso" fue apenas un roce en los labios —podría explicarlo como una despedida amistosa entre amigos. O decir que me lo imaginé. A veces no estoy segura si lo hice.

—No hagas eso —dice Alex después de un segundo—. No intentes minimizarlo. Te estaba ilusionando y estaba casado. Eso no está bien.

—No —coincido, mirándolo de reojo—. No, no lo está.

Giro mi cono, tratando de atrapar el chorrito de helado que ha empezado a derretirse en el otro lado.

—Entonces, ¿qué hay de ti? —digo, esperando no tener nada en la nariz—. ¿Qué harás cuando vuelvas a casa? ¿Tendrás que mudarte? Supongo que tú y Rebecca vivían juntos, ¿no?

—Lo hacíamos —dice—. Pero la casa es mía, por suerte. Le dije que sacara sus cosas mientras yo estaba fuera. Esa es una de las razones por las que vine a este viaje, en realidad: para no tener que estar allí mientras lo hacía. Al menos de esta manera, para cuando regrese, todo rastro de ella debería haber desaparecido.

Dice esto con una amargura que me hace preguntarme si la casa vacía a la que volverá será algo bueno o malo. Porque sé que él *dice* que la relación debería haber terminado hace mucho tiempo, pero también sé que uno no se compromete con alguien sin tener ningún sentimiento por esa persona.

*Debe tener **algunos** sentimientos por ella, ¿verdad?*

No hay manera de preguntar esto sin ser intrusiva, así que me trago la pregunta en mis labios con otro bocado de helado.

—¿Quieres decir que *no* viniste aquí para que Rita leyera tus hojas de té y hablar con Gerald sobre "los dardos"? —pregunto juguetonamente en su lugar.

—Nop. Aunque debo decir que estoy deseando escuchar a la mejor cantante de las Islas Canarias mañana por la noche —responde—. Así que supongo que algo bueno ha salido de mi extraña luna de miel en solitario.

—Me sorprende que lo hayas llevado a cabo. No estoy segura de que yo hubiera podido —digo con cautela—. No es que tenga la más mínima idea de lo que has estado pasando, obviamente.

—Casi no lo hago —admite. De alguna manera está logrando comer su helado sin mancharse toda la cara, como yo, pero hay un pequeño punto de fresa en su labio superior, que está resultando muy distractor—. Era tentador simplemente fingir que esto no se suponía que estuviera pasando tampoco. Pero luego, sabía que no iba a recuperar mi dinero si cancelaba —curiosamente, el seguro de viaje no cubre descubrir que tu prometida te está engañando— y simplemente pensé, a la mierda, ¿por qué no?

—¿Por qué no? —repito, pensando en cómo me había dicho casi lo mismo a mí misma cuando decidí espontáneamente venir a estas vacaciones. Pienso en Alex, tomando la misma decisión al mismo tiempo: dos elecciones aparentemente aleatorias de dos personas cuyos caminos podrían no haberse cruzado de otra manera, pero que terminaron con nosotros sentados justo uno al lado del otro en el avión. Y en el mismo hotel. E incluso en habitaciones justo al lado de la otra.

Y ahora aquí estamos.

En algún otro mundo —algún momento de *Sliding Doors*, como Alex lo llamó una vez— nunca nos habríamos conocido. Si me hubiera quedado en casa esa noche y no hubiera pedido comida para llevar, como había planeado, en lugar de ir a *Diamonds* con Chloe. Si su boda hubiera estado programada para literalmente cualquier otro día del año. Si mamá no hubiera dejado esa caja de viejos diarios en mi piso a principios de semana. Si él hubiera tenido un mejor seguro de viaje. Todas las pequeñas elecciones y micro-momentos que de alguna manera se alinearon y crearon una cadena de decisiones fortuitas que nos llevaron a esta playa azotada por el viento en una isla frente a la costa de África, a miles de kilómetros de casa.

Es realmente asombroso cuando lo piensas bien.

Pero en dos días, todo habrá terminado, y probablemente nunca lo volveré a ver.

Así es como funcionan las vacaciones. Conoces gente, luego nunca los vuelves a ver.

¿No es eso lo que dijo Alex, aquella primera noche en el balcón?

El pensamiento me golpea como un piano cayendo de un edificio en una vieja caricatura. Intento quitármelo de encima, porque sería francamente ridículo sentirme triste ante la idea de no volver a ver a alguien que he conocido por menos de una semana —y que me ha *gustado* solo por una fracción de ese tiempo— pero aun así, ahí está. Tristeza. Siguiéndome por las pequeñas calles laterales cerca del resort, pasando por las perfumerías y supermercados, alrededor de los bordes de los restaurantes de tapas y las piscinas de los hoteles, y todo el camino de vuelta al océano, que nos está esperando, teñido de plata en el crepúsculo.

Vine aquí para encontrar al chico de al lado, pero resulta que el tipo de la habitación de hotel de al lado es mucho más interesante.

Confía en mí para darme cuenta de eso cuando ya es demasiado tarde.

Alex me ofrece su mano para ayudarme a bajar a la playa, donde me quito las sandalias antes de seguirlo a través de la arena fresca en dirección al hotel. Es solo una corta distancia de vuelta a los escalones que conducen desde la playa hasta la terraza, pero Alex se detiene al borde del agua, y nos quedamos juntos por un momento, viendo las olas romper contra la orilla. El viento todavía sopla desde el mar, haciendo que mi cabello flote en enredos alrededor de mi cabeza, y mis ojos pican cuando la brisa arroja granos de arena en mi cara. Tengo piel de gallina en los brazos, mis manos aún se sienten incómodamente pegajosas por todo el helado que goteó sobre ellas, y mi pie derecho está palpitando por el borde afilado de una concha sobre la que pisé hace unos segundos.

Considerándolo todo, es bastante incómodo, en realidad.

Algo mierda, de hecho.

Pero entonces miro a Alex, que está mirando al cielo oscurecido como si fuera algo mágico, y pienso en Rita y Fred, compartiendo su bolsa de papas fritas grasientas en Skegness, y cómo, muy pronto, voy a estar de vuelta en mi pequeño piso en Margate, conduciendo al trabajo en otra mañana gris en la que todo el color parece haber sido blanqueado del mundo.

Pensándolo bien, tal vez este momento imperfecto no sea tan malo después de todo.

Como para subrayar este pensamiento, Alex se gira y me favorece con una de sus raras sonrisas. Le devuelvo la sonrisa tontamente, y entonces —

—¡Ay!

El viento me lanza otro puñado de arena a la cara, y cierro los ojos ante el escozor.

No aprecio el intento de exfoliación de la Madre Naturaleza, gracias.

—Menudo aspecto tienes ahí —dice Alex, mirándome fijamente—. No sé qué tienes más en la cara: si arena o helado. Pareces una galleta azucarada.

—Gracias —murmuro, frotándome la mejilla con la mano—. Es una lástima que no sepa como una.

Me sonrojo al ver la expresión que cruza su rostro ante esto. Es una mirada que sugiere que no le importaría poner esa teoría a prueba, y de repente mi boca está tan seca como mi cara.

—¿Cómo has conseguido evitar cubrirte de esta... esta *cosa*? —pregunto, solo por decir algo —. Es como si ni siquiera fueras humano.

—Oh, definitivamente soy humano —me asegura—. Aquí, déjame. —Da un paso hacia mí, luego se inclina y me acuna el rostro con sus manos.

Estoy tan sorprendida que me quedo congelada en el sitio, con el corazón latiendo fuertemente al ritmo de la música que se filtra desde el bar del hotel, justo encima de nosotros.

—Relájate, Summer —murmura Alex, sus dedos acariciando tiernamente mis mejillas—. Solo te estoy ayudando a quitarte la arena de la cara. No voy a morderte.

Quizás no, pero de repente esto se siente peligrosamente íntimo, y no hay forma de que pueda relajarme con él tan cerca de mí. Y tocándome. Y enviando escalofríos por mi columna que no tienen absolutamente nada que ver con la brisa que aún sopla.

Mi corazón ya no sigue el ritmo de la música. De hecho, ahora está tocando una melodía completamente diferente; una que se acelera más y más hasta que cierro los ojos en un intento de ralentizarla al bloquear el rostro de Alex.

No funciona.

Con los ojos cerrados, cada sensación se intensifica; sus manos en mi rostro se mueven lenta y deliberadamente, y, vamos, seguramente no puede haber *tanta* arena en mí, ¿verdad?

—¿Has terminado? —pregunto con un graznido que no suena remotamente como la chica genial que pretendo ser—. ¿Has quitado toda la arena? ¿Y el helado?

—Oh. Sí —dice Alex, sonando extrañamente ronco—. Eso lo hice hace rato. Ahora solo estoy... solo te estoy *mirando*.

Mis párpados se abren de golpe.

—¿Me estás... *mirando*?

—Lo siento —dice Alex con timidez, soltándome—. Eso sonó espeluznante, ¿verdad? No era mi intención. Es solo que... eres increíblemente hermosa, Summer. Es muy difícil no querer mirarte cuando tengo la oportunidad.

Mis ojos se entrecierran con sospecha mientras lo miro. No parece que esté burlándose de mí, pero... *tiene* que estarlo, ¿verdad?

—Lo siento —dice de nuevo, luciendo adorablemente incómodo—. Probablemente no debería haber dicho eso. Estoy muy fuera de práctica con este tipo de cosas.

—¿Crees que soy hermosa? —pregunto, preguntándome qué es exactamente 'este tipo de cosas'.

—Sí, por supuesto. Ya te lo dije.

—No, dijiste que pensabas que *no era fea* —insisto—. Eso es totalmente diferente.

—Bueno, quise decir que creo que eres hermosa —responde, con sus ojos fijos en los míos —. ¿Siempre estás tan decidida a discutir con alguien que intenta hacerte un cumplido, o soy especial?

Quiero decirle que no estoy discutiendo por ser difícil; lo estoy haciendo para protegerme. Porque él acaba de salir de una relación seria. Porque nos vamos de aquí en dos días. Porque si me permito creer que está siendo honesto, y que alguien como él podría tener la más mínima posibilidad de enamorarse de alguien como yo, entonces podría lastimarme, por todas las razones anteriores.

Quiero decirle todo esto, pero cuando abro la boca, nada de eso sale.

—Sí, eres especial —digo en su lugar.

Es entonces cuando da un paso adelante y me besa; en la playa repentinamente fría, con el viento aún enredando mi cabello en nudos que tardaré una eternidad en desenredar, y un trozo de alga gomosa envuelto alrededor de mi tobillo. Pero Alex me besa, y nada de eso importa. Ni siquiera la pequeña lista de objeciones que repasé en mi cabeza unos segundos antes —ex prometida; no volver a verlo nunca; posiblemente terminar lastimándome— porque este es el tipo de beso que deja en vergüenza a todos los besos anteriores: firme pero suave, y con una urgencia que me deja sin aliento, hasta que tengo que agarrarme a él para mantenerme en tierra y seguir de pie.

Todo al respecto es perfecto.

Justo hasta el momento en que una nube de algo oscuro e inidentificable pasa zumbando sobre nuestras cabezas, haciéndonos saltar culpablemente y mirar al cielo, preguntándonos qué acaba de pasar.

—Ups. Lo siento, tortolitos —dice la voz de Gerald a unos metros de distancia—. Esa era mi esposa, Margot.

Veintiocho

—Todavía no puedo creer que hayas lanzado a tu esposa sobre Summer y Alex, Gerald —chasquea la lengua Alice unos minutos más tarde, mientras todos nos reunimos en el bar del hotel, Alex y yo habiendo corrido tras Gerald tan pronto como nos dimos cuenta de qué era el "polvo" que acababa de arrojar en nuestra dirección—. Simplemente no es algo que se haga. ¿Verdad, Julian?

—No lo hice a propósito, ¿o sí? —dice Gerald indignado, sentándose pesadamente. Su cabello parece como si se hubiera pasado las manos por él repetidamente, y está muy pálido—. ¿Cómo iba a saber que estarían dándose un beso justo en el punto exacto de la playa donde ella quería que esparciera sus cenizas?

—Oh, *cualquiera* podría haber visto que eso iba a pasar —responde Rita, levantando una mano enjoyada para llamar al camarero—. Deberías haber estado atento. Te dije que las hojas tenían razón sobre esos dos, ¿no? Entonces, ¿esta noche era la noche? —continúa ansiosa, volviéndose hacia Alex y a mí. Estamos sentados en extremos opuestos de uno de los sofás mullidos que sirven de asiento en este bar, y decididamente evitamos mirarnos—. Las hojas nunca se equivocan —continúa Rita—. Nunca.

—Creo que Gerald parece necesitar un trago —dice Alex, en un tono que sugiere que él mismo podría necesitar uno—. ¿Qué dices, Gerald?

Gerald asiente temblorosamente.

—Lo siento por lanzar a mi Margo sobre ustedes dos. No me di cuenta de que hacía tanto viento —dice, sonando inusualmente indefenso.

—Está bien —dice Alex con tono tranquilizador, tratando disimuladamente de sacudirse la ropa sin que Gerald lo note—. Estoy seguro de que te llevaste tanta sorpresa como nosotros.

No estoy tan segura de eso, pero asiento alentadoramente, mientras Rita finalmente logra captar la atención de un camarero y le da un largo pedido, aparentemente eligiendo las bebidas de todos al azar.

—Margot y yo veníamos aquí todos los años —dice Gerald, que está empezando a recuperar algo de color en las mejillas—. Como un reloj, éramos. Así que cuando se enteró de que no le quedaba mucho tiempo, este es el lugar donde quería estar.

Se frota los ojos con fuerza, y mi corazón se contrae de lástima por él, seguido de una punzada de culpa por mí misma, cuando se me ocurre que esta es la primera vez que nos habla de su esposa: probablemente porque a ninguno de nosotros se nos ocurrió preguntar.

Me arriesgo a mirar rápidamente a Alex. Está sentado junto a Gerald, escuchando atentamente al hombre mayor mientras habla sobre la enfermedad de su esposa, y cómo ella había esperado poder viajar aquí con él una última vez, pero no lo logró. Alex le está prestando toda su atención, de esa manera que tiene de mostrarse interesado sin ser intrusivo. Es bueno con la gente, me doy cuenta. Ha charlado con Julian sobre los resultados del cricket (a pesar de haberme confesado que es más aficionado al tenis), ha evitado que Alice dirigiera su scooter a la piscina (pero sin hacerla sentir mal por ello), ha permitido que Rita le leyera las hojas de té...

Incluso me besó apasionadamente en la playa hace unos minutos, y estoy *bastante* segura de que no lo hizo solo por cortesía, como hace con Julian y el cricket, pero es difícil saberlo con certeza, porque no hemos tenido la oportunidad de hablar desde que sucedió, y ahora está sentado lo más lejos posible de mí.

¿Significa eso que se arrepiente?

¿Fue solo un momento de locura, o algo más?

Y aunque no lo fuera, ¿cómo cambia eso el hecho de que, después de mañana, volveremos a nuestros diferentes rincones del país, y las posibilidades de que nos sentemos al azar uno al lado del otro otra vez son escasas o nulas? Ni siquiera estamos sentados uno al lado del otro en este *bar*, y mucho menos en cualquier otro lugar.

De alguna manera, eso no parece augurar nada bueno.

Justo cuando estoy a punto de llevar mi exceso de pensamientos a otro nivel, Alex lo detiene eligiendo este momento para mirarme a los ojos. Me sonríe desde donde está sentado, apretujado entre Gerald y Julian, y ahora estoy en *verdaderos* problemas, porque ahora me está *sonriendo* y se va en dos días. Y eso sin siquiera entrar en todas las complicadas cuestiones de no-matrimonio.

Estoy condenada, ¿verdad? Nunca voy a superar esto.

Llegan nuestras bebidas. La mía es un Sex on the Beach, al igual que la de Alex ("por razones obvias", dice Rita, dándome un codazo en las costillas), y ambos las bebemos un poco demasiado rápido, levantándolas primero en un brindis mientras Julian ofrece un sentido —y totalmente ficticio, dado que acaba de enterarse de que alguna vez existió— tributo a la esposa fallecida de Gerald, Margot.

—Debería habernos dicho que era viudo reciente —dice Rita, mirando al hombre en cuestión con renovado interés—. Podría habernos hecho ser un poco más comprensivos cuando seguía hablando de los dardos todo el tiempo, el viejo tonto.

Chasquea la lengua con exasperación, pero puedo ver que su corazón ya no está en ello. La Rita que descartó a Gerald como un "lapa" ligeramente irritante que no podía captar una indirecta ha tenido una llamada de atención.

Creo que todos la hemos tenido.

—¿Esto es desencadenante para ti, Rita? —pregunto, ocurriéndoseme de repente—. ¿Te recuerda a cuando murió tu Fred?

Rita casi derrama su bebida como respuesta.

—¿Murió? —se ríe a través de un bocado de margarita ("Porque tiene mi nombre...")—. Fred no está muerto, cariño. El sinvergüenza vive en Watford con su amante y un galgo llamado Steve. Lo ha hecho durante... oh, deben ser 10 años ya.

—Pero... pero... ¿qué hay de todas esas cosas que dijiste sobre el amor verdadero? —balbuceo—. Ya sabes... ¿el fish and chips? ¿El anillo de compromiso? ¿*Skegness*? Dijiste que darías cualquier cosa por volver.

—¿A Skegness? —dice Rita, pensativa—. Prefiero Tenerife, cariño. Solo dije eso para que dejaras de pensar que todo tiene que ser perfecto todo el tiempo. Mi Fred y yo, no éramos perfectos, ni de lejos. Pero éramos felices. Bueno, hasta que se fugó con la amante, obviamente.

—Obviamente.

Doy un gran trago a mi bebida.

—La vida es así, ¿no? —continúa—. No siempre es perfecta, pero si esperas a que lo sea, acabas perdiéndotela. Por eso reservamos esa cena para ti y el joven Alex esta noche. Para que no os perdierais el uno al otro, aunque el destino obviamente estaba intentando juntaros.

—Espera: ¿*vosotros* reservasteis la cena para Alex y para mí? —Ahora es mi turno de casi derramar mi bebida—. Creía que era un regalo del hotel. Eso es lo que él me dijo.

—Oh, eso es lo que él piensa también —dice Rita, dándose golpecitos en el lado de la nariz como si estuviera confiando un secreto de estado—. Fue idea de Chloe reservarla y hacer que el hotel dijera que era de su parte. Dijo que era lo mínimo que podía hacer. Pero todos colaboramos. Luego Gerald tuvo que arruinarlo todo lanzándote a Margot.

—Espera: ¿esto fue idea de *Chloe*? —digo, mi cerebro enganchándose en algo que Rita acaba de decir.

Era lo mínimo que podía hacer.

¿Dónde escuché eso recientemente? Frunzo el ceño mientras bebo un sorbo, tratando de recordar.

Entonces me viene a la mente.

El diario.

Claro: escribí esa frase en mi diario, sobre Chloe, y lo genial que había sido después de todo el lío del baile de graduación. Y, ahora que lo pienso, ¿no lo dijo de nuevo hace solo unos días? ¿Algo relacionado con cómo iba a ayudarme a conquistar a Jamie, porque era lo mínimo que podía hacer?

¿Por qué diría eso, sin embargo?

—¡Oh, Dios mío, Summer, no puedo creer que te liaras con Alex!

Con un suave *plaf*, Chloe se desploma en el sofá a mi lado, agarrando un Bloody Mary.

—Vale, necesito todos los detalles —dice, poniéndose cómoda—. Venga, suéltalo.

—Chloe, ¿te liaste con Jamie en el baile de graduación? —digo en un tono conversacional que oculta totalmente el absoluto tumulto en mi mente ahora mismo—. ¿En el armario de material?

Ni siquiera sabía que iba a decirlo hasta que hablé. Pero, tan pronto como lo hice, me doy cuenta de que siempre lo he sabido —o al menos sospechado— en el fondo que esta era la verdadera verdad sobre esa noche, y que simplemente me he estado negando a reconocerlo, porque si permanecía sin decirse entonces no podía ser posible que fuera verdad.

Pero ahora está ahí fuera. Y la forma en que la cara de Chloe instantáneamente palidece bajo su bronceado es toda la confirmación que necesito.

—Summer, lo siento —dice, en un susurro que apenas puedo oír por encima del sonido de la música—. Lo siento mucho. No sé por qué lo hice. Yo...

—Yo sí —respondo, removiendo tranquilamente mi bebida con la pajita—. Lo hiciste porque no podías soportar la idea de que yo tuviera algo que tú no. Porque todo es una competición contigo, Chloe, ¿no es así? Y yo siempre tengo que perder.

Tampoco sabía realmente que iba a decir *eso*. Nunca le he hablado así a Chloe en mi vida. Lo extraño de todo esto, sin embargo, es que no lo estoy diciendo con enojo, ni en el calor del momento. Honestamente no me importa lo que Chloe y Jamie hicieron hace más de una década. Ya no me importa Jamie *en absoluto*.

Pero sí me importa defenderme a mí misma. Y ha pasado mucho tiempo, pero finalmente soy capaz de hacerlo.

—Lo siento muchísimo, Summer —dice Chloe de nuevo, pareciendo que está a punto de echarse a llorar—. No significó absolutamente nada, lo juro. Esa fue la única vez que pasó. Y he estado tratando de compensarte. Por eso vine aquí. Me di cuenta de por qué estabas aquí cuando vi tu Instagram, y pensé que si pudiera ayudarte un poco, tal vez ayudaría a compensar lo que hice.

Abre los ojos de par en par, como hace cuando está tratando de ganarse a alguien. Normalmente funciona, también. Pero esta vez no.

—¿Me perdonarás? —pregunta Chloe cuando no digo nada.

—Lo pensaré —digo fríamente. Luego, sin decir otra palabra, me levanto y voy a sentarme junto a Alex, quien levanta las cejas en señal de pregunta.

—¿Todo bien? —pregunta, mientras Rita llama al camarero para pedir otra ronda de bebidas.

—Sí —digo, sonriéndole con confianza. Todo está bien.

La noche avanza. Chloe pasa unos minutos sentada sola, luciendo conmocionada, antes de escabullirse a su habitación. Gerald nos cuenta algunas historias sobre Margot, quien era, según dice, "Toda una belleza". Julian se asegura de que las bebidas sigan apareciendo mágicamente. Alice bebe demasiado y hay que convencerla de que no intente hacer un caballito en su scooter. Alex y yo intercambiamos miradas cautelosas, que gradualmente se vuelven más atrevidas hasta que de alguna manera terminamos sentados lo más cerca posible, mi pierna presionada contra su muslo, y mi cerebro trabajando horas extras mientras trato de descubrir cómo sacar el tema de Lo Que Pasó en la Playa, y su secuela aún más fascinante, ¿Qué Pasa Después?

Sin embargo, nunca lo logro del todo. En su lugar, tomo otra copa y —a insistencia de Alice — les doy una vista previa rápida de un coro de *Shallow*, que todos coinciden en que es mucho mejor que la versión de Lady Gaga.

—Los dejarás boquiabiertos, Summer —dice Julian.

—Es una lástima que Bradley Cooper no esté aquí para cantarla con ella —reflexiona Alice.

—Ya está —declara Gerald, que ha vuelto a ser el de siempre—. Me rindo tratando de mantenerme al día con la vida amorosa de la joven Summer. Pensé que estábamos intentando juntarla con Alex aquí, no con Bradley nosécuántos.

Mis hombros se tensan mientras echo un vistazo a Alex, pero él solo se ríe de buen humor. —No dirías eso si hubieras escuchado mi canto —dice—. Es como el sonido que hace un gato

cuando está tratando de expulsar una bola de pelo.

Eso es todo lo que se necesita para que todos inmediatamente empiecen a urgirle que nos cante algo, y lo último que recuerdo después de eso es al guardia de seguridad del hotel bajando a Gerald de encima de la mesa cuando se ofrece a cantar en su lugar.

Me despierto lo que parece varias horas después con la lengua pegada al paladar y un latido en mi cabeza que me toma unos segundos establecer que es mi propio corazón, y no la discoteca del hotel.

Oficialmente nunca volveré a beber.

Me abro paso entre las sábanas y me tambaleo hacia el baño, donde casi caigo dentro del inodoro cuando intento sentarme y me doy cuenta de que la tapa está levantada.

Eso es raro.

¿Por qué habría levantado la tapa?

¿Vomité aquí? ¿Es eso?

Me paso la lengua experimentalmente por el interior de la boca, pero todo lo que puedo saborear es el empalagoso regusto de los cócteles que Julian no dejaba de pedirme. De todos modos, puede que estuviera un poco achispada, pero no tan borracha como para no recordar si hubiera vomitado, así que bajo la tapa del inodoro con estrépito y regreso al dormitorio, donde me doy de bruces contra el tocador, que alguien ha movido al lado opuesto de la habitación por alguna razón.

Frotándome los ojos, miro alrededor, entrecerrando la mirada en la oscuridad.

Todo ha sido movido.

La cama, el sofá, el tocador, el armario... En algún momento entre que salí a cenar y regresé, alguien se ha colado en mi habitación y ha movido todo, solo para confundirme.

Apuesto a que fue Chloe. Chloe hizo algo malo... ¿no?

O... ¿y si fue Jamie, tratando de vengarse por... espera: ¿por qué está Jamie enfadado conmigo? ¿O soy *yo* la que está enfadada con *él*?

—¡Aaargh!

Se oye un rugido repentino cuando tropiezo con el sofá y me precipito hacia adelante, aterrizando sobre un montón de mantas que quien sea que entró en mi habitación debe haber dejado allí. Al principio pienso que el rugido proviene de mí, y me tapo la boca con la mano en un intento de detenerlo, pero el ruido continúa, y ahora las mantas debajo de mí también se están moviendo, como si hubiera algo debajo que quisiera quitarme de encima.

Me levanto de un salto, gritando de miedo, y luego gritando aún más fuerte cuando una forma oscura se eleva de las sombras del sofá, sus brazos extendiéndose hacia mí, y un extraño sonido sibilante saliendo de sus terribles labios. Me doy la vuelta para correr hacia la puerta, pero es demasiado tarde: las manos de la Cosa están sobre mí, y antes de que pueda siquiera pensar en escabullirme de su agarre, habla.

—Shhh, Summer. Vas a despertar a todo el hotel.

—¿A... Alex? —jadeo, retorciendo la cabeza incómodamente para poder verlo.

Alex está de pie detrás de mí, vistiendo una camiseta y calzoncillos tipo bóxer, con el pelo apuntando en todas las direcciones posibles. El sonido sibilante, ahora me doy cuenta, es él tratando de callarme, y finalmente funciona, dejándome allí parada con la mandíbula colgando de incredulidad.

—¿Qué estás haciendo en mi habitación? —pregunto al fin—. ¿Acaso nosotros...? No lo hicimos... ¿verdad?

—No —Alex niega con la cabeza—. Por supuesto que no. Estabas súper borracha. Solo te acosté. Y no estoy en tu habitación; tú estás en la mía.

Presiona el interruptor en la pared detrás de él, y las luces se encienden, lastimando mis ojos, pero dejando instantáneamente claro que la razón por la que todo está al revés no es porque alguien haya estado moviendo los muebles, es porque esta no es mi habitación.

Es la suya.

—Espera...

Me miro a mí misma, preparada para ver mi segundo mejor conjunto de ropa interior —o algo peor— y respiro aliviada cuando me encuentro vistiendo una camiseta de gran tamaño que huele ligeramente a la colonia de Alex.

—No te preocupes, te la pusiste tú misma —me dice, viendo el alivio en mi rostro—. No miré. Quiero decir, *quería* hacerlo, obviamente, pero...

—Fuiste demasiado caballero —termino por él, sintiéndome estúpida—. Gracias. Y gracias por cuidarme. Lo siento mucho por...

Agito las manos vagamente, esperando que esto le transmita adecuadamente todas las cosas por las que me disculpo en este momento, incluyendo el hecho de que no me di cuenta de lo absolutamente, desgarradoramente encantador que era hasta que fue demasiado tarde para decírselo sin hacer aún más el ridículo de lo que ya he hecho.

No estoy segura de que mis extraños gestos con las manos resuman todo eso realmente.

—Um, debería volver a mi propia habitación —digo—. Para dejarte en paz y también para empezar temprano con todo el "sentirme mortificada" que voy a estar haciendo cada vez que piense en esto.

Agito las manos de nuevo.

Sería genial si pudieras dejar de hacer eso, Summer. En cualquier momento estaría bien, gracias.

—No creo que sea una buena idea —dice Alex. La esperanza se eleva en mí como la luz del sol.

—¿No quieres que me vaya? —pregunto, un poco demasiado rápido.

—Bueno, no —responde seriamente—. Me preocupa que puedas ahogarte mientras duermes. Por eso te traje aquí, en lugar de solo asegurarme de que llegaras a tu propia habitación.

—Oh. Claro. —Trago saliva, deseando que mi boca no siguiera sabiendo a alcohol. Y no haber tocado ni una gota de alcohol en primer lugar. (Y saber si estoy usando ropa interior debajo de esta camiseta, porque acabo de darme cuenta de lo corta que es en mí).

—Estoy perfectamente bien, ¿sabes? —le digo, tirando del dobladillo de la camiseta—. Voy a tener la madre de todas las resacas por la mañana, obviamente, pero ya no estoy borracha: solo avergonzada. Así que no tienes que cuidarme.

—No, pero quiero hacerlo —dice dulcemente—. Y también me gustaría dormir un poco, para ser honesto.

Miro la cama súper king size. Se ve bastante tentadora, para ser justos. Y, a pesar de lo que le dije a Alex, mi cabeza aún da vueltas de una manera que hace que la idea de navegar de vuelta a

mi propia habitación y meterme en la cama allí se sienta como un desafío para el que estoy lamentablemente mal equipada.

—De acuerdo —digo, permitiéndome colapsar agradecida sobre la cama—. Solo voy a acostarme aquí un rato y descansar los ojos. Luego prometo que volveré a mi propia habitación.

Mis párpados se cierran. Los abro de nuevo a regañadientes, porque se siente como mala educación simplemente quedarse dormida en medio de la conversación, y observo cómo Alex se acomoda cuidadosamente de vuelta en el sofá, con sus largas piernas colgando por el lado en un ángulo que no puede ser posiblemente cómodo.

—Oye —digo con voz ronca, sabiendo que esto probablemente será una cosa más por la que tendré que disculparme por la mañana, pero demasiado cansada/borracha/estúpida para que me importe—. Te ofrecería cambiar de lugar, pero sé que eres demasiado galante para aceptar, así que ¿por qué no simplemente duermes en la cama? Definitivamente es lo suficientemente grande para ambos.

Alex duda.

—Prometo mantenerme en mi lado —digo en voz baja—. Apenas puedo mantener los ojos abiertos de todos modos, así que no creo que sea capaz de saltarte encima, incluso si quisiera.

¿Incluso si quisiera?

¿Por qué diablos dije eso?

Abro la boca para intentar que esta declaración tenga más sentido —o al menos no suene como si estuviera completamente repelida por él—, pero mi boca no está cooperando, y, mientras tanto, Alex se levanta del sofá y camina hacia el otro lado de la cama, donde se desliza cuidadosamente entre las sábanas como si se estuviera metiendo en un sobre.

Suelto una risita, confirmando que mi voz, de hecho, todavía funciona.

—¿Qué es tan gracioso?

—Nada —respondo rápidamente—. Solo pensaba en lo extraño que es que la noche más loca que he tenido en meses la haya pasado con un grupo de jubilados.

Alex se estira y apaga la luz, sumiendo la habitación de nuevo en la oscuridad.

—No es algo que tuviera en mi cartón de bingo —admite—. Aunque nada de esto lo era. Todo este viaje ha sido totalmente diferente a como lo imaginé.

Realmente quiero preguntarle si se refiere a un buen tipo de diferente o a uno malo, y si la nostalgia que creo percibir en su voz es porque está pensando en ella —en Rebecca, y en cómo debería ser ella quien estuviera acostada con él en la cama, en lugar de mí. Pero la habitación se está volviendo borrosa y no puedo estar segura de si he *hecho* la pregunta o solo he *pensado* en hacerla, así que dejo que mis ojos se cierren y me digo a mí misma que me preocuparé por eso mañana.

Por ahora, es hora de dormir.

Veintinueve

Me despierto acurrucada alrededor de Alex, con mi brazo firmemente envuelto en su cintura y una pierna sobre su cuerpo. Me sentiría mortificada, pero sus dos brazos rodean mi cintura y su rostro está enterrado en mi cabello, mientras mi cabeza descansa en su hombro, así que parece que no soy la única propensa a... acurrucarse mientras duerme.

¿Eso es algo común?

Porque si lo es, es algo *agradable*, pero también se siente como algo potencialmente *peligroso* dado todo lo que actualmente se interpone entre Alex y yo para estar juntos. Así que me desenredo con cautela, haciendo lo posible por no despertarlo, luego me levanto de la cama con cuidado, ignorando el fuerte dolor de cabeza que llega puntualmente para recordarme la sesión de bebida poco aconsejable de anoche.

Escaneando la habitación, veo mi ropa y mi bolso encima del tocador (la ropa ha sido cuidadosamente doblada, de una manera que me parece muy *Alex*...), y camino de puntillas para agarrarlos. Antes de irme, me detengo un minuto junto a la cama, mirándolo.

Como podría haber predicho, Alex es hermoso incluso cuando duerme. Tengo la horrible sensación de que pasé la mayor parte de la noche con la boca abierta, babeando sobre la almohada, pero sus labios están cerrados en un puchero perfecto, y sus oscuras pestañas se extienden sobre sus mejillas bronceadas, revoloteando ligeramente mientras duerme.

Siempre supe que era guapísimo, pero ahora que sé que también es *agradable*, de repente me encuentro decidida a no aceptar simplemente que nunca volveré a verlo después de estas vacaciones. ¿Por qué no debería volver a verlo, después de todo? Brighton no está *tan* lejos de Margate. Y la gente se muda. O tiene relaciones a larga distancia. Incluso personas que cancelaron su boda hace solo unos días, como Alex.

Bueno, supongo que lo hacen, de todos modos. Seamos sinceros, no tengo exactamente mucha evidencia para respaldar esta teoría, dado que Alex es la única persona que conozco que rompió con su pareja *en su boda real*. Pero esas personas deben existir, ¿verdad? Y eventualmente deben conocer a otras personas y vivir felices para siempre con ellas; entonces, ¿por qué no podría pasarnos eso a *nosotros*? Yo podría ser las "otras personas" que él conoce. Él podría ser la persona con la que vivo feliz para siempre. Yo podría mudarme a Brighton. Él

podría mudarse a Margate. Ambos podríamos mudarnos a algún lugar que no sea Brighton *ni* Margate. Tal vez si nosotros —

Alex bosteza y se da la vuelta en sueños. Parece peligrosamente cerca de despertarse, y realmente me gustaría al menos haberme lavado los dientes antes de la próxima vez que me vea, así que salgo rápidamente de la habitación y entro en la mía. Mi mente está zumbando con posibilidades mientras me meto en la ducha y luego me pongo ropa limpia. Lo principal, decido, mientras intento pasar un cepillo por mi pelo enredado, que aún no se ha recuperado de su viaje a la playa ventosa anoche, es hablar con él sobre todo esto, como los adultos maduros que somos. Tal vez no sobre la cosa de "mudarse a Margate" —ni siquiera sobre la parte de "vivir felices para siempre", porque ya puedo imaginar la mirada en su rostro si dijera eso, y no lo culparía en lo más mínimo, porque sonaría completamente *loco*. Pero al menos deberíamos hablar sobre la *posibilidad* de que esto sea más que solo un beso en la playa una noche. Eso parece algo razonable de hacer, ¿no?

Cuanto más lo pienso, más estoy de acuerdo conmigo misma. Así que termino de cepillarme el pelo, me pongo algo de lápiz labial y voy a tocar la puerta de Alex. Hemos dormido demasiado tarde para desayunar en el hotel, pero tal vez podríamos salir a algún lugar —idealmente a algún sitio lejos de los ojos demasiado interesados de los Godfolk y Chloe.

Sí. Eso es lo que deberíamos hacer.

Toco la puerta y me quedo afuera, tratando de pensar en una forma de presentar mi sugerencia que logre el equilibrio adecuado entre "vamos a comer unos panqueques sin compromiso" y "Tengamos una conversación seria". Es más difícil de lo que podrías pensar, pero resulta ser un punto discutible de todos modos, porque no hay respuesta. Toco de nuevo, preguntándome si todavía está dormido, pero de nuevo, no hay más que silencio al otro lado.

¿Dónde está?

—Hola.

Me doy la vuelta y encuentro a una camarera de piso detrás de mí con su carrito, esperando para entrar en la habitación de Alex.

—Creo que aún debe estar en la cama —le digo, haciéndome a un lado, pero cuando la mujer usa su tarjeta llave para abrir la puerta, puedo ver claramente que la habitación detrás está vacía.

Oh.

Eso es... extraño.

Vuelvo a mi propia habitación, sintiéndome desanimada. Sé que no estamos aquí *juntos* —ni como amantes ni solo como amigos— pero de alguna manera pensé que habría venido a buscarme antes de irse a desayunar... o a donde sea que haya ido.

¿A dónde *ha* ido, sin embargo?

Me siento en la cama por un rato, comiendo la pequeña pila de chocolates de cortesía que la camarera sigue dejándome, antes de recoger mis cosas y bajar a la piscina.

Alex tampoco está allí, ni nadie más que reconozca. Hay un mensaje en mi teléfono de Chloe que consiste en una pantalla completa de "lo sientos", seguido de una sola línea diciéndome que se fue de compras —aparentemente hay un ZARA gigante en un centro comercial cerca de aquí — así que paso el día sola junto a la piscina, demasiado resacosa para sentir ganas de salir a explorar. Me digo a mí misma que esto está bien —esto es exactamente el tipo de cosa que siempre me quejo de que nunca tengo tiempo para hacer en casa, de hecho: tiempo

ininterrumpido para mí, sin tener que responder a nadie más que a mí misma. Es algo que llevo años diciéndome que quiero, pero ahora que lo tengo, me siento un poco sola y triste. Incluso echo de menos la compañía del Club de las Brujas, de quienes de repente me doy cuenta que también voy a extrañar cuando todos volvamos a casa mañana.

Tal vez Chloe tenía razón. Tal vez *solo* quiero las cosas que no puedo tener. Porque cuando Rita y compañía estaban aquí, siendo ruidosas y ocasionalmente inapropiadas, recuerdo sentirme vagamente molesta porque no me dejaban en paz; pero ahora que no se les ve por ninguna parte, es obvio para mí que solo estaban siendo amables e intentando incluirme. Y cuando conocí a Alex, pensé que era el hombre más molesto que jamás había existido, pero ahora miro cada vez que alguien pasa junto a mi tumbona, con el corazón acelerado con la esperanza de que pueda ser él.

Nunca lo es, sin embargo. Y a medida que las sombras alrededor de la piscina se alargan y la multitud comienza a dispersarse mientras la gente regresa a sus habitaciones para prepararse para la cena, empiezo a preguntarme si hay alguna razón para su ausencia que va más allá de que él decidiera salir por su cuenta un rato. Algo que me involucre, digamos. Y lo de anoche.

Me estrujo el cerebro, tratando de averiguar qué podría haber hecho para que quisiera evitarme durante todo un día, pero por más que lo intento, no hay nada. Sé que bebí demasiado en el bar, obviamente; eso es evidente. Pero aun así me llevó a su habitación; aun así me cuidó y se aseguró de que estuviera bien. Así que no puedo haber hecho nada *tan* malo, ¿verdad?

Entonces, ¿dónde está?

—¿Ofrenda de paz?

Levanto la vista de mi tumbona para ver a Chloe parada a su lado, ofreciéndome un helado gigante que ya ha empezado a derretirse. Inmediatamente pienso en el que Alex me compró anoche y lo rechazo.

—No creo que un helado vaya a arreglarlo todo, ¿no crees? —le digo a Chloe, esforzándome por sentarme, con la cabeza mareada por el sol.

—No, por supuesto que no —suspira, pasándome el cono de todos modos—. Pero tengo que empezar por algún lado, ¿no?

La miro por encima de mis gafas de sol. Sé que voy a tener que hablar con ella sobre esto en algún momento, es solo que... ¿tiene que ser *ahora*, cuando aún no he decidido qué quiero decir al respecto? ¿Y tengo que estar sosteniendo un enorme helado que se derrite rápidamente mientras lo hago?

¿Por qué la gente sigue dándome conos gigantes para llevar?

—Realmente no sé qué decir —me dice Chloe, sugiriendo que esta va a ser una conversación muy corta, dado que yo tampoco lo sé. Se sienta y noto que no lleva maquillaje. Esta debe ser su manera de demostrar lo afectada que está: Chloe nunca va a ningún lado sin maquillaje.

—Mira, soy una amiga de mierda, ¿vale? —dice, mirándome a los ojos—. Lo entiendo perfectamente. Me he sentido culpable por lo que hice desde que sucedió. Sé que eso no lo hace correcto, pero solo quiero que sepas que no voy a tratar de poner excusas, y no te culpo si me odias.

—Pero debes tener *alguna* excusa, ¿no? —digo, reluctantemente curiosa—. Quiero decir, no lo hiciste sin ninguna razón, ¿verdad? Ni siquiera pensaba que te gustara Jamie de esa manera.

—No me gustaba —se encoge de hombros. Empieza a pellizcarse el esmalte de sus uñas puntiagudas y, por un segundo, vislumbro a la chica que solía ser —la de los pies planos y las gafas gruesas— antes de que desaparezca de nuevo.

—Solo estaba celosa —dice, todavía mirando sus manos—. Eso es todo lo que fue. Y supe en el segundo que lo hice que estaba mal, pero ya era demasiado tarde para entonces. Ya lo había hecho.

—¿Estabas celosa? —pregunto con incredulidad—. ¿De mí?

—Pues sí —dice, sorprendida—. Eras tan guapa, Summer. E inteligente. Y podías cantar, y hacer cosas que no solo implicaban maquillarte y peinarte... así que, sí, obviamente estaba celosa de ti. Y lo siento. De verdad que lo siento.

Me quedo sentada en silencio viendo cómo el helado se derrite por mi muñeca. Realmente quiero pedirle que se explique más, porque, Dios sabe, esta es probablemente la única vez en mi vida que voy a recibir tantos cumplidos de ella, pero no parece el momento adecuado para ello.

—No me di cuenta —digo en su lugar—. Nunca se me ocurrió que alguien como tú pudiera estar celosa de mí.

—Eso es porque necesitas trabajar en tu autoestima —dice, sonando más como la antigua Chloe—. Empezando por este concurso de karaoke de esta noche. Toma.

Me entrega una bolsa de compras con aspecto elegante, y me quedo sentada con ella en una mano y el cono en la otra, hasta que Chloe me quita el helado y lo tira en el cubo de basura más cercano.

—Sé que esto tampoco compensa lo que hice —dice, mientras hurgo con curiosidad en el papel de seda en la parte superior de la bolsa—. No estoy, como, tratando de comprar tu amistad de vuelta, ni nada. Pero vi esto y pensé en ti, así que...

Abro la bolsa y saco un vestido dorado de una hermosa tela sedosa que se desliza entre mis manos como agua. Es posiblemente el vestido más hermoso que he visto jamás; y parece que me quedará bien, además. Pero...

—Chloe, esto debe haber costado una fortuna —digo, sosteniéndolo a contraluz—. No puedo...

—Sí que puedes —dice con firmeza—. Y, como te digo, no espero que esto arregle todo entre nosotras, pero quiero que lo tengas de todos modos, porque te va a quedar increíble, y te mereces verte increíble.

Miro el vestido en mis manos como si pudiera morderme en cualquier momento. Es hermoso, pero se siente como una trampa. Un poco como la propia Chloe, en realidad. Y sé que dice que no está tratando de comprarme de vuelta, pero no puedo confiar en ella. Nunca pude realmente —ahora lo sé. Y si voy a hacer esto —si realmente voy a cambiar mi vida— entonces sé que necesito hacerlo por mi cuenta, sin su ayuda.

Así que le doy al vestido una última mirada anhelante y luego se lo devuelvo rápidamente.

—Gracias —digo con firmeza—. Pero no. Realmente no puedo.

Los ojos de Chloe se abren de sorpresa. Esta es la primera vez que le digo que no, y se ve tan desconcertada por ello que, por un segundo, siento que debería disculparme por molestarla. Pero no. No voy a hacerlo. No cambias tu vida cometiendo los mismos errores de siempre, después de todo; y definitivamente no voy a cambiar la mía dejando que Chloe me pisotee, como siempre lo

ha hecho. Así que cierro la boca y espero que pase el incómodo silencio que sigue, resistiendo valientemente el impulso de romperlo, como suelo hacer.

—Bien —dice Chloe, recuperándose al fin—. Bueno, no hay necesidad de decidir ahora. Podemos... podemos hablar más en la cena. ¿No?

Me mira suplicante, y yo niego con la cabeza. *Necesitamos* hablar, obviamente. Y lo haremos. Pero va a tomar mucho más que una conversación rápida para reconstruir nuestra complicada relación, y ahora mismo, ni siquiera estoy segura de querer hacerlo. Tal vez Chloe, como Jamie, pertenece a una parte de mi vida de la que es hora de seguir adelante. Tal vez nuestra amistad es una de las cosas que necesito cambiar. Y tal vez ahora es tan buen momento como cualquier otro para empezar.

—Escucha, Chloe —digo mientras recojo mis cosas para volver a mi habitación—. Creo que esta noche solo voy a sentarme con Alex, ¿vale? Podemos hablar cuando volvamos al Reino Unido. Solo necesito algo de espacio por ahora.

El destello de molestia que cruza su bonito rostro es todo lo que necesito para saber que estoy haciendo lo correcto. Y pase lo que pase en el futuro, una cosa es segura; he terminado de ser la compañera de Chloe. Mis días como la Mejor Amiga Fea han terminado. De ahora en adelante seré la chica genial Summer todo el tiempo.

O al menos por el tiempo que pueda mantenerlo.

—Claro —dice Chloe, encogiéndose de hombros en un intento de parecer indiferente—. No te preocupes. Yo... bueno, supongo que te veré en el karaoke esta noche, entonces.

Mi estómago se hunde repentinamente hasta mis pies.

El karaoke. He estado tan preocupada con Chloe, Alex y todo lo demás que ha sucedido en los últimos días, que casi he olvidado sentirme ansiosa por esta noche y mi gran momento en el escenario. Pero ahora los nervios vuelven a toda prisa, y para cuando me he duchado y vestido para la cena —con uno de mis viejos vestidos que no le llega ni a los tobillos al número dorado de Chloe, pero que al menos es *mío*— estoy tan alterada que siento que podría vomitar en cualquier momento.

Esto no augura nada bueno.

Llamo a la puerta de Alex al salir de mi habitación, esperando que esté allí para bajar conmigo al restaurante y ayudar a calmar mis nervios. Sin embargo, sigue sin haber respuesta, así que bajo sola, sonriendo expectante mientras doblo la esquina que conduce a nuestra mesa.

Nuestra mesa *vacía*.

Nuestra mesa sin Alex.

Así que... supongo que esta noche es solo *mi* mesa.

De acuerdo.

Logro mantener la sonrisa congelada en su lugar mientras me deslizo en mi asiento, pero comienza a flaquear cuando han pasado diez minutos y todavía no hay señales de él.

¿Tal vez solo está llegando tarde?

Picoteo mi entrada, y luego mi plato principal. Cuando todavía no ha llegado para cuando he terminado, decido saltarme el postre por completo, en lugar de quedarme sentada aquí como la señorita Havisham, esperando que aparezca. Porque puede que haya una buena razón por la que me ha evitado todo el día, pero definitivamente no voy a descubrir cuál es sentada aquí sola, con un atuendo que de repente se siente desperdiciado en el bufé del hotel.

No, voy a tener que ir a buscar a Alex si quiero saber qué está pasando; y eso es exactamente lo que voy a hacer. Al diablo con la ansiedad post-resaca: no besas a alguien así —sin mencionar acurrucarse con ellos toda la noche— y luego simplemente los ignoras. Eso no está bien. Y puede que haya aceptado que Jamie resultara ser una decepción total y absoluta, pero me niego a creerlo de Alex. Él no es ese tipo de chico; lo sé.

—Lo siento, no puedo quedarme —digo con despreocupación mientras paso junto a la mesa de las Hadas Madrinas (Rita está sentada a la cabecera, como la invitada de honor) al salir de la terraza—. Los veré a todos más tarde, sin embargo.

—Más te vale —advierte Rita—. Hemos puesto tu nombre para el karaoke de más tarde, ¡así que más te vale estar ahí, jovencita!

Hago un rápido gesto de reconocimiento. Me preocuparé por el karaoke más tarde. Por ahora, todo lo que quiero hacer es encontrar a Alex y hablar con él. Incluso si resulta que uno de los dos escenarios igualmente terribles de Chloe era correcto, y él no quiere saber nada más de mí, preferiría saberlo. Lo último que quiero es tener que irme a casa mañana y pasar el resto de mi vida preguntándome qué salió mal y qué debería haber hecho para arreglarlo.

No quiero que Alex se convierta en Jamie el Segundo, en otras palabras: solo un arrepentimiento más que algún día miraré hacia atrás y me daré cuenta de que es demasiado tarde para arreglar.

El pensamiento me impulsa mientras atravieso el vestíbulo del hotel y entro en el ascensor. Por una vez en mi vida —bueno, dos, si cuentas la decisión de venir aquí en primer lugar— estoy tomando el control de mi vida, en lugar de simplemente seguir dócilmente lo que otras personas quieren que sea. Estoy enfrentando mis problemas de frente, en lugar de evitarlos. Tomando el enfoque directo, en lugar de mi habitual ángulo indirecto. Salgo del ascensor y camino por el pasillo como una verdadera dura, luego levanto la mano y golpeo la puerta de Alex con una confianza a la que aún no estoy acostumbrada, pero que creo que podría llegar a gustarme.

Lo único que podría arruinar este momento, por supuesto, sería que él no estuviera realmente en la habitación para abrirme la puerta, pero no: mi suerte se mantiene. La puerta se abre, y entro marchando, echándome el pelo por encima del hombro, mientras paso junto a Alex y entro en la habitación.

—Bien —anuncio con firmeza, con el estómago revoloteando de nervios—. Creo que deberíamos hablar, ¿no crees?

—¿Sobre qué, exactamente? —dice una voz femenina detrás de mí—. ¿Y quién eres tú, de todos modos?

Me doy la vuelta en el acto, manteniéndome de alguna manera en pie contra todo pronóstico.

Alex sigue de pie, sosteniendo la puerta abierta, con los ojos abiertos de horror. Sentada en el borde de la cama, mientras tanto —en el lugar exacto del que me levanté hace solo unas horas— hay una mujer con cabello oscuro y ondulado y piel suave y cremosa, tan perfecta que parece haber sido tallada en porcelana.

Está bien, resulta que hay más de *una* cosa que podría arruinar este momento para mí. La *otra* cosa que podría arruinarlo actualmente me está mirando con sospecha a través de ojos entrecerrados, que me recorren de arriba a abajo, luego se dirigen a Alex, las cejas arqueadas en una pregunta.

—¿Quién es esta, Alex? —dice ella—. ¿Y por qué entra en nuestra habitación de hotel como si fuera suya?

Nuestra habitación de hotel.

No *su* habitación de hotel, sino *nuestra*. Lo que significa que esta solo puede ser...

—Soy Rebecca —dice ella, cuando Alex no responde—. La prometida de Alex. ¿Y tú eres...?

Treinta

¿Y qué le dijiste?

Rita está bebiendo una botella miniatura de Freixenet con una pajita, pero está tan concentrada escuchando mi historia que no deja de errar la boca y se pincha la nariz con la pajita.

—Espero que le hayas cantado las cuarenta a esa descarada —continúa, haciendo tintinear sus numerosas pulseras con importancia—. ¡Imagínate presentarse así!

El Grupo de las Viejas Brujas está reunido alrededor de una mesa en el bar, esperando a que comience el karaoke. No tengo intención de participar —especialmente ahora—, pero volver a la habitación de al lado con Alex y Rebecca tampoco parecía una gran opción, así que volví corriendo aquí abajo a ciegas, con toda la lamentable historia brotando de mí como las burbujas del Freixenet de Rita.

—No, por supuesto que no le canté las cuarenta —respondo, estremeciéndome mientras la escena vuelve a reproducirse en mi mente una vez más—. Es su prometida, Rita. O su ex prometida. No sé lo que es. Pero yo fui la que irrumpió sin avisar. Eso sí lo sé.

—No —dice Alice con firmeza, golpeando la mesa con el puño y arrepintiéndose obviamente —. Bueno, quiero decir, sí, hiciste eso. Pero ¿quién puede culparte?

Mira alrededor de la mesa. Todos miran sus manos. Nadie, al parecer, está dispuesto a culparme.

—***Yo*** me culpo —gimo, cubriéndome la cara con las manos—. No puedo creer que haya entrado en su habitación como si tuviera todo el derecho de estar allí.

—Pero *sí* tenías todo el derecho de estar allí —señala Alice con firmeza—. Él te dijo que la relación había terminado y que no quería saber nada de ella. Así que si eso no es cierto, y han vuelto a estar juntos, entonces él es el culpable aquí; no tú.

—Eso es cierto —coincide Julian—. Alex es el culpable de esto. Me siento muy decepcionado con él, te lo aseguro. Nos hizo creer a todos que era un joven completamente decente, cuando en realidad era una especie de playboy internacional.

—El cerdo —declara Rita, demasiado alto—. Lo siento —añade, viendo la mirada que le lanza Alice—. Pero lo es. Es un verdadero cerdo por tratar así a nuestra Summer. No te merecías eso, cariño.

—No, no te lo merecías —dice Alice, asintiendo—. Y tienes toda la razón, Rita. Es un cerdo.

—Oh, vamos, no puedes decir eso —dice Gerald—. Eso es ofensivo para los cerdos.

—No es un cerdo —intervengo débilmente—. Él solo es...

Todos esperan a que termine, pero me doy cuenta de que no sé qué quiero decir. No sé por qué Alex me besó anoche, si todavía esperaba volver con su ex. En realidad, no conozco a Alex en absoluto. Y ahora parece que nunca lo haré.

—Si pudieran hacer silencio, por favor, amigos —retumba una voz incorpórea desde el altavoz sobre nosotros—. El karaoke está a punto de comenzar.

—Está bien, me voy —digo, poniéndome de pie, y luego sentándome abruptamente de nuevo cuando me doy cuenta de que no tengo a dónde ir. Mi habitación, con sus paredes delgadas y su proximidad a Alex, está fuera de cuestión, obviamente, y no estoy realmente de humor para ir al pueblo.

—Vamos, Summer —dice Rita, tomando otro sorbo de su bebida—. No dejes que Alex y su prometida cara de pez te desanimen. ¿Qué te importan ellos? Solo lo has conocido durante una semana. No es como si acabaras de perder al amor de tu vida, ¿verdad?

Esto es innegablemente cierto. Alex y yo tuvimos un beso: eso es todo. No creo que eso ni siquiera califique como un romance de vacaciones, y mucho menos como algo más que eso. Entristecerse por ello sería tonto, realmente. Sería exactamente lo opuesto a ser 'cool', que es lo que supuestamente estoy tratando de ser; y el hecho de que *sí* me sienta triste por ello, y *no* sea 'cool' —ni siquiera cerca de serlo— no viene al caso.

—Ella no tiene 'cara de pez', sea lo que sea eso —digo tristemente—. En realidad, era hermosa. Puedo entender lo que él ve en ella.

—Oh, tonterías —dice Rita, ferozmente—. Tú también eres hermosa, Summer. Y no tienes ni idea de lo que él piensa. Ninguno de nosotros la tiene. Nos ha tomado el pelo a todos, como dice Julian. Así que lo mejor que puedes hacer es sacártelo de la cabeza, subir a ese escenario y cantarnos una canción.

—Eso es lo que Taylor haría —asiente Alice.

—Así es, lo haría —coincide Julian, que todavía no tiene idea de quién es 'Taylor'.

No estoy segura de estar de acuerdo en que cantar karaoke en un bar lleno de veraneantes en Tenerife sea la mejor cura para un corazón roto —o incluso la mejor manera de superar el descubrimiento de que el hombre del que recientemente habías empezado a pensar que podrías estar enamorándote todavía está con la prometida que dijo que nunca más quería ver, como es el caso aquí. Pero es todo lo que tengo realmente.

Jamie resultó no ser El Elegido.

Parece que Alex tampoco lo es.

Así que volveré a casa mañana *sin* haber encontrado al amor de mi vida; lo cual es decepcionante, pero entonces, supongo que siempre fue un poco ambicioso pensar que podría hacerlo en una semana.

La próxima vez, reservaré quince días.

Por ahora, sin embargo, he tachado todo lo que era realmente posible de mi lista... con la excepción de cantar en el escenario.

Sé lo que tengo que hacer. Y si Taylor puede hacerlo con el corazón roto, entonces yo definitivamente puedo hacerlo con uno ligeramente magullado.

—Para empezar —retumba el Hombre de la Voz Incorpórea—, tenemos a una joven llamada Summer. ¡Un aplauso para Summer, todos!

Las Viejas Brujas se giran como una sola para mirarme, sus rostros tensos en anticipación de que me ahogue de nuevo, como lo hice la última vez. Así que siento una pequeña satisfacción al ver cómo sus expresiones cambian a sorpresa, y luego a orgullo, cuando me pongo de pie y enderezo los hombros, como si estuviera a punto de entrar en batalla.

—¡Adelante, Summer! —grita Gerald, mientras el público aplaude educadamente—. ¡Demuéstrales lo que vales!

No sé *qué* se supone que debo demostrarle a nadie, pero solo puedo esperar que no sea cómo caminar con tacones altos, porque mis piernas tiemblan tanto mientras me dirijo al frente de la sala que es difícil mantenerme erguida. Sin embargo, antes de darme cuenta, estoy subiendo al escenario, y el presentador de cara naranja me está entregando el micrófono, sonriéndome con dientes tan blancos que iluminan la habitación.

—Bien —dice, volviéndose hacia la máquina de karaoke—. *Shallow*, en camino.

Empieza a toquetear los botones de la máquina, y yo me quedo allí esperando que comience la música, con un mar de rostros expectantes mirándome desde abajo.

Así que, absolutamente sin presión, ¿verdad?

—¡Vamos, Summer! —grita Rita en el vacío, su voz haciendo eco en la vasta sala, provocando que todos se revuelvan en sus asientos para ver quién es mi única partidaria. Después de un segundo, todos vuelven a girarse hacia mí, pero aún no hay música.

—Lo siento, cariño —dice el presentador—. Estoy teniendo algunos problemas para poner en marcha este aparato. ¿Tal vez podrías contar algunos chistes o algo mientras esperas?

Lo miro boquiabierta, horrorizada. El único chiste que se me ocurre es el que me involucra a mí parada aquí imaginando que voy a poder cantar para todos; y el remate, una vez más, probablemente involucre que salga corriendo de la habitación, al borde de las lágrimas. Ya puedo sentirlas formándose.

El público empieza a murmurar con impaciencia. Todavía no hay música, y hay aún menos posibilidades de que cuente algún chiste —o al menos ninguno *gracioso*—, así que parece que el chiste soy yo.

Otra vez.

Miro desesperadamente a Cara Naranja, que ha recurrido a encender y apagar repetidamente la máquina, con la esperanza de que se ponga en marcha. Sin embargo, las luces del frente permanecen tan en blanco como mi memoria mientras la busco frenéticamente para recordar la letra de la canción.

No eres Mariah Carey, susurra el fantasma de Jamie Reynolds en su lugar. Y le escucho. Me derrumbo por dentro. Me preparo para correr.

Pero entonces hay un movimiento repentino en la parte trasera de la sala, y alguien da un paso adelante.

—Dime algo, chica... —dice Alex, con voz fuerte, que llega hasta el escenario, silenciando a la multitud, que se gira y lo mira como si todo esto fuera parte del acto: él caminando lentamente hacia mí, sus ojos oceánicos fijos en los míos.

Toda la sala parece contener la respiración, aunque probablemente sea solo yo. Alex me mira como si *fuera* solo yo, sin embargo.

Solo yo en la sala. Solo yo en el *mundo*. Solo yo, escuchándolo recitar las primeras líneas de *Shallow* —la parte de Bradley Cooper— y sintiendo como si fuera la primera vez que realmente las escucho.

No me había dado cuenta de que esas primeras líneas estaban compuestas por tres preguntas separadas.

No se me ocurrió que cada una de esas preguntas se siente como si estuviera dirigida directamente a mí.

Alex sí. Ni siquiera me conoce desde hace una semana completa, pero Alex de alguna manera me vio en la letra de esta canción y en las preguntas que me hace. No rompe el contacto visual mientras está allí, mirándome como si fuera la única persona en la sala, así que cuando llega al final del verso, y a la última de las tres preguntas, se siente como lo más natural del mundo responderle.

Lo hago sin pensar, la letra saliendo de mi boca como si hubiera estado alineada, esperando su señal.

Tres preguntas más, esta vez dirigidas a él. Es casi como si estuviéramos teniendo una conversación a través de las palabras de esta canción. Hay un pequeño jadeo del público cuando llego al coro y de alguna manera alcanzo las notas altas, mi voz elevándose sobre sus cabezas para llenar la sala. En algún lugar allá atrás sé que mis amigos me están animando, pero mantengo mi atención completamente fija en Alex, quien me sonríe desde abajo, sin moverse del lugar, sin apartar su mirada mientras le canto solo a él; cantando como si no hubiera público, ni presión y, sobre todo, sin Rebecca esperando en algún lugar entre bastidores.

Pero no estoy pensando en Rebecca, ni en lo que va a pasar una vez que la música se detenga. Todo en lo que pienso es en la forma en que Alex me mira como si fuera algo que encuentra especial; como si *fuera* algo especial para él.

Así que canto como si yo también lo creyera; hasta el final del último coro, que es cuando el público de repente me recuerda que existe al estallar en aplausos. En la parte de atrás de la sala, Rita y Gerald están de pie, abrazándose, y Alice se apoya con fuerza en el claxon de su scooter eléctrico, sumándose al caos.

Pero yo solo veo a Alex.

—Eso fue increíble —me dice con los labios, sus palabras perdidas entre los vítores—. ¡Sabía que podías hacerlo!

Luego extiende sus brazos, y me lanzo a ellos por segunda vez esta semana; solo que esta vez, en lugar de ponerme inmediatamente en el suelo para que podamos salir corriendo, me atrapa y me hace girar antes de que nuestros labios se encuentren en el tipo de beso que solía creer que solo sucedía en las películas.

Pero no: aparentemente también suceden en la vida real, porque aquí estamos, con los brazos envueltos el uno alrededor del otro mientras estamos frente al escenario, besándonos como si nadie estuviera mirando... y luego separándonos de repente horrorizados cuando nos damos cuenta de que, en realidad, *todos* están mirando. Literalmente todos en la sala.

—Oh, Dios mío —digo, tapándome la boca con la mano cuando Alex finalmente me suelta —. Oh, Dios mío, lo siento.

—¿Lo sientes? —Su frente se arruga confundida, sus ojos verdes llenos de preguntas—. ¿Por qué lo sientes?

—Por esto —digo, mis ojos llenándose de lágrimas mientras me alejo de él.
Luego me doy la vuelta y salgo corriendo hacia la puerta.

Treinta y uno

Alex me encuentra junto a una de las piscinas, en una curiosa inversión de la escena de hace un par de noches, cuando lo perseguí hasta la playa.

Pero esto es diferente.

En aquel entonces —hace solo dos días— lo seguí porque quería conocer sus secretos; particularmente el que lo llevó a decidir no mencionarme su compromiso roto tan recientemente.

Pero ahora lo sé.

Sé que está comprometido. Sé que me mintió cuando dijo que ya no estaban juntos. Y sé que ella está aquí ahora mismo; en algún lugar de este mismo hotel, donde él acaba de besarme por segunda vez, cuando no tenía absolutamente ningún derecho a hacerlo.

Lo que, ahora que lo pienso, me enfurece de mil maneras.

—¿Dónde está ella? —pregunto, girándome para enfrentarlo—. ¿Dónde está tu prometida, Alex? ¿Sigue arriba en tu habitación, esperándote? ¿También le mentiste a ella cuando viniste a buscarme?

Alex se pasa una mano por el pelo, dejándolo de punta. Estamos de pie junto a la piscina más alejada del hotel, y aunque todavía hay mucha gente moviéndose por el complejo, esta zona es mucho más tranquila, con el sonido lejano del karaoke mezclándose con el suave chapoteo del agua contra el borde de la piscina.

—Se ha ido, Summer —dice por fin—. Rebecca se ha ido. Eso es lo que venía a decirte. Pero cuando llegué al bar, estabas en el escenario y, bueno, supongo que me distraje un poco.

Sonríe de una manera que normalmente encontraría encantadora, pero que, en las circunstancias actuales, solo me parece sospechosa.

—¿Qué quieres decir con "se ha ido"? —pregunto, encontrando esto más fácil que enumerar todas las otras preguntas a las que me gustaría tener respuestas: como por qué estaba aquí en primer lugar y qué siente por ella. Sobre todo, quiero saber qué significa para *mí* que ella "se haya ido"; pero aún no puedo atreverme a preguntarlo, así que dejo que mi pregunta original se mantenga.

—Quiero decir *ido* como en "no está aquí" —dice Alex, servicialmente—. Probablemente ya esté en el aeropuerto, si no ha llegado ya. Yo mismo llamé al taxi para ella y me aseguré de que se subiera. Así que se ha ido. Y no va a volver.

Extiende la mano hacia mí, como si estuviera a punto de tomar la mía, pero retrocedo rápidamente, evitando por poco caer en la piscina.

—Pero *estaba* aquí —señalo, algo innecesariamente—. En tu habitación. Quiero decir, puedes ver lo que eso me haría pensar, ¿no?

Alex asiente.

—Sé lo que pensaste —dice en voz baja—. Pero te equivocaste, Summer. No te mentí. Rebecca y yo no vamos a volver. *Ese* es el motivo por el que voló hasta aquí —añade, en respuesta a mi pregunta no formulada—. Para disculparse, o eso dijo. Pero no acepté sus disculpas, y tampoco voy a volver con ella. Ella lo sabe. Creo que lo sabía incluso antes de salir del Reino Unido, pero estaba recibiendo mucha presión de su familia para intentar arreglar las cosas, y ella accedió. Le dije que no debería haberse molestado.

Se frota los ojos con cansancio.

—¿Y ella simplemente lo aceptó?

Sé que probablemente ni siquiera debería estar hablando con él ahora —solo va a terminar conmigo herida— pero realmente quiero saberlo.

—Honestamente, creo que se sintió aliviada. Ella no quería intentar que funcionara más de lo que yo quería. Y no deberíamos tener que hacerlo, ¿sabes? Todas esas tonterías que la gente dice sobre hacer que las relaciones funcionen, incluso cuando es difícil. No debería ser así. Las relaciones no deberían ser difíciles. Pero la nuestra lo era, y por eso me alegro de que haya terminado. Tal vez no *cómo* terminó, obviamente, pero aun así.

Esboza una sonrisa irónica, que no puedo devolverle. No es que no le crea, porque no se me ocurre ninguna razón por la que mentiría. Nos vamos a casa mañana. Nunca más va a verme, así que ¿por qué se tomaría la molestia de buscarme y decirme una vez más que está soltero si realmente no lo dice en serio? No hay razón. Pero, aun así, ese mismo hecho —la parte de "irnos a casa mañana", no la de "estar soltero"— me hace sentir que realmente no importa, de todos modos.

—¿Summer?

Alex me observa con cautela.

—Mira, sé que esto es *mucho* —dice, pasándose las manos por el pelo otra vez—. Pero, ¿puedes decir algo, por favor? Cualquier cosa.

—No sé qué decir —admito, apartándome de él e intentando concentrarme en el reflejo de las palmeras en el agua tranquila de la piscina iluminada—. ¿Me alegro de que le hayas dicho a tu ex que definitivamente se había terminado antes de besarme por segunda vez? ¿Es eso lo que quieres que diga? Lo siento, nunca he estado en una situación como esta antes; tendrás que perdonarme por estar un poco perdida en cuanto a las palabras.

Alex frunce el ceño.

—Le dije que definitivamente se había terminado antes de venir aquí —dice—. No te habría besado la primera vez si eso no hubiera estado claro, y mucho menos la segunda. Créeme, que ella apareciera aquí fue tan sorprendente para mí como debió serlo para ti.

—Oh, lo dudo —digo con pesar, recordando cómo entré despreocupadamente en su habitación para encontrarla sentada allí—. Realmente, realmente lo dudo.

Alex suspira de nuevo.

—Lo siento —dice—. De verdad. Ojalá no hubiera aparecido. De hecho, ojalá nunca la hubiera conocido. Entonces, cuando te conocí en el aeropuerto la semana pasada, solo habría tenido que enfrentarme a Jamie Comosellame, en lugar de todo este lío.

—Me odiabas cuando me conociste —señalo—. Y en el avión. Y en la cena de la primera noche. Y...

—Nunca te he odiado, Summer —me interrumpe, frunciendo el ceño—. Ni siquiera cerca. A estas alturas ya debes saberlo, ¿no?

—Quizás odio no sea la palabra exacta —admito—. Es demasiado fuerte. Pero pensabas que era ridícula y molesta. Pensabas...

—Pensaba que eras la mujer más hermosa que había visto jamás —dice—. Pero desde el momento en que te conocí, no parabas de hablar sobre cómo habías venido volando aquí para encontrarte con el amor de tu vida, así que era obvio que no ibas a estar interesada en mí. Especialmente cuando descubrieras que esto se suponía que iba a ser mi luna de miel.

Un nudo se forma en mi garganta.

—Pero *sí* se suponía que era tu luna de miel —digo con voz ronca—. Todo es tan *complicado*. Acabas de salir de una relación seria. Y vives en Brighton.

—Cierto —dice—. Definitivamente no es el mejor momento para empezar una nueva relación, te lo concedo. Por eso he estado intentando tan duro convencerme a mí mismo de que no me estaba enamorando de ti. Pero lo estaba. Y no te culparía si solo quisieras huir de mí, como... bueno, como acabas de hacer. Pero correría tras de ti, Summer. De la manera menos espeluznante posible, quiero decir. Porque entiendo que solo nos conocemos desde hace una semana, y hay tantas razones para simplemente dejar que esto sea todo para nosotros, pero yo solo... no quiero. No quiero irme mañana y no volver a verte nunca. No quiero no poder escucharte cantar esa canción sobre la bufanda en otro lugar que no sea la ducha. No quiero pasar el resto de mi vida sabiendo que estás ahí fuera, y no saber qué estás haciendo, o cómo estás, o si lograste cambiar tu vida o no.

Se detiene de repente, como si estuviera preocupado de haber dicho demasiado.

—Lo siento —murmura, mirando al suelo—. Supongo que lo que quiero decir es que sé que es complicado y confuso, y hay muchas cosas de las que necesitamos hablar primero, pero ¿podemos al menos hacer eso? Porque no estoy listo para despedirme de ti. Sé lo loco que suena eso.

—Sí que suena loco —estoy de acuerdo—. Apenas nos conocemos. Y tampoco vivimos particularmente cerca.

—No —dice solemnemente—. No lo hacemos. Pero podemos llegar a conocernos. Eso es todo lo que estoy pidiendo. Que nos conozcamos. El resto son solo detalles. Podemos resolverlo. Pero solo si podemos dejar atrás a Rebecca, y Jamie, y... a los Hados Padrinos... y todo lo demás, y empezar de nuevo. Entonces... ¿qué dices? ¿Podemos?

Me mira con tanta esperanza que me derrite el corazón.

—No creo que podamos dejar atrás a los Hados Padrinos —digo seriamente—. Nunca nos lo perdonarían.

—¿Y el resto?

Le sonrío.

—Si esta semana me ha enseñado una cosa —le digo—, es que siempre puedes empezar de nuevo. Y si me ha enseñado dos cosas —añado—, es que no debes confiar en que tu yo de 13 años sepa lo que se supone que debes hacer con tu vida. Ni con quién vas a terminar.

Alex se ríe.

—Sabes, sí te mentí sobre una cosa —dice, de repente serio. Todo mi cuerpo se tensa con temor, pero él sonríe y da un paso hacia mí.

—¿Recuerdas esa noche que vi la estrella fugaz desde el balcón? —dice suavemente—. Bueno, sí pedí un deseo. Deseé poder besarte.

Me permito relajarme mientras me atrae hacia sus brazos y me besa hasta que todos los pensamientos sobre ex prometidas, enamoramientos adolescentes y todo lo demás desaparecen, y solo quedamos él y yo, y un sinfín de posibilidades.

—*Sabía* que creías en esas cosas —murmuro cuando por fin se aparta—. Estabas fingiendo ser un cínico todo este tiempo, ¿verdad?

—No —se ríe—. Me temo que sigo siendo un cínico sin remedio. Pero estoy dispuesto a dejar que me conviertas.

—Haré mi mejor esfuerzo —prometo. Luego me besa de nuevo, y todo lo que puedo pensar es que quizás no sabía mucho, pero tengo la sensación de que mi yo de trece años definitivamente pensaría que esto es *súper* genial.

Y mientras estamos allí abrazados, se me ocurre que llevo dentro de mí a todos esos otros yos; la soñadora de 13 años, la no tan dulce de 16, la de casi 18 con el corazón roto. Soy todas ellas a la vez. Y no creo que ninguna de ellas sea "genial", exactamente, pero está bien, porque, de repente, eso no parece ni remotamente importante.

—Entonces, ¿volverás al centro de llamadas? —pregunta Alex, mientras por fin nos giramos y empezamos a caminar de vuelta al hotel—. ¿Qué sigue para la Chica Genial Summer?

—Definitivamente eso no —respondo, estremeciéndome—. Voy a presentar mi renuncia tan pronto como regrese. Tengo algunos ahorros que me mantendrán por un tiempo hasta que descubra qué quiero hacer después. Supongo que eso entra en la categoría de "algunas otras cosas, por determinar".

Alex extiende su mano, y yo la tomo mientras caminamos.

—Ahora que he tachado la mayoría de los puntos de mi lista de propósitos —digo—, probablemente deberíamos empezar con la tuya. ¿Recuerdas que dije que te ayudaría a escribirla?

—Oh, ya lo hice —dice, sonriendo—. Número uno: besar a Summer Brookes de la habitación de al lado.

—Creo que ya puedes tachar ese —respondo, riendo—. ¿Cuál es el número dos?

—Eso es todo —dice—. No hay número dos. Ambas listas están completas.

Se detiene y me besa de nuevo, solo para estar seguro.

—Hay una cosa que quiero hacer cuando llegue a casa, sin embargo —digo cuando finalmente salimos a tomar aire.

—¿Y qué es?

—Rastrear a mi Hada Madrina, por supuesto —le digo—. Para agradecerle la advertencia. Si no fuera por ella, tal vez nunca habría venido aquí. Entonces nunca nos habríamos conocido.

Lo digo a la ligera, pero mi mano se aprieta un poco más alrededor de la suya. Todavía no tengo idea de a dónde va a ir esto, pero aun así es extraño pensar en lo fácilmente que podría no haber sucedido en absoluto, y más extraño aún saber que, a pesar de todas las cosas que podrían habernos impedido encontrarnos, de alguna manera lo hicimos.

Incluso *podrías* decir que estaba destinado a ser.

Epílogo

El aeropuerto está tan lleno que apenas puedo oír mis propios pensamientos: lo cual probablemente sea algo bueno, porque mis pensamientos esta mañana sonarían muy parecido al contenido de mi diario de adolescente si los escuchara en voz alta.

Alex besándome frente a todos en el bar. Yo cantando en el escenario. La gente acercándose a mí una vez que volvimos adentro y pidiéndome otra canción. El presentador de cara naranja coronándome como Reina del Karaoke al entregarme una corona de papel con la palabra 'GANADORA' escrita en el frente. Rita y Gerald emborrachándose y besuqueándose en un rincón cuando pensaban que nadie los miraba.

Pensándolo bien, voy a intentar muy duro mantener ese último pensamiento a raya…

Aunque de todos modos no hay nadie con quien pueda compartirlo en este momento. El vuelo de Chloe no sale hasta más tarde esta noche, así que todavía está en el hotel —no es que quiera confiar particularmente en ella de todos modos— y Alex ha estado enterrado en su teléfono toda la mañana; levantando la vista solo lo suficiente para facturar su maleta y pasar el control de seguridad. Ahora estamos sentados uno al lado del otro en nuestra puerta de embarque. Rita todavía está en la tienda libre de impuestos, donde está siendo seguida de cerca por Gerald, a quien ella finge no notar. Alice y Julian están tomando un desayuno rápido en Burger King, y Alex y yo estamos... sentados en silencio, con él todavía pegado a su teléfono.

Oh.

Probablemente esté hablando con sus diversos familiares otra vez; preparándolos para el hecho de que regresa a casa sin Rebecca. Estoy segura de que es eso. No será que ya ha cambiado de opinión sobre nosotros. Eso es solo yo siendo paranoica. Es decir, nos quedamos hablando durante horas anoche, sobre cómo íbamos a visitarnos en nuestras respectivas ciudades natales una vez que regresáramos; cómo podríamos llamarnos y hacer videollamadas mientras tanto, y cómo no sería *tan* difícil vernos, a pesar de los 170 kilómetros que nos separan.

No habría dicho todo eso si no lo dijera en serio; así que si está ocupado con su teléfono ahora mismo, definitivamente no debería tomarlo como una señal de que ha cambiado de opinión.

¿Verdad?

—¿Está, eh, todo bien? —me aventuro a preguntar, cuando finalmente levanta la vista del teléfono.

—Oh. Sí —dice, alejando el teléfono de mí de una manera que me hace pensar que está tratando de ocultarme la pantalla—. Lo siento, yo... eh, solo necesito hacer algo. Vuelvo en un minuto.

Luego se levanta de un salto y se apresura por la terminal, dejándome sentada allí sola, rodeada de maletas y preguntándome qué acaba de pasar.

¿Por qué sintió que tenía que esconderme su teléfono?

¿Qué está haciendo que es tan importante que no puede esperar?

¿Y cómo se lo pregunto sin sonar mucho, mucho más necesitada de lo que nuestra incipiente relación podría justificar?

Me quedo allí reflexionando sobre todo esto, pero pasa un minuto y Alex no regresa. Pasan dos minutos, luego tres. A los cinco minutos, aparecen Rita y Gerald, ambos cargados con bolsas de la tienda libre de impuestos, y unos minutos después, Julian y Alice se unen a nosotros, justo cuando el vuelo comienza a embarcar.

—Esperaremos contigo, cariño —dice Rita, viendo la expresión en mi cara mientras todos nuestros compañeros de viaje se agolpan en la puerta, esperando ser los primeros en subir—. Estoy segura de que no tardará mucho.

—*Todos* esperaremos —concuerda Alice—. Seguimos siendo el Grupo de las Brujas después de todo; al menos hasta que lleguemos a Inglaterra.

Les sonrío débilmente a todos, pero para cuando se anuncia la última llamada de embarque y Alex todavía no ha reaparecido, incluso Gerald empieza a parecer preocupado.

—Estará aquí —dice Rita alegremente—. Por supuesto que sí.

—Más le vale estar aquí —dice Gerald—. O se las verá conmigo.

—Y conmigo —añade Julian.

—El canalla —declara Alice, luciendo como si pudiera intentar pelear con Alex si aparece—. El absoluto canalla.

—Vamos, cariño —dice Rita, dándome palmaditas suaves en el brazo—. Vamos a tener que irnos. El avión no esperará.

—Vayan ustedes —les digo, tratando de no llorar—. Solo esperaré un par de minutos más. Solo para estar segura.

Me mira con duda, pero se aleja arrastrando los pies con los demás hacia el mostrador de control de pasaportes, dejándome allí de pie sola, escaneando frenéticamente la sala de embarque en busca de alguna señal de Alex.

No puedo creer que simplemente se *vaya*. Incluso si hubiera cambiado de opinión sobre nosotros, difícilmente se tomaría la molestia de cambiar su *vuelo* también, solo para evitarme, ¿verdad? Seguramente ni siquiera yo podría tener la mala suerte de que me dejaran plantada en el aeropuerto, por un hombre con el que he estado saliendo durante menos de 24 horas.

¿O sí?

No.

Sacudo la cabeza con determinación. Alex no es así. No es un mentiroso, como Jamie. Está en camino. Lo sé. Todo lo que tengo que hacer es esperar aquí y confiar en que va a volver.

—¿Señorita? Estamos a punto de cerrar la puerta —dice una miembro del personal de la aerolínea, acercándose a mí con una mirada comprensiva en su rostro—. Voy a tener que pedirle que aborde ahora, si quiere tomar el vuelo.

—Solo necesito un minuto más —le digo, mirando por encima de su hombro hacia donde Rita y compañía están todos parados esperándome justo dentro del puente de embarque—. Solo un minuto más.

—Ojalá pudiera —la mujer empieza a decir, pero antes de que pueda continuar, somos interrumpidas por el sonido de pasos corriendo, y Alex de repente aparece abriéndose paso entre la multitud, con una enorme sonrisa en su rostro.

—¡Summer! ¡Summer, las conseguí! —grita, corriendo hacia mí y poniéndome el teléfono en la cara—. ¡Lo logré! ¡Las conseguí!

—¿Conseguiste *qué*

—¿De qué estás hablando, Alex? ¿Y dónde has estado? —siseo, sin saber si sentirme aliviada de que esté aquí o molesta porque me haya hecho pensar por un segundo que no vendría.

—Lo siento —dice, con los ojos brillando de emoción—. El Wi-Fi aquí era tan lento que prácticamente no se podía usar. Tuve que ir hasta el otro extremo de la terminal para conectarme, pero lo logré justo cuando estaba a punto de rendirme. ¡Mira!

Vuelve a levantar el teléfono, pero soy tan consciente de los múltiples pares de ojos curiosos que están fijos en nosotros en este momento que, incluso cuando miro la pantalla, no puedo entender bien lo que estoy viendo. Seguramente no es... ¿O sí puede ser?

—Dos entradas para ver a Taylor Swift —dice Alex triunfalmente—. Buenos asientos, además. No tienes idea de lo difícil que fue conseguirlas. —Siento que mi boca se abre de par en par mientras lo miro fijamente.

—¿Es... es en serio? —tartamudeo, mi voz sonando extrañamente aguda—. ¿Me conseguiste entradas para Taylor Swift?

—Nos conseguí entradas para Taylor Swift —dice, sonriendo orgullosamente—. Solo conozco una de sus canciones, pero pensé que podrías enseñarme el resto antes de que vayamos.

—Yo... no sé qué decir.

Miro de Alex al teléfono en su mano y de vuelta a él, antes de lanzar mis brazos alrededor de su cuello y besarlo directamente en los labios.

—¿Es esto lo que has estado haciendo toda la mañana? —pregunto, preguntándome cómo pude haber pensado que me abandonaría en el aeropuerto—. ¿De verdad?

Él asiente.

—Salieron a la venta esta mañana —dice—. Chloe me lo contó. Dijo que siempre habías querido verla en vivo, pero que nunca habías podido conseguir entradas.

—Son como oro en polvo —empiezo a explicar, antes de abandonar abruptamente mi explicación, porque...

—¿De verdad voy a ver a Taylor Swift? —pregunto, asombrada—. ¿En serio?

—En serio —confirma Alex—. Lo que, si no me equivoco, significa que habrás completado tu lista de propósitos.

La mujer de la aerolínea se aclara la garganta ostentosamente.

—Lo siento —dice—. Pero estamos a punto de cerrar las puertas. Si quieren subir a este vuelo, van a tener que darse prisa.

Alex me sonríe y extiende su mano hacia la mía, antes de cambiar de opinión y tomarme en sus brazos en su lugar, justo como lo hizo en el viaje de ida.

—Vamos, chica cool —dice—. Volvamos a casa.